

MUHAMMAD

EN

LA BIBLIA

INDICE

EL AUTOR DE LA OBRA

MUHAMMAD EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

PREFACIO

I.«Y VENDRÁ EL AHMAD DE TODAS LA NACIONES...» HAGEO 2:7

II.LA CUESTIÓN DE LA PRIMOGENITURA Y EL PACTO

III.EL MISTERIO DE LA «MISPA»

IV. MUHAMMAD ES EL «SHILOH»

V.MUHAMMAD Y CONSTANTINO EL GRANDE

VI. MUHAMMAD ES EL HIJO DEL HOMBRE

VII.EL REY DAVID LO LLAMA «MI SEÑOR»

VIII.EL SEÑOR Y EL APÓSTOL DEL PACTO

IX.LOS GENUINOS PROFETAS SÓLO PREDICAN EL ISLAM

X. EL ISLAM ES EL REINO DE DIOS SOBRE LA TIERRA

MUHAMMAD EN EL NUEVO TESTAMENTO

I. EL ISLAM Y AHMADIAH ANUNCIADO POR LOS ÁNGELES

II.«EUDOKIA» SIGNIFICA «AHMADIAH»

III. JUAN EL BAUTISTA ANUNCIÓ A UN PODEROSO PROFETA

IV. EL PROFETA PRONOSTICADO POR EL BAUTISTA ERA CIERTAMENTE MUHAMMAD

V.EL BAUTISMO DE JUAN Y JESÚS ES SOLAMENTE UN TIPO DE «SIBGATU-L-LAH»
(CORÁN 2:138)

VI.EL «SIBGATU-L-LAH» O EL BAUTISMO CON EL ESPÍRITU SANTO Y CON FUEGO

VII.EL «PARACLETO» NO ES EL ESPÍRITU SANTO

VIII.«PERIKLYTOS» SIGNIFICA «AHMAD»

IX.«EL HIJO DEL HOMBRE», ¿QUIÉN ES?

X.EL «HIJO DEL HOMBRE» APOCALÍPTICO DESIGNA A MUHAMMAD

MUHAMMAD EN LA BIBLIA

ANUNCIOS Y PROFECIAS SOBRE EL PROFETA DEL ISLAM

Abdul Ahad Dawud, autor de la serie de artículos que componen esta obra, es el nombre islámico del antes reverendo David Benjamín Keldani, sacerdote católico de la secta unitaria caldea (nestorianos).

Keldani nació en 1867 en Urumiyeh, Persia (hoy República Islámica de Irán), y recibió educación primaria en esa misma ciudad. Entre 1886-89 (tres años) formó parte del staff docente de la misión del Arzobispo de Canterbury a los cristianos asirios (nestorianos) en Urumiyeh. En 1892 fue enviado por el cardenal Vaughan a Roma, donde cursó estudios teológicos y filosóficos en el Colegio de la *Propaganda Fide*, y en 1895 fue ordenado sacerdote. En 1892 el profesor Dawud contribuyó con una serie de artículos en *The Tablet* sobre «Asiría» Roma y Canterbury»; y también en el *Irish Record* sobre «La autenticidad del Pentateuco». Realizó varias traducciones del *Ave María* en diferentes idiomas. Mientras estaba en Constantinopla en camino hacia Irán en 1895, escribió varios artículos en inglés y francés para el periódico *The Levant Herald*, sobre las «Iglesias orientales». En 1895 se unió a la Misión Lazarista Francesa en Urumiyeh y publicó, por primera vez en la historia de esa misión, un periódico en la lengua vernácula siríaca llamado *Qala La-Shara*, es decir «La Voz de la Verdad».

En 1897 fue designado por dos de los arzobispos caldeos, de Urumiyeh y de Salmás, para representar a los católicos orientales en el Congreso Eucarístico celebrado en Paray-le-Monial, Francia, bajo la presidencia del cardenal Perraud. Esta fue desde luego una invitación oficial. El ensayo leído en el Congreso por el «Padre Benjamín» fue publicado en los Anales del Congreso Eucarístico, llamado «Le Pellerin» (El Peregrino), de ese año. En ese ensayo el «Arcipestre caldeo» (tal era su título oficial) deploraba el sistema católico de educación entre los nestorianos, y preanunciaba la inminente aparición de sacerdotes rusos (de la iglesia ortodoxa) en Urumiyeh.

En 1888 el padre Benjamín retomó a Irán. En su villa natal, Digala, distante una milla de la ciudad, abrió una escuela gratuita. Al año siguiente fue enviado por las autoridades a hacerse cargo de la diócesis de Salinas, donde un agudo y escandaloso conflicto se había suscitado entre el Arzobispo caldeo Khudabash y los padres lazaristas, amenazando con un cisma. Se convirtió así en obispo.

El día del año nuevo de 1900 el padre Benjamín pronunció su último y memorable sermón ante una numerosa congregación, que incluía a muchos armenios no católicos y otros, en la Catedral de San George Khorovabad, en Salmás. El tema del sermón fue «Un nuevo siglo, y nuevos hombres». Pasó

revista en 61 al hecho de que los misioneros cristianos, antes de la aparición del Islam, habían predicado el Evangelio en toda Asia, llegando a tener muchos asentamientos en la India (especialmente en la costa Malabar), en Tartaria, China y Mongolia, y que habían traducido el evangelio al turco uighur y a otras lenguas. Y destacaba el hecho de que las misiones católicas, americanas y anglicanas, además del poco bien que habían hecho a la nación asirio-caldea en la forma de educación primaria, habían dividido a la nación (Persia, Kurdistán y Mesopotamia) en numerosas sectas hostiles que se dirigían hacia un colapso definitivo. Aconsejaba consecuentemente a los nativos que hicieran algunos sacrificios para valerse por sí mismos, parándose sobre sus propios pies como hombres, para no depender de las misiones extranjeras. El sermón era del todo correcto en principio, pero sus observaciones y críticas eran contrarias al interés de los misioneros (que no era otro que el interés de las potencias colonialistas). Este sermón provocó que el delegado apostólico, Monseñor Lésné se trasladara inmediatamente de Urumiyeh a Salmás, y ambos retornaron poco después a Urumiyeh. Allí se había establecido desde 1899 una nueva misión rusa. ¡Los nestorianos abrazaban con entusiasmo la religión del Zar de todas las Rusias!

Así, cinco grandes y ostentosas misiones —americanos, anglicanos, franceses, alemanes y rusos—, con fuerte respaldo de ricas sociedades religiosas, cónsules y embajadores, se esforzaban por convertir a cerca de cien mil asirio-caldeos de la herejía nestoriana a una u otra de las cinco herejías. Pero fue la misión de Rusia la que pronto superó a las otras, y la que, en 1915, empujó a los asirios de Persia (Irán) así como a las tribus montañeses de Kurdistán que habían por entonces emigrado de las llanuras de Salmás a Urumiyeh, a tomar las armas para rebelarse contra sus respectivos gobiernos. El resultado fue que la mitad de este pueblo pereció en la guerra y el resto fue expulsado de sus comarcas natales.

La gran cuestión que había estaba dando vueltas en la cabeza de este comprometido sacerdote en busca de una solución se aproximaba a su climax: ¿Era el cristianismo, con todas sus múltiples formas y colores, con sus escrituras corruptas y espurias, la *verdadera* religión de Dios?

En el verano del 1900 se retiró a su pequeña villa en el medio de viñedos cerca de la famosa fuente de Cháli Boulaghi en Digala, y se dedicó todo un mes a la oración y la meditación, releendo las escrituras en sus lenguas originales.⁽¹⁾ La crisis concluyó en una renuncia formal a sus funciones sacerdotales francamente explicada en una carta que dirigió al Arzobispo de Urumiyeh, Monseñor Tonina Audu. Todos los intentos hechos por las autoridades eclesiásticas para hacerlo desistir de su decisión fueron en vano. No se trataba de ninguna disputa o asunto personal del padre Benjamín con alguno de sus superiores, sino que era una cuestión de conciencia.

Durante varios meses el Sr. Dawud (como se llamó posteriormente) se empleó en Tabriz (Irán) como inspector en el Servicio Postal y Aduanero bajo expertos

belgas. Poco después entró al servicio del príncipe heredero Muhamniad Alí Mirza como maestro y traductor.

En 1903 volvió a visitar Inglaterra para unirse a la Asociación Unitarista. Y en 1904 fue enviado por dicha asociación para realizar una labor educativa y de esclarecimiento entre la gente de su país. En su viaje de vuelta a Irán visitó Constantinopla, y después de varias entrevistas con el Sheij Al-Islam Yamaluddín Effendi y otros ulemas, abrazó el Islam con el nombre Abdul Ahad Dawud⁽²⁾.

Cuando se le preguntó por qué había adoptado el Islam escribió: «Mi conversión al Islam no puede atribuirse a otra causa que no sea la graciosa guía de Dios Altísimo. Sin su Guía Divina todo el estudio, la búsqueda y otros esfuerzos en busca de la verdad pueden conducirlo a uno al fracaso. Desde el momento en que creí en la Unidad Absoluta de Dios, su santo Mensajero Muhammad se convirtió en el modelo de toda mi conducta»,

* * *

El caso de Abdul Ahad Dawud, entre otros cristianos que adoptaron el Islam tanto en el presente como en el pasado, tiene una especial relevancia por lo extraordinario de su figura. Era un hombre de la jerarquía católica, pero perteneciente a una de esas antiguas sectas orientales (aún vinculadas con Roma pero muy interiores a ella) imbuidas de antiguas tradiciones y particularidades teológicas. El profesor Dawud, por lo demás, era un hombre comprometido con la fe y la verdad, lo cual se deduce fácilmente de algunos episodios de su vida arriba relatados, y estaba dotado de una erudición notable tanto en teología (había estudiado en Roma), como en las diversas lenguas antiguas en que se expresaron o volcaron sus escrituras tanto judíos como cristianos, así como en el conocimiento de las iglesias orientales. Esto le permitía una visión de la realidad respecto tanto de la doctrina como de las fuentes que difícilmente tiene cualquier sacerdote hoy día, salvo poquísimos especialistas, sumado a haber experimentado en carne propia, en su pueblo y su comarca, la lucha encarnizada de las sectas por las migajas de este mundo, importándoles un bledo la causa de la Verdad y la Justicia.

Abdul Ahad Dawud escribió este libro como una serie de artículos en inglés que fueron publicados en Islamic Review entre 1927 y 1930. En esa misma publicación escribió también artículos sobre otros temas que cita en el presente libro.

Debido a que fue compuesta originalmente como una serie de artículos separados sobre un mismo tema: las profecías y anuncios del Profeta del Islam, Muhammad (BPD) en las escrituras del Viejo y Nuevo Testamentos, su estilo es dinámico y tiene las reiteraciones propias del medio para el cual se escribió. Por lo demás, el Profesor Dawud exhibe una erudición sorprendente en el campo de

la crítica escrituraria y bíblica, dominando varios idiomas y distintas versiones de las escrituras, tanto en hebreo, como en griego, arameo y siríaco, así como las interpretaciones que algunos términos han recibido en las traducciones modernas al inglés y otras lenguas.

El estilo es directo y comprometido con su objetivo, y el autor no pierde oportunidad de deplorar el tratamiento distorsionado que se hace, no sólo de las escrituras, sino de la figura de los Profetas que, como es sabido, son venerados en el Islam por igual. El texto ha quedado con toda la fuerza del original inglés, aunque hemos añadido algunas notas a esta versión en español para aclarar, sobre todo, cuestiones relativas al Islam (su historia y doctrina) u otras para una mejor comprensión del lector.

Creemos que esta obra tiene gran importancia para todo cristiano o judío sincero, y esperamos que sea recibida como un alegato sincero y bien intencionado que no busca la polémica sino sacar a la luz la verdad. Su contenido permite determinar la continuidad innegable del Mensaje divino a la humanidad. Mensaje que tiene en el Islam, el Sagrado Corán y en el Profeta Muhammad su culminación y cima.

El Editor

<http://www.al-shia.com/html/spa/>

[1] Uno de los rasgos más notables del profesor Dawud es su profundo conocimiento de tantas lenguas antiguas y modernas, esenciales para un estudio comparado de las escrituras, todo lo cual se refleja en el presente libro. El profesor Dawud dominaba el siríaco, el arameo, el árabe, el hebreo, el latín, el griego, además de varias lenguas modernas como el persa, el turco, el inglés (en que escribió originalmente los artículos de esta obra) y el francés. (Nota del Editor en Español)

[2] El nombre elegido es muy sugestivo: El siervo del Único, David, con lo cual seguramente quiso destacar el carácter de la doctrina islámica por sobre la teología trinitaria de las distintas escuelas cristianas. (Nota del Editor en Español).

MUHAMMAD EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

PREFACIO

1. OBSERVACIONES PRELIMINARES

Através de este capítulo y los que le seguirán me propongo demostrar que la doctrina del Islam respecto a la Divinidad y al último gran Mensajero de Dios es perfectamente cierta y conforme a las enseñanzas de la Biblia.

Dedicaré el presente capítulo a discutir el primer punto y en los siguientes intentaré mostrar que Muhammad ⁽¹⁾ es la verdadera consumación del pacto, y que en él y solamente en él están real y literalmente cumplimentadas todas las profecías del Antiguo Testamento.

Quiero dejar en claro que los puntos de vista expuestos en este capítulo y los que seguirán son absolutamente personales, y que yo soy el único responsable de las investigaciones en las Sagradas Escrituras Hebreas, para lo cual no tomé conceptos o criterios de nadie. Sin embargo no asumo una posición autorizada en la exposición de las enseñanzas islámicas.

No tengo la más mínima intención ni deseo de lastimar los sentimientos religiosos de los amigos cristianos. Siento un profundo respeto y quiero a Jesús, Moisés y Abraham de la misma manera que a Muhammad y a todos los otros santos profetas de Dios. ⁽²⁾

Mis escritos no tienen la intención de provocar una disputa amarga, y por lo tanto sin sentido, con las distintas iglesias cristianas, sino que las invito a una amena y amigable investigación de todas estas importantes cuestiones con un espíritu amplio, de amor e imparcialidad. Si los cristianos desisten de su vano intento de definir la esencia del Ser Supremo y confiesan su Absoluta Unicidad, entonces la unidad entre ellos y los musulmanes no solamente es probable sino extremadamente posible. Porque una vez que la Unidad de Dios es aceptada y reconocida, los otros puntos de diferencias entre ambas doctrinas pueden ser zanjados más fácilmente.

2. AL.LAH (DIOS) Y SUS ATRIBUTOS

Hay dos puntos fundamentales entre el Islam y los cristianos que, por consideración a la verdad y la paz del mundo merecen una investigación muy seria y profunda. Como ambas religiones afirman su origen de una, y la misma fuente, se deduce que no debería existir ningún punto importante de controversia entre ellas. Ambas grandes religiones creen en la existencia de la Divinidad y en el Pacto entre Dios y el Profeta Abraham. Sobre estos dos puntos principales debería arribarse a un acuerdo totalmente conciente y final entre los adherentes inteligentes de ambas creencias. ¿Somos pobres e ignorantes

mortales que creemos y adoramos un Dios, o vamos a creer en una pluralidad de dioses y a temerles? ¿Quién de los dos, Jesús o Muhammad, es la consumación del pacto divino? Estas dos cuestiones deben ser respondidas de una vez por todas.

Sería una pérdida de tiempo refutar aquí a quienes, ignorante o maliciosamente, suponen que Al.lah en el Islam es distinto del Dios verdadero y solamente una deidad ficticia, creada por Muhammad. Si los sacerdotes y teólogos cristianos conociesen sus escrituras en el idioma hebreo original, en vez de por traducciones, de la misma manera como los musulmanes leen su Corán en árabe, verían claramente que Al.lah⁽³⁾ es el mismo nombre semítico antiguo del Ser Supremo que transmitió la revelación y habló a Adán y a todos los profetas.

Dios, Al.lah, es el Único, Autoexistente, Omnisapiente y Todopoderoso. Abarca, llena, toda cosa, espacio y existencia. Es la fuente de la vida, el conocimiento y la fuerza. Al.lah es el Único Creador, Regulador y Gobernante del universo. Es absolutamente Uno. La esencia, la persona y la naturaleza de Dios está absolutamente más allá de la comprensión humana, y por lo tanto todo intento por definir Su Esencia es no solamente fútil, sino peligroso para nuestro bienestar espiritual y nuestra fe, porque ello conducirá ciertamente al error.

La rama trinitaria de la iglesia cristiana, durante unos 17 siglos, ha exprimido todos los cerebros de sus santos y filósofos para definir la Esencia y la Persona de la Divinidad. ¿Y qué han inventado? Todo lo que los Atanasios, Agustines y Aquinos han impuesto sobre los cristianos «bajo pena de la condenación eterna», creer en un Dios que es «el tercero de tres» Dios, en su Sagrado Corán, condena esta creencia con estas solemnes palabras; «*No creen, en realidad, los que dicen: "Dios es el tercero de tres" (es decir: uno entre tres). No hay más dios que Dios, Uno y Único, y si no paran de decir eso un castigo doloroso alcanzará a quienes de ellos no crean.*»(5:73)⁽⁴⁾

La razón por la cual los sabios musulmanes se han abstenido siempre de definir la Esencia de Dios es porque Su Esencia trasciende todos los atributos en los que ella podría ser definida. Dios, Al.lah, tiene muchos Nombres que, en realidad, son solamente adjetivos derivados de Su Esencia a través de sus distintas manifestaciones en el universo que solamente Él ha formado. Nosotros llamamos a Dios por medio de calificativos tales como Todopoderoso, Eterno, Omnipresente» y le adjudicamos facultades como la Omnisciencia, el Conocimiento universal, la Misericordia, etc.» como emanando de Su Esencia y perteneciendo a Él única y absolutamente. Él únicamente es el infinitamente Conocedor, Poderoso, Viviente, Santo, Magnífico, Bueno, Cariñoso, Glorioso, Terrible, Vengador porque solamente de Él emanan y fluyen las cualidades de conocimiento, poder, vida, santidad, belleza, etc. Dios no tiene ningún atributo en el sentido en que nosotros lo entendemos. Para nosotros un atributo o una propiedad es común a muchos individuos de una especie, pero lo que es de Dios es Suyo solamente, y no hay ningún otro que lo comparta con Él. Cuando

decimos «Salomón fue sabio, poderoso, justo y bello», no adscribimos exclusivamente a él toda sabiduría, justicia, poder y belleza. Solamente queremos decir que fue relativamente sabio comparado con otros de su especie, y que la sabiduría también es relativamente su atributo en común con los individuos que pertenecen a su clase.

Debe admitirse también que los Atributos divinos, en tanto que efusiones, están afectados por el tiempo y poseen un comienzo u origen (temporal) ⁽⁵⁾. En consecuencia, cuando Dios dijo «Kun faiakún» (e.d.: «¡Sea!, y fue»), articuló, pronunció Su Palabra creando el tiempo y dando comienzo a la creación. Esto es lo que los sufíes ⁽⁶⁾ denominan *'aql kull*, o intelecto universal, como la emanación del *'aql auual*, es decir el intelecto primero. Luego el *nafs kull*, o alma universal, que fue la primera en escuchar y obedecer esta orden divina» emanó de la «primera alma» y transformó el universo. Por supuesto estos puntos de vista místicos de los sufíes no tienen que ser considerados como dogmas del Islam. Y si penetramos profundamente en estas doctrinas esotéricas, podemos ser conducidos involuntariamente al panteísmo, que es destructivo de la religión práctica.

Este razonamiento debería conducirnos a concluir que cada acto de Dios expone una emanación divina como Su manifestación y atributo particular, pero no es Su Esencia o Sí Mismo. Dios es Creador porque Él creó al comienzo de los tiempos, y siempre crea. Dios habló al comienzo de los tiempos así como habla siempre de una manera propia. Pero así como Su creación no es eterna o una persona divina, así Su Palabra no puede ser considerada eterna y una persona divina. Los cristianos fueron más lejos é hicieron del Creador un padre divino y de Su Palabra un hijo divino. Y también, porque infundió vida a Sus criaturas, fue llamado Espíritu divino, olvidando que lógicamente Él no podía ser «padre» antes de la creación, ni «hijo» después que habló o se expresó, y tampoco «Espíritu Santo» antes de que diera vida. Puedo concebir los Atributos de Dios por medio de Sus obras en manifestaciones *a posteriori*, pero de sus Atributos eternos y *a priori* no poseo ningún tipo de idea o concepción, ni me imagino ninguna inteligencia humana que sea capaz de comprender la naturaleza de un atributo eterno y su relación con la Esencia de Dios. En realidad, Dios no nos ha revelado la naturaleza de Su Esencia, ni en las Sagradas Escrituras ni en el intelecto humano.

Los Atributos de Dios no tienen que ser considerados como entidades o personalidades divinas distintas o separadas, porque entonces deberíamos tener no solamente una trinidad de personas en la Divinidad, sino vanas decenas de trinidades. Un atributo no tiene existencia hasta que emana realmente de quién lo posee. No podemos calificar al poseedor o sujeto por un atributo particular antes de que el atributo haya realmente provenido de él y sea percibido. Por consiguiente, decimos «Dios es Bueno» cuando gozamos de Su Bondad y acción cariñosa, pero no lo podemos describir –propriadamente hablando– como «Dios de Bondad», porque la bondad no es Dios sino una

acción y obra Suya. Es por esta razón que el Corán siempre atribuye a Al.lah denominaciones adjetivadas, como ser el Sabio, el Inteligente, el Misericordioso, etc., pero nunca lo describe como «Dios es amor, conocimiento, palabra», etc., porque «amor» es la acción del amante y no el amante mismo, así como conocimiento o palabra son las acciones de la persona que conoce o habla, pero no la persona misma.

Insisto en particular sobre este punto debido al error en que han caído quienes sostienen la eternidad y distinta personalidad de ciertos Atributos de Dios. El Verbo o la Palabra de Dios se ha considerado como una persona distinta de la Divinidad, mientras que la palabra de Dios no puede tener ningún otro sentido o significado que no sea el de una expresión de Su Conocimiento y Voluntad. También el Corán es llamado «La Palabra de Dios», y algunos de los primeros musulmanes, estudiosos de la ley, afirmaron que era eterno e increado. La misma denominación se le da también a Jesús en el Corán, «kalímatun minhu», es decir, «una palabra de Él (Dios)» (3:45). Pero sería irreligioso afirmar que la Palabra o Logos de Dios es una persona distinta y que asumió la carne y encarnó en forma de un hombre de Nazaret, o en la forma de un libro, llamando al primero «el Cristo» y al segundo «El Corán».

Resumiendo este tema, declaro con insistencia que la Palabra o cualquier Atributo imaginable de Dios, no solamente no es una entidad divina, distinta sino que tampoco podría tener ninguna existencia real *–in actu–* anterior al comienzo del momento de la creación.

El primer versículo con que comienza el Evangelio de San Juan fue refutado a menudo por los primeros escritores unitaristas del cristianismo primitivo, quienes expresaron o tradujeron su verdadera lectura de la siguiente manera: «Al comienzo fue la Palabra; y la Palabra era con Dios; y la Palabra era *de* Dios».

Debe advertirse que la forma griega del caso genitivo «Theo», es decir, «de Dios» ⁽⁷⁾, fue corrompida en «Theos», es decir «Dios», ¡en la forma nominativa del nombre! También debe observarse que la oración «En el comienzo fue la Palabra» indica expresamente el origen de la palabra, la cual *no fue antes del comienzo*. Porque la «Palabra de Dios» no significa una sustancia distinta y separada, contemporánea y coexistente con el Todopoderoso, sino una expresión y proclamación de Su Conocimiento y Voluntad cuando Él expresó la palabra «Kun», es decir, «Sea». Cuando Dios dijo «Kun» (¡Sea!) por primera vez, los mundos pasaron a ser. Cuando Él dijo «Kun» el Corán fue creado y escrito sobre la «Lauh» o «Tabla» ⁽⁸⁾. Y cuando Él pronunció la palabra «Sea», Jesús fue creado en el vientre de la bendita Virgen María, y así siguiendo. Toda vez que Él desea crear algo, su orden «¡Sea!» es suficiente. ⁽⁹⁾

La fórmula cristiana «En el nombre del Padre» del Hijo y del Espíritu Santo», ¡ni siquiera menciona el nombre de Dios! ¡Y éste es el Dios cristiano! La fórmula nestoriana y jacobita, que consiste en diez sílabas exactamente como la fórmula

musulmana «Bismi-l-láhi-r-rahmání-r-rahím», se traduce así: «Bshim Abha, wo-bhra ou-Ruha d-Qudsha», la cual tiene el mismo significado que el de todas las fórmulas cristianas. La fórmula coránica» por otra parte, que expresa el fundamento de la verdad islámica, contrasta grandemente con la fórmula trinitaria: «Bismi-l-láhi-r-rahmání-r-rahím», es decir: «En el Nombre de Dios, el Más Misericordioso, el Misericordiosísimo»,

La trinidad cristiana –en tanto admite una pluralidad de personas en la Divinidad, atribuyendo propiedades particulares a cada persona y haciendo uso de nombres familiares similares a los de la mitología pagana–, no puede ser aceptada como una concepción auténtica de Dios. Al.lah no es ni el hijo de un padre ni el padre de un hijo. No tiene madre ni se hizo a Sí Mismo. La creencia en «Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo» es una flagrante negación de la Unidad divina, y una atrevida profesión de fe en tres seres imperfectos que, unidos o separadamente, no pueden ser el Dios verdadero.

Las matemáticas, como ciencia positiva, nos enseñan que una unidad no es ni más ni menos que 1. Y nunca es igual a 1 más 1 más 1. En otras palabras, uno no puede ser igual a tres porque uno es un tercio de tres. De la misma manera, uno no es igual a tres. Y viceversa, tres no es igual a uno ni puede un tercio ser igual a la unidad. La unidad es la base de todos los números y una norma para la medida y peso de todas las dimensiones, distancias, cantidades y tiempo. En realidad todos los números son sumas de la unidad 1. Diez es una suma de igual número de unidades del mismo tipo.

Quienes sostienen la unidad de Dios en la trinidad de personas nos dicen que «cada persona es Dios Omnipotente, Omnipresente y Perfecto, empero no ser tres dioses omnipotentes, omnipresentes y perfectos, sino solamente... un Dios!!» Si no hay sofisma alguno en el razonamiento anterior, presentemos nuevamente este «misterio» del dogma de las iglesias por medio de una ecuación: $1 \text{ Dios} = 1 \text{ Dios} + 1 \text{ Dios} + 1 \text{ Dios}$. Entonces $1 \text{ Dios} = 3 \text{ Dioses}$.

En primer lugar un dios no puede ser igual a tres dioses, sino solamente a uno de ellos. En segundo lugar, desde el momento que admiten que cada persona es Dios al igual que sus dos asociados, su conclusión de que $1 \text{ más } 1 \text{ más } 1$ es igual a 1 no es matemática, sino un absurdo.

Cuando se intenta probar que tres unidades iguales equivalen a uno o se es demasiado arrogante, o sino se es demasiado cobarde para admitir que tres unidades sólo equivalen a tres unidades. En el primer caso, no se puede justificar una solución errónea de un problema por medio de un procedimiento falso. Y en el segundo caso no se tiene el coraje suficiente para confesar la creencia en tres dioses.

Además, todos nosotros –cristianos y musulmanes– creemos que Dios es Omnipresente, que el llena, abarca todo espacio y partícula. ¿Es concebible que

las tres personas de la Divinidad, al mismo tiempo y separadamente abarquen, ocupen todo el universo. o sólo lo hacen de una por vez? Responder a este justo interrogante diciendo «la Divinidad lo hace», no es en absoluto una respuesta, porque la Divinidad no es Dios, sino la manifestación de la existencia de Dios, y por lo tanto una cualidad.

La Divinidad es la cualidad del Dios *Uno*; no es susceptible de pluralidades ni disminución. No hay varias cabezas divinas, sino una sola Divinidad, que es el Atributo de Dios Uno.

Luego se nos dice que cada persona de la trinidad tiene algunos atributos particulares que no son propios de las otras dos. Y estos atributos indican –de acuerdo con el razonamiento y lenguaje humanos– prioridad y posteridad entre ellos. El Padre siempre ocupa el primer rango y es anterior al Hijo. El Espíritu Santo no solamente es posterior en tanto tercero en el orden, sino que incluso es inferior a los dos de quienes proviene. ¿No se consideraría un pecado de herejía que fuesen recitados inversamente los nombres de las tres personas? La señal de la cruz efectuada sobre el cuerpo o los elementos de la eucaristía, ¿no sería considerada impía y blasfema por las iglesias si la fórmula fuese invertida así: «En el nombre del Espíritu Santo, del Hijo y del Padre»? Pero, si fueran realmente iguales, y absolutamente coeternos, este orden no necesitaría ser observado tan escrupulosamente.

El hecho es que los papas y los concilios generales han condenado siempre la doctrina sabeliana que sostenía que Dios es uno pero que Él se automanifestó como el Padre o como el Hijo o como el Espíritu Santo, siendo siempre una y la misma persona. Por supuesto, la religión del Islam no respalda o sanciona los puntos de vista sabelianos. Dios manifestó Su «Yamal» o Perfección en Jesús, Su «Yalál» o Gloria y Majestad en Muhammad y Su Sabiduría en Salomón, y así siguiendo en muchos otros objetos de la Naturaleza, pero ninguno de esos profetas es más Dios que el vasto océano o los cielos majestuosos.

La verdad es que no hay ninguna precisión matemática, ninguna igualdad absoluta entre las tres personas de la trinidad. Si el Padre fuese en cualquier sentido igual al Hijo, o al Espíritu Santo, como la unidad 1 es positivamente igual a otra cifra 1, entonces sería *solamente una* la persona de Dios y no tres, porque una unidad no es ni un fragmento, ni fracción ni múltiplo de sí mismo. La misma diferencia y relación que se admite que existe entre las personas de la trinidad no deja lugar a dudas de que no son iguales, ni que puedan ser identificadas entre sí como iguales. El Padre engendra y no es engendrado, el Hijo es engendrado y no es Padre, el Espíritu Santo es la sucesión de las otras dos personas. La primera persona es descripta como creadora y destructora, la segunda como salvadora y redentora, y la tercera como dadora de vida. En consecuencia, ninguna de las tres es *solamente* el Creador, el Redentor y el Dador de vida. Después se nos dice que la segunda persona es la Palabra de la primera persona, que se vuelve hombre y es sacrificado en la cruz para

satisfacer la justicia de su padre, y que su encarnación y resurrección son operadas y consumadas por la tercera persona.

Como conclusión debo advertir a los cristianos que, a menos que crean en la absoluta Unidad de Dios y renuncien a la creencia en las tres personas, no hay duda que no son creyentes en el Dios verdadero. Estrictamente hablando, los cristianos son politeístas, con la sola excepción de que los dioses de los paganos son falsos e imaginarios, mientras que los tres dioses del dogma tienen un carácter distinto, de los cuales el Padre –como otro epíteto para el Creador– es el Dios Uno verdadero el hijo es solamente un Profeta y siervo de Dios, y la tercera persona uno de los innumerables espíritus santos ⁽¹⁰⁾ al servicio de Dios Todopoderoso.

En el Antiguo Testamento Dios es llamado Padre debido a Su Condición de Creador y Protector bondadoso, pero como las iglesias abusaron de este nombre, el Corán se ha refrenado con justicia de usarlo.

El Antiguo Testamento y el Corán condenan la doctrina de las tres personas en Dios. El Nuevo Testamento no lo sostiene o defiende expresamente, pero incluso sí contiene alusiones e indicios respecto a la Trinidad, no es una autoridad para nada, porque no fue dicho ni escrito por el propio Jesús, ni está expresado en el lenguaje que él habló, ni existió en su presente forma y contenido, por lo menos durante los dos primeros siglos después suyo.

Se podría agregar a favor de lo dicho que en oriente los cristianos unitaristas combatieron y protestaron siempre contra los trinitarios, y cuando vieron la total destrucción de la «Cuarta bestia» por el gran Mensajero de Al.lah (Muhammad), lo aceptaron y siguieron. El mal, que habló a través de la serpiente a Eva, pronunció blasfemias contra el Más Alto por medio de la boca del «pequeño cuerno» que surgió entre los «diez cuernos» en la cabeza de la «cuarta bestia» (Daniel, VIII), no era otro más que Constantino el Grande quien, oficial y violentamente, proclamó el credo de Nicea. Pero Muhammad ha destruido a «Iblis» o demonio de la tierra prometida para siempre, estableciendo el Islam allí como la religión del Único Dios verdadero.

[1] «Muhammad» (pronunciado con la h aspirada como en inglés) es mal pronunciado en español como «Mahoma». El lector puede encontrar una historia completa de su vida en la obra *Luz de la Eternidad*, de Ya'far Subhani, Ediciones Mezquita At-Tauhid. (Nota del Editor en español)

[2] «Di: 'Creemos en Al.lah (Dios) y en lo que se nos ha revelado, en lo que se ha revelado a Abraham, Ismael, Isaac, Jacob y las tribus, en lo que Moisés, Jesús y los profetas han recibido de su Señor. No hacemos distinciones entre ninguno de ellos y nos sometemos a El'» (Corán, 3:84)

[3] El autor utiliza casi invariablemente la palabra «Al.lah» para designar a Dios en el texto, lo cual hemos respetado. Señalemos que el nombre «Al.lah» designa a la Divinidad en lengua árabe no habiendo otra palabra para hacerlo. Así, tanto los musulmanes como los cristianos y judíos árabes, en el pasado como en el presente, utilizan el nombre «Al.lah» para designar al Dios Único. Aclaremos esto porque no faltan aún hoy día quienes piensan que «Al.lah» es un Dios propio del Islam, lo cual sería lo mismo que decir que porque los ingleses dicen «God» se refieran a otro Dios. Sin embargo la preferencia de utilizar en cualquier lengua el nombre árabe original está fundamentada en firmes argumentos. «Al.lah» es la forma con artículo de «lláh», «divino», así «Al.lah» sería «Lo Divino» o «El Dios», Único. E «lláh» es la misma raíz en árabe que la raíz «Eloh» del Antiguo Testamento hebreo, que en su forma plural mayestática «Elohim» se encuentra tantas veces en la Biblia para designar a Dios. La palabra «El» en hebreo-ara meo (Dios), análogamente ligada a la misma raíz, es usada en muchos nombres compuestos (ej.: Gabriel, Miguel, Daniel, etc.). En arameo, lengua semítica emparentada con el árabe, Dios también se dice «Al.laha». En suma «Allah». es la palabra que se utilizó siempre en las lenguas sagradas en que se manifestó la Revelación para designar al Ser Supremo, y muy probablemente, por ejemplo, es la palabra que utilizó Jesús (P), que hablaba en su época el arameo de Palestina, y esto se confirma con algunos pasajes que han sobrevivido en arameo dentro de las traducciones griegas, como aquel en que el crucificado dice: «Eli, Eli, lima shabaktani»; «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonaste?» –Al.lah– es entonces el Nombre que Dios prefirió para designarse a Sí Mismo, y es también el nombre perdido por los israelitas que es recuperado con la Revelación del Sagrado Corán y el Islam. (Nota del Editor en español)

[4] Para las citas coránicas se indicará siempre un primer número indicando la *surah* o capítulo, seguido de dos puntos y el número del/los versículos. Por ejemplo 5:73, es sura 5 versículo 73. En el caso de las citas de la Biblia se indicará de la misma forma pero expresando el Libro al cual se refiere empleando las abreviaturas en uso para las referencias bíblicas. (Nota del Editor en español)

[5] Es difícil resumir aquí todo lo que los sabios del Islam han deducido del Sagrado Corán y la Tradición profética sobre la Ciencia del Tauhid, es decir la Ciencia de la Unidad Divina, de la cual el tema de los Atributos y Nombres Divinos es un capítulo fundamental. La referencia a «emanaciones» y «efusiones» que utiliza el autor, quizá como una concesión al conocimiento de las doctrinas neoplatónicas insertadas en el cristianismo, no responde precisamente a lo que los sabios del Islam han formulado sobre el tema. Algunos sabios en la metafísica islámica han hablado del «Faid» el «desborde», como algo (muy poco) que se vuelca de un recipiente lleno, y eso sería toda la creación, una nada respecto de la Realidad e Infinitud divina. El Imam Alí (P) dijo: «Los atributos son distintos del atribuido», es decir: los calificativos son agregados al calificado con ellos y son distintos de él, y agregó otro de los

Imames: «Todo lo que puedas imaginar de Él (Dios), no es Él», y dice el Sagrado Corán: « (Dios es) el que no hay nada como Él». En suma, los Atributos divinos son una manifestación de Dios a nivel humano y de la creación, porque el hombre los reconoce en sí mismo, pero su completitud y totalidad en Al.lah escapan a la posibilidad de comprensión humana, pues lo finito no puede contener lo Infinito, ni ningún ejemplo de lo creado. Este es el sentido de «temporalidad» de los Atributos a que se refiere el autor, (Nota del Editor en español)

[6] Los sufíes son los místicos del Islam que se han caracterizado por su dedicación a la metafísica y la realización del Conocimiento de la Divinidad, el principal conocimiento, así como a la purificación del alma de las bajezas del ego. (Nota del Editor en español)

[7] Respecto al Logos (Verbo), después del siglo II surgió una terrible controversia entre los «Padres» de la Iglesia, especialmente en oriente, la que continuó hasta que los unitaristas cristianos fueron totalmente aniquilados y su literatura destruida. Desgraciadamente hoy día es difícil encontrar algún fragmento de los Evangelios y «Comentarios» como así también de los escritos de controversia usados o redactados por los unitaristas, excepto lo que fue citado de ellos en las obras de sus oponentes, como las del erudito patriarca griego Fotrus y otros anteriores a él.

Entre los «padres» de los cristianos orientales, uno de los más distinguidos es San Efraín el Sirio. Este es el autor de muchos trabajos, principalmente de un comentario sobre la Biblia que se publicó tanto en siríaco como en latín, y cuya última edición he leído atentamente en Roma. También tiene homilías, disertaciones llamadas «madrashi» y «contra herética» etc. También tenemos a un conocido escritor sirio llamado Bar Disan –escrito generalmente Bardisanes– que estuvo muy de moda a finales del siglo II y principios del III. De lo escrito por Bar Disan en siríaco no queda nada, excepto lo que Efraín, Jacob de Nesibin y otros nestorianos y jacobitas han citado con el objeto de refutarlo, y lo que la mayoría de los padres griegos emplearon en su idioma. Bar Disan sostenía que Jesús era la sede del templo de la Palabra de Dios, pero que tanto Jesús como la Palabra eran creados. San Efraín, combatiendo la «herejía» de Bar Disan dice: (siríaco)

«Wai lakh O, dovyat Bar Disan

Dagreit l'Milta eithrov d'Allaha

Baram kthabha la kthabh d'akh hakhan

Illa d'Miltha eithrov Allaha».

(árabe)

Wailu 'l-laka ya anta-s-Safil Bar Disan

Li-anna fara'aita kana l-kalamu li-lláh

Lakinna 'l-kiábu ma kataba kadha

Illa 'l-kalámu kan-Al.lah

(español)

«¡Guay de tí, o miserable Bar Disan!

porque tú leíste «la Palabra era de Dios»,

Pero el Libro (Evangelio) no decía eso,

sino que «La Palabra era Dios»,

Casi en todas las controversias sobre el Logos, los unitaristas son estigmatizados con la herejía de negar su personalidad sempiterna y divina mediante la corrupción del Evangelio de San Juan, etc. Estas imputaciones fueron a su vez retribuidas a los trinitaristas por los verdaderos cristianos unitaristas. Así, de la literatura patrística, uno puede deducir que los trinitarios siempre fueron reprochados por haber alterado las Escrituras.

[8] Se refiera al Sagrado Corán: **«Sí, pero es un Corán glorioso, en una Tabla (lah) resguardada»** (85:21-22). (Nota del Editor en español)

[9] Por eso Al.lah compara en el Sagrado Corán el caso de Jesús con el de Adán: **«Por cierto que el ejemplo de Jesús para Dios es como el ejemplo de Adán, a quien creó de tierra y luego le dijo «¡Sé!» y fue»** (3:59). (Nota del Editor en español)

[10] El Espíritu Santo es en el Islam el Ángel Gabriel, el que transmite la Revelación divina, y la Orden divina creadora en el cosmos. Cfr. Sagrado Corán: 2:87 y 253 (Espíritu Santo); 4:171 (Un espíritu de nosotros...); 26:193 (El Espíritu Fiel que desciende con la Revelación al corazón del Profeta). (Nota de! Editor en español)

I. «Y VENDRÁ EL AHMAD (1) DE TODAS LAS NACIONES...» (AGEO 2:7)

Alrededor de dos siglos después de que el idólatra e impío Reino de Israel fuera destruido y toda la población de las diez tribus deportada a Asiría, Jerusalén, el glorioso templo de Salomón, fue arrasado hasta los cimientos por los caldeos. La población remanente no masacrada, de las tribus de Juda y Benjamín, fue transportada a Babilonia. Después de un período de cautividad de setenta años, les fue permitido a los judíos retornar a su país con toda libertad para edificar nuevamente su ciudad y templo arruinados. Cuando estaban siendo puestos los cimientos de la nueva casa de Dios, surgió un tremendo bullicio de goce y aclamación de los reunidos, mientras los ancianos, que habían conocido el magnífico templo de Salomón, prorrumpieron en un amargo llanto. Fue en esta ocasión que el Todopoderoso envió a Su siervo el Profeta Ageo a consolar a la concurrencia entristecida con este importante mensaje: *«Y haré temblar a todas las naciones, y el Himda de todas las naciones vendrá, y llenaré de gloria esta casa, dice el Señor de los ejércitos. Mía es la plata, y mío es el oro, dice el Señor de los ejércitos. La gloria de mi casa postrera será mayor que la de la primera, dice el Señor de los ejércitos. Y daré paz (shalom) en este lugar, dice el Señor de los ejércitos»* (Ageo 2:7-9).

He traducido el párrafo mencionado del único ejemplar de la Biblia a mi disposición, que me enviara una prima asiría, en su lengua original. Pero si consultamos la versión española de la Biblia, veremos traducidas las palabras originales «Himda» y «Shalom» en hebreo, como «deseado» y «paz» respectivamente.

Tanto los comentaristas judíos como cristianos han dado la mayor importancia a la doble promesa contenida en la profecía mencionada. Ambos entienden como una predicción mesiánica la palabra «Himda». En realidad, aquí estamos frente a una profecía maravillosa confirmada por la fórmula bíblica usual de juramento divino, «dice el Señor Sabaoth», repetida cuatro veces. Si esta profecía se toma en el sentido abstracto de las palabras «himda» y «shalom» como «deseo» o «paz», entonces la profecía se convierte en una aspiración ininteligible. Pero si por el término «himda» entendemos una idea concreta, una persona y realidad, y por la palabra «shalom» no una condición sino una fuerza viva y activa y una religión establecida definitivamente, entonces esta profecía debe ser admitida como cierta y cumplimentada en la persona de *Ahmad* y en el establecimiento del Islam- Porque «himda» y «shalom» (o «shlama») tienen precisamente el mismo significado que *Ahmad* e *Islam* respectivamente.

Antes de abocarnos a la demostración del cumplimiento de esta profecía será mejor explicar la etimología de las dos palabras tan brevemente como sea posible.

a) *Himda*. A menos que esté en un error, la oración en el texto hebreo original se lee así: «ve yavu himdath kol hagoyim», lo cual literalmente traducido sería «y vendrá el «himda» de todas las naciones». La «hi» final en hebreo, como en árabe, se muda en «th» o «t» en el caso genitivo. La Palabra se deriva de una raíz hebrea arcaica –o más precisamente del arameo– «hmd» (consonantes que se pronuncian «hemed»). Generalmente en hebreo «hemed» es usado en el sentido de gran deseo, codicia, apetito y ambición. El noveno mandamiento del Decálogo es: «Lo tehmod ish reikha» («No desearás la mujer de tu prójimo»). En árabe el verbo «hamida», de las mismas consonantes radicales «hmd», significa «alabar», etc. ¿Quién es mas alabado, ilustre, que quien es ansiado, ambicionado y deseado? Cualquiera de los dos sentidos que se adopten, el hecho es que la forma árabe de «Himda», es decir «Ahmad», permanece firme e indiscutida. El Sagrado Corán (sura 61) declara que Jesús anunció al pueblo de Israel la venida de un Mensajero de Dios cuyo nombre iba a ser Ahmad. El Evangelio de San Juan, al ser escrito en griego usa el nombre «Paráclitos», un barbarismo desconocido en la literatura clásica griega. Pero «Periclitóse, que corresponde exactamente a Ahmad en su significado de «preclaro», «glorioso», «alabado», en un grado superlativo, debe haber sido la traducción en griego de «Himda» o probablemente de la forma árabe (o aramea) «Hemida», como fue pronunciada por Jesús. Pero, desgraciadamente, no poseemos ningún Evangelio en el idioma original hablado por Jesús. ⁽²⁾

b) En cuanto a la etimología y significado de las palabras «shalom», «shlama» y las palabras «salam» e «Islam», no necesito entretener al lector abarrotándolo de detalles lingüísticos. Cualquier estudioso y conocedor de las lenguas semíticas sabe que «shalom» e «Islam» se derivan de una y la misma raíz, y que ambas significan paz, sumisión, resignación o conformidad. ⁽³⁾

Habiendo quedado claro esto me propongo hacer una breve exposición de esta profecía de Ageo. A fin de comprenderla mejor citaré otra profecía del último libro del Antiguo Testamento, llamado Malaquías (Cap. 3:1): *«Miren, yo enviaré mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí: vendrá súbitamente a su templo. El es Adonai (el Señor), por quién vosotros rogáis, y el Mensajero del Pacto en quien encuentran contento. El está viniendo, dice el Señor de los Ejércitos»*. Comparemos estos misteriosos oráculos con la sabiduría corporizada en el sagrado versículo del Corán: ***«Gloria a Quien hizo viajar a Su Siervo durante la noche, desde la Mezquita Sagrada (el Templo de la Meca) a la Mezquita Lejana (el Templo de Jerusalén), cuyos alrededores nosotros hemos bendecido...»*** (17:1) ⁽⁴⁾

Trataremos de demostrar que la persona que viene súbitamente al templo – como lo predicen las dos profecías bíblicas anteriores, Ageo 2:7 y Malaquías 3:1–es Muhammad y no Jesús, y utilizaremos para ello los siguientes argumentos que lo pondrán en claro para cualquier observador imparcial.

1.- El parentesco, la relación y la semejanza entre los dos tetragramas «Himda» y «Ahmad»_t y la identidad de la raíz «hmd» de la cual derivan ambos sustantivos, no deja la más mínima duda de que el sujeto en la oración «y vendrá el Himda de las naciones» es Ahmad, es decir Muhammad. No hay ni la más remota relación etimológica entre «himda» y cualquier otro nombre como Jesús, Cristo, Salvador, etc., y ni siquiera hay una consonante común entre ellos.

2.- Incluso si se quiere argumentar que la forma hebrea «hmdh» (leída «himdah») es un sustantivo abstracto que significa «deseo», «codicia», «avidez» y «celebridad», el argumento sería nuevamente favorable a nuestra tesis, porque entonces la forma hebrea, etimológicamente, sería exactamente equivalente en sentido y similitud a la forma árabe «himdah», o más bien, idéntica a ella. En cualquier sentido que se desee tomar el tetragrama «Hmdh», su relación con Ahmad es concluyente y no tiene nada que ver con Jesús. Si San Jerónimo, y antes que él los autores de la Septuaginta ⁽⁵⁾, hubieran preservado intacta la forma hebrea de «Hmdh» en vez de pasarla al latín «cupiditas» o al griego «euthymia», probablemente los traductores elegidos por el Rey James I (para volcar la Biblia al Inglés) también habrían reproducido la forma original en su versión autorizada. Y la Sociedad Bíblica habría hecho lo propio en sus versiones en lenguas de países islámicos.

3.- El templo de Zorobabel iba a ser más glorioso que el de Salomón porque, como profetizó Malaquías, el gran Mensajero del Pacto, el «Adonai» o «Saied» (en árabe: señor, conductor) de los mensajeros divinos, iba a visitarlo súbitamente, como en realidad lo hizo Muhammad durante su milagroso viaje nocturno, según lo relata el Corán. El templo de Zorobabel fue reparado o reedificado por Herodes el Grande. Y ciertamente que Jesús, en todas las ocasiones de sus frecuentes visitas al templo, lo honraba por medio de su santa persona y presencia. En realidad, la presencia de cada profeta en la casa de Dios había aumentado la dignidad y santidad del santuario. Pero a pesar de esto al menos debe ser admitido que los Evangelios que registran las visitas de Jesús al templo y sus enseñanzas allí, no hacen mención a una sola conversión entre su audiencia. Todas sus visitas al templo son relatadas como finalizando en amargas disputas con los sacerdotes y los fariseos incrédulos. También se debe concluir que Jesús no solamente no trajo «paz» al mundo como declaró deliberadamente (Mateo 24, Marcos 13, Lucas 21), sino que incluso predijo la total destrucción del templo (Mateo 24: 34), lo cual se cumplió unos cuarenta años después por los romanos, cuando se completó la dispersión de los judíos.

4.- Ahmad, que es otra forma del nombre Muhammad, de la misma raíz y significado, es decir, «el más glorioso o alabado», durante su viaje nocturno visitó el lugar sagrado del templo en ruinas, como informa el Corán, y entonces allí, de acuerdo a la sagrada tradición expuesta repetidamente por él a sus compañeros, ofició el servicio divino de plegarias y adoración a Al.lah en presencia de todos los Profetas que le precedieron. Y fue entonces que Al.lah

«bendijo las cercanías del templo y mostró Sus signos» (Corán 17:1) al último profeta. Si Moisés y Elías pudieron aparecer en forma corpórea sobre el monte de la transfiguración, ellos y todos los miles de Profetas pudieron también aparecer en las cercanías del templo de Jerusalén, y fue durante la «súbita venida» de Muhammad a «su templo» (Malaquías 3:1) que Dios lo llenó realmente «con gloria» (Ageo 2).

Que Amina» la viuda de Abdullah (padre de Muhammad) llamara a su hijo huérfano (de padre, antes de nacer) «Ahmad», el primer nombre propio árabe con esa forma en toda la historia, es, de acuerdo a mi humilde creencia, el mayor de los milagros en favor del Islam ⁽⁶⁾. El califa omeya Omar Ibn Abdul Aziz reedificó el templo ⁽⁷⁾, y la majestuosa mezquita de Jerusalén permanece, y permanecerá hasta el fin del mundo, como un monumento perpetuo a la autenticidad del pacto que Allah hizo con Abraham e Ismael (Génesis 15 a 17).

[1] «Ahmad», de la misma raíz árabe «hamida», «alabar» de donde deriva también el nombre «Muhammad», es otro de los nombres del Profeta del Islam. Con este nombre se lo designa en una oportunidad en el Sagrado Corán, siendo el nombre con que lo anunció Jesús (P) (Cfr. Corán 61:6), «Ahmad» está construido según el paradigma del superlativo en lengua árabe y significa «el muy alabado», cuya traducción en griego sería *Periclitas*. (Nota del Editor en español)

[2] En castellano existe el vocablo perínclito, que deriva del griego y significa muy ínclito», siendo «ínclito»: «preclaro», «ilustre», «famoso», todo lo cual implica el sentido de «muy alabado» (Ahmad). (Nota del Editor en español)

[3] La *shim* hebrea muda a *sin* en árabe. Por ejemplo *Moshe* (Moisés) se dice *Musa*; *shalom* (Paz) se dice *salám*. La raíz *slm* indica la idea de paz, salvación, seguridad, salud; y en su forma *aslama* significa someterse a la voluntad divina para obtener la paz y la salvación y salud espiritual, que se resume en su nombre de acción Islam. (Nota del Editor en español)

[4] Este versículo coránico se refiere al episodio del viaje nocturno del Profeta Muhammad (BPD) de La Meca a Jerusalén y su ascensión desde allí a los cielos, las regiones superiores del ser. Este acontecimiento tuvo lugar en el año 7^a de la misión profética, y fue confirmado por referencias que el Profeta dio de Jerusalén, a la que no conocía, o de la existencia y características de caravanas que esa noche se dirigían a La Meca y que él vio en su viaje maravilloso. (Nota del Editor en español)

[5] La Septuaginta (*septuagésima*) es la primera versión en lengua griega de las escrituras judías que fue compuesta» según es tradición, hacia el 230 a.C. en

Aleandría por un grupo de 72 sabios del judaísmo, seis por cada tribu de Israel. Esta versión (que originalmente habría incluido solo el Pentateuco), es sin duda la más antigua en griego, y tuvo mucha relevancia entre los judíos helenistas y hasta hoy día en la iglesia ortodoxa cristiana. (Nota del Editor en español)

[6] Es un hecho registrado por la historia que el nombre «Muhammad» no era utilizado por los árabes con anterioridad al Islam. No obstante la madre del que luego sería el Profeta, le dio a su hijo único (huérfano de padre desde antes de nacer) ese nombre, que no tenía antecedentes. Esto es considerado una prueba del cumplimiento de los anuncios divinos sobre el Profeta del Islam. (Nota del Editor en español)

[7] Se refiere a la mezquita de la Roca, cuya cúpula dorada es hoy símbolo de la ciudad santa de Jerusalén. Esa cúpula dorada cubre una roca que conserva una huella del pie del Profeta, pues desde allí ascendió al cielo. El califa Omar Ibn Abdul Aziz ofreció a los judíos y cristianos reconstruir el Templo antiguo, y ante su negativa, procedió a edificar allí la Mezquita que mencionamos. (Nota del Editor en español)

II. LA CUESTIÓN DE LA PRIMOGENITURA Y EL PACTO

Hay una muy antigua discusión religiosa entre los ismaelitas y los israelitas acerca de la cuestión de la primogenitura y el pacto. Los lectores de la Biblia y el Corán están familiarizados con la historia del gran profeta Abraham y sus dos hijos Ismael e Isaac. La historia de la misión de Abraham que provenía de Ur de los caldeos, y la de sus descendientes hasta la muerte de su nieto José en Egipto, está relatada en el libro del Génesis. Según se registra allí su genealogía, Abraham es el vigésimo descendiente desde Adán, y contemporáneo de Nimrod, quien edificó la colosal torre de Babel.

El principio de la historia de Abraham en Ur de Caldea, aunque no está mencionada en la Biblia, fue registra por el famoso historiador judío Flavio Josefo en sus «Antigüedades», y también confirmada por el Corán ⁽¹⁾, Pero la Biblia no dice expresamente que el padre de Abraham, Tere (Terah), era idólatra (Josué 24:2-14). Abraham manifestó su amor y fidelidad a Dios cuando entró al templo y destruyó todos los ídolos e imágenes allí dentro, mostrándose así un verdadero precursor de su ilustre descendiente Muhammad ⁽²⁾, Abraham salió ileso y triunfante del pozo de niego donde fue arrojado por orden de Nimrod (Cft Corán 21:68 y sig.). Dejó su tierra nativa para ir a Harán en compañía de su padre y su sobrino Lot. Tenía 75 años cuando su padre murió en Harán. En obediencia y en absoluta resignación al llamado divino, dejó su país y empezó un largo y variado viaje hacia la tierra de Canaán, Egipto y Arabia. Su mujer Saráh era estéril. No obstante Dios le anuncia que está destinado a convertirse en padre de muchos pueblos, que todos los territorios que vaya a atravesar le serán dados como herencia a sus descendientes y que «por su semilla todas las naciones de la tierra serán bendecidas». Esta promesa única y maravillosa en la historia de la religión fue sostenida con una fe inquebrantable por parte de Abraham, quien no tenía descendencia. Cuando fue conducido fuera para que mirara el cielo nocturno y Al.lah le dice que su posteridad sería tan numerosa como las estrellas e incontable como los granos de arena de las playas marítimas, Abraham le Creyó. Y fue esta creencia en Dios la que «fue contada por justicia», como dicen las Escrituras.

Una pobre y virtuosa muchacha egipcia, llamada Agar, era una esclava y doncella al servicio de Sarah. Por invitación de Sarah la doncella se casa debidamente con el profeta y de esta unión nace Ismael, como fue anticipado por el Ángel. Cuando Ismael tiene 13 años Al.lah se aparece nuevamente a Abraham por medio de SuÁngel y la revelación. A Abraham se le repite la misma antigua promesa. El rito de la circuncisión es establecido formalmente e inmediatamente ejecutado, Abraham a los noventa años, Ismael y todos los servidores masculinos son circuncidados y es hecho y sellado el Pacto entre Dios y Abraham con su único vástago varón, con la sangre de la circuncisión como señal o prueba del mismo. Este fue como un tratado concluido entre el cielo y la tierra prometida en la persona de Ismael como único vástago del

nonagenario patriarca. Abraham promete lealtad y fidelidad a su Creador, y Dios promete ser para siempre el Protector y Dios de la posteridad de Ismael.

Más tarde, cuando Abraham tiene noventa y nueve años y Sarah noventa, encontramos que ella también tiene un hijo cuyo nombre es Isaac, de acuerdo también a una promesa divina.

Como en el libro del Génesis no se observa ningún orden cronológico, se nos dice que después del nacimiento de Isaac, Ismael y su madre fueron echados y despedidos por Abraham de una manera muy cruel, simplemente porque Sarah así lo deseaba ⁽³⁾. Ismael y su madre desaparecen en el desierto. Brota una fuente de agua cuando el niño está a punto de morir de sed, con lo cual se salva. No se escucha nada más de Ismael en el libro del Génesis, excepto que se casó con una egipcia y que cuando Abraham murió estuvo presente junto con Isaac para enterrarlo.

Luego el libro del Génesis continúa con La historia de Isaac, de sus dos hijos, la descendencia de Jacob en Egipto y finaliza con la muerte de José.

El siguiente suceso importante en la historia de Abraham como la registra el Génesis (Cap. 22) es el ofrecimiento de «su único hijo, como sacrificio a Dios, pero que fue redimido por un camello que le fue presentado por un ángel. Como dice el Corán, **«ésta era la prueba manifiesta»** (Corán 37:106), pero su amor por Dios sobrepasaba todo otro afecto. Y por esta razón es llamado «el amigo de Allah» (Corán 4:125),

Tal es la breve descripción del relato de Abraham en relación al tema que nos ocupa de la primogenitura y el pacto.

Hay tres puntos definidos que deben ser aceptados como ciertos por todo creyente en Dios. El primero es que Ismael es hijo legítimo de Abraham, su primogénito, y por lo tanto su reclamo de la primogenitura es totalmente justo y lícito. El segundo punto es que el Pacto fue hecho entre Dios y Abraham como así también con su único hijo Ismael, antes de que naciera Isaac. El Pacto y la institución de la circuncisión no tendría ningún valor o sentido si no es por la repetida promesa contenida en las palabras divinas: *«A través tuyo todas las naciones de la tierra serán bendecidas»*, y especialmente la expresión, la semilla *«que saldrá de tu vientre, él te heredará»* (Génesis 15:4). Esta promesa se cumplió cuando nació Ismael (Génesis 16), y Abraham tuvo el consuelo de que su principal sirviente, Eliezer, ya no sería su heredero. En consecuencia debemos admitir que Ismael fue el verdadero y legítimo heredero de la dignidad y privilegio espiritual de Abraham. La prerrogativa de que *«por medio de Abraham todas las generaciones de la tierra serán bendecidas»*, repetido tan a menudo bajo distintas formas, era la herencia por medio de la primogenitura, lo cual era patrimonio de Ismael. La herencia a la que Ismael fue autorizado por primogenitura no era la tienda en la cual vivía Abraham o un camello

determinado que usaba éste para cabalgar sino el dominio y ocupación para siempre de todos los territorios que se extienden desde el Nilo al Eufrates, los cuales estaban habitados por unos diez pueblos distintos (Gen. 17:18-21). Estas tierras nunca han sido dominadas por los descendientes de Isaac, sino por los descendientes de Ismael. Este es un cumplimiento real y literal de una de las condiciones contenidas en el Pacto.

El tercer punto es que Isaac también nació milagrosamente y especialmente bendecido por el Todopoderoso, y que la tierra de Canaán fue prometida para su pueblo y realmente ocupada bajo Josué. A ningún musulmán se le ocurre desmerecer la posición sagrada y profética de Isaac y de su hijo Jacob, porque desmerecer o rebajar la posición de un Profeta es una impiedad. Cuando comparamos a Ismael e Isaac no podemos sino reverenciar a ambos como santos siervos de Dios. En realidad el pueblo de Israel, con su ley y sus Escrituras sagradas, ha tenido una historia religiosa única en el mundo antiguo, fueron el pueblo elegido de Dios. Aunque ese pueblo se ha rebelado a menudo contra Dios, y caído en la idolatría e impiedad, no obstante han dado al mundo miríadas de profetas y hombres y mujeres virtuosos.

Hasta aquí no podría haber ningún punto de controversia real entre los descendientes de Ismael y el pueblo de Israel. Porque si por «bendición» y «primogenitura» se entiende solamente alguna posesión y poder material, la disputa sería zanjada, como ha sido zanjada, por la espada y el hecho consumado de la ocupación árabe de las tierras prometidas. No. Hoy día hay un punto fundamental de disputa entre las dos naciones que existen hace unos cuatro mil años, y ese punto es la cuestión del Mesías y Muhammad. Los judíos no ven el cumplimiento de las llamadas profecías mesiánicas en la persona de Jesús o en la persona de Muhammad. Los judíos siempre se mostraron celosos de Ismael porque saben muy bien que en él fue hecho el Pacto, y que con su circuncisión estuvo concluido y sellado. Y es por este rencor o inquina que sus escribas o doctores de la ley han adulterado o interpolado muchos pasajes en sus Escrituras. Borrar el nombre de Ismael de los versículos segundo, sexto y séptimo del capítulo 22 del libro del Génesis e insertar en su lugar el de Isaac, y dejar el epíteto «tu único hijo engendrado», es negar la existencia de Ismael y violar el Pacto hecho entre Dios y él. Expresamente dice Dios en ese capítulo: «Por cuanto no me has rehusado tu único hijo, te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar», siendo que la palabra «multiplicaré» fue usada por el Ángel con Agar en el desierto. «Y te multiplicaré (*multiplicaré tu descendencia*) en gran manera», además de decirle que «*Ismael será un hombre prolífico*» (Gen. 16:12). Pero los cristianos han traducido la palabra hebrea que significa «prolífico», «abundante» —del verbo «para», igual al árabe «uafera»— como «ognero», es decir, «asno salvaje», o «asno silvestre». ⁽⁴⁾

Es muy notable que el mismo Jesús, como lo relata el Evangelio de Bernabé ⁽⁵⁾, reprendió a los judíos que decían que el gran mensajero, a quien llamaban «el

Mesías» vendría de la línea del Rey David, haciéndoles ver que no podía ser el hijo de David porque David le llama «su señor», y luego explica cómo sus padres habían alterado las Escrituras, y que el Pacto fue hecho con Ismael y no con Isaac, y que fue Ismael el ofrecido como sacrificio a Dios y que la expresión «tu único hijo» se refiere a Ismael y no a Isaac. San Pablo, que pretende ser un apóstol de Jesús, usa palabras irreverentes para con Agar (Gálatas 4:21-31 y otros versículos) e Ismael, contradiciendo abiertamente a su maestro. Este hombre ha hecho todo lo que podía para pervertir y engañar a los cristianos a quienes acostumbraba perseguir antes de su conversión. Y dudo mucho que el Jesús de Pablo no pueda ser cierto Jesús, también hijo de una María, que fue colgado de un árbol alrededor de un siglo antes del Mesías por sus pretensiones mesiánicas. En efecto, las Epístolas de San Pablo, como se nos presentan, están llenas de doctrinas, totalmente repugnantes al espíritu del Antiguo Testamento, como así también respecto a las del humilde profeta de Nazaret. San Pablo era un fariseo fanático y legista judío. Después de su conversión al cristianismo parece haberse vuelto incluso más fanático que nunca. Su odio hacia Ismael y su reclamo sobre la primogenitura le hace olvidar o pasar por alto la Ley de Moisés que prohíbe a un hombre casarse con su hermana bajo la pena de muerte. Si Pablo estaba inspirado por Dios hubiera denunciado el libro del Génesis como lleno de falsificaciones cuando dice dos veces que Abraham era el marido de su hermana (12:10-20, 20:2-18), para citar sólo un caso.

Pero él cree en las palabras del libro, y su conciencia no le atormenta en lo más mínimo cuando identifica a Agar con el yermo y estéril desierto del Sinaí y califica a Saráh como la Jerusalén de los cielos (Gal. 4:25-26). ¿San Pablo nunca leyó este anatema de la Ley: *«Maldito el que se acostase con su hermana, hija de su padre o hija de su madre. Y dirá todo el pueblo: Amén»* (Deut. 27:22)? ¿Hay una ley humana o divina que consideraría más legítimo a quien es hijo de su tía y tío que aquel cuyo padre es un caldeo y su madre una egipcia? ¿Tiene alguien algo que decir contra la castidad y piedad de Agar? Por supuesto que no, porque ella era la mujer de un profeta, y la madre de un profeta, y ella misma favorecida con las revelaciones divinas.

El Dios que hizo el Pacto con Ismael prescribe así la ley de herencia, a saber: *«Si un hombre tuviere dos mujeres, la una amada y la otra aborrecida, en el día que hiciere heredar a sus hijos lo que tuviere, no podrá dar el derecho de primogenitura al hijo de la amada con preferencia al hijo de la aborrecida, que es el primogénito. El hijo de la aborrecida y no el de la amada es el autorizado a la primogenitura. En consecuencia el primogénito heredará el doble que su hermana...»* (Deut. 21:15-17). Por lo tanto, ¿no es esta ley lo suficientemente explícita para llamar a silencio a todos los que discuten el justo reclamo o exigencia de la primogenitura a favor de Ismael?

Veamos esta cuestión de la primogenitura de la forma más breve posible: Sabemos que Abraham era un caudillo nómada como así también un Mensajero de Dios, y que acostumbraba a vivir en una tienda y tenía un gran tropel de

ganado y mucha riqueza. Se sabe que los nómades no heredan tierras y pasturas sino que el príncipe asigna a cada uno de sus hijos ciertos clanes o tribus como súbditos o dependientes suyos. Como norma, el más joven hereda la riqueza o tienda de sus padres, mientras que el mayor -a no ser que sea inepto- le sucede en el trono. El gran conquistador mongol Gengis Khan fue sucedido por Oghtai, su hijo mayor, que reinó en Pekín como Jakan, pero su hijo menor permaneció en el hogar de su padre en Karakorum, Mongolia. Sucedió exactamente lo mismo con los dos hijos de Abraham. Isaac, que era el más joven de los dos, heredó la tienda de su padre y se convirtió, igual que él, en un nómada habitando en tiendas. Pero Ismael fue enviado al Hiyaz (en Arabia) a guardar la Casa de Al.lah, que él junto con Abraham habían reedificado (Cfr. Corán, Cap. 2:125-127). Allí se estableció, se convirtió en profeta y príncipe entre las tribus árabes que creían en él. Fue en La Meca, en Bakkah, que la Ka'bah se convirtió en el centro de la peregrinación llamada «al-Hayy». Fue con Ismael que se fundamentó la religión de Al.lah, Verdadero, Uno y Único, y se instituyó la circuncisión. Su descendencia rápidamente aumentó y fue multiplicada como las estrellas del cielo. Desde los días de Ismael hasta el advenimiento de Muhammad, los árabes del Hiyaz, Yemen y otros lugares habían sido independientes y dueños de sus propios países. Los imperios persa y bizantino se mostraron impotentes para someter al pueblo de Ismael. Aunque la idolatría fue introducida con el tiempo, así y todo los nombres de Al.lah, Abraham e Ismael, y el de algunos otros profetas, no fueron olvidados por los árabes. Incluso Esaú, el hijo mayor de Isaac, dejó el hogar de su padre para su hermano más joven Jacob, y habitó en Edom, donde se convirtió en jefe de su pueblo y rápidamente se mezcló con las tribus árabes de Ismael, quien fue tío y suegro suyo. La historia de la venta de la primogenitura de Esaú a Jacob por un plato de lentejas es un sucio engaño inventado para justificar el maltrato atribuido a Ismael. Se alega que «Dios odió a Esaú y amó a Jacob» mientras los mellizos estaban en el vientre de su madre, y que «el hermano mayor estaba para servir al hermano más joven» (Gen. 25; Rom. 9:12-13). Pero extrañamente otro relato, probablemente de otra fuente, muestra el caso precisamente a la inversa de la predicción mencionada, porque el capítulo 33 del Génesis admite claramente que Jacob *servía* a Esaú frente a quien se prosternó siete veces en homenaje, diciéndole «mi señor» y declarándose su «esclavo».

Se relata que Abraham tuvo otros hijos de Qitura (Cetura) y «las concubinas», a quienes dio presentes o regalos y los envió hacia el oriente. Todos éstos se volvieron tribus grandes y fuertes. Doce hijos de Ismael son descriptos y nombrados, siendo cada uno de ellos príncipe con sus ciudades y campos o ejércitos (Gen. 25) Así los hijos de Qitura y otras, de igual modo que los descendientes de Esaú, son mencionados por sus nombres.

Cuando observamos la cantidad de familiares de Jacob al ir a Egipto, que excedía difícilmente las setenta personas, cuando vemos que Esaú le salió al encuentro con una escolta de 400 hombres a caballo armados, cuando vemos las poderosas tribus árabes sometidas a los doce Emires pertenecientes a la

familia de Ismael, y luego cuando vemos al último Mensajero de Al.lah que proclama la religión del Islam, y que todas las tribus árabes en forma unida le aclaman y aceptan su mensaje, y somete a todas las tierras prometidas a los hijos de Abraham, realmente debemos estar ciegos para no ver que el pacto fue hecho con Ismael y la promesa cumplida en la persona de Muhammad (BPD).

Antes de concluir este capítulo quiero atraer la atención de los estudiantes de la Biblia, especialmente de aquellos dedicados a la crítica bíblica superior, hacia el hecho de que algunos de los llamados pasajes y profecías mesiánicas pertenecen a la propaganda en favor de la dinastía davídica después de la muerte del rey Salomón, cuando su reino se dividió en dos. Los dos grandes profetas Elías y Elíseo, quienes prosperaron en el reino de Samaría o Israel, ni siquiera mencionan los nombres de David y Salomón. Jerusalén ya no era el centro de la religión para las diez tribus, y los reclamos davídicos de un reino perpetuo fueron rechazados-

Pero los profetas como Isaías y otros, que estaban ligados al Templo de Jerusalén y la Casa de David, pronosticaron la venida de un gran profeta y soberano.

[1] Abraham (árabe: Ibrahim) es mencionado 69 veces en el Sagrado Corán, y su historia está narrada por partes en distintas partes del Libro Sublime. Ver por ejemplo la sura o capítulo 14 que lleva su nombre. (Nota del Editor en español)

[2] Cfr. Corán 21:58, donde se narra como Abraham destruyó los ídolos de su pueblo. También el Profeta Muhammad (BPD), al entrar triunfante en La Meca, limpió el recinto sagrado de la Ka'bah de ídolos destruyéndolos. (Nota del Editor en español)

[3] Es de hacer notar al anacronismo que existen estos relatos del Antiguo Testamento, lo cual demuestra la alteración de estos pasajes, en cuanto privilegiar a Isaac por sobre Ismael. Un anacronismo obvio es la comparación entre la circuncisión y el abandono de Agar e Ismael en el desierto. En un lugar (Génesis 17:25) se dice que Ismael tiene 13 años cuando es circuncidado (estando aún en casa de Abraham), y en ese mismo capítulo se promete a Abraham el nacimiento de Isaac. Según esto, si Agar e Ismael fueron abandonados después del nacimiento de Isaac y de su destete (Cfr. Génesis 21:8 y ss.), al menos 3 o 4 años más tarde de estos hechos de la circuncisión, Ismael tendría 16 o 17 años. No obstante en el pasaje del abandono de Agar e Ismael (Génesis 21:13 y ss.) se habla de Ismael como de un niño que es «alzado» por su madre, o que llora de sed. Esto indica que la verdad está en la versión coránica: Dios ordena a Abraham llevar y dejar a Agar a Ismael (y no por sugestión de Sarah) en un valle incurso (el valle de La Meca) cuando este último

es aún un niño pequeño, y Abraham no dejó de visitar y vincularse con su hijo primogénito, por ejemplo con motivo de la circuncisión, o para la reconstrucción del Templo de la Ka'bah, etc. (Nota del Editor en español)

[4] En la versión revisada en 1960 de la Biblia de las Sociedades Bíblicas, se dice -hombre fiero-. (Nota del editor en inglés).

[5] El Evangelio de Bernabé es uno de los evangelios considerados apócrifos por las iglesias cristianas. Se conserva solamente una versión en italiano descubierta en el siglo XVII. Hay actualmente traducciones al inglés y otras lenguas occidentales. En este evangelio se expresa con toda claridad el anuncio que el Profeta del Islam realiza Jesús. (Nota del Editor en español)

III. EL MISTERIO DE LA «MISPA»

En este capítulo, como indica el título, intentaré exponer respecto al antiguo culto hebreo de la piedra, que ellos heredaron de Abraham, su gran progenitor, y mostrar que este culto de la piedra fue instituido en La Meca por el patriarca y su hijo Ismael, en la tierra de Canaán a su vez por Isaac y Jacob, y en Moab y otros lugares por los demás descendientes de Abraham.

Por la denominación «culto de piedra» tiene que entenderse, no la adoración de la piedra, lo cual sería idolatría, sino la adoración de Dios en una piedra especialmente consagrada y destinada a ese propósito. En esos lejanos días, cuando la familia elegida llevaba una vida nómada y pastoril, y no tenía ningún lugar de asentamiento donde edificar una casa dedicada especialmente a la adoración de Dios, acostumbraban erigir una piedra particular alrededor de la cual comúnmente hacían una «hayy», es decir, dar vuelta alrededor de la misma siete veces en la forma de una danza circular. La palabra «hayy» podría espantar a los lectores cristianos y estremecerlos debido a su forma árabe y su realización actualmente en la religión musulmana. La palabra «hayy» es idéntica, en sentido y etimología, a la misma palabra en hebreo y otros idiomas semíticos. El verbo hebreo «hagag» es igual al árabe «hayay», habiendo una diferencia solamente en la pronunciación de la tercera letra del alfabeto semítico, «gamal», que los árabes pronuncian como «y» (pronunciar como la ye rioplatense). La Ley de Moisés usa esta misma palabra «hagag» o «haghagh»⁽¹⁾ cuando ordena que se realicen las ceremonias festivas. La palabra significa rodear o contornear un edificio, un altar o una piedra por medio de caminar alrededor de ella con un paso regular al efecto, con el propósito de cumplir con una festividad religiosa de goce y canto. En oriente los cristianos aún practican lo que ellos llaman «higga», ya sea durante los días de fiesta o en las bodas. En consecuencia, esta palabra no tiene nada que ver con «peregrinación», que se deriva de la palabra italiana «pellegrino» y ésta a su vez del latín «peregrinus», que significa extranjero.

Era costumbre de Abraham edificar su altar para la adoración y el sacrificio donde fuera a residir temporalmente. Cuando Jacob estaba camino a Padan Aram y tuvo la visión de una escalera maravillosa, erigió en ese lugar una piedra sobre la que derramó aceite y le llamó Bethel, es decir «la casa de Dios»⁽²⁾. Veinte años más tarde visitó la piedra sobre la que vertió aceite y «vino puro»⁽³⁾, como se registra en Génesis 28:10-22 y Génesis 35:15. Una piedra especial fue erigida como monumento por Jacob y su suegro sobre un cúmulo de piedras llamada en hebreo «Galead» y «laghar Shadutha» por Labán en su idioma arameo, lo cual significa «cúmulo testigo». Pero el nombre propio que ellos dieron a la piedra erigida fue «Mispa» (Génesis 31:45-55), palabra que yo prefiero escribir en su forma árabe exacta, es decir, «Mispha», cosa que hago en beneficio de mis lectores musulmanes.

Esta «Mispha» se vuelve más tarde el lugar más importante de adoración y un centro de las asambleas nacionales en la historia del pueblo de Israel. Fue aquí que Naphthah (Jefté) –un héroe judío– hizo voto «ante el Señor», y después de batir a los amonitas se supone que ha ofrecido su hija única como sacrificio (Jueces 11:9-39). Fue en la «Mispha» que cuatrocientos mil hombres armados de once tribus de Israel se reunieron y «juraron ante el Señor» exterminar a la tribu de Benjamín por un crimen abominable cometido por los benjaminitas de Geba (Gabaa), teniendo éxito en su cometido (Jueces 20 y 21). Y fue en «Mispha» donde fue convocado todo el pueblo por el Profeta Samuel y donde «juraron ante el Señor» destruir todos sus ídolos e imágenes, por lo que fueron salvados de las manos de los filisteos (1 Sam. 7). Fue en «Mispha» donde se reunió el pueblo y Saúl fue elegido rey de Israel (1 Sam. 10). En resumen, cada cuestión nacional importante fue decidida en esa «Mispha» o en Bethel (Bet-el). Parece que estos altares eran edificadas en lugares elevados o sobre una plataforma elevada, generalmente llamada «Ramoht», lo cual significa precisamente «lugar elevado». Incluso después de edificar el majestuoso templo de Salomón se le rindió gran reverencia a las «Misphas». Pero al igual que la Ka'bah en la Meca, a menudo estas «Misphas» fueron llenadas de ídolos e imágenes. Después de la destrucción de Jerusalén y el Templo por los caldeos, las «Misphas» siguieron manteniendo su carácter sagrado, cosa que se prolonga hasta el tiempo de los macabeos durante el reinado de Antíoco ⁽⁴⁾.

Ahora bien, ¿qué significa la palabra «mispa»? Generalmente se traduce como «Torre de observación». Pertenece a esa clase de nombres semíticos –*asma' sarf*– que toman o extraen su denominación de las cosas que encierran o contienen. «Mispa» es el lugar o construcción que deriva su nombre de «sapha», palabra arcaica usada para denominar la «piedra». La palabra usual en hebreo que denomina a la piedra es «iben», y en árabe «hayar». En siríaco piedra es «dipa». Pero «safa» o «sapha» parece ser común a todos ellos cuando un objeto o persona en particular es designado como una «piedra». Por ende el sentido real de «mispa» es el sitio o lugar en que es puesta o fijada la «sapha» o piedra. Se verá que cuando este nombre «mispa» fue dado por primera vez a la piedra erigida sobre un cúmulo de bloques de piedras, a su alrededor no había ningún edificio construido. Es el lugar sobre el que descansa una «sapha» lo que se llama «mispa».

Antes de explicar el significado del nombre «sapha», tengo que abusar de la paciencia de aquellos lectores que no están familiarizados con el hebreo. El idioma árabe carece del sonido «p» en su alfabeto, cosa que no sucede con el hebreo y otros idiomas semíticos, en los que la letra «p», igual que la «g», es a veces débil y se pronuncia como «i» o «ph». En inglés, como norma, las palabras griegas y semíticas que contienen el sonido «f» son transliteradas y escritas con «ph» en lugar de «f», como por ejemplo *Seraph*, *Mustapha*, *Philosophy*, etc. Es de acuerdo a esta norma que prefiero escribir «safa» en la forma «sapha».

Cuando Jesús le dio por nombre a su primer discípulo, que se llamaba Shimon (Simón), el significativo título de «Petros» (Pedro), evidentemente debió tener presente esta antigua «sapha» sagrada, que estaba perdida desde hacía mucho tiempo. Pero, desgraciadamente, no podemos exponer exactamente las palabras precisas que utilizó Jesús en su idioma. La forma griega «Petros» en el género masculino —«Petra» en el femenino—, es tan no-clásica, tan no-griega, que uno se queda muy asombrado de verla adoptada por las iglesias. Jesús o cualquier otro judío, ¿soñó alguna vez con llamar al pescador Bar Yona, «Petros»? Decididamente no. La versión siríaca llamada «Pshittha» ha expresado con frecuencia esta forma griega como «Kipa». Y el hecho de que incluso el texto griego ha preservado el nombre original «Kephass», que la versión inglesa ha reproducido en la forma de «Cephas», muestra que Jesús hablaba el arameo y dio el nombre de «Kipa» a su principal discípulo.

Las antiguas versiones árabes del Nuevo Testamento han escrito frecuentemente el nombre de San Pedro como «Shamun as-Sapha», es decir, «Simón la Piedra». Las palabras de Jesús: «Tú eres Pedro», etc., tienen suequivalente en la versión árabe en la forma de «Antas-Sapha» (Mateo 16:18, Juan 1:42, etc.).

Se deduce por lo tanto que si Simón es la «Sapha», la iglesia que iba a ser edificada sería naturalmente la «Mispha». Que Jesús comparara a Simón con la «Sapha» y a la iglesia con «Mispha» es muy notable. Así, habiendo dado a conocer el misterio oculto en esta similitud y la sabiduría corporizada en la «Sapha», no queda sino aceptar como una de las verdades más maravillosas el gran mérito del título por antonomasia de Muhammad: es «Mustafá».

A lo dicho antes nuestra curiosidad podría plantear las siguientes cuestiones: a) ¿Por qué los musulmanes y los unitaristas descendientes de Abraham eligieron una piedra para cumplir con servicios religiosos, alrededor o sobre ella? b) ¿Por qué esta piedra particular fue llamada «sapha»? c) ¿Qué está impulsando su autor?, y quizás varias otras.

La piedra fue elegida como el material más conveniente sobre el cual podía ofrecer su sacrificio el viajero devoto, derramando su aceite y vinos puros, cumpliendo el servicio religioso alrededor de ella. Más aún, esta piedra era erigida para conmemorar los votos hechos y ciertas promesas que un profeta u hombre virtuoso hacía a su Creador, así como las revelaciones recibidas de Dios. En consecuencia era un monumento sagrado de un gran evento religioso. Para tal propósito ningún otro material podía aventajar a la piedra. No solamente la solidez y durabilidad de la piedra la hacía conveniente a ese objeto, sino que su misma simplicidad, su existencia por todas partes y sin valor monetario en un lugar solitario, sería una garantía contra cualquier impulso de avaricia humana o enemistad para robarla o destruirla. Como es bien conocido, la ley de Moisés prohíbe picar o tallar las piedras del altar. La piedra llamada «sapha» debía ser dejada completamente en estado natural. Sobre la misma no se hacía ninguna

inscripción, tallado de imágenes, labrado, etc., para que nadie la adorara, especialmente cuando pasara por allí gente ignorante. Oro, hierro plateado o cualquier otro metal, no podía responder a todas esas cualidades contenidas en la simple piedra. Se debe entender, por lo tanto, que el material *más puro, más duradero, más conveniente y más seguro* para un monumento religioso y sagrado no podía ser otro que la piedra.

La estatua de bronce fundido de Júpiter adorada por el pagano pontífice máximo romano fue sacada del panteón y refundida en la imagen de San Pedro por orden de un soberano pontífice cristiano. En realidad, la sabiduría que toma cuerpo en la «sapha» es admirable y de gran valor para todos aquellos que no adoran nada fuera de Dios.

Se debe mencionar también que no sólo la «sapha» erigida era un monumento sagrado, sino incluso el lugar en que se encontraba y sus alrededores. Es por esta razón que el «hayy» (peregrinación) islámico, como la «higga» hebrea, se cumple alrededor de la edificación donde está colocada la piedra sagrada. Se sabe que los karámatas ⁽⁵⁾ que se llevaron la piedra negra de la Ka'bahy la tuvieron en su tierra durante unos veinte años, fueron obligados a devolverla y ponerla nuevamente en su anterior lugar porque no podían apañar a los peregrinos de la Meca. Sí hubiese sido de oro o de otro elemento precioso, podría no haber existido hasta el presente ⁽⁶⁾. Incluso si hubiera tenido grabadas imágenes habría sido destruida por el propio Profeta Muhammad.

En cuanto al sentido o más bien sentidos de la «isapha», ya me he referido a ellos como cualidades de la piedra.

La palabra se compone de las consonantes «sádi» y «pi», finalizando con la vocal «hi» tanto como verbo y nombre. En su paradigma «qal» significa «purificar» «lavar», «contemplar desde cierta distancia» y «elegir, preferir». También tiene el sentido de «ser firme» y «segura». En su forma paradigmática «pi'el», que es causativa, significa simplemente «hacer una elección, llevar a elegir», etc. ⁽⁷⁾

La persona que observaba desde una torre era llamado «sophi» (2 Reyes 9:17, etc.). En los tiempos antiguos, es decir, antes de la construcción del templo de Salomón, el profeta u «hombre de Dios» era llamado «Roí» o «Hozí», que significa «el profeta» o «vidente» (1 Samuel 9:9). Los hebreos eruditos, por supuesto, están familiarizados con la palabra «Msaphpi» o más bien «Msappi», que ortográficamente es equivalente a la palabra árabe «Musaphphi», que significa «el que se esfuerza por elegir lo que es puro, sólido y firme», etc. El observador en la torre de Yizrael, como citamos antes, estaba observando y controlando cuidadosamente desde una gran distancia para distinguir un grupo de personas que venía hacia la ciudad. Vio al primer mensajero del rey que llegó al grupo, pero no volvió. Lo mismo sucedió con el segundo y tercer enviado. Fue más tarde que el «sophi» pudo distinguir al jefe del grupo como Jehí, Entonces,

¿cuál era el trabajo y oficio de ese observador? ¿Era observar agudamente desde cierta distancia para distinguir a distintas personas con el objeto de conocer su identidad y comprender sus movimientos lo más posible para luego informar de ella al rey? Si a la pregunta sobre el trabajo y oficio del solitario «sophi» de la «Mispa» la respuesta fuera que simplemente acostumbraba observar desde la cuna de la misma con el objeto de distinguir la identidad de los peregrinos en el desierto, o que la observación se hacía con el objeto de prevenir algún peligro, ello no dejaría satisfecho a un investigador inquieto. Sí fuese así, la «Míspa» perdería su carácter religioso y sagrado y más bien asumiría la de una torre de observación militar. Pero el caso del «sophi» de la «mispa» era realmente distinto. Originalmente la «mispa» era solamente un simple altar en un lugar solitario y elevado, donde el «sophi» acostumbraba vivir con sus colaboradores y familia. Después de la ocupación y conquista de la tierra de Canaán por Israel, aumentó el número de «mispas» y rápidamente se volvieron grandes centros religiosos, desarrollándose como instituciones de estudio y cofradías. Eran parecidas a las cofradías islámicas sufíes, cada una de las cuales está bajo la dirección de su propio Sheij o Murshid. La «mispa» involucraba escuelas donde se enseñaban la ley, la religión, la literatura hebrea y otras ramas del conocimiento. Pero por encima de ese trabajo educacional, el «sophi» era la cabeza suprema de la comunidad de iniciación a quienes acostumbraba instruir y enseñar la religión mística o esotérica que nosotros conocemos con el nombre de «Sophia». En realidad, lo que denominamos hoy día sufís entonces eran llamados «nbiin» o «profetas», y lo que en el Islam se denomina «takkas», «dhikr» o invocación en la plegaria, ellos solían llamarlo «profecía» ⁽⁸⁾. En época del profeta Samuel, siendo éste la cabeza del estado como así también de las instituciones de la «mispa», los discípulos e iniciados se habían vuelto muy numerosos. Y cuando Saúl fue ungido y coronado, el se unió al «dhikr» o prácticas religiosas de invocación que realizaban los iniciados y fue anunciado por todas partes: «Observen a Saúl también entre los profetas». Y este dicho se volvió proverbio, porque él también estaba profetizando con el grupo de los profetas (1 Samuel 10:9-13). Entre los hebreos el sufismo continuó siendo una fraternidad religiosa esotérica bajo la supremacía del profeta del momento, basta la muerte del rey Salomón. Después de la división del reino en dos, parece que también hubo un gran cisma entre los *sufíes* ⁽⁹⁾. En la época del profeta Elías, alrededor de 900 años antes de Jesús, se nos dice que era el único profeta que quedaba y que todos los demás fueron muertos. Y que fueron 850 los profetas de Baal e Ishra (Asera) que «comieron en la mesa de la princesa Jezabel» (1 Reyes 19:19). Pero solamente unos cuantos años más tarde, el discípulo y sucesor de Elías, el profeta Elíseo, en Bethel y Jericó es abordado por los «hijos de los profetas» (2 Reyes 2:3) quienes le pronostican La inminente ascensión de su maestro Elías.

Cualquiera haya podido ser la posición de los «sufis» hebreos después del gran cisma religioso y nacional, lo cierto es una cosa, es decir, el verdadero conocimiento de Dios y la ciencia esotérica de la religión fue preservada hasta la aparición de Jesús, quien edificó su comunidad de los iniciados en la religión

interior sobre Simón la «Safa», y que los verdaderos «Sufis» o videntes de la «mispa» cristiana perpetuaron este conocimiento y lo cuidaron hasta la aparición del Elegido de Al.lah, Muhammad, «al-Mustafá» (el Elegido, Purificado), el «Mustafi» hebreo.

Como ya dije antes, la Biblia menciona numerosos profetas ligados a las «mispas», pero tenemos que comprender correctamente que, como lo dice el Corán claramente, «*Dios sabe bien a quien confiar Su Mensaje...*» (6:12). El no derrama el don de la profecía sobre una persona debido a sus títulos nobiliarios, riquezas, o incluso piedad, sino que lo hace para Su Sabiduría y Voluntad ignota. La fe y todas las obras de piedad, meditación, ejercicios espirituales, plegarias, ayuno y conocimiento divino, pueden llevar a un novicio a convertirse en un «murshid» espiritual o guía, con el rango de un santo, pero nunca a la condición de profeta. Porque la profecía no se obtiene mediante el esfuerzo sino que es un regalo o don de Dios. Incluso entre los profetas hay unos pocos que fueron Mensajeros favorecidos con un Libro especial, y comisionados a dirigir a cierto pueblo, o con una misión particular. Por lo tanto, el término «profetas» como se usa en las Escrituras hebreas, es a menudo ambiguo.

También debo señalar en relación a esto que probablemente la mayoría del material de la Biblia fue el trabajo o producto de estos «mispas» antes del cautiverio de Babilonia o incluso con gran anterioridad al mismo, pero después ha sido revisado por manos desconocidas y ha tomado la forma en que lo tenemos actualmente.

Quedan por decir unas pocas palabras acerca del sufismo musulmán y la palabra griega «sofía» (sabiduría), aunque una discusión profunda de estos dos sistemas de elevado conocimiento cae fuera del ámbito de este capítulo. Filosofía, en el sentido amplio del término, es el estudio o ciencia de los primeros principios de la existencia- En otras palabras, trasciende el límite de lo físico para estudiar el ser puro, dejando detrás el estudio de las causas o leyes de lo que sucede o se ve en la naturaleza. Hace los mayores sacrificios por encontrar la verdad. El sufismo musulmán es la meditación contemplativa sobre Al.lah en la propia alma, y se esfuerza al máximo por lograr una unión entre ambos (Al.lah y el alma del buscador). La superioridad de la Sofía islámica respecto de la filosofía griega es manifiesta, dada la perspectiva desde la que hace su observación. Y es decididamente superior al celibato y monasticismo cristiano dada la indiferencia hacia la conciencia y la creencia de otras personas. Un «sophi» (sufi) musulmán siempre abriga respeto por otros religiosos, se ríe de la idea de «herejía», y detesta toda persecución y opresión. La mayoría de los santos cristianos fueron perseguidores de herejías o perseguidos por heréticos, y su celebridad consiste en su exceso de intolerancia. Desgraciadamente, esto es muy cierto.

Como una observación secundaria me gustaría agregar que los autores musulmanes siempre han escrito la palabra griega «filosofía» en la forma

«falsafa», con la letra «sin» en lugar de «sad» o «tzadi», que son las letras con que se escriben las palabras «sapha» y «suphi» en hebreo y árabe. Yo creo que esta forma fue introducida en la literatura árabe por los traductores asirios que previamente pertenecían a la secta nestoriana. Los turcos escriben el nombre de Santa Sofía de Constantinopla con «sad», pero «filosofía» con «sin», como el «samekh» de los hebreos. Yo creo que la «Sophia» griega tiene que ser identificada etimológicamente con la palabra hebrea. Y la idea de que la palabra árabe «sufiah» (sufismo) se deriva de «suf» –que significa «lana»– debería ser dejada de lado.

La verdadera «Sophia» –sabiduría–, el verdadero conocimiento de Dios, la verdadera ciencia de religión y moral, y la infalible elección del último Mensajero de Al.lah de entre todos Sus Mensajeros, pertenecían a la antigua institución de Israel llamado «mishpa», hasta que fue transformada en la «mispha» de la «nassara», es decir de los cristianos. En realidad es maravilloso ver cuan completa es la analogía y como la economía de Dios respecto a Su trato con el hombre es llevada con un orden y uniformidad absoluta. La «mispha» es el filtro donde todos los datos y personas son futrados por el «Musaphphi (en hebreo, «Mosappi»), como por un colador (porque tal es el sentido de la palabra). Así lo genuino se distingue y es separado de lo falso, y lo puro se separa de lo impuro. No obstante la sucesión de siglos y las miríadas de profetas que fueron y vinieron, aún el «Mustapha», el Elegido, no había aparecido. Entonces aparece el bendito Jesús, pero es rechazado y perseguido porque ya no existe en Israel esa «Mispha» oficial que le habría reconocido y anunciado como un verdadero mensajero de Dios, enviado para testimoniar que el «Mustapha» era el último profeta que vendría después de él. La «gran asamblea de la sinagoga» convocada e instituida por Ezra y Nehemías, cuyo último miembro fue Simeón el justo, muerto hacía el 310 a.C. fue sucedida por el supremo tribunal de Jerusalén, llamado Sanhedrín. Pero esta junta, cuyo presidente era el «Nassi» o el príncipe, condenó a Jesús a morir porque no reconocía su persona y la naturaleza de su misión. De todos modos, unos pocos sophis conocían a Jesús y creían en su misión profética, pero la multitud en un momento dado lo confundió con el «Mustapha» o el elegido Mensajero de Al.lah y le aclamaron rey, aunque él se esfumó y desapareció de entre ellos. Jesús no era el «Mustapha» pues de otro modo sería ridículo hacer de Simón la «Sapha» y de su iglesia la «Mispha», dado que el deber de la «Mispha» era *observar y esperar* al último Mensajero de modo que cuando llegase fuera proclamado como el Escogido y el Elegido, es decir, el «Mustapha». Si Jesús hubiese sido el «Mustapha» ya no hubiera habido necesidad de la institución de la «Mispha». Esta es una materia muy interesante y profunda y merece un estudio paciente. Muhammad, Al-Mustafa, es el misterio de la «Mispha» y el tesoro de la «Sophia» (sabiduría).

[1] A diferencia de los árabes, tanto el hebreo como los otros pueblos arameos, no tienen el sonido «y» en su alfabeto. Su tercer letra, «gama!», cuando es fuerte tiene el sonido «g» y cuando es débil o aspirada se vuelve gutural y suena «gh». En el árabe hablado actual, el importante dialecto egipcio incluso pronuncia «g» la «y» (se refiere a la ye como se pronuncia en el Río de la Plata, o la «j» del inglés en John).

[2] Compárese con el árabe «beitul.lah», -la casa de Dios», con que se designa el Templo de la Ka'abah en la Meca.

[3] El autor acota en una nota al pie que el vino no estaba prohibido al pueblo de Israel. No obstante la opinión del Islam es que la prohibición del embriagante en general acompañó a todos los mensajes divinos. Lo que es seguro es que el embriagante está prohibido en el Antiguo Testamento a los sacerdotes, por lo cual puede suponerse que el consumo por parte del pueblo era una trasgresión a partir de una adulteración o desobediencia de la verdadera tradición revelada. También se ha sostenido que -vino- aquí designa a una bebida no embriagante. (Nota del Editor en español)

[4] La Biblia que yo consulto no contiene los así llamados deuterocanónicos o apócrifos del Antiguo Testamento. Se trata de una Biblia (en hebreo) publicada por la Sociedad Bíblica Americana, New York, 1893.

[5] Se trata de un grupo ismaelita desviado que atacó La Meca y robó la piedra negra en el siglo XI, conservándola en su poder durante 30 años para luego devolverla ante la presión ejercida por los fatimíes de Egipto. (Nota del Editor en español)

[6] Aclaremos que la piedra negra no tiene para los musulmanes la significación que le asignan algunos escritores occidentales, orientalistas o historiadores que repiten antiguos prejuicios. La piedra negra está engarzada en el ángulo oriental de la Ka'bah y sirve como mojón para contar el inicio de cada una de las circunvalaciones al templo. Desde luego que no se la adora, y tiene sólo el valor de antigua reliquia que, según es tradición, representa el alma humana, habiendo sido blanca en los orígenes aunque ahora se encuentra ennegrecida por los pecados humanos. (Nota del Editor en Español)

[7] Aclaremos, para hacer más comprensible este párrafo al lector occidental no familiarizado con la estructura de las lenguas semíticas, como el hebreo, el arameo y el árabe, que en estos idiomas se parte siempre de una raíz (verbal), generalmente de tres letras, con un determinado significado. A partir de esta raíz, sometida a ciertas transformaciones que siguen precisas formas o paradigmas, se obtienen toda una serie de verbos y palabras asociadas al significado semántico inicial. De esta forma cada raíz da origen a toda una familia de palabras (a veces muy extensa), de significados semánticamente cercanos. (Nota del Editor en español)

[8] Aquí el autor desarrolla una serie de conceptos que requieren algunas aclaraciones. Las cofradías sufíes son en el Islam la expresión de la aspiración espiritual del hombre, de su búsqueda de Dios. No han dejado sin embargo de producirse desvíos en algunas de estas cofradías respecto de sus intenciones originales. Normalmente estas comunidades están bajo la dirección de un *Sheij* o *Murshid* (maestro, director espiritual), o varios que se suceden en el curso del tiempo, y su práctica central es el recuerdo de Dios, el «dhikr», para lo cual se reúnen en lugares llamados «tekkas» (turco) o «zauiah» (árabe). La palabra *sufi* (así como *tasauuf*, o *sufíah*, es decir «sufismo») se hace derivar de *suf*, «lana» (por la vestimenta de tal material que utilizaban estos místicos en cierta época). Lo más firme, sin embargo, es que derive de *safá*, «ser claro, limpio, puro», raíz árabe en la cual también encontramos *asfa*, «cavar hasta encontrar la roca». El *sufi* sería según esta última etimología, el purificado. Pero también se ha pretendido emparentar este término árabe con el griego «sophia», «sabiduría». Como vemos el autor vincula en este lugar todas estas raíces y términos. En cuanto a la asimilación que hace de los sufíes con los profetas, cabe recordar que entre los judíos se llamaba «profetas» no sólo a los enviados divinos inspirados por Dios para enmendar a los hombres y enseñarles el camino recto, sino también a ciertos hombres que, animados de fervor religioso, se ejercitaban en la práctica de todas las virtudes y la observancia religiosa. Debemos aclarar no obstante que para el Islam no es en absoluto lo mismo un profeta que un hombre dedicado a la vida espiritual, pues en el primer caso hay una designación y una guía divina directa para el cumplimiento de una misión entre los hombres, lo que no pasa con los espirituales. El Profesor Dawud equipara entonces a aquellas cofradías de «profetas» como las designa el Antiguo Testamento, hombres dedicados a la vida espiritual, con las cofradías de sufíes del Islam» y en este contexto señala que «profetizar» era la realización de las prácticas del recuerdo de Dios que conducen al éxtasis, lo cual es muy diferente del ejercicio de su función que realizan los verdaderos Profetas designados por Dios. (Nota del Editor en español)

[9] Es decir: la cofradía de los «profetas», no los sufíes del Islam. (Nota del Editor en español)

IV. MUHAMMAD ES EL «SHILOH» (SILO)

Jacob, el nieto de Abraham, yace enfermo en cama. Tiene 147 años y se aproxima rápidamente al fin de su vida. Reúne a sus doce hijos y sus familias en su habitación. Bendice a cada uno de sus hijos y pronostica el futuro de su tribú. Ello es conocido comúnmente como «el testamento de Jacob», y está escrito en un estilo hebreo elegante, con un toque poético. Contiene algunas palabras que solamente aparecen allí y en ninguna otra parte de la Biblia. El testamento recuerda los variados sucesos en la vida de un hombre que tuvo muchos altos y bajos. Habla de haberse aprovechado del hambre de su hermano y comprado el derecho a la primogenitura por un plato de lentejas, de haber engañado a su anciano padre ciego y obtenido la bendición que por primogenitura correspondía a Esaú. Sirvió siete años a otro para casarse con Raquel, pero fue engañado por el padre de ésta, quien lo casó con la hermana mayor, Lea, de modo que tenía que servir por otros siete años para poder casarse con Raquel. La masacre de toda la población masculina (de Salem) por parte de Simeón y Leví, hijos de Jacob, debido a la violación cometida por Siquem, príncipe de la ciudad, a la hermana de ambos. Dina, había afligido profundamente a Jacob. La vergonzosa conducta de su primogénito, Rubén, deshonorando la cama de su padre al acostarse en la misma con la concubina del mismo, nunca fue olvidado ni perdonado por Jacob. Pero la aflicción más grande que cayó sobre Jacob después de la pérdida de su querida esposa Raquel, fue la desaparición durante muchos años de su hijo favorito, José. Su descenso a Egipto y su encuentro con José le produjo una gran alegría y la recuperación de la visión perdida, Jacob fue un profeta, llamado por Dios «Israel», nombre que fue adoptado por las doce tribus que descendieron de él.

La política de usurpación de la primogenitura está vigente a lo largo de la historia del libro del Génesis, y Jacob es presentado como un héroe de la violación de los derechos de otra persona. Se narra que Jacob da la primogenitura de su nieto Manasés a su hermano más joven Efraín, a pesar del disgusto del padre de ambos, José (Gen, 48). Jacob priva de la primogenitura a su primer hijo y concede la bendición a Judá, su cuarto hijo, porque el anterior se había acostado con Bilha, la «concubina» de Jacob, quien es la madre de sus dos hijos Dan y Neftalí. *Y desposee a Judá porque no era para nada mejor que el otro, considerando que cometió adulterio con su nuera Tamar, ¡quien dio a luz un hijo que se volvió un ancestro de David y de Jesús!* (Gen. 25:22 y cap. 38).

En realidad es increíble que el autor, o al menos el editor final de este libro, fuese «inspirado por el Espíritu Santo», como alegan judíos y cristianos. Se relata que Jacob se ha casado con dos hermanas simultáneamente, acción que está condenada por la ley de Dios (Lev. 18:18). En realidad, con la excepción de José y Benjamín, sus otros hijos son descritos como rudos pastores, mentirosos (para con su padre y José), asesinos, adúlteros, lo cual significa que era una familia que no cuadraba para nada con un profeta. Por supuesto, los musulmanes no pueden aceptar ninguna calumnia contra un profeta o un

hombre recto, a menos que ello esté expresamente registrado o mencionado en el Corán. Nosotros no creemos que sea cierto el pecado atribuido a Judá (Gen. 38), pues de otro modo la bendición concedida a él por Jacob sería una contradicción. Y es esta bendición la que nos proponemos estudiar y discutir en este capítulo.

Jacob no podría haber bendecido a Judá si éste hubiera sido realmente el padre del hijo de su nuera, Peres, porque ambos adúlteros habrían sido condenados a muerte por la ley de Dios. Quien le había dado el don de la profecía (Lev. 20:12). No obstante, la historia de Jacob y la de su familia no muy ejemplar puede encontrarse en el libro del Génesis.

La famosa profecía, que se puede considerar el núcleo de este testamento, está contenida en el versículo 10 del capítulo 49 del Génesis:

«No será quitado el cetro de Judá,

Ni el legislador de entre sus pies,

Hasta que venga «*Shiloh*» ;

y a él se congregarán los pueblos»

Esta es la traducción literal del texto hebreo en la medida de mi comprensión. Hay dos palabras en el texto que son únicas y no aparecen en ninguna otra parte del Antiguo Testamento. La primera es «Shiloh» (Silo), y la otra «yiqha» o «yiqhath» (por construcción o contracción).

«Shiloh» está formada por cuatro letras, *shin*, *yod*, *lamed* y *hi*. Hay un «Shiloh»,^T el nombre propio de una ciudad en Efraín (1 Samuel 1, etc.), pero no lleva la «yod». Este nombre no se puede referir o identificar con la ciudad donde estuvo el Arca del Pacto o el Tabernáculo, porque hasta entonces no había en la tribu de Judá ningún cetro o legislador. Indudablemente la palabra se refiere a una persona y no a un lugar.

Que yo sepa, todas las versiones del Antiguo Testamento han conservado este «Shiloh» (o *Silo*) original sin darle una traducción o interpretación. Solamente la siríaca Pshitha¹⁽¹⁾ —llamada en árabe «al-Bessita»—, lo ha traducido como «El a quien ello pertenece». Es fácil ver como el traductor ha entendido la palabra como compuesta de «sh», la forma abreviada de «asher», es decir «el», «ese»; y «ñóh» (el «lahu» árabe), que significa «es, su». En consecuencia, de acuerdo a la Pshitha, la cláusula será leída de la siguiente manera: «Hasta que él, a quien ello pertenece, venga». El pronombre personal «ello» puede referirse al cetro y al legislador, separada y conjuntamente, o posiblemente a la «obediencia», en la cuarta cláusula del verso, siendo el lenguaje poético. De

acuerdo a esta importante versión, el sentido de la profecía sería llanamente este:

«El carácter real y profético no desaparecerá de Judá,

Hasta que él a quien ello pertenece venga,

porque suyo es el respeto de la gente.»

Pero posiblemente esta palabra se deriva del verbo *shalah*, y por lo tanto significa «pacífico, tranquilo, calmo, fidedigno».

Lo más posible es que algún antiguo transcriptor o copista, al correr de la pluma, y por un desliz de la misma, haya separado la parte izquierda de la letra final «het», transformándola entonces en «hi», porque las dos letras son extremadamente parecidas, habiendo solamente una muy ligera diferencia en la parte izquierda. Si tal error ha sido transmitido al manuscrito hebreo – intencionalmente o no– entonces la palabra se deriva de «shalah». «enviar», «delegar»; cuyo participio pasado sería «shaluh», es decir, «enviado», «apóstol», «mensajero».

Pero no se presenta ninguna causa razonable para un cambio deliberado de «het» por «hi», dado que la «yod» se mantiene en la actual forma de «Shiloh» », el cual no tiene ninguna «vau», que sería necesaria para el participio pasado «Shaluh». Además, creo que la Septuaginta ha mantenido «Shiloh» como es. Por lo tanto, el único cambio posible sería el de la letra final «het» por «hi». Si este fuese el caso, entonces la palabra tomaría la forma de «Shiluah», correspondiente exactamente a «el Mensajero de Yah» ⁽²⁾, el mismo título que caracteriza exclusivamente a Muhammad: «Rasúl Al.lah», es decir, el Mensajero de Dios. También sé que el término «shiluah» es la palabra técnica para el exhorto de divorcio, y esto porque la mujer divorciada es «despedida».

No puedo conjeturar ninguna otra interpretación de este singular nombre aparte de las tres versiones arriba mencionadas.

Por supuesto, no hay duda de que tanto judíos como cristianos creen que esta bendición o gracia es una de las primeras profecías mesiánicas. Que Jesús, el Profeta de Nazaret, es un Cristo o Mesías, ningún musulmán lo puede negar, porque el Corán le reconoce ese título. Que todo rey israelita y sumo sacerdote era ungido con el santo óleo compuesto de aceite de oliva y de distintas especies, lo sabemos por las escrituras hebreas (Éxodo 30:25-33) ⁽³⁾ Incluso el rey Koresh Zardushtí de Persia es llamado el Cristo de Dios: «*Así el Señor a Su Ungido (Cristo) Ciro...*» (Isaías, 45: 1-7).

Sería superfluo mencionar aquí que, aunque ni Ciro ni Jesús fueron ungidos con el ungüento sagrado, de todos modos son llamados Mesías.

En cuanto a Jesús, incluso si su misión profética fuese reconocida por los judíos, su oficio mesiánico no podría ser aceptado nunca por ellos. Porque ninguna de las características o señas del Mesías que esperan van a ser encontradas en el hombre que ellos intentaron crucificar. Los judíos esperan un Mesías con la espada y el poder temporal, un conquistador que restaure y extienda el reino de David, y un Mesías que reúna al disperso Israel en la tierra de Canaan, y que someterá a muchas naciones bajo su yugo. Luego los israelitas no podían aceptar como tal a quien predicaba en el Monte de los Olivos, a quien había nacido en un pesebre.

Para demostrar que esta antigua profecía ha sido práctica y literalmente cumplimentada en Muhammad, se puede desarrollar el argumento que sigue. Por las expresiones alegóricas «el cetro» y «el legislador» se entienden la autoridad real y la profecía respectivamente, cosa que es aceptada sin discusión por los comentaristas. Sin pararnos mucho a examinar la raíz y derivación de la segunda palabra singular, «yiqha», podemos adoptar cualquiera de sus dos sentidos, «obediencia» o «expectativa», «esperanza».

Sigamos la primera interpretación del término «Shiloh» como se da en la versión Pshittha: «El a quien ello corresponde (pertenece)». Esto significa prácticamente «el propietario del cetro y la ley», o «el que posee la soberanía y la autoridad legislativa, y a el que corresponde la obediencia de los pueblos». ¿Quien, entonces puede ser ese príncipe poderoso y gran legislador? Ciertamente, no puede ser Moisés, porque él fue el primer organizador de las doce tribus de Israel, y antes que él nunca apareció un rey o un profeta en la tribu de Judá. Decididamente no puede ser David, porque él fue el primer rey, y este profeta descendía de Judá. Y evidentemente no era Jesús, porque Él mismo repudiaba la idea de que el Mesías, a quien Israel estaba esperando, era un hijo de David (Mateo 22:44-45, Marcos 12:35-37, Lucas 20:41-44). Jesús no ha dejado ninguna ley escrita y nunca soñó con asumir el cetro real. En realidad, aconsejó a los judíos ser leales al César y rendirle tributo. Y en una ocasión la multitud intentó hacerlo rey, pero él escapó y se ocultó. Su Evangelio estaba escrito sobre la tabla de su corazón, y comunicó su mensaje de «buenas nuevas» («evangelio») no por escrito sino oralmente. En esta profecía no hay planteo alguno sobre la salvación del pecado original por medio de la sangre de la persona crucificada, ni de un reino de un hombre-dios sobre los corazones humanos. Además, Jesús no abroga la ley de Moisés, sino que declaró explícitamente que había venido a cumplimentarla. Ni era el último profeta, porque después de él San Pablo habla de muchos «profetas» en la iglesia,

Muhammad vino con el poder militar y el Corán para reemplazar el gastado y antiguo cetro judío y la impracticable y anticuada ley de sacrificios, así como a una clerecía corrupta. Muhammad proclamó la más pura religión de un Dios verdadero y expuso completamente los mejores preceptos prácticos y normas para la moral y conducta de los seres humanos. Estableció la religión del Islam que ha unido en una real fraternidad a muchas naciones y pueblos que no

asociaban nada al Todopoderoso. Todos los musulmanes obedecen al Mensajero de Al.lah, le aman y reverencian como el fundador de su religión, pero nunca le adoran o le dan atributos u honores divinos. Muhammad puso fin y destruyó los últimos vestigios de los judíos, principalmente de Quraída y Jaibar ⁽⁴⁾, habiendo destruido sus castillos y fortificaciones.

La segunda interpretación del tetragrama «Shilh», pronunciado «Shiloh», es igualmente importante y a favor de Muhammad. Como se indicó antes, la palabra significa «apacible», «pacífico», «fidedigno», «calmo», etc. La forma aramea de la palabra es «Shilya», de la misma raíz «Shala», o «shla». Este verbo no se encuentra en árabe.

Es un hecho bien conocido en la historia del Profeta de Arabia que, antes de su llamado a la misión, era extremadamente calmo, pacífico, fidedigno, y leal; de un carácter atractivo y contemplativo. La gente de la Meca lo llamaba por eso Muhammad Al-Amín ⁽⁵⁾. Cuando los mecanosdieron a Muhammad este título de Al-Amín no tenían la más remota idea de «Shiloh», Incluso la ignorancia de los idólatras árabes fue utilizada por Dios para confundir a los judíos incrédulos, que tenían sus escrituras y conocían su contenido.

El verbo árabe «ámana», como el hebreo «aman», que expresan «ser firme, constante, seguro» y por lo tanto «ser apacible, fiel y fidedigno», muestra que Al-Amín (el verídico, firme, digno de fe) es precisamente el equivalente de «Shiloh» y comunica todos los significados en él contenidos.

Muhammad, antes de que fuese llamado por Dios a predicar la religión del Islam, y a abolir la idolatría, lo cual cumplió exitosamente, era el hombre más calmo y veraz en la Meca. No era guerrero ni legislador. Pero después que asumió la misión profética se convirtió en el orador más elocuente y en el árabe más valiente. Combatió contra los infieles espada en mano, no por su propio interés personal, sino por la gloria de Al.lah y por la causa de su religión, el Islam, Dios le concedió las llaves de los tesoros de la tierra pero él no las quiso, y cuando murió era prácticamente un hombre pobre. Ningún otro siervo de Dios, ya fuera rey o profeta, ha prestado tan admirable, grande y precioso servicio a su Señor y al hombre como lo ha hecho Muhammad. A Dios, erradicando la idolatría de una gran parte del globo, y al hombre habiéndole dado la más perfecta religión y las mejores leyes para su guía y seguridad. Muhammad tomó el cetro y la ley de Jesús. Fortificó el primero y perfeccionó la segunda. Si le fuese permitido a Muhammad reaparecer hoy día en la Meca o Medina, sería recibido por los musulmanes con el mismo afecto y obediencia que tuvo durante su vida terrenal. Y vería muy complacido que el Libro Sagrado que había dejado es el mismo aún, sin la más mínima alteración, y que es leído y recitado como lo hacían él y sus discípulos. Con gusto les felicitaría por su fidelidad a la religión y a la Unidad divina por ella predicada, y por no haber hecho de él un dios o un hijo de Dios.

En cuanto a la tercera interpretación del nombre «Shiloh», observé que posiblemente podría ser una corrupción de «Shaluah», y en ese caso correspondería indiscutiblemente al título árabe del Profeta, repetido tan a menudo en el Corán, es decir «Rasul», que significa exactamente lo mismo que «Shaluah», a saber «un enviado» o «un mensajero». El «Shaluah Elohim» de los hebreos es precisamente el «Rasul Al.lah» que es entonado cinco veces al día por quien llama a los fieles a orar desde el minarete de cada una de las mezquitas del mundo.

En el Corán son mencionados como «rasúl» diversos profetas, particularmente a aquellos que fueron enviados con una Escritura Sagrada–y por ende con una Ley–. No obstante en ninguna parte del antiguo Testamento nos encontramos con la mención de «Shiloh» o «Shaluah» excepto en el testamento de Jacob.

Desde cualquier punto de vista que intentemos estudiar y examinar esta profecía de Jacob, estamos forzados, por la razón de su actual cumplimiento en Muhammad, a admitir que los judíos están esperando vanamente la venida de otro «Shiloh», y que los cristianos persisten obstinadamente en su error de creer que era Jesús al que se hace referencia o se señala por medio del término «Shiloh».

Hay luego otras observaciones que merecen nuestra seria atención. En primer lugar, está muy claro que el cetro y el legislador permanecerían en la tribu de Judá en tanto «Shiloh» no apareciese en escena. De acuerdo a la afirmación judía, «Shiloh» aún no ha venido. Se deduciría por lo tanto que, tanto el cetro real como la sucesión profética serían aún válidos y pertenecerían a esa tribu. Pero ambas instituciones han estado vacantes durante más de 13 siglos.

En segundo lugar se debe hacer notar también que la tribu de Judá ha desaparecido junto con su autoridad real y su anexa, la sucesión profética. Es una condición indispensable para el mantenimiento de la identidad y existencia tribal mostrar que la tribu vive como un todo, ya sea en su propia madre patria o colectivamente en cualquier parte, y que habla su propio idioma. Pero con los judíos el caso es precisamente el inverso. Si alguien quisiera probarse a sí mismo que es israelita (es decir: descendiente de Jacob por alguna de las tribus), se encontraría con un arduo problema. Cualquiera podrá reconocerlo como tal pero nunca podría demostrarse a sí mismo que pertenece a una de las doce tribus, ya que éstas están dispersas y han perdido su propio idioma ⁽⁶⁾.

Los judíos están forzados a aceptar una u otra de las dos alternativas, es decir, admitir que «Shiloh» » ya ha venido pero que sus antepasados no lo reconocieron, o el hecho de que ya no existe una tribu de Judá de la cual «Shiloh» pudiera descender.

Como una tercera observación se debe hacer notar que el texto claramente implica, en gran medida contra la creencia judío-cristiana, que «Shiloh» tiene

que ser totalmente extranjero a la tribu de Judá, e incluso a todas las otras tribus. Esto es tan evidente que unos pocos minutos de reflexión son suficientes para convencerse de ello. La predicción indica claramente que cuando «Shiloh» venga el cetro y el legislador desaparecerán de Judá. Esto solamente puede suceder si «Shiloh» es extraño a Judá. Si «Shiloh» fuese un descendiente de Judá, ¿cómo podrían dejar de existir ambos elementos en dicha tribu? «Shiloh» no podía ser descendiente tampoco de ninguna de las otras tribus porque el cetro y el legislador eran para todo Israel, y no solamente para una tribu. Esta observación desacredita también la afirmación cristiana, porque Jesús es descendiente de Judá, por lo menos por el lado materno.

A menudo me sorprendo de la ceguera de estos judíos que erran por el mundo. Durante más de 25 siglos han estado aprendiendo un centenar de idiomas de los pueblos entre los que vivieron y sirvieron. Dado que los ismaelitas y los israelitas son vástagos por igual de Abraham, ¿qué importa si el «Shiloh» viene de Judá o Zabulón, de Esaú o Isacar, de Ismael o Isaac, en tanto es un descendiente de su padre Abraham? ¡Que obedezcan la ley de Muhammad, convirtiéndose en musulmanes, y entonces podrán vivir en la madre patria en paz y seguridad!

[1] La Pshittha o Peshita es una versión de la Biblia en lengua siríaca que data del siglo II, más antigua que la Vulgata, y por ende una importante referencia por estar en una lengua emparentada con el arameo y el árabe y haberse servido sus traductores de las fuentes más antiguas.

[2] «Yah» es una abreviatura de Yahveh (Jehová), muy común en frases compuestas del Antiguo Testamento, como «aleluyah», «alabanzas para Yah». En toda esta discusión debe tener en cuenta el lector que en las lenguas semíticas se escriban sólo las consonantes, pudiendo alterarse el significado según la vocalización que se les dé, la cual por otra parte pudo ser desconocida u olvidada por la tradición, como es el caso de la misma palabra Yahveh- (Nota del Editor en español)

[3] La palabra de origen griego Cristo, y la palabra Mesías, del hebreo Messiah (árabe «masíh»), significan lo mismo: ungido, frotado, purificado; lo cual se hacía con un aceite especial. (Nota del Editor en español)

[4] En la zona de la Península Arábiga donde inició el Profeta Muhammad su prédica, es decir el Hiyaz, había importantes y poderosos asentamientos judíos. Especialmente en la ciudad de Medina y sus alrededores, a la cual emigró el Profeta desde La Meca. Estos grupos judíos firmaron pactos de mutua defensa con el Mensajero de Al.lah, pero luego lo traicionaron sucesivamente, poniendo en alguna circunstancia en serio peligro la sobrevivencia de los musulmanes y la nueva religión. La tribu de Banu Quraida, que vivía en una fortaleza propia en

Medina, se alió con los árabes confederados durante la batalla del foso cuando estos sitiaron la ciudad. Su intención era atacar a los musulmanes por la retaguardia. No obstante el plan fracasó y cuando los inicuos levantaron el sitio, el Profeta atacó la fortaleza y los judíos fueron derrotados y ejecutados por aplicación de la ley de Moisés. En cuanto a Jaibar, reunía siete fortalezas muy bien pertrechadas y defendidas, un verdadero centro de operaciones desde el cual se intentaba sin cesar minar el poder del Islam. Los musulmanes la atacaron en el año VII de La Hégira y tras un difícil sitio tomaron las fortalezas expulsando definitivamente a los judíos del lugar. (Nota del Editor en español).

[5] El término «Amín» proviene de la raíz árabe *amina* y *emana*, que significan estar seguro, a salvo» y creer (en el sentido de la firmeza inamovible de la fe). La palabra «amén» (como coronación de las súplicas o plegarias) que ha perdurado entre los cristianos en distintas lenguas es de la misma raíz. El Profeta (BPD) había recibido en su comunidad este título *antes* de ser designado para su misión por su fidelidad y la confianza que inspiraba su palabra y su juicio entre sus conciudadanos, que no dudaban en confiarle sus bienes. Esta reputación suya fue un argumento decisivo a su favor cuando le fue encomendada la misión, pues nadie pudo alegar que hubiera sido una persona de dudosos antecedentes. (Nota del Editor en español)

[6] Recordemos que este libro fue escrito en las primeras décadas de este siglo, antes de que el movimiento sionista se apoderara de territorio palestino y fundara el estado de Israel. De cualquier manera la afirmación sigue siendo válida pues resulta difícil a un judío remontar su ascendencia a una de las tribus, cuya genealogía se ha perdido, e incluso algunos, como los askenazi, no son de origen semita. En cuanto a la lengua, el hebreo, permanecía como una lengua muerta reservada al culto y la lectura de las escrituras-. Que actualmente se haya impuesto como lengua oficial en el estado sionista no significa que se la haya revivido, pues persiste el uso de las Lenguas nacionales de los judíos que emigraron desde distintos lugares del mundo.

V. MUHAMMAD Y CONSTANTINO EL GRANDE

La más maravillosa y posiblemente la profecía más manifiesta acerca de la misión divina del más grande hombre y mensajero de Dios, está contenida en el capítulo séptimo del Libro del profeta Daniel, mereciendo ser estudiada seriamente y sopesada de manera imparcial. En ese lugar los grandes sucesos en la historia de la humanidad, que se sucederían uno a otro en un período de más de 2000 años, están representados por las figuras de cuatro formidables monstruos en una visión profética acaecida a Daniel. «Cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar». La primera bestia que sale del mar profundo es un león alado. Después se adelanta la segunda bestia en forma de oso, teniendo tres costillas entre sus dientes. Esto es seguido por la tercera bestia terrible con forma de tigre con cuatro alas y cuatro cabezas. La cuarta bestia, que es más formidable y feroz que las anteriores» es un monstruo con diez cuernos en la cabeza, y tiene dientes de hierro. Entonces surgió un pequeño cuerno en medio de los otros, frente al cual fueron arrancados tres cuernos. A este cuerno se lo ve teniendo ojos y boca humanos, y comienza a hablar grandes cosas contra el Más Elevado. Repentinamente es vista en medio del firmamento la visión del Eterno en medio de una luz resplandeciente, sentado en Su Trono de llamas de luz ⁽¹⁾, cuyas ruedas eran de luz brillante. Un río de luz fluye y sale delante de El, y millones de seres celestiales le sirven, y decenas de miles están de pie frente a el. La corte de justicia estaba teniendo lo que se puede denominar su sesión extraordinaria. Los libros fueron abiertos. El cuerpo de la bestia fue quemado en el fuego pero el cuerno blasfemo es dejado con vida hasta que un «Bar Nasha» —es decir» un «hijo del hombre»— es elevado sobre las nubes y presentado al Eterno, de quién Él recibe poder, honor y dominio para siempre. El turbado profeta Daniel se acercó a uno de los que estaban presentes y le rogó que le explique el sentido de esa visión maravillosa. El ángel bueno le da la interpretación de tal manera que todo el misterio involucrado en el lenguaje o imagen figurativos o alegóricos sale a la luz.

Siendo Daniel un príncipe de la familia real, fue llevado al palacio del rey de Babilonia, junto con otros tres jóvenes judíos, donde fue educado en todos los conocimientos de los caldeos. Vivió allí hasta la conquista de Persia y la caída del imperio babilónico, Daniel profetizó bajo Nabucodonosor como así también bajo Darío. Los críticos bíblicos no adscriben la autoría de todo el libro que lleva su nombre a Daniel, quien vivió y muñó por lo menos un par de siglos antes de la conquista griega, la cual él menciona con el nombre de «Yavan» o «Ionía». Si no me equivoco los primeros ocho capítulos están escritos en caldeo, y la parte final en hebreo. Para nuestro propósito inmediato, no importa tanto la fecha y la autoría del libro que plantea tan importante cuestión, como el real cumplimiento de la profecía, contenida en la versión (griega) Septuaginta, que fue compuesta unos tres siglos antes de la era cristiana.

De acuerdo a la interpretación hecha por el ángel, cada una de las cuatro bestias representa un imperio. El león con alas de águila simboliza el imperio

caldeo, el cual fue poderoso y rápido como un águila al lanzarse sobre el enemigo. El oso representa el «Mádaí-Paris», o imperio medo-persa, el cual extendió sus conquistas tan lejos como el Mar Adriático y Etiopía, hasta sostener con sus dientes una costilla de cada uno de los tres continentes del hemisferio oriental. La tercera bestia, dada su naturaleza de tigre, con salto veloz y fiereza, es típica de las marchas triunfantes de Alejandro el Grande, cuyo vasto imperio fue dividido en cuatro reinos después de su muerte. Pero el ángel que interpreta la visión no se detiene a explicar en detalle los tres primeros reinos como lo hace cuando llega a la cuarta bestia. Aquí destaca intensamente los detalles. La escena en la visión es amplificada. La bestia es prácticamente un monstruo y un demonio colosal. Es el formidable imperio romano. Los diez cuernos son los diez emperadores de Roma que persiguieron a los primeros cristianos. Hojéense las páginas de cualquier historia de la Iglesia durante los tres primeros siglos hasta el momento de la así llamada conversión de Constantino el Grande, y no se leerá otra cosa que los horrores de las conocidas «diez persecuciones».

Hasta aquí, las cuatro bestias representan el «poder de las tinieblas», es decir el reino de Satanás: la idolatría.

Todas las bestias salvajes mencionadas eran enemigas del «santo pueblo de Dios», como se denominaba al antiguo Israel y a los primeros seguidores de los Evangelios. Porque solamente ellos tenían el verdadero conocimiento, las Escrituras y revelaciones de Dios. Dichas bestias salvajes persiguieron y masacraron al pueblo de Dios. Pero la naturaleza y el carácter del cuerno pequeño que surgió sobre la cabeza del cuarto monstruo era tan diferente de los otros animales, que Dios, es una manera de decir, «bajó» y estableció Su Trono en el firmamento para juzgar y condenar a la destrucción al cuarto animal o monstruo, para convocar a Su Presencia al Bar-Nusna —el hijo del hombre—, y hacerlo el Sultán de los hombres, porque las palabras «sholtana», «yaqar», «malkutha», que significan «imperio», «honor» y «reino» respectivamente, le fueron concedidos sobre todos los pueblos y naciones (Dan. 7:14) al Bar-Nasha y al «pueblo de los santos del Altísimo» (Dan. 7:27).

Debe advertirse que, como el hijo del hombre es más noble y superior que las bestias, de la misma manera la religión que profesó y estableció es infinitamente más santa que la del cuerno pequeño.

Examinemos y descubramos ahora quién es el cuerpo pequeño. Una vez que hayamos determinado la identidad de este decimoprimer rey la del Bar-Nasha se definirá *per se*.

El cuerno pequeño surge después de las diez persecuciones bajo el reinado de los emperadores del poder romano. El imperio estaba sufriendo angustiosamente bajo el enfrentamiento de cuatro rivales, siendo Constantino uno de ellos. Luchaban por el cetro imperial, Constantino quedó como único y supremo soberano del vasto imperio al fallecer o morir en batalla los otros tres.

Los primeros comentaristas cristianos han trabajado vanamente para identificar a este horrible cuerno pequeño con el Anticristo, o los protestantes para identificarlos con el Papa de Roma, y otros con el fundador del Islam (¡Dios los rechace!). Pero los postreros estudiosos y críticos bíblicos no saben qué hacer para resolver el problema de la cuarta bestia, que desean identificar con el imperio griego y al cuerno pequeño con Antíoco. Algunos de los críticos, como por ejemplo Carpenter, consideran al poder medo-persa como dos reinos separados. Pero este imperio no estaba dividido en dos como tampoco lo estaba el último imperio Austro-Húngaro. Las exploraciones arqueológicas llevadas a cabo por la misión científica del sabio francés M. Morgan en Susa y otros lugares, no dejan lugar a dudas al respecto. Por lo tanto la cuarta bestia no puede referirse a otro que al antiguo imperio romano.

Para demostrar que el cuerno pequeño no es sino Constantino el Grande, se pueden presentar los siguientes argumentos.

a) Derrotó a Maximiano y a los otros dos rivales y asumió el poder imperial, poniendo fin a la persecución de la cristiandad. Yo creo que el libro «Declinación y caída del imperio romano» de Gibbon es la mejor historia para informarnos sobre esos tiempos. No se pueden encontrar en absoluto cuatro rivales luego de las diez persecuciones a la iglesia más que en Constantino y sus enemigos, quienes cayeron antes que él, al igual que los tres cuernos cayeron antes que el cuerno pequeño.

b) Las cuatro bestias se representan en la visión como brutos irracionales. Pero el cuerno pequeño poseía ojos y boca humanos, lo cual es, en otras palabras, la descripción de un horrible monstruo dotado de razón y habla. Proclama el cristianismo como la verdadera religión, deja Roma al Papa e hizo de Bizancio, que fue llamada Constantinopla, el asiento del imperio. Pretendió profesar el cristianismo pero nunca fue bautizado hasta poco antes de su muerte, e incluso eso está en discusión. La leyenda de que su conversión fue debida a la visión de la cruz en el cielo –como lo que se cuenta de Jesús en las «Antigüedades» de Josefa– ha sido explotado mucho tiempo como otro caso de falsificación.

La enemistad de las bestias hacia los creyentes en Dios era brutal y salvaje, pero la del cuerno racional era diabólica y maligna. Esta enemistad era más nociva y dañina para la religión, porque fue dirigida a pervertir la verdad y la fe. Todos los ataques anteriores de los cuatro imperios eran ataques paganos. Perseguían y oprimían al creyente pero no podían pervertir la verdad y la fe. Fue Constantino quien se plegó a Jesús bajo la forma de un creyente y vestido con piel de cordero, pero interiormente no era en absoluto un verdadero creyente. Lo venenosa y perniciosa que era esta enemistad se puede ver en lo que sigue.

c) El cuerno emperador habla «grandes cosas» o «grandes palabras» (que se expresa «rórghán» en la lengua caldea) contra el Altísimo. Blasfema contra Dios, lo asocia con otras criaturas y le adscribe a El atributos y nombres tontos, como

«el engendrado» y «engendrado», «nacimiento» y «procesión» (o paso, de la segunda a la tercera persona), «unidad en la trinidad» y «encarnación», todo lo cual es negar Su Unidad.

Desde el día en que Dios se reveló a Abraham en Ur de los caldeos hasta que el Credo y las Actas del Concilio de Nicea fueron proclamados y puestos en vigor por un edicto imperial de Constantino, en medio del horror y la protesta de las tres cuartas partes de los verdaderos creyentes, en el año 325 d. C, nunca fue tan abierta y oficialmente profanada la Unidad de Dios por aquellos que pretendían ser Su pueblo como lo fue por Constantino y su pandilla de eclesiásticos incrédulos. En el primer capítulo de esta serie he mostrado el error de la Iglesia respecto a Dios y Sus Atributos. No necesito entrar en esta desagradable materia nuevamente, porque me produce un gran dolor y tristeza ver a un santo profeta y a un espíritu santo, ambas nobles criaturas de Dios, asociadas a El por quienes deberían saber más y mejor.

Si Brahma y Osiris, o si Júpiter y Vesta son asociados a Dios lo consideramos simplemente como una creencia pagana. Pero cuando vemos a Jesús el profeta de Nazaret y a uno de los millones de espíritus santos al servicio del Eterno elevados a una dignidad igual a la de Dios, no podemos encontrar otro calificativo para los que así creen que aquel que los musulmanes se han visto siempre obligados a usar, es decir el epíteto de *gáwun*.

Dado que este horrible cuerno que habla grandes palabras pronunciando blasfemias contra Dios es un rey, como el ángel lo revela a Daniel, y dado que el rey era el decimoprimeros de los Césares que reinaba en Roma y perseguía al pueblo de Dios, éste no puede ser otro que Constantino, porque fue su edicto el que proclamó la trinidad de personas en la Divinidad, credo que tiene en el Antiguo Testamento un documento vivo que lo condena como blasfemia, y que tanto judíos como musulmanes aborrecen. Sí ese horrible cuerno no es Constantino, la cuestión que se plantea es, ¿de quién se trata entonces? Si no admitimos que el cuerno en cuestión ya ha venido, ¿cómo interpretamos entonces las cuatro bestias, la primera de las cuales es ciertamente el imperio caldeo, la segunda el medo-persa, etc.? Si la cuarta bestia no representa al imperio romano, ¿cómo podemos interpretar la tercera, con sus cuatro cabezas, al igual que el imperio de Alejandro, fragmentado en cuatro reinos después de su muerte? ¿Hubo alguna otra potencia que sucediera al imperio griego antes del imperio romano, y que contara diez terribles persecuciones a los creyentes en Dios? El sofisma y la ilusión son inútiles. El cuerno pequeño es decididamente Constantino, incluso si fuésemos a negar la profecía de Daniel. Es intrascendente que haya sido un Profeta, un sacerdote, o un vidente quien escribió el séptimo capítulo del Libro de Daniel, Una cosa es cierta, y es que sus predicciones y descripciones de los sucesos, hace unos 24 siglos, se encuentra que son exactos, ciertos, y que se han cumplido en la persona de Constantino el Grande, a quien muy sabiamente la Iglesia de Roma se ha abstenido siempre de beatificar como santo, como ha ocurrido con la iglesia griega.

d) No solamente el pequeño cuerno, el cual surgió de una visión más formidable que el resto, habla cosas impías del Altísimo, sino que también «hacía guerra contra los santos del Altísimo y los vencía» (Dan. 7:25). A los ojos de un profeta hebreo la gente que creía en un Dios Uno era gente diferente y santa. Es absolutamente cierto que Constantino persiguió a esos cristianos que, al igual que los judíos, creían en la absoluta Unidad de Dios y declaraban valientemente que la trinidad era una concepción falsa y errónea de la Divinidad. Más de mil eclesiásticos fueron citados al Concilio General de Nicea y solamente 318 de ellos suscribieron las decisiones del mismo, e incluso entre los 318 se formaron tres grupos opuestos con sus afirmaciones respectivas y profanas de «homousuín» o «consustanciación», y otros términos total y completamente ajenos a los profetas de Israel, propios y estimables únicamente para el «cuerno parlante».

Los cristianos que sufrieron las persecuciones y el martirio bajo los emperadores paganos de Roma debido a que creían en Dios Uno y en Su siervo Jesús, eran ahora condenados por el edicto imperial del «cristiano» Constantino a torturas aún más severas porque rechazaban adorar al siervo Jesús como consustancial y coeterno con su Señor y Creador. Los ancianos y ministros del credo arriano, es decir Qashishi y Mshamshaní –como fueron llamados por los primeros cristianos judíos–, fueron destituidos o prohibidos, sus libros de religión suprimidos y sus iglesias confiscadas y pasadas a los obispos y sacerdotes trinitarios. Cualquier obra histórica de la primera iglesia cristiana nos dará amplia información acerca de los servicios prestados por Constantino a la causa del credo trinitario y de la tiranía con que trataba a quienes se le oponían. Las despiadadas legiones de cada provincia fueron puestas a disposición de las autoridades eclesiásticas. Constantino personifica un régimen de terror y guerra brutal contra los unitaristas, quienes permanecieron en oriente durante tres siglos y medio todavía hasta que los musulmanes establecieron la religión de Al.lah y asumieron el poder y mando sobre las tierras assoladas y devastadas por las cuatro bestias.

e) El «cuerno parlante» es acusado de haber procurado cambiar «la Ley y los tiempos». Este es un cargo muy serio contra el cuerno. Sus blasfemias o «grandes palabras contra el Altísimo» pueden o no afectar a otros pueblos, pero cambiar la Ley de Dios y los días santos o festividades establecidas, subvertiría naturalmente toda la religión. Los primeros dos mandamientos de la Ley de Moisés, respecto a la absoluta Unicidad de Dios –Tu no tienes otros dioses además de Mí– y la estricta prohibición de fabricar imágenes y estatuas para adorarlas, fueron directamente violados y abrogados por el edicto de Constantino. Proclamar la existencia de tres personas en la Divinidad y confesar que el Eterno Todopoderoso fue concebido y nacido de la Virgen María, es el más grande insulto a la Ley de Dios y la más grosera idolatría. Hacer una imagen de oro o de madera para adorarla, es suficientemente abominable, pero hacer a un mortal objeto de adoración, declararlo Dios, e incluso adorar el pan y

el vino de la Eucaristía como «el cuerpo y la sangre de Dios», es una blasfemia impía.

Entonces, para todo recto judío y para un profeta como Daniel, quien desde su juventud fue un devoto observador de la Ley mosaica, ¿qué podía serle más repugnante que la substitución por la Pascua de Resurrección del gran banquete de la pascua hebrea, y el sacrificio del «cordero de Dios» sobre la cruz y sobre miles de altares todos los días. La abrogación del día sábado (sabbath) fue una violación directa del cuarto mandamiento del Decálogo, y la institución del domingo en su reemplazo fue tan arbitrario como adverso u hostil. Es cierto que el Corán abrogó el Sabbath, no porque el viernes fuese un día más santo, sino simplemente porque los judíos abusaron de él al declarar que Dios, después de Su obra de seis días, descansó el día séptimo, como si El fuese una persona y se fatigara. Muhammad hubiera destruido cualquier día u objeto» por más sagrado o santo que fuese, si ello se constituía en objeto de adoración con la intención de herir o injuriar la grandeza de Dios. Pero la abrogación del Sabbath por el decreto de Constantino para instituir el domingo, fue alegando que Jesús se había levantado del sepulcro ese día. El propio Jesús fue un estricto observador del Sabbath y reprendió a los líderes judíos por su objeción de hacer obras de caridad dicho día.

f) Al cuerno se le permitió hacer la guerra a los santos del Altísimo durante un período de más o menos tres siglos y medio. Ello solamente los debilitó, los hizo languidecer, pero no podía extinguirlos y extirparlos totalmente. Los arrianos, que creían sólo en el Dios Uno y Único, a veces, es decir bajo el reino de Constancio (hijo de Constantino), de Julián y otros que fueron más tolerantes, se defendieron con vigor y lucharon por la causa de su fe.

El siguiente punto importante en esta visión maravillosa es identificar al *Bar Nasha*, o hijo del hombre, quien destruyó el cuerno, cosa que haremos en el capítulo siguiente.

[1] La palabra original es «Nur» y, al igual que la misma palabra árabe, significa «luz» más que -fuego- (como se ve en las traducciones de la Biblia), el cual es representado en el texto por «ish».

VI. MUHAMMAD ES EL HIJO DEL HOMBRE

En el capítulo anterior vimos y comentamos la maravillosa visión del Profeta Daniel (Dan. 7). Viraos cómo las cuatro bestias que representaban cuatro reinos sucediéndose uno tras otro eran las fuerzas de las tinieblas, y cómo perseguían a los judíos y a la Iglesia inicial de Jesús, Iglesia que se constituyó con verdaderos creyentes en el Dios Uno. También señalamos que esas potencias eran paganas y descritas alegóricamente como brutales y terribles. Además vimos que el decimoprimer cuerno, que tenía ojos y boca, y que pronunciaba blasfemias contra el Altísimo, combatía y derrotaba a Sus santos, cambiaba los tiempos y la Ley de Dios, no podía ser otro más que Constantino el Grande, quien en el año 325 d.C. promulgó su edicto imperial proclamando el credo y las decisiones del Concilio General de Nicea.

En este capítulo seguiremos pacientemente nuestra investigación respecto al glorioso *Bar Nasha* o «hijo del hombre», quien fue presentado sobre las nubes al Altísimo, a quien le fue dado el *Sultán* («Sholtana» en el texto original, es decir «dominio», «imperio»), honor y reino para siempre, y quien fue comisionado para destruir y aniquilar al terrible cuerno.

Procederemos de inmediato a establecer la identidad de este *Bar Nasha*. Antes de descubrir quien es el hijo del hombre es importante que tomemos en consideración los siguientes puntos y observaciones:

a) Cuando un profeta hebreo predice que «todas las naciones y pueblos de la tierra le servirán», o habla de «el pueblo de los santos del Altísimo», debemos entender que se refiere con ello a las naciones mencionadas en el Génesis 25:18-21, y no a la inglesa, francesa o china.

b) La frase «el pueblo de los santos del Altísimo» se entiende que significa primero los judíos y luego los cristianos que confesaron la absoluta Unidad de Dios, lucharon y sufrieron por ello hasta la aparición del *Bar Nasha* y la destrucción del cuerno.

c) Después de la destrucción del cuerno, el pueblo y las naciones que tendrán que servir a los santos de Dios son los caldeos, medo-persas, griegos y romanos, las cuatro naciones representadas por las cuatro bestias que habían hollado e invadido la tierra santa.

Desde el Adriático a la muralla china, las distintas naciones existentes han sido tratadas respetuosamente como musulmanas o servido a los musulmanes por ser incrédulas, siendo los musulmanes los únicos verdaderos creyentes en el Dios Uno.

d) Es destacable comprobar el significativo hecho de que a menudo Dios permite a los enemigos de Su verdadera religión someter y perseguir a Su pueblo debido

a dos propósitos. Primero, porque quiere castigar a Su pueblo por su retroceso, pecados y letargo. En segundo lugar, porque El desea probar la fe, la paciencia y la indestructibilidad de Su Ley y Religión, por lo cual permite a los infieles e incrédulos continuar con sus crímenes hasta que llenen la copa. En el momento debido Dios interviene por cuenta de los creyentes cuando su misma existencia peligra. Un momento muy crítico para la comunidad musulmana (en la época moderna) fue cuando las fuerzas aliadas estuvieron en Constantinopla durante los espantosos años del armisticio. Los griegos y sus amigos se embarcaron en grandes preparativos para recobrar (para el cristianismo) la gran mezquita de Santa Sofía. El Patriarca griego de Constantinopla fue a Londres llevando consigo una antigua y preciosa capa patriarcal cubierta de gemas y perlas para el Arzobispo de Canterbury, quien estaba defendiendo con ardor la devolución de Constantinopla y del gran edificio de Santa Sofía a los griegos. En la víspera del aniversario del viaje nocturno y ascensión a los cielos del Profeta Muhammad —llamado «Mi'ray»—, el sagrado edificio estuvo atestado de una gran multitud de creyentes suplicantes que hasta el amanecer rogaron a Al.lah Todopoderoso para que liberara a Turquía, y en particular a la sagrada mezquita, de esos que la llenarían como antes de horribles ídolos e imágenes. En relación con el manto o capa patriarcal, escribí por entonces un artículo en el periódico turco «Qasham», mostrando la persistencia de un cisma entre los ortodoxos griegos y las iglesias anglicanas protestantes. Señalé allí que la capa no tenía el sentido de un palio de investidura y reconocimiento de las órdenes anglicanas, y que una reunión de las iglesias nunca se podría lograr a menos que una parte o la otra renunciara o abjurara de ciertos artículos de fe, considerándolos heréticos o erróneos. También señalé que la capa era un soborno diplomático por cuenta de Grecia y su iglesia. La carta finalizaba con estas palabras: «Todo depende del milagro o gracia que se espere obre este *bahshish* (soborno) de una capa pontifical».

El final es bien conocido como para repetirlo aquí. Es suficiente decir que el patriarca murió en Inglaterra, y que el Todopoderoso que había enviado al Bar Nasha para aplastar el cuerno y expulsar a las legiones romanas de oriente, salvó al país y restauró el honor del Islam.

e) Se tiene que advertir que los judíos eran el pueblo elegido de Dios hasta el advenimiento de Jesús. A los ojos de los musulmanes ni los judíos ni los cristianos tenían derecho a reclamar el título de «el pueblo de los santos del Altísimo», porque los primeros rechazaron a Jesús totalmente, mientras que los segundos le insultaron al divinizarle. De todos modos, ambos son inmerecedores de ese título debido a su rechazo a reconocer al último profeta, quien ha completado la lista de los mensajeros divinos.

Procederemos ahora a probar que el Bar Nasha —el hijo del hombre—, quien fue presentado «al Anciano de los días» e investido con el poder para matar al monstruo, no era otro que Muhammad, cuyo mismo nombre significa literalmente «el alabado e ilustre». Cualquier otra persona que se intente inventar con el

objeto de privar al augusto Mensajero de Al.lah de esta gloria y majestad derramadas únicamente sobre él en la Corte divina, no hará más que el ridículo, y esto por las razones que siguen:

1. Sabemos que ni judíos ni cristianos tienen un nombre particular para su fe y sistema de creencias. Es decir, ni los judíos ni los cristianos tienen algún nombre especial para las doctrinas y las formas de su fe y adoración. Los términos «judaísmo» y «cristianismo» no son bíblicos, ni están autorizados por el Dios de los fundadores de dichas religiones. En realidad, una religión si es auténtica, no puede ser denominada –hablando con propiedad– según el nombre de quien fue su fundador subordinado, porque el real fundador y autor de una religión auténtica es Dios, y no un profeta. El nombre propio para las leyes, doctrinas, formas y practicas de adoración reveladas por Al.lah a Muhammad es *el Islam*, que significa «hacer la paz» con El y entre los hombres, «Mahometanismo» no es la denominación correcta del Islam. Porque Muhammad. al igual que Abraham y todos los otros profetas, era un musulmán (es decir: un sometido» entregado a la Ley divina), y no un «mahometano». Judaísmo significa la religión de Judá, pero ¿quién era Judá? Seguramente no era un «judaísta». De la misma manera, ¿puede decirse que Jesús el Cristo era un «cristiano»? , ciertamente tampoco. ¿Cuales son entonces los nombres de estas dos religiones? ¡Ninguno!

Después tenemos un barbarismo del latín, es decir, la misma palabra «religión», que significa «el temeroso de los dioses». Actualmente la palabra religión es usada para expresar cualquier modo de fe y adoración. Pero, ¿cuál es la palabra equivalente a «religión» en la Biblia? ¿Qué expresión usaron Moisés o Jesús para comunicar el sentido de «religión»? Por supuesto, la Biblia y sus autores no hacen uso de esta palabra para nada.

El término bíblico usado en la visión de Daniel es el mismo aplicado repetidamente por el Corán al Islam, es decir, *Din*, el cual significa «discernimiento», «criterio». Dios sobre su *Korsiya* o tribunal es el *Daiana* o Juez ⁽¹⁾. Leamos la descripción de esta Corte de Justicia celestial: «Las tribunas son tronos, los libros están abiertos» y la *Dina* –juicio– se establece». Por los «Libros» se debe entender la *Tabla Resguardada* ⁽²⁾ donde están inscriptos los decretos de Dios, de donde se transcribieron al Corán, revelados por el ángel Gabriel a Muhammad. Y también los libros que informan de las acciones a todos los hombres. Fue de acuerdo a los decretos y leyes de Dios contenidos en esa Tabla Resguardada, y a las ruines acciones del cuerno, que el gran *Daiiana* – Juez– le condenó a muerte y eligió a *Muhammad* para que sea *Adán*, es decir *el comándame o señor* para destruir al monstruo. Todo este lenguaje de Daniel es extremadamente coránico. La religión del Islam es llamada *Dinu-l-Islam*. Fue de acuerdo a los decretos y leyes de esta *Dina* que el Bar Nasha destruyó la religión del demonio y a su lugarteniente el cuerno. ¿Cómo puede ser posible, entonces, que se vaya a entender por el «hijo del hombre» en presencia del Altísimo a cualquier otra persona que no sea Muhammad? El Islam es, en realidad, un *juicio de paz*, porque posee un auténtico Libro de Ley, con el cual se

administra la justicia y se castiga la iniquidad, se discierne la verdad y se condena la falsedad, y por sobre todo, la Unidad de Dios, los premios eternos por las buenas obras, y la condenación eterna por las acciones ruines, están claramente definidas y comunicadas. En inglés a un magistrado se le llama «Justicia de paz», es decir «Juez de paz». Esto es, en imitación a lo que ocurre con un juez islámico, quien zanja una disputa, decide una situación castigando al culpable y premiando al inocente, restaurando así la paz. Esto es el Islam y la ley del Corán. No es el cristianismo ni el Evangelio, porque éste último prohíbe absolutamente al cristiano apelar a un juez por más inocente y oprimido que se pueda encontrar (Mateo 5:25-26, 38-48).

2. Ciertamente, el hijo del hombre o Bar Nasha es Muhammad. Porque él vino después de Constantino y no antes que él, como sucedió con Jesús, y cualquier otro profeta. Al régimen trinitario en oriente, representado por el cuerno, al cual identificamos con seguridad como Constantino el Grande, le fue permitido combatir a los unitaristas cristianos y aplastarlos por un período de tiempo descrito en el lenguaje profético y figurativo como «tiempo, tiempos y medio tiempo», frase que significa tres siglos y medio, al final de los cuales, todo el poder de la idolatría, por un lado, y la dominación y tiranía trinitaria, por otro, son barridos y erradicados totalmente. No es más que un absurdo sostener que Judah el Macabco fue el Bar Nasha sobre las nubes, y el cuerno, Antíoco. Si recuerdo bien, se alega que Antíoco, después de profanar el Templo de Jerusalén, vivió solamente tres años y medio –o tres días y medio-. En primer lugar, sabemos que Antíoco fue, como sucesor de Alejandro el Grande, rey de Siria, y por lo tanto una de las cuatro cabezas del tigre alado, y no el cuerno decimoprimeros de la cuarta bestia como se dice en la visión. En el capítulo octavo del Libro de Daniel, el carnero y el macho cabrío son interpretados por un santo como representando los imperios persa y griego respectivamente. Se explica explícitamente que el imperio griego sucedió inmediatamente al persa y que el mismo fue dividido en cuatro reinos, como se dice en la primera visión. En segundo lugar, el cuerno que habla indica que la persona que blasfemó y cambió la Ley y los días santos, no podía ser un pagano, sino alguien que conocía a Dios y Le asoció intencionalmente las otras dos personas que también conocía, pervirtiendo la fe. Antíoco no pervierte la fe de los judíos instituyendo una trinidad o pluralidad de dioses, ni cambia la Ley de Moisés y sus días festivos. En tercer lugar, es infantil dar tal importancia y magnitud a sucesos locales e insignificantes que tuvieron lugar entre un pequeño rey en Siria y un poco importante jefe judío como para comparar a este último con el glorioso hombre que recibió el homenaje de millones de ángeles en presencia del Todopoderoso. De todos modos, la visión profética describe y representa al Bar Nasha como el más noble y grande de todos los hombres, porque en el Antiguo Testamento no se da cuenta de ningún otro ser humano que haya sido objeto del honor y magnificencia de Muhammad.

3. Es igualmente fútil reclamar para Jesús este honor celestial dado al hijo del hombre. Hay dos razones principales para excluir a Jesús de este honor: a) Si

Jesús es simplemente un hombre y profeta y consideramos su trabajo en cuanto al éxito o fracaso, no cabe duda de que se coloca bastante por detrás de Muhammad. Pero si se cree que es el tercero de la trinidad, no debe ser contado para nada entre los hombres ⁽³⁾. Se entra así en un dilema del que no se puede salir, porque en cualquier caso el Bar Nasha no podía ser Jesús, b) Si Jesús fue encargado de destruir la cuarta bestia, entonces en vez de pagar tributo al César y someterse a ser apaleado o azotado por el gobernador romano Pilatos, tendría que haber expulsado a las legiones romanas de Palestina y salvado a su pueblo y a su tierra.

4. Nunca ha vivido sobre esta tierra un gobernante-profeta como Muhammad, quien perteneció a una descendencia (la de Ismael) que reinó durante un largo período de cerca de 2,500 años, fue absolutamente independiente y nunca inclinó su cuello bajo el yugo extranjero. Y ciertamente nunca se ha visto sobre la tierra otro hombre como Muhammad que haya rendido más servicio material y moral a su propio pueblo en particular, y a todo el mundo en general. Es imposible imaginar otro ser humano tan dignificado y tan valioso como Muhammad para una gloria y honor como el descrito en la visión profética. Comparemos al gran Profeta Daniel con el Bar Nasha del que estuvo hablando con sobrecogimiento y maravillado. Daniel era un esclavo o cautivo, aunque fuera elevado a la dignidad de visir en la corte de Babilonia y Susa. Y aunque estaba prohibido adoró a un ángel. ¿Cuál sería su posición en presencia del Todopoderoso comparada con la de Muhammad, quien sería coronado como el Sultán de los Profetas, el líder del género humano y objeto de admiración y homenaje de los ángeles? Poco asombra que el Profeta David llame a Muhammad «Mí señor», (Sal. 10:5).

5. No es para sorprenderse encontrar que en su viaje nocturno y ascensión al cielo Muhammad es recibido con los más grandes honores e investido con poder para extirpar la idolatría y la obra del cuerno blasfemo de los países dados por Dios a él y a su pueblo como una herencia para siempre.

6. Otro rasgo muy asombroso en esta visión profética es, de acuerdo a mi humilde creencia, que la visión del Bar Nasha sobre las nubes corresponde y es simultánea con el M'ray –es decir la ascensión del Profeta a los cielos–. En realidad hay distintos indicios, tanto en el lenguaje de Daniel como en los *hadices* sagrados ⁽⁴⁾ o tradiciones del Mensajero de Al.lah, que me llevan a esta creencia. El Corán declara que durante ese viaje nocturno Dios transportó a Su siervo desde la sagrada mezquita de la Meca al templo lejano de Jerusalén. Dios bendijo los recintos de ese Templo, entonces en ruinas, y le mostró Sus signos (Cfr. Coran, 17:1).

Se relata –en las tradiciones– que en su calidad de Imam, Muhammad ofició y condujo la oración en compañía de todos los Profetas. Además se relata que fue desde Jerusalén que fue llevado al séptimo cielo, siendo acompañado por los espíritus de los profetas y ángeles hasta que fue colocado en presencia del

Eterno. La modestia del Profeta que le prohibía revelar todo lo que vio, escuchó y recibió del Señor de los Ejércitos es considerado bueno por Daniel, quien narra las decisiones del juicio de Dios. Parece que el espíritu que interpretó la visión de Daniel no era un ángel, como se dice ligeramente en distintos lugares, sino el espíritu o alma de un profeta, porque él le llama «Qáddish» (en género masculino) y «Qaddush» (Dan. 4:10, y 8:13), que significa un samo o un hombre santo, nombre usualmente aplicado a los profetas y santos ⁽⁵⁾. ¡Cuan alegres se deben haber sentido las almas santas de los profetas y santos mártires que habían sido perseguidos por esas cuatro bestias, e incluso más especialmente cuando vieran el decreto de aniquilación pronunciado por el Todopoderoso contra el régimen trinitarista de Constantino a través del encargo hecho al Sello de los Profetas de matar y aniquilar al cuerno parlante!

Como musulmanes, del testimonio de Daniel, debemos admitir que el viaje de Muhammad fue realizado corporalmente, lo cual no es en absoluto imposible para el Omnipotente. Debe existir una ley física de acuerdo a la cual un cuerpo no es controlado por la masa principal a la cual pertenece o por la ley de gravitación, sino por la ley de la velocidad ⁽⁶⁾. Un cuerpo humano que pertenece a la tierra no puede escapar de ella a menos que una fuerza superior encerrada en la velocidad le permita superar la fuerza gravitacional. También debe existir otra ley en física de acuerdo a la cual un cuerpo ligero puede penetrar en otro espeso o grueso, e incluso este cuerpo grueso o denso en otro aun más denso o duro, por medio de una fuerza superior, o simplemente por la fuerza de la velocidad. Sin entrar en los detalles de esta cuestión sutil, es suficiente decir que frente a la fuerza de la velocidad el peso de un cuerpo sólido, ya sea movido o impactado, es totalmente relativo. Conocemos la velocidad de la luz desde el sol o una estrella. Si disparamos una bala, digamos, a una velocidad de 2500 metros por segundo, sabemos que penetra y perfora un cuerpo de hierro blindado que tiene varias pulgadas de espesor. De la misma manera, un ángel, que se puede mover con una velocidad infinitamente más grande que la de la luz del sol, e incluso que el pensamiento, podría, por supuesto, transportar el cuerpo de Jesús, de Muhammad o Elías con una facilidad y rapidez sorprendente, anulando la ley gravitatoria del cuerpo al que ellos pertenecen.

Pablo de Tarso menciona una visión que habría tenido catorce años antes, relativa a un hombre que había sido llevado al tercer cielo y luego al Paraíso, donde escuchó y vio palabras y objetos que no se podrían describir. Las iglesias y los comentaristas han creído que este hombre era el propio San Pablo. Aunque el lenguaje es tal como para darnos la idea de que es San Pablo la persona, lo cual puede aparecer como una falta de modestia, puede ser que guardara el secreto para no ser considerado un hombre orgulloso (2 Cor 12:1-4). Aunque el Corán nos enseña que los apóstoles de Jesús fueron todos hombres santos e inspirados, no obstante sus escritos no pueden ser totalmente fiables ya que en sus disputas y discusiones las iglesias los sometieron a diversas interpolaciones. El evangelio de San Bernabé dice que Pablo después cae en el error y que extravió a muchos creyentes. ⁽⁷⁾

El hecho de que Pablo no revelara la identidad de la persona que vio en la visión y que las palabras que escuchó en el Paraíso «no le es dado al hombre expresarlas» muestra que no fue Pablo la persona arrebatada al cielo. Decir que Pablo, por razones de humildad y discreción, no se ensalza él mismo, es representarlo erróneamente. El se jacta, por ejemplo, de haber censurado a San Pedro y sus epístolas están llenas de expresiones acerca de sí mismo, las cuales más bien confirman que no era ni humilde ni modesto.

Además, conocemos por sus escritos a los Gálatas y a los Romanos que fue un judío con prejuicios contra Agar y su hijo Ismael. La gloriosa persona que vio en su visión no debe haber sido otra que la que vio Daniel. Fue a Muhammad a quien él vio y no se atrevió a contar las palabras que le fueron dichas a esa persona por el Todopoderoso porque por un lado él temía a los judíos, y por otro lado se habría contradicho a sí mismo por haberse glorificado tanto con la cruz y el crucificado. Estoy casi convencido de que le fue permitido a Pablo ver al Bar Nasha, a quien Daniel había visto unos seis siglos antes, pero «el ángel de Satanás que le estuvo dando golpes continuamente en la cabeza» (2 Cor 12:7) le prohibió revelar la verdad. Es admitido por Pablo que «el ángel de Satanás», como él lo llama, le prohibió revelar el secreto de Muhammad, a quien había visto en su visión. Si Pablo era un verdadero siervo de Dios, ¿por qué fue librado a las manos del «ángel del mal», quien estuvo golpeándolo continuamente en la cabeza? Cuanto más se reflexiona sobre las enseñanzas de Pablo menos se duda de que fue el precursor de Constantino el Grande.

Como conclusión permítaseme extraer una moraleja para los no musulmanes de esta maravillosa visión de Daniel. Deben obtener una lección para sus corazones del destino que sobrevino a las cuatro bestias, y particularmente al cuerno, y reflexionar sobre que solamente Al.lah es el Dios Uno Verdadero, que solamente los musulmanes profesan fielmente Su Absoluta Unidad, que El es conculer de sus injusticias, y de que tienen al Sultán de los Profetas cerca del Trono del Altísimo.

[1] Estos términos del hebreo se encuentran también en lengua árabe. *Din* significa tanto juicio como religión (en cuanto norma debida y forma de vida), pues el término viene de la raíz *dána*, que significa adeudar y lo que es debido a alguien, en este caso a Dios el Creador. En hebreo *din* tiene el sentido de juicio. *Korsiya* equivale al araba *Kursíi*, que es el estrado del Trono divino, una categoría metafísica inferior a éste (Cfr. Corán 2:255). (Nota del Editor en español)

[2] Cfr. Corán 85:21-22. La *Tabla Resguardada* es el arquetipo sublime de la Revelación. (Nota del Editor en español)

[3] Digamos para complementar los argumentos del autor, que la expresión «hijo del hombre» es una frase común de las lenguas semíticas, presente también en la lengua árabe, y significa simplemente «un hombre». Aclaremos esto para que el lector no informado no asimile esta expresión al frecuente título de «hijo del hombre» que aparece en los evangelios aplicado a Jesús. En este caso también, como ya ha sido determinado por los especialistas, se volcó al griego una expresión de las lenguas semitas que no significa nada especial o extraordinario ni mucho menos enigmático. (Nota del Editor)

[4] Se llama *hadiz* a los dichos y hechos del Profeta Muhammad. Estos *hadices* se encuentran recopilados por miles en voluminosas obras clásicas y constituyen fuente de doctrina y ley en el Islam luego del Sagrado Corán, que es la Palabra divina, mientras que aquella es la palabra del Mensajero de Al.lah. (Nota del Editor en español)

[5] En árabe *qaddasa* es santificar, *quddús* al santísimo, etc. (Nota del Editor en español)

[6] Téngase en cuenta que esta obra fue compuesta a principios de siglo, cuando todavía el hombre no había podido vencer la gravedad terrestre. No obstante el autor muestra una curiosa perspicacia y premonición sobre este punto, así como sobre la estructura de la materia, que hoy se sabe que pese a su «densidad» aparente es abrumadoramente vacía. (Nota del Editor)

[7] Por otra parte, cabe aclarar que Pablo de Tarso no fue del número de los apóstoles, es decir de los directos discípulos de Jesús durante la misión de éste, sino que se convirtió posteriormente, no sin antes perseguir a los cristianos. (Nota del Editor)

VII. EL REY DAVID LO LLAMA «MI SEÑOR»

La historia de David, sus hazañas y escritos proféticos, se encuentran en dos libros del Antiguo Testamento: Samuel y los Salmos. David era el hijo menor de Jessé, de la tribu de Judá. Siendo aún un joven pastor, mató un oso y desgarró en mitades un león. Este valiente joven lanzó una pequeña piedra directamente a la frente de Goliat, campeón del ejército filisteo, y salvó al ejército de Israel. El premio más grande por el éxito en la demostración de su valor fue la mano de Mica, hija del rey Saúl. David tocaba el arpa y la flauta y era un buen cantor. Su huida del celoso suegro, sus aventuras y hazañas como bandido –que relata el Antiguo Testamento– son bien conocidas. A la muerte de Saúl, David fue invitado por el pueblo a asumir las riendas del reino, para lo cual había sido elegido hacia tiempo. Reinó durante siete años en Hebrón. Tomó Jerusalén de los jebusitas y la hizo capital de su reino. Sus dos montes, o cerros, fueron denominados «Morían» y «Sión». Ambas palabras tienen el mismo significado e importancia de las conocidas «Sarwa» y «Manían» en la Meca, términos que significan respectivamente «el lugar de la visión del Señor» y la «roca» o Piedra. Las guerras de David, su pecado contra el soldado creyente. Uriah (Urias) y su mujer, Bathsheba (Betsabé) no quedaron impunes, David reinó cuarenta años. Su vida estuvo marcada por guerras y rencillas familiares. Hay algunos relatos contradictorios acerca suyo que evidentemente debe ser adjudicados a dos fuentes opuestas.

El crimen de David en relación con Urías y su mujer (2 Sam. II), no es ni siquiera mencionado en el Corán. Uno de los signos de la superioridad del Corán es que nos enseña que todos los profetas nacen y mueren sin pecados. No imputa a los profetas, como hace la Biblia, crímenes y pecados, como ser el doble crimen de David ya mencionado que, según la Ley de Moisés, se debía castigar con la muerte. Crímenes que, ni que hablar en un profeta o un siervo elegido de Dios, no se nos ocurriría siquiera pensar en atribuirlos a un ser humano común. ⁽¹⁾

La historia de David cometiendo adulterio y la venida a Él de dos ángeles para recordarle el pecado, es una pueril falsedad. Ello ha sido rechazado por la mejor opinión musulmana. Dice Razi: «La mayoría de los eruditos y quienes han investigado acerca de la verdad, declaran que este cargo es falso y lo condenan como una mentira y una historia maliciosa. Las palabras *istagfara* y *gafarana* en el versículo 24 del capítulo 38 del Corán de ninguna manera indican que David ha cometido un pecado, porque *istigfar* (lit: pedir perdón, indulgencia) significa realmente la búsqueda de protección, y David buscaba la protección divina cuando vio que sus enemigos se levantaban audazmente en contra suyo. Y por *gafarana* se entiende la rectificación de sus asuntos, porque David, que era un gran gobernante, no podía mantener bajo control totalmente a sus enemigos».

El Antiguo Testamento no menciona el momento en que le fue concedido a David el don de la profecía. Leemos que después que David cometió los dos pecados es que el profeta Natán es enviado por Dios para que lo castigue. En

realidad, lo encontramos siempre, hasta el final de su vida, recurriendo a otros profetas. De acuerdo al relato bíblico, por lo tanto, parecería que el don de la profecía llegó a él después de haberse arrepentido totalmente de su pecado.

En uno de los capítulos anteriores señalé que después de la división del reino en dos estados independientes, que estuvieron a menudo en guerra entre sí, las diez tribus que formaban el reino de Israel fueron siempre hostiles a la dinastía de David y nunca aceptaron ninguna otra parte del Antiguo Testamento que no fuera la Tora o Ley de Moisés, como está contenida en el Pentateuco. Esto es evidente según la versión samaritana de los primeros cinco libros del Antiguo Testamento. No nos encontramos con una sola palabra o profecía acerca de la posteridad de David en los discursos de los grandes profetas como Elías, Elíseo y otros que florecieron en Samaria durante el reinado de los perversos monarcas de Israel que vinieron después de la desaparición de David y Salomón. Solamente después de la caída del reino de Israel y del traslado de las diez tribus a Asiria es que los profetas de Judea comenzaron a predicar la llegada de un príncipe de la casa de David, quien rápidamente habría de restaurar toda la nación y someter a sus enemigos. En los escritos o discursos de estos últimos profetas hay diversos dichos ambiguos al respecto, los cuales han producido un alboroto exultante y embelesado a los padres de la Iglesia, pero que en realidad no tienen nada que ver con Jesús. Citaré brevemente dos de estas profecías. La primera está en Isaías 7:14, donde el profeta predice que «una doncella concebirá y dará a luz un hijo y le llamará Emanuel». La palabra hebrea *a'lmáh* no significa virgen», como es generalmente interpretada por los teólogos cristianos y por lo tanto aplicada a la virgen María, sino que significa «una mujer núbil, doncella, soltera». La palabra hebrea para virgen es *bíhulah*. Y el nombre del hijo, que sería Emanuel, significa «Dios es con nosotros». Hay cientos de nombres hebreos compuestos de un sustantivo y la partícula *El* (Dios), que se ubica en la primera o última sílaba de tales nombres compuestos. Ni Isaías, ni el rey Acaz, ni ningún judío pensaron nunca que el niño que nacería sería «Dios con nosotros». Nunca pensaron otra cosa más que ese sería su nombre, y nada más. Pero el texto dice expresamente que fue Acaz (quien parece conocía a la doncella embarazada) quien daría ese nombre al niño. Acaz estaba en peligro, sus enemigos presionaban fuertemente sobre Jerusalén, y esta promesa fue hecha a él para mostrarle un signo, es decir, una doncella embarazada» ¡y no la virgen María que vino al mundo más de setecientos años después! Esta simple predicción de un niño que vendría al mundo durante el reino de Acaz fue igualmente mal interpretada por el escritor del Evangelio de Mateo (Mat. 1:28). «Jesús» fue el nombre dado por el ángel Gabriel (Mat, 1:21), y nunca Jesús fue llamado Emanuel. ¿No es escandaloso tomar este nombre como un argumento y prueba de la doctrina cristiana de la encarnación?

La otra interpretación extraña de una predicción profética es la de Zacarías 9:9, la cual es una cita falsa o equivocada y totalmente mal interpretada por el redactor del primer evangelio (Mat. 21:5). El profeta Zacarías dice: «Alégrate mucho hija de Sión, da voces de júbilo, hija de Jerusalén: he aquí que tu rey

vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y montado en un asno, y sobre un pollino, hijo de asna».

En este pasaje poético el autor simplemente desea describir el asno —sobre el que se sienta el rey—, diciendo que era joven, y este pollino, asimismo, es descrito como el hijo de una asna. Era solamente un pollino o asno joven. Luego Mateo cita este pasaje de la siguiente manera;

«Decid a la hija de Sión:

he aquí, tu rey viene a ti,

manso y sentado en una asna,

y sobre un pollino, hijo de asna».

Ya sea que la persona que escribió estos versos creyera o no realmente que Jesús, cuando hizo su entrada triunfal a Jerusalén sentado a la vez en la asna y en su joven pollino, obró un milagro, no es lo importante. No obstante, es cierto que la mayoría de los padres de la Iglesia lo creían así, y nunca se les ocurrió que tal exhibición se vería más bien como una comedia que como una procesión real y magnífica. Sin embargo, Lucas es más cuidadoso y no ha caído en el error de Mateo.

¿Estuvieron ambos autores inspirados por el mismo Espíritu? ⁽²⁾

Zacarías profetiza en Jerusalén, después del retorno judío del cautiverio, la llegada de un rey. Aunque manso y humilde, montado sobre un pollino, no obstante viene con la salvación y reconstruirá la casa de Dios, Zacarías profetiza esto en el momento en que los judíos se esforzaban por reedificar el Templo y la ciudad arruinada. Los pueblos vecinos estaban en contra suya. El trabajo de reedificación se detiene hasta que Darío, rey de Persia, da a conocer un decreto soberano para su construcción. Aunque no había aparecido ningún rey judío desde el siglo VI antes de Cristo, no obstante habían tenido gobiernos autónomos bajo soberanos extranjeros. Debe advenirse que la salvación aquí prometida es *material e inmediata* y no una **salvación** que **vendrá** ¡520 años más tarde, cuando Jesús de Nazaret montaría dos asnos simultáneamente y entraría en Jerusalén, transformada ya en una ciudad rica y grande, con un templo magnífico, simplemente para ser capturado y crucificado por los propios judíos y sus amos romanos, como nos lo dicen los actuales evangelios! Esto no serviría para nada de consuelo al pobre judío rodeado de enemigos en una ciudad arruinada. En consecuencia, por la palabra «rey» debemos entender uno de sus jefes principales, Zorobabel, Ezra o Nehemías.

Estos dos ejemplos están destinados a mostrar principalmente a mis lectores musulmanes, que pueden no estar familiarizados con las escrituras judías, cómo

los cristianos han sido guiados equivocadamente por sus sacerdotes y monjes al dar interpretaciones y sentidos estúpidos a las profecías allí contenidas.

Ahora tomaré la profecía de David:

«YaHWaH dijo a mi ADON,

siéntate a mi diestra hasta que ponga

a tus enemigos por estrados de tus pies» (Sal. 110:1)

Este versículo de David se cita en Mateo (22:44), Marcos (12:36) y Lucas (20:42-43). En todos los idiomas los dos nombres contenidos en el primer dístico se expresan o traducen como «Dijo el Señor a mi *Señor*». Por supuesto, si el primer Señor es Dios, el segundo Señor también es Dios. No puede haber ningún argumento más conveniente y propicio para un sacerdote cristiano que éste, es decir, quien habla es Dios y también a quien se habla es Dios, de donde, por lo tanto, ¡David conoce dos dioses! ¡Nada más lógico que este razonamiento! ¿Cuál de estos dos *Domini* es el Señor de David? Si David hubiese escrito *Dominus meus dixit Domino meo*, hubiera hecho el ridículo, porque entonces hubiese admitido ser el siervo o esclavo de dos señores, sin mencionar siquiera sus nombres propios. Ello admitiría incluso más cosas que la existencia de dos señores. Significaría que el secundo señor de David buscó protección en su primer señor, quien le ordenó sentarse a su derecha hasta que pusiera a sus enemigos por estrado de sus pies. Este razonamiento nos lleva a admitir que, a fin de comprender bien nuestra religión es necesario conocer la Biblia o el Sagrado Coran en el idioma en que fueron escritos originalmente, y no depender o apoyarse en traducciones,

A propósito he escrito las palabras hebreas originales YaHWaH y Adón, a fin de evitar cualquier ambigüedad o mala interpretación en el sentido que comunican. Tales nombres sagrados anotados en la Escritura religiosa deberían ser *dejados* como son, a menos que se pueda encontrar un equivalente absolutamente fiel para ellos en el idioma al que se desee traducirlos. El tetragrama YHWH que se translitera Yehovah (Jehová), es pronunciado actualmente Yahuah. Es un Nombre propio de Dios Todopoderoso, y es considerado santo por los judíos hasta el punto de que cuando leen sus Escrituras nunca lo pronuncian, sino que en su lugar leen *Adonai*. El otro nombre, *Elohim*, también es siempre pronunciado, pero nunca Yahuah. El por qué los judíos hicieron esta distinción entre ambos nombres del mismo Dios, es una cuestión que queda totalmente fuera del campo del tema que ahora tratamos. De todos modos se puede mencionar, de paso, que Yahuah, a diferencia de Elohim, nunca es usado con sufijos pronominales, y parece ser un nombre especial en hebreo para la Divinidad como dios nacional del pueblo de Israel. En realidad, *Elohim es el nombre más antiguo, conocido por todos los semitas.* ⁽³⁾ Y con el objeto de dar un carácter especial a la concepción del Dios verdadero, este tetragrama es a

menudo, conjuntamente con Elohim consagrado a El. La forma árabe *Rabb Allah*, corresponde a la forma hebrea *Yahuah Elohim*.

La otra palabra, *Adón*, significa un «comandante», «señor», «jefe» o «maestro», lo mismo que los nombres árabes y turcos *Amir*, *Sayyid*, *Agha*. *Adón* se presenta como término opuesto de «soldado», «esclavo» y «propiedad». En consecuencia, la primer parte del dístico debe entenderse como «Dios dijo a mi Señor».

David, en su calidad de monarca, era el Señor y Comandante de todos los israelitas y el amo y señor del reino. ¿De quién era entonces «siervo»? Siendo David un soberano poderoso, no podía ser de hecho un siervo o esclavo de ningún tipo de ser humano. No es posible imaginar que David llamaría «su señor» a cualquier profeta o santo muerto, como Abraham o Jacob, para quienes el término común y razonable era «padre». De la misma manera, resulta lógico que David no usase la denominación «mi señor» para ninguno de sus descendientes, para quienes, asimismo, el término común sería «hijo». No queda, junto a Dios, ningún otro ser concebible que pudiera ser el señor de David, excepto la más noble y elevada criatura del género humano. Es realmente fácil de entender que a la opinión y elección de Dios debe haber un hombre que es el más noble, el más elevado y el más deseado de todos los hombres. Seguramente los videntes y los profetas de la antigüedad conocían a este santo personaje y, al igual que David, le llamaron «mi Señor».

Por supuesto, los rabinos judíos y comentaristas del Antiguo Testamento entendieron que esta expresión designaba al Mesías, quien descendería de David, y respondieron así a la cuestión que les planteó Jesús como se cita en Mateo 22 y los otros sinópticos. Jesús rechazó llanamente a los judíos cuando les planteó un segundo interrogante: «¿Cómo podía David llamarle "mi señor" si era su hijo?». Esta pregunta del Maestro dejó sin respuesta a la audiencia porque no sabían qué responderle. Los evangelistas interrumpen bruscamente esta importante materia de discusión. Detenerse allí sin una mayor explicación no era digno ni del Maestro ni de sus interlocutores. Porque dejando a un lado la cuestión de su divinidad e incluso su carácter profético, Jesús como maestro estaba obligado a resolver el problema planteado por él mismo cuando vio que los discípulos y los oyentes eran incapaces de saber quien podía ser, entonces, ese «señor».

Por medio de la expresión de que el «señor» o *Adón* no podía ser un hijo de David, el propio Jesús se excluye de ese título. Esta admisión es decisiva y debería hacer recapacitar a los maestros religiosos del cristianismo, de manera que coloquen al Cristo en su debido status de elevado y santo siervo de Dios, renunciando al carácter divino que se le adjudicó extravagantemente, para su propio disgusto y molestia.

No puedo imaginarme a un maestro que, viendo a su pupilo incapaz de responder a su pregunta se mantuviese en silencio, a menos que él mismo la ignore y sea incapaz de resolver la cuestión. Pero Jesús no era ni ignorante ni un mal maestro. Era un profeta con un amor ardiente por Dios y el hombre. Jesús no dejaba los problemas sin resolver o las preguntas sin respuestas. Los Evangelios de las Iglesias no nos cuentan la respuesta de Jesús a la pregunta: «¿Quién era el señor de David?». Pero el Evangelio de Bernabé ⁽⁴⁾ lo hace. Este evangelio ha sido rechazado por las iglesias porque su lenguaje está más de acuerdo con las Escrituras reveladas y porque es muy explícito y expresivo acerca de la naturaleza de la misión de Jesús, y sobre todo porque registra las palabras exactas de Jesús respecto de Muhammad. Se puede conseguir fácilmente un volumen de este Evangelio. Allí se encontrará la respuesta del propio Jesús, quien dijo que el pacto o alianza entre Dios y Abraham fue hecho en Ismael, y que «el más glorioso y alabado» de los hombres es un descendiente de Ismael y no de Isaac pasando por David. Se relata allí que Jesús habló repetidamente de Muhammad cuya alma o espíritu había visto en el cielo. Si Dios quiere, tendré ocasión de escribir sobre este evangelio más adelante.

Sin duda que el ojo profético de Daniel, que vio en una visión maravillosa al gran Bar Nasha, es decir Muhammad, era el mismo ojo profético de David. Fue éste, el más glorioso y alabado de los hombres, quien fue visto por el profeta Job (Job 19:25) como un «salvador» contra la fuerza del demonio.

¿Es entonces a Muhammad a quien David llama «mi señor» o «mi Adón»? Veámoslo.

Los argumentos en favor de Muhammad, quien ha recibido el título de «*sayyidu-l-mursalín*» (Adón —Señor— de los Mensajeros), son decisivos. Son tan evidentes y explícitos en las palabras del Antiguo Testamento que uno se asombra de la ignorancia y obstinación de quienes rechazan comprenderle y obedecerle.

1.- El más grande Profeta y Adón, a los ojos de Dios y el hombre, no es un gran conquistador y destructor de la humanidad, ni un santo recluso que se pasa la vida en una cueva o celda meditando sobre la Divinidad y buscando la salvación individual, sino quien presta más servicios y beneficios al género humano, brindándole la luz del conocimiento del Dios Uno verdadero, y destruyendo el poder de Satanás y sus ídolos abominables e instituciones perversas. Fue Muhammad quien «machucó la cabeza de la serpiente», y es por eso que el Corán llama a Satanás «Iblis», es decir «el machucado», Muhammad purgó el Templo de La Ka'bah y toda Arabia de ídolos y le dio luz, religión, felicidad y poder a los hasta entonces ignorantes idólatras árabes, quienes en poco tiempo expandieron esa luz hacia los cuatro puntos cardinales. La obra y el éxito de Muhammad al servicio de Dios son incomparables, sin parangón en la historia sagrada.

Los profetas, los santos y los mártires forman el ejército de Dios contra el poder del demonio, y solamente Muhammad es el supremo comandante de todos ellos. Muhammad es, en realidad, no sólo el Adón y Señor de David, sino de todos los Profetas, porque él purificó Palestina y todos los países visitados por Abraham de la idolatría y el yugo extranjero.

2.- Dado que el propio Jesús admitió que él no era el señor de David y que éste no iba a descender de David, no queda nadie más que Muhammad entre los Profetas para ser el Adón o Señor de David. Y cuando comparamos la loable revolución religiosa que trajo al mundo el noble hijo de Ismael (Muhammad), con la que lograron en conjunto los cientos de Profetas anteriores, no llegamos sino a la conclusión de que solamente Muhammad podría merecer el título distinguido de Adón.

3.- ¿Cómo supo David que «Yahuah» (Jehova") dijo a Adón, «siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies»?

*¿Cuando escuchó David estas palabras de Dios? El propio Jesús da la respuesta, es decir, «David en espíritu escribió esto». El vio el Adón Muhammad de la misma manera como lo vio Daniel (Dan. 7) y como lo vio San Pablo (2 Cor 12) y muchos otros. Por supuesto, el misterio encerrado en «siéntate a mi derecha» está oculto para nosotros. No obstante podemos conjeturar que el investir oficialmente con el honor de sentarse a la derecha del trono de Dios, y por lo tanto elevado a la dignidad de «Adón», no solamente de los Profetas sino de todas las criaturas, tuvo lugar en la famosa noche de su **M'ray** (ascensión) a los cielos,*

4.- La única y principal objeción a la misión divina y superioridad de Muhammad es su condena de la doctrina de la trinidad, Pero el Antiguo Testamento no reconoce ningún otro Dios más que Allah, y el señor de David no se sienta a la derecha de un triple dios, sino a la derecha del Dios Uno. Por consiguiente, entre los Profetas que creían en Allah y le servían ninguno fue tan grande y realizó tan estupendos servicios por la Causa de Dios y por el género humano que Muhammad, con Él sean la Bendición y la Paz.

[1] Es doctrina en el Islam el principio de la «Impecabilidad de los Profetas», que sostiene que estos seres elegidos por Dios son preservados de cometer todo pecado. Esta impecabilidad es un atributo necesario de su misión, porque si los profetas cometieran iniquidades serían un ejemplo imperfecto para los hombres que, más que guiarlos al bien, los sumiría en la duda, como ocurre siempre que alguien predica algo que él mismo no cumple. Esto supondría, finalmente, injusticia en Dios para con Sus criaturas» lo cual es inadmisibile. (Nota del Editor en español)

[2] Esto se refiere a la doctrina de la iglesia de que los redactores de los evangelios canónicos estuvieron inspirados por el Espíritu Santo, lo cual resulta difícil de conciliar con las contradicciones que tienen entre sí. (Nota del Editor en español)

[3] «Elohim» es un plural respetuoso. Su singular es «Eloh», que corresponde exactamente al árabe «ilah», que con el artículo se convierte en «Al.lah». (Nota del Editor en español)

[4] El Evangelio de Bernabé, como ya citáramos en una nota anterior, es del número de los llamados «apócrifos» por las autoridades Teológicas eclesiásticas, en contraste con los *canónicos* que forman el canon. No obstante es bueno recordar que este canon tiene mucho de caprichoso pues resultó de un concilio en el que se impuso una facción del cristianismo. El Evangelio de Bernabé no puede conseguirse en español. Hay varias traducciones inglesas. Había dos originales descubiertos a comienzos del siglo XVIII, uno en italiano y otro en español antiguo. Sólo se conserva el italiano y algunos fragmentos del español. En la publicación 1RFAN, número 4, Editorial Nur, páginas 106 y siguientes, hay una reseña sobre este evangelio, su historia y una crítica a la posición oficial de la Iglesia a su respecto. (Nota del Editor en español)

VIII. EL SEÑOR Y EL APÓSTOL DEL PACTO

El último libro de la Biblia canónica judía lleva el nombre de Malaquías, el cual parece ser más bien un sobrenombre o apodo antes que un nombre propio. La correcta pronunciación es «Malakhí», que significa «mi ángel» o «mi mensajero». La palabra hebrea «malakh», al igual que la palabra árabe «malak», como el término griego «anghelos» del cual deriva la palabra «ángel», significa un «mensajero», alguien comisionado con un mensaje o noticia para comunicar a alguna persona.

Quién es este Malaquías y en qué período de la historia judía vivió y profetizó, no se conoce ni a través del libro que lleva su nombre ni por medio de ninguna otra parte del Antiguo Testamento. Comienza con las palabras: «La *missade* la Palabra de Yahuah, el El de Israel» por medio de Malaquías», lo cual puede ser traducido: «El discurso de la Palabra de *Jehovah*, el Dios de Israel, por medio de Malaquías». Contiene cuatro capítulos cortos.

El oráculo no está dirigido a ningún rey y su corte sino al pueblo ya asentado en Jerusalén que contaba con el Templo y sus servicios. En esa época los sacrificios eran del tipo peor y más despreciable. Las ovejas y ganado ofrecidos en los altares eran malos, de bajísima calidad, pues eran ciegos, cojos y enfermos. El diezmo no era pagado regularmente y si se lo hacía era por medio de un material inferior. Naturalmente, tampoco los sacerdotes podían dedicar su tiempo y energías a cumplir con sus deberes sagrados; no podían comer de tales sacrificios de animales tullidos, magros y enfermos, ni vivir del diezmo escaso y de estipendios insuficientes. Yahuah, como es usual con este pueblo incorregible, ora lo amenaza, ora mantiene su promesa y a veces le demanda.

Este discurso y oráculo parece haber sido pronunciado por el Profeta Malakhi alrededor de principios del siglo IV antes de la era cristiana, cuando el pueblo de Israel estaba cansado de Yahuah y acostumbraba a decir: «Inmunda es la mesa de Yahuah y su alimento es despreciable» (Mal 1:12); y también: «Cualquiera que hace el mal es bueno a los ojos de Yahuah y en los tales se complace. O si no, ¿dónde está el Dios de justicia?» (Mal. 2:17)

El Libro de Malakhi, no obstante ser del período posterior al cautiverio, sin embargo está escrito en un agradable y buen estilo hebreo. Decir que esta «missa» o discurso ha llegado a nosotros intacto e inalterado, es confesar ignorancia del idioma. Hay distintas sentencias mutiladas, por lo que es casi imposible comprender el sentido exacto que intentó transmitir o comunicar.

La materia de discusión en este capítulo es la famosa profecía expresada en Malaquías 3:1. La profecía dice así:

«He aquí, yo envío a Mi Mensajero, el cual prepara el camino delante de Mí y vendrá súbitamente a su Templo el Adón a quien vosotros buscáis, y el

Mensajero del Pacto a quien deseáis vosotros. He aquí que viene, dice el Señor de los Ejércitos.» (Mal. 3:1).

Esta es una famosa profecía mesiánica. Todos los santos cristianos, padres de la iglesia, papas, patriarcas, sacerdotes, monjes, monjas e incluso los escolares de las escuelas dominicales de religión, nos dicen que el primer mensajero mencionado en el texto es San Juan el Bautista, y el segundo, a quien en su versión vernácula han traducido como «el Ángel del Pacto», es Jesús.

Determinar con precisión al sujeto de esta profecía es de extrema importancia, porque las iglesias cristianas han creído siempre que allí se señalaban dos personas distintas. Y esta creencia errónea se debe a una singular y extraordinaria equivocación de San Mateo. Uno de los rasgos característicos del primer evangelio es mostrar y probar el cumplimiento de algunos enunciados o predicciones particulares del Antiguo Testamento respecto de casi todos los sucesos de la vida de Jesús. Se cuida muy poco de no caer en contradicciones y en expresar fielmente las citas de las Escrituras Hebreas. No cabe duda que no está bien versado en la literatura de su propio idioma. He tenido la ocasión de referirme en uno de los capítulos anteriores a una de sus equivocaciones respecto al asno sobre el que montó Jesús. Este es un punto muy serio porque hace directamente a la autenticidad y validez de los evangelios. ¿Es posible que el propio apóstol Mateo fuese ignorante del verdadero carácter de la profecía de Malaquías e ignorantemente adscribiese a su maestro una cita errónea que pondría naturalmente en cuestión su misma calidad de Profeta inspirado divinamente? ¿Y qué deberíamos pensar del autor del segundo Evangelio —San Marcos— que le adjudica a Isaías (Marcos 1:2) el pasaje citado de Malaquías? Relata Mateo que Jesús ha declarado a la multitud que Juan el Bautista era «más que un Profeta» (11:1-15), cosa que es dicha o copiada por Lucas (7:18-28), y que era él «acerca de quien estaba escrito: He aquí, yo envío Mi Ángel delante de tu faz, el preparará tu camino delante de ti», y que «nadie de los que nacen de mujer fue más grande que Juan, pero el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él». La corrupción del texto de Malaquías está hecha lisa y deliberadamente. El texto original nos dice que Yahuah Sabaoth, es decir. Dios de los Ejércitos, es el que habla y los creyentes son el pueblo a quien se dirige, como se puede ver fácilmente en las palabras «a quien vosotros buscáis... a quien deseáis vosotros». Dice Dios: «He aquí, yo envío Mi Mensajero, el cual preparará el camino delante de Mí faz». Pero los Evangelios han interpolado el texto por medio de hacer desaparecer el pronombre personal de la primera persona en singular e insertando «ante tí» («tu faz», como en hebreo) *dos veces*. Es generalmente aceptado que Mateo escribió su Evangelio en el entonces hebreo vernáculo, es decir, arameo. con el objeto de probar a los judíos que Dios, dirigiéndose a Jesús, dijo: «He aquí, yo envío Mi mensajero (ángel) (tal es la versión en Mateo 11:10) delante de ti, el preparará el camino delante de ti», deseando mostrar que este ángel o mensajero era Juan el Bautista. Luego es dejado a Jesús hacer el contraste entre Juan y él, describiendo a Juan como superior a todo profeta y más grande que los hijos de

todas las madres humanas pero diciendo que el más pequeño en el reino de los cielos –del cual se da a entender que Jesús es el Rey– es más grande que Juan.

No creo ni por un segundo que Jesús o cualquiera de sus discípulos pudiera haber usado semejante lenguaje con el objeto de desnaturalizar la Palabra de Dios, pero sí que algún monje fanático u obispo ignorante ha fraguado este texto y puesto en la boca de Jesús palabras que no serían pronunciadas por ningún profeta.

La idea tradicional de que el mensajero comisionado para preparar o reparar el camino ante el «Adón» y el «Mensajero del Pacto» es un sirviente y subordinado del último y que por lo tanto se vaticinan dos personas, es una creación de la ignorancia respecto a la importancia de la misión y la magnitud del trabajo asignado a ese mensajero. No se lo debe suponer como un pionero o incluso un ingeniero designado para construir caminos y puentes para el paso de una procesión real. Por lo tanto reflexionemos sobre esta materia más profundamente y de una manera valiente, imparcial! y desapasionada.

1.- En primer lugar se debe comprender bien que el Mensajero es un hombre, una criatura de alma y cuerpo humano, y que no es un ángel o un ser sobrehumano. En segundo lugar, deberíamos aplicar la sensatez y el juicio para ver que él no es enviado para preparar el camino ante otro mensajero llamado «Adón» y el «Mensajero del Pacto», sino que es comisionado para *fundar y establecer una religión verdadera, segura y buena*. Es comisionado para remover todos los obstáculos en el camino entre Dios y Sus criaturas y para rellenar todos los vacíos y grietas en este gran camino, para que pueda ser suave, llano, fácil de andar y bien iluminado, protegido de todo peligro. La frase hebrea «u pinna derekh» quiere decir que el mensajero «hará correcta y clara la adoración o religión». El verbo «darakh» de la misma raíz que el árabe «daraka», significa «caminar», «alcanzar» «incluir», y el sustantivo «derekh» significa «carretera», «camino», «paso», y metafóricamente «adoración», «religión». A lo largo de los Salmos y de los escritos de los Profetas es usado con este sentido espiritual. Seguramente este elevado mensajero de Dios no vendría a reparar o reformar un camino» una religión, para beneficio de un puñado de judíos» sino a establecer una religión universal e inalterable para todos los seres humanos. Aunque la religión judía inculca la existencia de un Dios verdadero, no obstante su concepción de El como una deidad nacional de Israel, su sacerdocio, sus ritos y ceremonias de sacrificio y también la no existencia de artículos positivos de creencia de la inmortalidad del alma, la resurrección de los muertos, el Juicio Final, la vida eterna en el Paraíso, o el Infierno» y muchos otras puntos deficientes, la hacen absolutamente inadecuada e insuficiente para los pueblos de distintas razas, idiomas, climas, temperamentos y hábitos. En cuanto a la cristiandad, con sus siete sacramentos sin sentido, su creencia en el pecado original, la encarnación de un dios – desconocido en todas las literaturas y mitologías anteriores– y una trinidad de

dioses individuales, y finalmente porque no posee *una sola* línea «in scripto» de supuesto fundador, Jesús, no ha hecho ningún bien a la humanidad. Por el contrario, ha llevado a las divisiones y sectas, todas imbuidas con amargos sentimientos de odio y rencor entre sí.

Entonces el mensajero fue comisionado para abrogar ambas religiones y establecer la antigua religión de Abraham e Ismael y los otros Profetas, con nuevos preceptos para todos los hombres. Iba a ser el camino mas corto para «llegar» a Dios, la religión más simple y esencial en sus prácticas de devoción, y la fe más segura para permanecer siempre puro y sin adulteraciones provenientes de supersticiones y dogmas ignorantes. El mensajero fue comisionado para preparar un camino, una religión que condujera a todo el que lo deseara a creer y amar a Dios Uno, sin que tuviera necesidad de cintos de hipócritas y autoelegidos guías. Y sobre todo, el mensajero iba a venir repentinamente a su templo y ya sea el de Jerusalén o el de la Meca, iba a sacar de raíz la idolatría en todos esos territorios, no sólo a través de la destrucción de ídolos e imágenes, sino también inculcando a sus anteriores fieles la fe en un Dios verdadero. Y el logro de esta tarea estupenda, es decir: la construcción de un nuevo Camino, una religión universal, que enseña que entre Dios y el ser humano no hay ningún mediador, ni sacerdote, santo o sacramento permitido en absoluto, ha sido alcanzado solamente por un Mensajero, cuyo nombre de Muhammad Al-Mustafa.

2.- Juan el Bautista no era el mensajero anunciado por Malaquías. Las descripciones dadas acerca de él por los cuatro evangelistas son muy contradictorias, pero la única cosa en que concuerdan es en que no preparó ningún camino porque no estaba acreditado con una escritura sagrada; ni fundó una religión ni reformó la antigua. Se relata que Juan deja su casa y a sus padres siendo aún joven» que vivió en el desierto comiendo miel y langostas y que pasó allí su vida hasta que tuvo alrededor de 30 años, que fue cuando se mostró a las multitudes en las costas del Río Jordán, donde acostumbraba bautizar a los pecadores penitentes que le confesaban sus pecados. Mientras Mateo no conoce nada de su relación con Jesús, o no le importa relatarla, Lucas, que no escribió su Evangelio mediante la revelación sino teniendo en cuenta el trabajo de los discípulos del Maestro, registra la deferencia y homenaje expresado por Juan a Jesús cuando ambos estaban en los vientres de sus madres respectivas (Lucas 1:39-46). Juan bautiza a Jesús en las aguas del río Jordán al igual que a las demás personas y se relata que Juan ha dicho que él no era «digno de desatar encorvado la cuerda de su calzado» (Marcos 1:7), y de acuerdo al cuarto Evangelio Juan exclamó que Jesús era «el cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). Que Juan conocía a Jesús y le reconoció como el Cristo es totalmente evidente. Incluso cuando estuvo preso envía a sus discípulos a Jesús a preguntarle: «¿Eres tú aquél que habría de venir o esperamos a otro?» (Mateo 11:3, etc.) El Bautista fue martirizado en prisión porque reprendió a un edomita infiel, el rey Herodes el Tetrarca, por

haberse casado con la mujer de su hermano. Así finalizó de acuerdo al relato de los evangelios la vida de un profeta muy casto y puro.

Es extraño que los judíos no recibieran a Juan como un profeta. También es extraño incluso encontrar que el Evangelio de Bernabé no mencione al Bautista, y lo que es más extraño aún es que ponga las palabras citadas pronunciadas por Juan respecto del Cristo, en boca de Jesús referidas a Muhammad, el Mensajero de Al.lah. El Corán menciona el nacimiento milagroso de Juan con el nombre de «Iahía», pero no se refiere a su misión de bautizar.

La descripción de su sermón se da en el tercer capítulo de Mateo. Parece que ha anunciado la llegada del Reino de los cielos y el advenimiento del gran mensajero y profeta de Dios quien bautizara a los creyentes no con *agua*, «sino con fuego y con el espíritu santo».

Ahora bien, si Juan el Bautista era el Mensajero elegido por Dios para preparar el camino delante de Jesús, y si él era su heraldo y subordinado no tiene sentido ni resulta sensato que, sea lo que sea, siga bautizando a las personas en las aguas de un río o un embalse y se ocupe de media docena de discípulos. Debería haber seguido y adherido inmediatamente a Jesús cuando lo vio y lo reconoció. ¡Pero no hizo nada de eso! Por supuesto, un musulmán siempre habla de un profeta con el mayor respeto y deferencia y no haré más comentarios como los haría un Ernest Renán o un crítico indiferente. Pero decir que un profeta a quien describen como un derviche del desierto, vestido con la piel de un animal, derviche que aparece y ve a su «Adón» y el «Ángel del Pacto», y *luego* no lo sigue ni adhiere a él, es ridículo e increíble. Pensar y creer que un profeta es enviado por Dios para preparar el camino, purificar y limpiar la religión antes de la llegada de su superior, y luego describirlo viviendo toda su vida en el desierto entre los animales, es como decimos que él era un constructor de puentes, vías y pasos firmes, pero *no* para hombres sino para bestias y genios.

3,- Tampoco era Juan el Bautista el Profeta Elías, como se dice que dijo Jesús. El Profeta Malaquías habla de la llegada de Elías en 4: 5-6, hecho que está pronosticado que tendrá lugar algún tiempo antes del día de la Resurrección y no antes de la aparición del mensajero en cuestión. Incluso si Jesús hubiese dicho que Juan era Elías, el pueblo no lo conoció. Lo que Jesús quería decir es que los dos son similares en su vida ascética, su celo por Dios, su valor en reprender y amonestar a los reyes y líderes religiosos hipócritas.

No puedo seguir discutiendo esta insostenible aseveración de las iglesias respecto a que Juan es el mensajero «para preparar el camino». Pero debo agregar que este Bautista no abrogó ni un punto de la ley de Moisés ni le agregó nada. Y en cuanto al bautismo, es la antigua ablución o «mamuditha» judía. El lavado o ablución no podía considerarse una «religión» o un «camino» cuyo

lugar viniera a tomar luego ¡la famosa y misteriosa institución eclesiástica del sacramento del bautismo!

4.- Si yo digo que Jesús el Cristo no es el prometido en la profecía de Malaquías, parecería que estoy presentando un *argumentum in absurdum*, porque nadie contradecirá ni objetará mi afirmación. Las iglesias siempre han creído que el «mensajero del camino» es Juan el Bautista y no Jesús. Los judíos, sin embargo, no aceptan a ninguno de los dos. Pero como la persona pronosticada en la profecía es una y la misma, y *no dos*, muy concierne mente digo que Jesús no fue, ni podía ser, esa persona. Sí Jesús era Dios, como se cree ahora, entonces no podía ser empleado para preparar el camino ante la faz de Yahuah Sabaoth. Sí fuese Jesús el Yahuah Sabaoth que hizo esta profecía, ¿quién era entonces el otro Yahuah Sabaoth ante *cuya faz* iba a ser preparado el camino? Si él era sólo un hombre, hecho de carne y hueso y sirviente del Señor de los Ejércitos, entonces la aseveración cae por tierra. Porque Jesús como simple ser humano y profeta no podía ser el fundador de las iglesias trinitaristas. Cualquier forma que pueda tomar la religión cristiana, ya sea ortodoxa, católica, protestante, salvacionista, quákera o alguna de las múltiples sectas y comunidades, ninguna de ellas puede ser el «camino», la «religión» indicada por Malaquías. Y Jesús *no* es su fundador o preparador. En tanto neguemos la absoluta Unicidad de Dios estaremos en un error y Jesús, de ese modo, no puede ser nuestro amigo ni ayudamos.

5.- La persona indicada en la profecía tiene tres calificativos, es decir, el Mensajero de la religión, el Comandante del Señor y el Mensajero del Pacto. También es descrito y distinguido por tres condiciones» es decir, «el viene súbitamente a su Templo (o mezquita) y es buscado por los hombres y grandemente deseado y codiciado».

¿Quién puede ser entonces este hombre glorioso, este gran benefactor de la humanidad, este valiente comandante que prestó nobles servicios a la causa de Al.lah y Su religión, más que Muhammad (con él sean la Bendición y la Paz)?

Muhammad trajo al mundo un libro sagrado, el Corán; una religión, el Islam, muy razonable, simple y benéfica, y ha sido el medio para la guía y conversión de millones y millones de paganos en todas partes del globo, transformándolos en una fraternidad universal, la cual constituye el auténtico y formal «Reino de Al.lah» sobre la tierra anunciado por Jesús y Juan el Bautista. Es fútil e infantil comparar a Jesús o a Juan con el gran Mensajero de Al.lah, cuando conocemos perfectamente bien que ninguno de los dos siquiera intentó convertir a un solo pagano ni tuvo éxito en persuadir a los judíos de reconocer su misión.

IX. LOS GENUINOS PROFETAS SOLO PREDICAN EL ISLAM

No se conoce ninguna nación como el pueblo de Israel que durante un período menor a los cuatrocientos años, fuera de tal modo infestado con tantos falsos profetas, sin mencionar a la multitud de hechiceros, adivinos y todo tipo de encantadores y magos. Los falsos profetas eran de dos tipos: quienes profesaban la religión y la Tora (Ley) de Yahuah, y pretendían profetizar en Su Nombre, y quienes bajo el patronazgo de un monarca israelita idólatra profetizaban en nombre de Baal u otras deidades de los pueblos paganos vecinos. Entre los pertenecientes a la primera categoría hubo distintos impostores contemporáneos de profetas verdaderos, como Miqueas y Jeremías, y entre los de la segunda categoría hubo quienes causaron muchos problemas a Elías y provocaron la masacre de los profetas y creyentes auténticos durante el reino de Ahab y su mujer Jezabel. Los más peligrosos de todos para la causa de la verdadera fe y religión fueron los seudo profetas, quienes conducían los servicios divinos en el templo como así también en las «Misphas» y pretendían dar a conocer al pueblo los oráculos de Dios. Posiblemente ningún profeta sufrió más persecuciones y opresión a manos de estos impostores que Jeremías. Siendo aún joven, Jeremías comenzó su misión profética alrededor de los últimos 25 años del siglo VII a.C. cuando el Reino de Judá afrontaba el mayor peligro de invasión de los ejércitos caldeos. Los judíos se habían aliado al Faraón egipcio pero como más tarde fueron derrotados por las tropas Nabucodonosor, la caída de Jerusalén era simplemente una cuestión de tiempo. En esos días críticos, durante los cuales se iba a decidir el destino del remanente del pueblo de Dios, el Profeta Jeremías aconsejó con valor y energía al rey y a los líderes judíos someterse y servir al rey de Babilonia, de modo que Jerusalén se pudiera salvar de ser reducida a cenizas y su pueblo deportado en cautiverio. Derramó toda su elocuencia y fuerte discurso en los oídos de reyes, sacerdotes y ancianos del pueblo, pero todo ello no sirvió para nada. Comunicó un mensaje, después de recibir el mensaje de Dios, diciendo que el único remedio para salvar al país y al pueblo de la inminente destrucción era someterse a los caldeos, pero nadie se prestó a escuchar sus advertencias.

Nabucodonosor llegó y tomó la ciudad, se llevó con él al rey, los príncipes y muchos cautivos, como así también todos los tesoros del templo, incluyendo las vasijas de plata y oro. Otro príncipe, y un tercero, es designado por el emperador de Babilonia para que reine como su vasallo en Jerusalén. Este rey, en vez de ser prudente y leal con su amo de Babilonia, se rebeló contra él. Jeremías amonestó incesantemente al rey para que fuera leal y abandonara la política egipcia. Pero los falsos profetas siguieron arengando en el templo diciendo: «Así dice el Señor de los Ejércitos, Yo he roto el yugo del rey de Babilonia y en dos años retomarán a Jerusalén los judíos cautivos y los utensilios de la Casa de Yahuah» (Jeremías 28:2-3). Jeremías hizo un yugo de madera y lo puso a su cuello, fue al templo y dijo al pueblo que Dios había decidido colocar el yugo del monarca de Babilonia sobre el cuello de todos los judíos. Es golpeado en el rostro por un profeta oponente, quien rompe el yugo que llevaba sobre el cuello

y repite la arenga de los falsos profetas. Jeremías es arrojado a un profundo pozo lleno de lodo y alimentado con un pedazo de pan por día hasta que el hambre se adueña de la ciudad sitiada por los caldeos. El seudo profeta Ananías muere como había pronosticado Jeremías. La muralla de la ciudad fue rota y el ejército victorioso se abalanzó sobre la ciudad, mientras el rey Sedectas huye con su séquito y más tarde es capturado y llevado a la presencia del rey de Babilonia. Después de ser saqueados la ciudad y el templo, son incendiados, y todos los habitantes de Jerusalén llevados a Babilonia. Solamente quedan las clases más pobres para cultivar la tierra. Por orden de Nabucodonosor se le otorga a Jeremías el favor de quedar en Jerusalén y el nuevo gobernador elegido, Gedalías, se le encarga que cuide y atienda bien al profeta. Pero Gedalías es asesinado por los judíos rebeldes, quienes luego huyen a Egipto llevándose a Jeremías con ellos. Ya en Egipto él profetiza contra los fugitivos y contra los egipcios. Jeremías debe haber muerto en Egipto.

El libro de Jeremías, como aparece en la actualidad, es realmente distinto al de la Septuaginta. Evidentemente la copia de la que fue hecha la versión griega de los Setenta (Septuaginta) por los traductores alejandrinos tenía un orden diferente de capítulos.

Los críticos bíblicos consideran que Jeremías fue el autor o, en alguna medida, un compilador del quinto libro del Pentateuco, llamado Deuteronomio, Yo soy de la misma opinión. Jeremías era un levita y sacerdote como así también un profeta. Hay mucho de las enseñanzas de Jeremías en el Deuteronomio que son desconocidas en el resto de los escritos del Antiguo Testamento. Tomaré una de esas enseñanzas para la materia que trato, a la que considero una de las gemas del Antiguo Testamento, la cual debería ser estimada como muy preciosa y santa.

Después de decir esto paso al punto principal que he elegido para tópico de este capítulo: ¿Cómo distinguir un profeta genuino de uno falso? Jeremías nos ha provisto con una respuesta totalmente satisfactoria, a saber: «Los profetas que predicán el Islam».

En el libro del Deuteronomio (13:1-5, 18:20-22) Dios Todopoderoso da algunas instrucciones respecto a los falsos profetas que pudieran profetizar en nombre del Señor y que de manera tan insidiosa podrían desviar a Su pueblo. Además nos dice que la mejor manera de descubrir la perfidia del impostor era esperar el cumplimiento de su predicción, y luego condenarlo a muerte cuando se conoce su fraude.

Pero, como es bien sabido, los ignorantes no pueden distinguir bien entre el profeta genuino y el impostor, así como hoy día son incapaces de saber definitivamente si los sacerdotes católicos romanos o los ministros calvinistas son los genuinos seguidores de Jesús. Un falso profeta también pronosticaría sucesos, operaciones maravillosas y haría cosas similares en materia de religión

—al menos en apariencia— a las que realiza un profeta verdadero. La competición entre el profeta Moisés y los magos egipcios es una ilustración adecuada de lo dicho. De este modo, es Jeremías quien nos da la mejor manera de comprobar la veracidad y autenticidad de un profeta, y esa manera es el signo del Islam. Léase el capítulo 28 de Jeremías y después reflexionemos y estudiemos el versículo noveno: «El profeta que anuncia el Islam (en hebreo: "Shalom", o Paz), cuando venga la palabra del profeta, tal profeta será reconocido como el que Dios en realidad envió». (Jer 28;9)

Esta traducción es estrictamente literal. El verbo original *naba*, normalmente traducido por «pronosticar» o «profetizar», y el nombre *nabi*, «un profeta», ha dado la impresión de que un profeta es una persona que pronostica el futuro, o que informa sobre sucesos pasados por medio de la ayuda de la revelación divina. Esta definición, es sólo parcialmente cierta. La definición completa de la palabra profeta debería ser: «Quien recibe oráculos o mensajes de Dios y los comunica fielmente a las personas o pueblos propuestos». Es evidente que un mensaje divino no tiene que ser necesariamente un relato de sucesos pasados o futuros. De la misma forma el verbo «profetizar» no significa necesariamente revelar los sucesos pasados o futuros, sino más bien predicar o promulgar el mensaje de Dios. En consecuencia, la profecía es para manifestar o dar a conocer un *nuevo* mensaje, siendo su carácter o naturaleza completamente inmaterial. En el Corán ordena a su amado siervo Muhammad que declare: «Yo soy un mortal como vosotros, sólo que la revelación viene a mí», etc, de modo que debemos ser muy cuidadosos en no atribuir a ninguno de los profetas la calidad de conocer y decir (todas) las cosas a través de la revelación. Las revelaciones divinas acostumbraban venir a intervalos, entre los cuales los profetas podían estar sujetos a equivocaciones y errores. Un profeta no es elegido por Dios para enseñar a la humanidad matemáticas, física o cualquier otra ciencia positiva. Sería injusto de nuestra parte condenar a un profeta por un desliz en su hablar o por un error cometido como hombre.

Por lo tanto un profeta es materia de examen y prueba sólo cuando *oficial y formalmente comunica un mensaje que ha recibido de su Señor*. Sus asuntos privados, sus cuestiones familiares y sus logros personales no nos interesan tanto como su *misión y oficio*, ⁽¹⁾ A fin de descubrir si un profeta es genuino o un impostor, no es apropiado dar un veredicto en contra de su calidad de profeta porque se informe que ha sido algo duro o rudo con su madre, o porque creía en la inspiración literal y en la autoría mosaica del Pentateuco. Al hacer esta observación tengo en mente el caso de Jesús y muchos otros en la historia de Israel alrededor de otras cuestiones.

Es *mala fides* y mala voluntad acusar a los profetas de sensualidad, rudeza, ignorancia en las ciencias u otras debilidades personales. Ellos eran hombres como nosotros, sometidos a las mismas pasiones e inclinaciones naturales. Estaban protegidos solamente de los pecados graves y de la perversión del mensaje que tenían que transmitir. Debemos ser extremadamente cuidadosos

en no exaltar a los profetas de Dios demasiado alto en nuestra imaginación, para que Dios no se disguste con nosotros. Todos ellos son Sus criaturas y siervos, cumplieron su trabajo y retomaron a El. En cuanto olvidemos a Dios y concentremos nuestro amor y admiración en la persona de cualquiera de los mensajeros de Dios, estamos en peligro de caer en el pecado de la asociación o politeísmo.

Habiendo explicado hasta aquí la naturaleza y el significado del profeta y la profecía, ahora me esforzaré en probar que ningún profeta puede ser genuino a menos que, como dice expresamente Jeremías, predique y difunda la religión del Islam. ⁽²⁾

A fin de comprender mejor el sentido e importancia del pasaje en cuestión, deberíamos ver el versículo precedente donde Jeremías dice a su antagonista, el Profeta Ananías: «Los profetas que fueron antes de mi y antes de ti en tiempos pasados, profetizaron guerra, aflicción y pestilencia contra muchas tierras y contra grandes reinos.» (Jer. 28:8) Luego sigue: «El profeta que profetiza respecto al *Islam*, cuando se cumpla la palabra el profeta, será reconocido como el profeta que Dios en realidad envió.» (Jer. 28:9),

Aquí no podemos presentar ninguna objeción sería a la traducción de este pasaje, excepto la cláusula *Ishalom* que he traducido como «respecto al Islam». La preposición *I* antes de *shalom* significa «respecto a» o «acerca de», y coloca a su sujeto en la forma sintáctica del complemento y no en la forma dativa, como sería si fuera el predicado de un verbo igual que «venir», «ir», o «dar». ⁽³⁾

Que *shalom* y el término siríaco *shlama*, como así también los términos árabes *stalam* e *Islam*, son de una y la misma raíz semítica, es decir, *shalanu* y significan lo mismo, es una verdad admitida por todos los eruditos en los idiomas semíticos. El verbo *shalam* significa «someterse», «entregarse a», y también «pacificar», y por lo tanto «estar seguro y tranquilo». Ningún sistema religioso ha sido calificado nunca con un nombre más sublime, digno y comprensivo que el de «Islam». La verdadera religión del Dios Único no puede ser nombrada según el nombre de cualquiera de Sus siervos, y mucho menos según el nombre de un pueblo o país. En realidad, es esta santidad y la inviolabilidad de la palabra *Islam* la que sobrecoge a sus enemigos con temor y reverencia incluso cuando los musulmanes son débiles y poco felices. Es el nombre y título de una religión que enseña y ordena una sumisión y resignación absoluta de la voluntad y el ego al Ser Supremo, para luego obtener paz y tranquilidad, espiritual y general, no importa que tribulaciones o situaciones desgraciadas puedan amenazarnos, lo que llena de temor a sus oponentes.

Es la firme e inmovible creencia en la Unicidad de Al.lah y la firme confianza en Su Misericordia y Justicia lo que hace a los musulmanes distinguidos y prominentes entre los no musulmanes. Y es esta fe sólida en Al.lah y su sincera ligazón a Su Santo Corán y el Mensajero Muhammad lo que los misioneros

cristianos han estado atacando desesperadamente y en lo que han fracasado irremediablemente. De aquí entonces, las palabras de Jeremías que «el profeta que profetiza», es decir que predica y habla respecto a los asuntos del Islam como su religión, será a su vez reconocido que ha sido enviado en realidad por el Señor. Por lo tanto tomemos seriamente en consideración los siguientes puntos.

1. El profeta Jeremías es el único profeta anterior a Jesús que usa la palabra *shalom* en el sentido de una religión. Es el único profeta que usa esta palabra con el objeto de establecer o comprobar la veracidad de un mensajero de Dios. De acuerdo con la revelación coránica, Abraham, Ismael, Isaac, Jacob, Moisés y todos los profetas fueron musulmanes y profesaron el Islam como su religión. El término *Islam* y sus equivalentes *shalom*, *shlama*, eran conocidos para los judíos y cristianos de La Meca y Medina cuando apareció Muhammad para perfeccionar y universalizar la religión del Islam. Un profeta que predica la paz como una condición temporaria, vaga y abstracta, no puede tener éxito en probar su identidad de este modo. En realidad, el punto en disputa, o más bien la crítica situación nacional en controversia entre los dos eminentes profetas conocidos en la corte y la nación como Jeremías y Ananías (Jerem.28), no podía resolverse por medio de que uno afirmara y el otro negara la catástrofe inminente. Que Jeremías vaticine «la paz» cuando durante todo el tiempo estuvo vaticinando el gran desastre nacional –ya sea por medio de la sumisión al rey Sedecías, al soberano caldeo o por resistir a éste– no solamente incluiría su fracaso, para no hablar ya de su falta de éxito en probar su veracidad, sino que lo dejarían en ridículo. Porque, en cualquier caso, su presumida «paz» no significaría para nada la paz. Por el contrario, si los judíos resistían al ejército caldeo, significaba la completa ruina nacional, y si se sometían, la servidumbre incondicional. Por lo tanto es evidente que Jeremías usaba el término *shalom* en el sentido de un sistema religioso real, concreto y tangible, que es lo que incluye el Islam. Para hacer esto más claro, deberíamos observar atentamente los argumentos de los profetas en oposición, discutiendo y disputando la cuestión nacional en presencia de un rey malvado y de su corte de aduladores ruines, depravados e hipócritas. Jeremías tiene en el corazón la causa de Dios y Su religión de paz o Islam, aconseja al rey perverso y a sus cortesanos que se sometan al yugo de Babilonia, sirvan a los caldeos y *queden con vida*. Porque no tenían ninguna otra alternativa. Habían abandonado el Dios de sus antecesores, impurificado su templo, ultrajado a sus profetas burlándose de ellos, cometiendo maldades y traidores (2 Crónicas 36, etc.)- De esta manera Dios los había entregado en manos de Nabucodonosor y no los salvaría. Para un verdadero y sincero sirviente de Dios, primero está la religión y después la nación. Es el gobierno y la nación los que son *sacrificados* por la causa de la religión –especialmente cuando han renegado de Dios– y no al revés. El otro profeta de Gabaón, llamado Hananfas, buscaba agradar a su amo el rey. Era un cortesano y favorito, rico y ostentoso, mientras que su antagonista seguía languideciendo y famélico en las prisiones y calabozos. A Hananfas no le interesaba estimular la religión y el real bienestar del pueblo. Es también un

profeta, porque así dice el libro de Jeremías, pero no obstante es un villano y ha cambiado a Dios por un rey depravado. Profetiza en nombre del mismo Dios que Jeremías y anuncia el regreso desde Babilonia de los cautivos y el botín dentro del término de dos años.

Ahora bien, ¿a quien calificaría el lector como el verdadero siervo de Dios y como el leal defensor de la religión de Dios, de los dos profetas descritos no del todo perfectamente? Seguramente que en seguida Jeremías atraería su simpatía y elección.

2.-Es solamente la religión de *Shalom*, de Islam, la que puede testificar el carácter y oficio de un verdadero profeta, un imam ⁽⁴⁾, o cualquier ministro de Dios sobre la tierra. Dios es Uno y Su religión es una. No hay otra religión en el mundo como el Islam, que profesa y defiende esta absoluta unidad de la Divinidad, Quien por lo tanto, sacrifica todo otro interés, honor y amor por la causa de esta sagrada religión, es indudablemente el profeta genuino y el ministro de Dios. Pero aún hay otracosa más importante de advertir, y es que si la religión del Islam no es la norma y medida por medio de la cual se comprueba la veracidad de un profeta o un ministro de Dios, entonces no hay ningún otro criterio, que responda a este propósito. Un milagro no es prueba suficiente porque los hechiceros también hacen maravillas. Tampoco es suficiente prueba el cumplimiento de una profecía o predicción, porque así como un espíritu santo revela sucesos futuros a un profeta verdadero, también hace lo mismo un espíritu malo respecto a un Impostor. De aquí queda claro que el profeta que «profetiza respecto a *shalom (Islam)*, como el nombre de la fe y el camino de vida, tan pronto como recibe un mensaje de Dios se sabrá que realmente es enviado por El». Tal fue el argumento al que recurrió Jeremías y con el cual deseaba convencer a su audiencia de la falsedad de Ananás. Pero el rey perverso y su entorno no escucharían ni obedecerían la palabra de Dios.

3.-Como se argumenta en el párrafo anterior, se habrá advenido que ni el cumplimiento de una predicción ni el hecho de un milagro eran suficientes para probar el carácter genuino de un profeta; que la lealtad y estricta adhesión a la religión es la mejor y más decisiva prueba para ese propósito y que *Shalom* fue usado para significar la religión de paz. Una vez más repetimos la afirmación de que *Shalom* no es otra cosa más que Islam. Y demandamos de aquellos que objetarían esta interpretación, que presenten una palabra árabe además de *Islam* y *Salam* como equivalentes de shalom, y que también busquen otra palabra en hebreo, además de shalom, que comunique y exprese el mismo sentido que Islam. Ello es imposible. Por lo tanto estamos forzados a admitir que *Shalom* es lo mismo que «salam» o «paz» en sentido abstracto, y que «Islam» como religión y fe en concreto.

4.-Dado que el Corán nos recuerda expresamente en su capítulo o sura II que Abraham, sus hijos y nietos fueron seguidores del Islam, que no eran ni judíos ni cristianos, que predicaban y propagaban la adoración y la fe al Dios Uno a todos

los pueblos entre los que pasaron o habitaron, debemos admitir que no solamente los judíos, sino también distintas naciones que descendían de los otros hijos de Abraham y muchas tribus convertidas y absorbidas por ellos, fueron también musulmanes, es decir, creyentes en Al.lah y sometidos a su voluntad. El pueblo de Esaú, los edomitas, los madianitas y otros numerosos pueblos que vivían en Arabia, conocieron a Dios y Le adoraron como lo hacían los israelitas. Estos pueblos también tuvieron sus propios profetas y guías religiosos como Job, Jethro (el suegro de Moisés, el madianita), Balaam, Hud y muchos otros. Pero esos pueblos, como los judíos, se habían vuelto idólatras hasta que el politeísmo fue definitiva y totalmente erradicado por el Príncipe de los Profetas. Alrededor del siglo V a.C. los judíos produjeron la mayor parte de sus libros canónicos del Antiguo Testamento, cuando los recuerdos de la conquista de la tierra de Canaán por Josué, del templo y el Jerusalén de Salomón eran ya sucesos sepultados en las épocas pasadas de su historia portentosa. Un espíritu judaico y nacionalista de aislamiento y retraimiento reinaba sobre el pequeño remanente de Israel. Reinaba la creencia en la llegada de un gran salvador para restaurar el trono perdido y la corona de David, pero ya no se recordaba el antiguo sentido de *Shalom* como el nombre de la religión de Abraham, común a todos los distintos pueblos que descendían de él. Es desde este punto de vista que considero este pasaje de Jeremías como uno de los textos de oro en la sagrada escritura hebrea.

[1] Aclaremos no obstante, que según algunas escuelas de interpretación del Islam, como la escuela shiita, los profetas (que son impecables como ya indicamos en una nota anterior), están también preservados de los errores leves, a fin de que ninguna mancha altere la realización de su misión, (Nota del Editor en español)

[2] Cabe recordar que el Islam, tal cual lo enseña el Sagrado Corán, en cuanto sometimiento voluntario del hombre a la Voluntad divina para obtener la paz y la salvación, es la enseñanza que trajeron todos los profetas, a los cuales el Libro Sublime designa en varios lugares como «musulmanes». Es decir, el Islam es una doctrina intemporal. El uso, incluso entre los musulmanes, ha restringido posteriormente el alcance del término «Islam» a la religión que aparece a comienzos del siglo VII en Arabia por la prédica del Mensajero Muhammad. (Nota del Editor en español)

[3] En las lenguas semíticas, como el árabe y el hebreo» las palabras sufren alteraciones en su parte final teniendo en cuenta su función sintáctica (sujeto, complemento directo de la acción de un verbo transitivo, por acción de una preposición -este caso-, etc.), como ocurre en las lenguas occidentales como el latín y el alemán. (Nota del Editor en Español).

[4] «Imam» significa literalmente «adelantado» o «conductor». Se designa con este término ya sea a quien conduce la oración colectiva poniéndose delante de los orantes en la mezquita, como a quien es líder de una comunidad, o de un grupo religioso o nación, (Nota del Editor en español)

X. EL ISLAM ES EL REINO DE DIOS SOBRE LA TIERRA

Al examinar la maravillosa visión del Profeta Daniel (Cap. 7), vimos como Muhammad era escoltado por miríadas de seres celestiales y conducido a la presencia del Eterno; como escuchó las palabras de honor y cariño con las que no había sido favorecida ninguna criatura (2 Corintios 12), como fue coronado con la dignidad de Sultán de los Profetas e investido con poder para destruir la «cuarta bestia» y el «cuerno blasfemo». Más aún, vimos cómo fue autorizado a establecer y proclamar el reino de Dios sobre la tierra; y cómo todo lo que el genio humano difícilmente pueda imaginar en cuanto a honores acordados por el Altísimo a Su amado siervo y más excelso mensajero, sólo podía adscribirse a Muhammad. Debe recordarse que entre todos los profetas y mensajeros de Al.lah, solamente Muhammad aparece como una torre que descolla sobre todos. La obra grande y noble que realizó se yergue como un monumento permanente de su honor y grandeza. No se puede apreciar el valor y la importancia del Islam como el único baluarte contra la idolatría y el politeísmo, al menos que se admita sinceramente la absoluta Unidad de Dios. Cuando comprobamos completamente que Al.lah es el mismo Dios que conocieron Adán y Abraham, y a quien adoraron Moisés y Jesús, no tenemos entonces ninguna dificultad en aceptar el Islam como la única religión verdadera y a Muhammad como el Príncipe de los Profetas y siervos de Dios. No podemos magnificar la grandeza de Al.lah concibiéndole en un caso como «padre», en otro momento como un «hijo» y también como un «Espíritu santo». O imaginarlo incluyendo tres personas que se pueden dirigir una a otra con los tres pronombres personales en singular: yo, tu, él. Porque procediendo así perdemos todos los verdaderos conceptos de la Existencia Absoluta y dejamos de creer en el Dios verdadero. De la misma manera no podemos agregar ni una simple jota a la santidad de la religión a través de la institución de algunos sacramentos y misterios sin sentido. Ni podemos derivar ningún alimento espiritual ingiriendo el cuerpo de un profeta o una deidad encamada, porque haciendo eso perdemos toda idea de una religión real y verdadera y dejamos de creer en la religión como tal. Ni podemos promover un poco más la dignidad de Muhammad porque fuésemos a imaginarlo un hijo de Dios o una deidad encamada, porque haciendo eso perderíamos totalmente la figura y el sentido del real e histórico profeta de la Meca y caeríamos inconscientemente en el abismo del politeísmo. La grandeza de Muhammad consiste en que establece una religión firme y simple aunque auténtica y con total precisión y resolución en la aplicación práctica de sus preceptos y principios, al punto que nunca ha sido posible para un musulmán auténtico aceptar otro credo o fe que el que es profesado en la fórmula «Testimonio que no hay mas divino que Dios y que Muhammad es el mensajero de Dios». Y esa profesión de fe, corta en su extensión escrita, continuará siendo la fe de todo verdadero creyente en Al.lah hasta el Día de la Resurrección.

El gran destructor del «decimoprimer cuerno» que personificaba a Constantino el Grande y a la iglesia trinitaria, no era un «Bar Allana» (hijo de Dios), sino un «Bar Nasha» (hijo del hombre) y nadie más que Muhammad Al-Mustafá fue

quien fundó y estableció *realmente* el Reino de Dios sobre la tierra, lo que ahora estamos examinando y exponiendo. Debe recordarse que fue durante la audiencia divina del Sultán de los Profetas, como la dada a Daniel, que fue prometido que:

«El reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo era dado al pueblo de los santos del Altísimo, reino (de un pueblo) que será reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán». (Daniel 7:27)

Las expresiones de este pasaje profético acerca de que el Reino de Dios consistirá del «pueblo de los santos del Altísimo», y de que todos los otros dominios y poderes servirán y obedecerán a ese pueblo, indica claramente que en el Islam la religión y el gobierno son uno y el mismo cuerpo y, por lo tanto, inseparables. El Islam no es solamente la religión de Dios sino También Su imperio o reino terrenal. A fin de ser capaz de formarnos una idea clara y cierta respecto a la naturaleza y la constitución del «Reino de Dios en la tierra», es necesario echar una ojeada sobre la historia de la religión del Islam antes de que fuese perfeccionada, completada y formalmente establecida por Dios bajo Su Mensajero Muhammad.

1. EL ISLAM ANTES DE MUHAMMAD NO SERA EL REINO DE DIOS SOBRE LA TIERRA SINO SOLAMENTE LA VERDADERA RELIGIÓN DE DIOS

Quienes creen que la verdadera religión de Al.lah fue revelada solamente a Abraham y preservada solamente por el pueblo de Israel deben ser estudiantes muy ignorantes de la literatura del Antiguo Testamento y tienen una noción muy errónea de la naturaleza de esa religión. El propio Abraham daba diezmos al Rey e Imam de Jerusalén (Melquisedec) y fue bendecido por el mismo (Gen. 14:18). ⁽¹⁾

El suegro de Moisés (Jetro, el madtanita) también fue un Imam y Profeta de Al.lah, Job. Balaam, Salen, Hud. Luqmán y muchos otros no eran judíos ⁽²⁾. Distintas tribus y naciones como los ismaelitas, moabitas, amonitas, edomitas y otros que descendían de los hijos de Abraham y Lot, conocían a Dios Todopoderoso, aunque también ellos, al igual que los israelitas, cayeron en la idolatría y la ignorancia. Pero la luz del Islam nunca se extinguió ni fue substituida totalmente por la idolatría, ídolos o imágenes que fueron considerados como «sagrados» y como dioses domésticos por los judíos, llamados usualmente «Traphim» (Génesis 31) (*terafim*) en hebreo eran, en mi humilde opinión, de la misma naturaleza y carácter de los ídolos e imágenes que los cristianos ortodoxos y católicos adoran en sus casas y templos. En aquellos antiguos tiempos de ignorancia, los ídolos eran una especie de «carnet de identidad» o tenían la naturaleza de un pasaporte. ¿No es notable encontrar que Raquel, mujer de Jacob e hija de Labán, fuese a robar los «traphim» de su padre? (Gen, 31:19). No obstante Labán, como así también sus parientes, eran musulmanes, y el mismo día erigieron la piedra «Mispha» y la dedicaron a Dios.

Los judíos en el desierto, ebrios con las maravillas y milagros operados día y noche –sus campos ensombrecidos por una nube milagrosa e iluminados por un pilar de fuego durante la noche, ellos mismos alimentados con el maná y las codornices–, tan pronto como Moisés se perdió por unos días en la brumosa cumbre del monte Sinaí, hicieron un becerro de oro y lo adoraron. La historia de este pueblo difícil de manejar desde la muerte de Josué hasta la consagración del rey Saúl, abarcando un período de más de cuatro siglos, está lleno de una serie de escandalosas recaídas en la idolatría. Solamente después del fin de la revelación y el canon de sus santas escrituras en el siglo III a.C, es que los judíos dejaron de adorar los ídolos y desde entonces han permanecido monoteístas. Pero su creencia en la Unidad de Dios, aunque les hace unitaristas, no les da derecho a la calificación de «musulmanes», porque tercamente han rechazado las personas y las revelaciones de Jesús y Muhammad. Solamente a través de la sumisión a la voluntad de Dios es que el hombre puede alcanzar la paz y volverse musulmán, pues de otro modo, la fe sin obediencia y sumisión es similar a la de los demonios que saben de la existencia de Al.lah y se estremecen.

Como no poseemos ningún registro de los otros pueblos que fueron favorecidos con las revelaciones divinas y con los profetas e imames enviados a ellos por Dios, nos contentaremos solamente con la afirmación de que la religión del Islam existió entre los pueblos israelitas y otros pueblos árabes de la antigüedad, a veces de manera muy luminosa pero la mayor parte de las veces como un pabilo de luz parpadeante o como una débil chispa titilante en un lugar oscuro. Fue una religión profesada por un pueblo que la olvidó rápidamente, o la negó, o la transformó en prácticas paganas. Pero a pesar de todo siempre hubieron individuos y familias que amaron y adoraron a Dios,

Parece que los judíos, especialmente las masas, no tenían una verdadera concepción de Dios y de la religión como la que han adquirido los musulmanes sobre Al.lah y el Islam. Siempre que el pueblo de Israel prosperó y tuvo éxito en sus guerras fue cuando Yahuah (Jehová) fue reconocido y adorado. Pero en circunstancias adversas El era abandonado y adoptados y adorados ídolos e imágenes de países más prósperos y fuertes. Un estudio cuidadoso de las escrituras hebreas mostrará que el judío común consideraba a su Dios a veces más fuerte o más elevado y a veces más débil que los de otras naciones. Esta misma caída en la idolatría, de manera fácil y reiterada, es una prueba de que los israelitas tenían casi la misma noción acerca de su Dios, El o Yahuah (Jehová), como la que tenían los asirios acerca de su Ashur, los babilonios acerca de Mardhuk y los fenicios de sus Baal. Con la excepción de los Profetas y los *sophis*, los musulmanes de la Tora, el Israel de la ley mosaica, nunca accedió a las alturas de la santidad en su religión ni a la verdadera concepción de su Divinidad. La fe en Al.lah y la firme convicción y creencia en la vida futura, no estaba firmemente arraigada e implantada en el espíritu y el corazón de ese pueblo,

¡Que contraste entonces entre los musulmanes del Corán, los creyentes de la ley traída por Muhammad, y los musulmanes de la Tora o la ley mosaica! ¿Se ha visto alguna vez que los musulmanes abandonasen sus mezquitas, sus imanes y el Corán y fueran a abrazar otra religión y reconocido que Al.lah no es su Dios? ¡Jamás! Es extremadamente improbable que una comunidad musulmana seguidora de Muhammad, en tanto esté provista con el Libro de Al.lah (el Corán), la mezquita y el *mullah* (instructor religioso) pudiese recaer en la idolatría o incluso en el cristianismo.

Estoy al tanto de ciertas llamadas familias tártaras que abrazaron la fe ortodoxa cristiana en Rusia. Pero puedo asegurar a mis lectores, con auténtica autoridad, que esos «tártaros» eran aquéllos mongoles que, mucho después del sometimiento de Rusia y el establecimiento del «Altin Ordu» por Batu Khan, eran aún paganos y convertidos al Islam muy recientemente y posiblemente fueron forzados e inducidos a unirse a la iglesia rusa. Y en relación con esto no debe ignorarse que ello sucedió después que el poder musulmán de la «Horda dorada» (Altín ordu) destartuló la tremenda invasión de Timur Lang (Tamerlán). Por el contrario, comerciantes y mercaderes musulmanes, tanto en China como en África Negra, han propagado siempre su santa religión. Y los millones de musulmanes chinos y negros son el fruto de estos misioneros musulmanes no oficiales y no rentados. De lo anterior es evidente que la verdadera religión de Dios antes de Muhammad estaba solamente en su infancia, que permanecía inmadura y sin desarrollarse entre los hebreos, aunque lució brillantemente en vida de los verdaderos siervos de Jehová. Bajo la dirección de jueces temerosos de Dios y los piadosos reyes de Israel, los gobiernos fueron siempre teocráticos y en tanto los oráculos de los profetas fueron recibidos favorablemente y sus instrucciones ejecutadas puntualmente, prosperaron tanto la nación como la religión.

Pero la verdadera religión de Dios nunca tomó la forma del Reino de Dios como sucedió bajo el régimen coránico. En Su Infinita Sabiduría Al.lah ha decretado que cuatro grandes poderes de la oscuridad debían sucederse uno a otro antes que Su Propio reino fuera a ser establecido. Las grandes civilizaciones antiguas y los imperios de los asirio-caldeos, medo-persas, griego y romano, tenían que aparecer y florecer para perseguir y oprimir al pueblo de Dios y perpetrar todas las maldades y ruindades que Satanás podía imaginarse. Toda la «gloria» de estos graneles poderes consistió en la adoración del mal. Y fue esta «gloria» la que el «Príncipe de las tinieblas» prometió conceder a Jesús desde lo alto de una montaña si fuese a adorarlo y seguirlo solamente a él.

2. CRISTO Y SUS DISCÍPULOS PREDICARON EL REINO DE DIOS

Ellos fueron, es cierto, los anunciadores del Reino de Dios sobre la tierra. El alma y corazón del evangelio de Jesús está contenido en la conocida oración de su rezo «Tu Reino viene». *Durante veinte siglos los cristianos de todas las denominaciones y matices de creencia han estado rezando y repitiendo esta*

invocación, «Tu Reino viene», y sólo Dios sabe cuanto tiempo más continuarán suplicando y anticipando su venida vanamente. Esta anticipación cristiana de la venida del Reino de Dios es de la misma naturaleza que la anticipación del judaísmo respecto a la venida del Mesías. Ambas anticipaciones exhiben una imaginación irreflexiva y descuidada, siendo asombroso que se aferren persistentemente a esta esperanza ilusa. Si se pregunta a una persona o sacerdote cristiano que opina del Reino de Dios, expresará todo tipo de cosas ilusorias y sin sentido. Afirmará que el Reino es la iglesia a la que pertenece y que se realizará completamente cuando se imponga sobre todas las otras iglesias heréticas y las absorba. Otros hablarán sobre el «millenium». Un salvacionista o quákero puede decir que de acuerdo a esta creencia el Reino de Dios consistirá de los cristianos recién nacidos sin pecados, lavados y limpiados con la sangre del cordero, etc.

El Reino de Dios no significa una iglesia católica triunfante o un estado puritano sin pecados y regenerado. No es una «realización del milenio, visionaria. No es un reino compuesto de seres celestiales, incluyendo los espíritus de los profetas y los creyentes bendecidos bajo el reino del cordero divino, con ángeles como guardianes, querubines como gobernadores y jueces, serafines como oficiales y comandantes o arcángeles como sus papas, patriarcas, obispos y predicadores evangélicos. El Reino de Dios sobre la tierra es una *religión*, una poderosa sociedad de creyentes en Dios Uno equipada *con la fe y con la espada* para luchar y mantener su existencia y absoluta independencia frente al Reino de las tinieblas, contra todos aquellos que no creen que Dios es Uno o contra quienes creen que El tiene un hijo, un padre, una madre, asociados y coevos.

La palabra griega «evangelión», traducida «Gospel» en inglés («evangelio», en español), significa prácticamente «la anunciación de buenas nuevas». Y esta anunciación era la noticia de la proximidad del Reino de Dios, donde *el menor* de sus ciudadanos era *más grande* que Juan el Bautista⁽³⁾, Jesús y los apóstoles después, predicaron o anunciaron este Reino a los judíos, invitándolos a *creer y arrepentirse*, a fin de ser admitidos en él. En realidad Jesús no abrogó o cambió la ley de Moisés sino que la interpretó en un sentido tan espiritual que la dejó como letra muerta. Cuando declaró que el odio era la raíz del homicidio, la lujuria la fuente de la fornicación, que la avaricia y la hipocresía eran pecados tan abominables como la idolatría y que la misericordia y la caridad eran más aceptables que las ofrendas para el holocausto y la estricta observancia del sabbado, prácticamente abolió la ley de Moisés en favor de su sentido espiritual. Esos evangelios espurios y mal interpolados nos comunican frecuentemente parábolas y referencias de Cristo al Reino de Dios y al Bar Nasha o hijo del hombre, pero están tan distorsionadas y corruptas que han tenido éxito, y aún lo tienen, en desviar a los cristianos y hacerles creer que por medio del «Reino de Dios» Jesús da a entender solamente su iglesia y que él mismo es el «hijo del hombre».

Estos importantes puntos serán discutidos en extenso si Dios quiere más adelante. Pero por ahora me contento con remarcar que lo que Jesús anunció era el Islam como el Reino de Dios y a Muhammad, el hijo del hombre, quien fue elegido para destruir la bestia y establecer el poderoso reino del pueblo de los santos del Altísimo.

La religión de Dios, hasta Jesús, fue confiada principalmente al pueblo de Israel y era de un carácter más nacional y material. Sus defensores, sacerdotes y escribas han desfigurado esa religión con una literatura de las tradiciones de sus antepasados grande y supersticiosa. Cristo condenó estas tradiciones, denunció a sus líderes como «hipócritas» e «hijos del mal». Aunque Israel había dejado el demonio de la idolatría, no obstante más tarde siete demonios se apoderaron de ese pueblo (Mateo 12:43-45, Lucas 11: 24-26).

Cristo reformó la antigua religión, le dio una nueva vida y espíritu, explicó más explícitamente la inmortalidad del alma humana, la resurrección y la vida en el próximo mundo y anunció públicamente que el Mesías que esperaban los judíos no era un judío o un hijo de David, sino un hijo de Ismael cuyo nombre era Ahmad, quien debería establecer el Reino de Dios sobre la tierra con el poder de la palabra de Dios y la espada. En consecuencia, la religión del Islam recibió nueva vida, luz y espíritu, y sus adherentes fueron exhortados a ser humildes, mostrar indulgencia y paciencia. Fueron informados de antemano de las persecuciones, tribulaciones, martirio y prisión que les sobrevendría. Los primeros «nassara», como llama el Corán a los creyentes en el Evangelio de Jesús, sufrieron diez terribles persecuciones bajo los emperadores romanos. Después viene el gran Constantino y proclama la libertad para la iglesia, pero después de las decisiones del Concilio de Nicea en el año 325 d. C. respecto al credo trinitario, los musulmanes unitaristas ⁽⁴⁾ fueron sometidos a una serie de nuevas e incluso más crueles persecuciones por los trinitarios, hasta el advenimiento de Muhammad, con él sean la bendición y la Paz.

3. LA NATURALEZA Y CONSTITUCIÓN DEL REINO DE DIOS

Hay un magnífico himno islámico cantado sonoramente cinco veces al día desde lo alto de los minaretes y las mezquitas, en todas las partes del mundo donde viven musulmanes. Este himno es seguido por la más solemne adoración a Al.lah por el pueblo creyente. Este magnífico himno musulmán es llamado *Adhan*. Esto no es todo. Cada acto, cada empresa o negocio, importante o no, es comenzado con las palabras *Bismil-lah*, que significa «en el Nombre Al.lah», y finaliza con un *Alhamdu líl-Lah*, es decir «alabado sea Al.lah». El vínculo de fe que vincula al musulmán con su Rey celestial es tan fuerte, y la unión entre el Soberano y Su súbdito tan estrecha, que nada, por más poderoso o seductor que sea puede separarle de Al.lah.

El Corán declara que «estamos más cerca de él (el hombre) que su misma vena yugular» (50:16).

Nunca hubo quien en sus sentimientos de afecto, devoción, obediencia y respeto por la beneficencia de su monarca pudiera siquiera igualar los sentimientos que los musulmanes abrigan hacia su Señor. Al.lah es el Rey de los cielos y la tierra. Es el Rey de reyes y Señor de señores en general. Y es el Rey y Señor de todo musulmán en particular, porque solamente el musulmán alaba y agradece a su Rey Todopoderoso por todo lo que sucede y le acontece, sea próspero o adverso.

Aproximadamente 300 millones de musulmanes poseen el mismo sentimiento de fe y confianza en Al.lah.⁽⁵⁾

Es evidente por lo tanto, que la naturaleza del Islam consiste en ser el único, real y verdadero Reino de Dios sobre la tierra. Al.lahya no necesita enviar mensajeros o profetas para comunicar Sus mensajes a los musulmanes, como acostumbraba hacer con Israel y otros pueblos hebreos, porque Su voluntad está completamente revelada en el Sagrado Corán e impresa en las mentes de Sus fieles.

En cuanto a la formación y constitución del Reino de Dios, deben señalarse, entre otros, los siguientes puntos:

a) Todos los musulmanes forman una nación, una familia, y una hermandad. No necesito detener a mis lectores en este punto dado las distintas citas existentes en el Corán y las tradiciones proféticas al respecto. Debemos juzgar la sociedad musulmán no como se presenta *hoy día sino como era en la época* de Muhammad y sus sucesores inmediatos. Todo miembro de esta comunidad es un trabajador honesto, un bravo soldado y un ferviente devoto y creyente. Todos los frutos del trabajo honesto pertenecen por completo a quien lo gana. Sin embargo, la ley hace imposible para un verdadero musulmán volverse extremadamente rico. Una de las cinco prácticas piadosas obligatorias es el deber de dar limosnas, lo cual consiste en *sadaqah* y *zakat*, o sea las limosnas voluntarias y las obligatorias. En los días del Profeta y los primeros cuatro califas, no se conocía ningún musulmán extremadamente rico. La riqueza nacional iba al tesoro común llamado *baítu-l-maly* no se encontraba ningún musulmán pasando necesidades.

El mismo nombre *musulmán* (árabe: muslim) significa literalmente *un hacedor de la paz*. Nunca se encontrará otro ser humano más dócil, hospitalario, inofensivo y pacífico que un buen musulmán. Pero en el momento en que su religión, honor y propiedad son atacados, el musulmán se vuelve un enemigo extraordinario. El Corán es muy preciso en este punto: «*Pero no os excedáis, domando la ofensiva luego de que el oponente ha aceptado la paz*» (2:190). El *yihad* (combate por la Causa de Dios) no es una guerra ofensiva sino de autodefensa. Aunque las tribus ladronas, y depredadoras y los musulmanes nómades semibárbaros puedan tener algunas nociones de religión y creer en la existencia de Al.lah, es su falta de conocimiento y práctica religiosa la raíz de sus errores y

acción depravada. De todos modos son una excepción, ya que nadie puede volverse un buen musulmán sin educación y preparación religiosa.

b) De acuerdo a la descripción del profeta Daniel, los ciudadanos del Reino de Dios son el «pueblo de los santos». En el texto original caldeo o arameo, son descriptos como «A'mma d'qaddishid l'ionin», un epíteto digno solamente para el Príncipe de los Profetas y su noble ejército de *muyahidín* (emigrados de la Meca a Medina) y *ánsar* (secundadores de Medina), quienes sacaron de raíz la idolatría de una gran parte de Asia y África y destruyeron la bestia romana.

Todos los musulmanes que creen en Al.lah, en Sus ángeles, Libros y Mensajeros, en el Día de la Resurrección y del Juicio, y cumplen sus prácticas piadosas de acuerdo a su capacidad y a su buena voluntad, son santos benditos del Reino. No hay ignorancia religiosa más grande que creer que hay una persona llamada espíritu santo que llena los corazones de esos que son bautizados en el nombre de tres dioses, cada uno el tercero de tres, o uno igual a una terna, santificando a los creyentes en sus absurdos. Un musulmán no cree que exista un espíritu santo sino innumerables espíritus santos, todas criaturas e instrumentos de Al.lah Único. Los musulmanes están santificados no por el bautismo o la ablución, sino que sus espíritus son santificados y purificados por la luz de la fe y por el ardor del celo y el coraje para defender y luchar por su fe. Juan el Bautista, o más bien el propio Jesús según el evangelio de Bernabé, dice: «Yo te bautizo con el agua para el arrepentimiento, pero el que viene después de mí, es más fuerte que yo: te bautizará con el fuego y el espíritu santo». Fue con su fuego y espíritu con el que Muhammad bautizó a los nómades semibárbaros, a los gentiles paganos, y los convirtió en un ejército de santos heroicos, transformando la marchitada sinagoga y la declinante iglesia en un firme y permanente Reino de Al.lah en la tierra prometida y por todo el mundo.

4 LA PREEMINENCIA Y LA DIGNIDAD DEL REINO DE ALLAH

Ambas cosas son doblemente aseguradas por un ángel a Daniel. Se comunica que «todas las naciones bajo los cielos servirán al pueblo de los santos del Altísimo». No requiere prueba alguna decir que todos los poderes cristianos muestran un respeto particular e incluso deferencia cuando la situación así lo indica, no solamente hacia los poderes musulmanes, sus lugares sagrados y mezquitas, sino también hacia las instituciones locales de los musulmanes. El misterio de este «servicio» yace en esto: los musulmanes siempre inspiraron respeto y temor por medio de su conducta digna, el apego a su religión, la obediencia a las leyes justas y por ser pacíficos. En segundo lugar, porque los gobiernos musulmanes, como norma, tratan a los cristianos justamente y no interfieren en sus leyes y religión. ⁽⁶⁾

En espacio no nos permite extendemos en las observación sobre otros puntos de este reino y religión divinos, como los califas, sultanes, etc. Es suficiente decir

que los soberanos musulmanes están sujetos a las mismas leyes coránicas que sus compatriotas. Que la justicia y la modestia es la mejor salvaguarda para la prosperidad y estabilidad de cualquier estado, musulmán o no musulmán, y que el espíritu y los principios del Libro de Al.lah son las mejores guías para toda legislación y civilización.

[1] En hebreo estos antiguos Imames (líderes) son llamados «Kohen», y esto es traducido por los cristianos como «sacerdote». Un sacerdote judío nunca puede ser identificado con un sacerdote sacramentalista cristiano

[2] La pretensión judía de ser el pueblo elegido y de haber recibido con «exclusividad» el mensaje divino se encuentra contradecida en la misma Biblia. Como señala el Profesor Dawud, Jetro (entre los madianitas), Balaam (entre los moabitas), Job y Jonás fueron profetas, y no eran de la casa de Israel. El Islam enseña que hubo 124.000 profetas enviados a todos los pueblos y culturas. Todo pueblo que recibe el mensaje divino es «elegido» y recibe el Favor de Dios en tanto se mantenga en el bien. Saleh, Luqman y Hud son profetas que no están mencionados en la Biblia y sí en el Sagrado Corán. [Nota del Editor en Español]

[3] Esto coincide con el hadiz del Profeta Muhammad: «Los creyentes de mi comunidad están por encima de los profetas de Israel». (Nota del Editor en Español)

[4] Jesús nunca autorizó a sus seguidores a llamarse «cristianos». No hay mejor título para los primeros unitaristas seguidores de Jesús que el de musulmanes.

[5] Este libro fue escrito a principios de siglo. Hoy día los musulmanes superan los 1200 millones de almas, es decir un cuarto de la población mundial, y crece con un ritmo de expansión superior al crecimiento demográfico. (Nota del Editor en Español)

[6] La ley islámica reconoce el derecho de la *Gente del Libro* [judíos, cristianos, etc.) a vivir en territorio gobernado por el Islam rigiéndose por sus propias leyes en sus asuntos y profesando libremente su religión. (Nota del Editor en español)

II. «EUDOKIA» SIGNIFICA «AHMADIYAH»

No sería muy difícil retraducir una obra maestra de un autor eminente de una versión en un idioma distinto al suyo si existieran otros escritos originales del mismo en su idioma materno. Porque de esta manera el traductor podría estudiar el espíritu, la técnica y las expresiones de los otros trabajos originales y poner su mejor empeño por retraducir el libro en cuestión a su idioma original, grado de perfección que sólo pueden juzgar traductores realmente versados y capaces. De la misma manera, si hubiese al menos un par de epístolas o escritos de San Lucas en hebreo, su Evangelio podría ser devuelto al idioma original con una dificultad comparativamente menor que lo que ocurre hoy día. Pero desgraciadamente no es ese el caso. Porque no existe nada de los antiguos escritos en el idioma de Jesús, del cual San Lucas tradujo su himno angelical. Ni tampoco dejó algún otro escrito en tal dialecto semítico.

Para que se me comprenda mejor y a fin de hacer que los lectores aprecien mejor la importancia extrema de este punto, me animo a desafiar a los mejores eruditos de la literatura inglesa y francesa a retraducir de una versión francesa nuevamente al inglés la obra dramática de Shakespeare sin consultar el texto original [u otros textos del mismo autor], conservando a la vez la gracia y elegancia primaria.

El gran filósofo musulmán Ibn Sina [Avicena] escribió en árabe y luego algunos de sus trabajos fueron retraducidos del latín al árabe debido a que los originales se habían perdido. ¿Son dichas reproducciones los textos exactos del Aristóteles musulmán? ¡Evidentemente no!

En el capítulo anterior de esta parte sobre el término «eiriny» vimos esta cuestión de la traducción en cierto grado y no tuvimos ninguna dificultad en encontrar su equivalente en el hebreo «shalóm», porque ambos son idénticos en la Septuaginta y en el texto hebreo. Pero la palabra griega compuesta «eudokia» no se halla, en mi mejor entender, en la versión Septuaginta, y es extremadamente difícil encontrar su término equivalente o sinónimo en el idioma original. San Bernabé no menciona en su evangelio este himno angélico ni la historia de los pastores de Bethlehem, ni lo hacen los otros sinópticos o las epístolas del Nuevo Testamento.

El griego moderno frecuentemente adopta «eudokia» y «Eudoxia» para sus nombres propios femeninos, y ambos nombres están compuestos de dos elementos, «eu» y «dokeo», derivándose del último «doxa» que significa «gloria» o «alabanza», etc.

A fin de describir la palabra semítica original en la canción que los piadosos pastores oyeron y relataron y que el evangelista Lucas formuló como «eudokia», nos vemos compelidos a examinarla e investigarla directamente en su raíz griega y derivación. Pero antes de hacer eso es necesario criticar y hacer

conocer las versiones erróneas que han eclipsado el verdadero sentido de «eudokia», ocultando su relación profética con Ahmad o Muhammad.

Hay dos versiones principales del Nuevo Testamento del texto griego, estando una en el llamado idioma siríaco y la otra en latín. Ambas llevan el mismo significativo título de «símples» o simple, significado tanto de Vulgata como de Pshitta. Hay mucho material nuevo de información acerca de estas dos antiguas versiones que debe desconcertar a los historiadores cristianos más eruditos y a los teólogos más dogmáticos. Pero por el momento resultará suficiente decir que la versión aramea llamada Pshitta ⁽¹⁾ es más antigua que la Vulgata latina. Es comúnmente conocido que la iglesia de Roma, durante los primeros cuatro siglos, no tenía ninguna escritura o liturgia en latín sino en griego. El canon de los libros del Nuevo Testamento no fue completado, o mejor dicho establecido, antes del Concilio de Nicea en el 325 d.C. Había docenas de evangelios y epístolas con el nombre de los distintos apóstoles y otros compañeros de Jesús, Los cuales eran defendidos como sagrados por distintas comunidades cristianas» aunque fueron rechazados como espurios por el concilio de Nicea. ⁽²⁾

Como el centro o lugar principal de la cultura y la lengua siríaca era Orhai, es decir Edessa, *nunca* Antioquía, fue allí donde fueron traducidos los libros del Nuevo Testamento del griego, después del conocido concilio de Nicea.

Un estudio y examen profundo de la literatura e historia de los primeros cristianos mostrará que los primeros predicadores del evangelio eran judíos que hablaban el antiguo siríaco o arameo. Si este «evangelio» era un documento escrito o una doctrina o religión enseñada y propagada oralmente, es una cuestión que cae fuera de la esfera de la materia que estamos tratando. Pero hay algo que sí es cierto y cae dentro del campo de nuestro estudio, es decir, que los primeros cristianos conducían sus servicios religiosos en idioma arameo. Ese era el idioma común hablado por judíos, sirios, fenicios, caldeos y asirios. Queda así claro que los cristianos pertenecientes a las nacionalidades arameo-parlantes preferían leer y orar en su propio idioma y, en consecuencia, los distintos evangelios, epístolas, libros de oraciones y liturgias estaban escritos en siríaco. Incluso los armenios, antes de la invención de su alfabeto en el siglo V d.C. habían adoptado los caracteres siríacos.

Por otra parte, los prosélitos «gentiles» no semíticos del «nuevo camino», leían el Antiguo Testamento en su versión griega de los Setenta. Como una cosa natural, los eruditos de la filosofía griega y los ex ministros de la mitología helena, una vez convertidos a la nueva fe y con la Septuaginta frente a ellos, no podían tener ningún tipo de dificultad en producir un «Nuevo Testamento» para completar o como continuación del antiguo.

Como el simple evangelio del nazareno mensajero de Al.lah se volvió la fuente de dos poderosas corrientes, la del pensamiento semítico y la del pensamiento helénico, y como el pensamiento politeísta griego sofocó finalmente la doctrina

monoteísta semítica bajo los más tiránicos emperadores greco-latinos, y bajo la influencia de los más intolerantes y supersticiosos obispos trinitarios de Bizancio y Roma, son todos puntos de extrema importancia, dignos de un profundo estudio por parte de los sabios musulmanes sostenedores de la Unidad divina.

Después están las cuestiones de la unidad de la fe, de la doctrina y el texto revelado. Durante más de tres siglos la iglesia cristiana no tuvo ningún Nuevo Testamento de la manera como lo vemos actualmente. Ninguna de las iglesias griegas o semíticas, ni en Antioquía, Edessa, Bizancio o Roma poseían todos los libros del Nuevo Testamento, ni siquiera los cuatro evangelios, antes del concilio de Nicea. Y yo me preguntó cuál era o podía ser la creencia de esos cristianos que solamente estaban en posesión del evangelio de Lucas, de Marcos o de Juan» respecto a los dogmas de la eucaristía, el bautismo, la trinidad, la concepción milagrosa de Jesús y docenas de otros dogmas y doctrinas. La versión siríaca de la Pshitha no contiene las llamadas «esencia» o «palabras instituidas», ahora existentes en San Lucas [22:17-19]. Los últimos doce versículos del capítulo 16 del segundo evangelio no se encuentran en el manuscrito griego antiguo. La llamada «oración del Señor» [Mateo 6:9. Lucas 11:2] es desconocida para los autores del segundo y cuarto evangelio. En efecto, muchas enseñanzas importantes contenidas en uno de los evangelios eran desconocidas para las iglesias que no los tenían. En consecuencia no podía haber uniformidad alguna en la adoración, disciplina, autoridad, creencia, mandamientos y leyes en las primeras iglesias, de la misma manera como no existe hoy día. Todo lo que podemos deducir de la literatura del Nuevo Testamento es que los cristianos en la época apostólica tenían como Biblia las escrituras judías, con un evangelio conteniendo la revelación auténtica hecha por Jesús y que su sustancia era precisamente la misma anunciada en los cánticos angélicos, es decir, el Islam y Ahmadiyah. La misión especial asignada por Al.lah a Su Mensajero Jesús fue la de convertir o hacer volver a los judíos de sus creencias erróneas en un Mesías davídico y sus perversiones, a la vez que convencerlos de que el Reino de Dios sobre la tierra que estaban anticipando no iba a venir a través de un Mesías de la dinastía davídica, sino de la familia de Ismael, siendo su nombre Ahmad, el verdadero equivalente del nombre que los evangelios griegos han conservado bajo la forma de *Eudoxos* y *Periklytos* y no «Paráclitos» como se lo han figurado las iglesias. Ni decir que el «Periklytos» forma uno de los tópicos principales de esta parte de la obra. Pero cualquiera sea el significado del «Paráclitos» [Juan 14:16-26 y 16:7] o su verdadera ortografía etimológica, aún queda allí la resplandeciente verdad de que Jesús dejó tras suyo una religión inacabada para ser completada y perfeccionada, por lo que Juan [*ubi su-pra*], y Lucas [24:49], describen como «espíritu». Este «espíritu» no es un dios, un tercero de tres en una trinidad de dioses, sino el espíritu santo de Ahmad, d que existía, al igual que los espíritus de los otros profetas, en el Paraíso [comparar con el evangelio de Bernabé], Si el espíritu de Jesús, según el testimonio de un apóstol [Juan 17:5, etc.] existió antes de que su persona viniera, también están perfectamente justificados los musulmanes unitaristas en creer en la existencia del espíritu de Muhammad debido al

testimonio de otro apóstol, es decir, Bernabé. ¿Y por qué no? Este punto lo discutiremos en el curso de los capítulos sucesivos, porque ahora quiero preguntar a todas las iglesias cristianas: ¿Poseían todas las iglesias cristianas en Asia, África y Europa los cuatro evangelios antes del concilio de Nicea? Si la respuesta es por la afirmativa, les ruego que me traigan las pruebas. Si es por la negativa, se debe admitir entonces que una gran parte de los cristianos no sabían nada acerca del «Paracletos» de San Juan, un barbarismo que no significa un «confortador» o «mediador» ni ninguna otra cosa. Ciertamente que estos son cargos muy serios y graves sobre la cristiandad.

Pero volvamos al tema central. La Pshitta ha traducido la palabra griega «eudokia» [los griegos leen la palabra «ivdokia» o más bien la pronuncian «lvzkia»] como «sobhra tabha» [se pronuncia «sohra tava», lo que significa «buena esperanza» o «buena anticipación», mientras que la Vulgata latina, por otro lado, traduce «eudokia» como «bona voluntas» o «buena voluntad». Desafío sin trepidar a todos los eruditos griegos, si se animan, a contradecirme sobre que los traductores de las versiones siríacas y latina han cometido serios errores en su interpretación de «eudokia». De todos modos, confieso que no puedo condenar concientemente a dichos traductores de haber distorsionado el sentido de este término griego deliberadamente, ya que admito que ambas versiones tienen un leve fundamento para justificar sus respectivas traducciones. Pero incluso así, debe ser advertido que de ese modo no entendieron el sentido profético y el verdadero significado semítico al convenir el término en la palabra griega «Eudokia».

El equivalente literal y exacto de «buena esperanza» en la lengua griega no es «eudokia» sino «euepis» o más bien, «euepistia». Esta explicación de «euepistia» [como se pronuncia verdaderamente en griego] es suficiente para llamar a silencio la Pshitttha. Por otra parte, el término preciso y exacto que corresponde al latín «bona voluntas» o «buena voluntad» *no es ciertamente* «eudokia» en griego, sino «euthelyma». Y esta resumida pero decisiva explicación es una suficiente reprimenda para los sacerdotes del Vaticano, de Phanar [Constantinopla] y de Canterbury, quienes cantan el «Gloria in Excelsis» cuando celebran misa o administran otros sacramentos.

I. ETIMOLOGÍA Y SIGNIFICADO DE «EUDOKIA»

Procedamos ahora a dar el verdadero sentido de «eudokia». El prefijo adjetivado «eu-», significa «bueno, bien, más y mejor», como en «eudokimeo», «para ser estimado, aprobado, querido» y «para adquirir gloria», o como «eudokimos», «muy estimado, el mas famoso y glorioso»; o como «eudoxos», «el más celebrado y glorioso», o como «edudoxia», «celebridad», «renombrado». El sustantivo griego «doxa», usado en los nombres compuestos «orthodoxia», «doxología», se derivan del verbo «dokeo». Cualquier estudiante de literatura inglesa sabe que «doxa» significa «gloria», «honor», «renombre». Hay numerosas expresiones en los autores griegos clásicos donde «doxa» se usa

para significar «gloria»: «Peri doxis makhesahi» [combatir por la gloria]. El conocido orador ateniense Demóstenes «prefirió la gloria a la vida tranquila», «gloria es igual a cosa de dioses». Soy concierne del hecho de que «doxa» es usado, aunque rara vez, con el sentido de: [a] opinión, creencia; [b] dogma, principio, doctrina y [c] anticipación o esperanza. Pero en general su sentido amplió es «gloria». En realidad la primera parte del cántico comienza con «Doxa [gloria] a Dios en las alturas».

En el diccionario griego-francés [R.C. Alexandre, Paris, 1846], la palabra «eudokia» es traducida como *bienveillance, lendresse, volonté, bon plaisir*, etc. y el autor presenta «dokeo» como la raíz de doxa, con los distintos significados que mencioné antes.

Los griegos de Constantinopla, entre cuyos maestros había gente conocida, en tanto unánimemente entienden por «eudokia»: «deleite», «deseo», «encanto», «agradabilidad», admiten también que significa «celebridad», «renombre», «honorabilidad» en su sentido original.

2. LA ETIMOLOGÍA Y SIGNIFICADOS DE LAS FORMAS HEBREAS «MaHMaD» Y «HiMDaH»

Estoy convencido de que la única manera de comprender el sentido y el espíritu de la Biblia es estudiándola desde un punto de vista islámico. Solamente entonces se puede entender la naturaleza real de la revelación divina y apreciarla y quererla. Solamente entonces pueden ser desvelados sus rasgos más oscuros y eliminados los elementos interpolados, espúreos, falsos y heterogéneos. Y es desde este punto de vista que doy la bienvenida a esta palabra griega «eudokia», que en un sentido literal y auténtico corresponde admirablemente al hebreo *Mahmad, mahamod, Himdah y Hemed*, tan frecuentemente usados en el Antiguo Testamento.

a) *Hamad*. Este verbo que se constituye con tres consonantes esenciales «h», «m» y «d», y común a todos los dialectos semíticos, en *cualquier parte* de las sagradas escrituras de los hebreos significa: «Enamorarse», «desear», «anhelar», «deleitarse», «agradar» y «desear ardientemente». Quienes conocen el árabe comprenderán naturalmente el amplio sentido de la palabra «shahwat», que se traduce como «codicia», «avidez», «deseo ardiente» y «apetecido». Bien, este es el sentido y significado preciso del verbo «hamad» en las escrituras hebreas. Una de las órdenes en el conocido decálogo de la Torah [los diez mandamientos] o Ley, contiene esta cláusula: «Lo tahmod ish reikha» [No codiciarás la mujer de tu prójimo. Éxodo 20:17].

b) *Hemed*. El sustantivo en el género masculino, y *Himdah* en el femenino, significan: «Codicia», «anhelo», «placer», «deleite», «objeto de ardiente deseo», «encanto» [Hageo 2:7, Jeremías 25:34, etc.].

c) *Mahmad, Mahamoá* [Lam, 1:7, 1:10, 2:3, etc.] Estas formas del participio se derivan también del verbo «Hamad» y significan: «el más deseado, codiciado, querido» cautivante, exquisito,preciado».

No puede haber la mínima duda de que la forma árabe Muhammad y la hebrea Mahmad y Mahamod se derivan de otra del mismo verbo o raíz, y que ellos, no obstante la leve diferencia ortográfica entre las formas, tienen un significado y origen común. Yo le he dado el sentido de la forma hebrea como lo han entendido los lexicógrafos judíos.

d] Se deberá observar por lo tanto que la palabra griega «eudoxia» debe ser una representación liberal del sustantivo hebreo Himdah, y que ambos significan: «Placer», «deleite», «deseo», «encanto», «goce», «preciado» y algunos otros conceptos sinónimos.

De lo anterior debería derivarse que el equivalente correspondiente al «Mahamod» hebreo no puede ser otro que «eudoxos» el cual era el objeto de deseo y anhelo, el más deseado,preciado y codiciado, y el maspreciado, querido, estimado y acreditado.

3.

Que entre todos los hijos de Adán el nombre de Muhammad fuese dado por primera vez solamente al hijo de Abdul.lah y Amina en la ciudad de la Meca es un milagro único en la historia de las religiones. A este efecto no puede haber ningún recurso o tentativa de falsificación artificiosa. Sus padres y parientes eran paganos y no conocían nada de las profecías en las escrituras hebreas o cristianas respecto al gran profeta que estaba prometido que vendría a restaurar y establecer la religión del Islam, La elección del nombre Muhammad o Ahmad no podría explicarse como un accidente o coincidencia. Seguramente fue providencial e inspirado.

Si los poetas árabes y los hombres de letras han preservado o no el significado arcaico del participio pasivo hebreo de la forma «pi`el» del verbo «hamad», no tengo ninguna manera de probarlo. Pero al participio pasivo árabe de la conjugación «pi`el» del verbo «Hammada» es Muhammad y la del hebreo «himmid», Mahmad o Mahamod. La afinidad, la similitud e identidad de las dos formas es incuestionable.

He reproducido fielmente los significados de las formas hebreas como son dados por los lexicógrafos y traductores. Pero el sentido intrínseco o espiritual de «Himdah» y «Mahamod» es: «celebridad» y «celebrado», «alabanza» y «loable», «gloria» y «glorioso». Porque entre los seres y las cosas creadas no puede haber nada más glorioso, honorable, ilustre y alabado que quien es el más codiciado y deseado. Es en este sentido práctico que el Corán usa la palabra «hamdu» de [a cual Ahmad y Muhammad son derivaciones, siendo

«hamdu» igual que la palabra hebrea «hemed». La gloria de Muhammad sobrepasa a la de cualquier otra criatura, como lo ilustra Daniel, Cap.7, y en la tradición sagrada: «Si no fuese por tí [Oh amado Muhammad], no habríamos creado el mundo [o sea: los seres todos]» ⁽³⁾. Pero el honor más alto y la gloria concedida por Al.lah a Su más estimado mensajero, fue que le comisionó establecer y perfeccionar la verdadera religión de Al.lah, bajo el nombre de Islam» el cual, al igual que el nombre de su fundador Muhammad, tiene un gran sentido saludable y reconfortante, es decir, «paz», «seguridad», «tranquilidad», «salvación», el bien como opuesto al mal, además del de sumisión y resignación a la voluntad de Al.lah.

4.

La visión por medio de la cual fueron honrados los pastores piadosos en ocasión del nacimiento de Jesús era conveniente y oportuna. Porque un gran misionero de Al.lah, un santo evangelista [albriciador] de! Islam nació esa noche. Así como Jesús fue el heraldo del Reino de Dios, su evangelio fue la introducción o presentación del Corán. El advenimiento de Jesús fue el comienzo de una nueva era en la historia de la religión y la moral. Jesús no era el «Mahamod» que iba a venir después para destruir el mal y su reino de idolatría en las tierras prometidas. La «cuarta bestia*, el vigoroso poder romano, aún estaba creciendo y expandiendo sus conquistas. Jerusalén, con su magnífico templo y clerecía iba a ser destruido por esa bestia. Jesús «vino a su pueblo, pero el pueblo no lo recibió». Y los que le recibieron de los judíos fueron hechos «hijos del Reino», pero el resto se dispersó por el mundo. Después vinieron las diez terribles persecuciones bajo los emperadores romanos paganos que iban a coronar a miles de seres humanos con la diadema del martirio. Y a Constantino el Grande y sus sucesores les fue permitido maltratar a los verdaderos creyentes en la Unidad de Al.lah. Y fue entonces que Muhammad —no un dios o un hijo de Dios, sino «el glorioso, el codiciado, el mas ilustre hijo del hombre, el Barnasha perfecto»— iba a venir y destruir la bestia.

[1] La versión Pshittha (en siríaco, siglo II) del Antiguo Testamento nunca usa las palabras «Siria» y «siríaco», sino «Aram» y «araméo».

[2] El Concilio de Nicea fue convocado por Constantino I y sesionó entre el 325 y 327, Asistieron a él 300 obispos y dos delegados del papa Silvestre. Allí se afirmó la divinidad de Jesús y se condenó a los arrianos [seguidores del obispo Arrio, 280-336). Allí se determinó la canonicidad de algunos libros del Nuevo Testamento [los evangelios), pero el canon definitivo de todos Los libros católicos [epístolas, etc.) se fijó en el Concilio de Trento en 1546. El Concilio de Nicea marca el punto de inflexión donde se afirma el error en la doctrina de la iglesia, de la mano de la escuela paulina, y se comienza a perseguir a los verdaderos creyentes como herejes. Lo que aquí discute el autor es que los cuatro

evangelios no estaban difundidos en el mundo cristiano ni mucho menos: amplias comunidades cristianas conocían solo uno, o fragmentos, o bien se regían por alguno de los apócrifos que fueron descartados arbitrariamente del canon en Nicea. [Nota del Editor en español]

[3] Una «tradición sagrada» [*hadiz qudsi*] es un dicho del Profeta Muhammad que transmite palabras de su Señor pero que no le fueron reveladas como parte del Sagrado Corán. El significado de este dicho es que Muhammad fue la primera criatura creada por Al.lah, y que es este ser perfecto el que justifica metafísicamente toda la creación, Y la humanidad y el tiempo alcanzaron su culminación con su aparición. (Nota del Editor en español)

MUHAMMAD EN EL NUEVO TESTAMENTO

I. EL ISLAM Y AHMADIYAH ANUNCIADO POR LOS ANGELES

Dos sucesos extraordinarios han sido registrados por dos de los evangelistas en relación con el nacimiento de Saidina [nuestro señor] Jesús. el Cristo, con él sean la Paz y las bendiciones de Al.lah. El evangelista Mattai [Mateo] nos ha dejado una relación de la maravillosa peregrinación de los magos que fueron guiados por una estrella desde Persia al pesebre en Bethlehem, donde nació Jesús, a quien «adoraron» y obsequiaron ricos regalos de oro, mirra e incienso. El material condensado en este suceso histórico o historia ficticia de los «hombres sabios» de oriente, es una leyenda aparentemente creíble de más de media docena de milagros, respecto a los cuales la iglesia cristiana solamente ha sido capaz de crearlos y creerlos. La iglesia ha preservado los nombres de los magos, quienes, encabezados por el rey Gaspar, fueron «inspirados por Dios» y sabían que el pequeño de Bethlehem era Dios, el cordero y el rey, y por lo tanto le ofrecieron incienso como a una deidad, mirra para su sepelio después del sacrificio y oro para su tesoro real!! El hecho de que los magos zoroastrianos, o los astrólogos caldeos, por medio de la adivinación y la guía astral, atravesaran todo Jerusalén y allí perdieran la luz de la estrella; que Herodes, soberano que reinaba sobre los judíos y los habitantes de Jerusalén, se turbó y estremeció con la noticia del nacimiento del nuevo rey; que solamente un pasaje incoherente de los escritos del profeta Miqueas [vers. 2] podía resolver el problema del lugar donde ocurrió la natividad, y finalmente que los astrólogos fueron aconsejados por Dios en un sueño de que no volvieran donde Herodes. En realidad son algunos milagros maravillosos que solamente los cristianos supersticiosos pueden aceptar El séquito real de peregrinos iba a Bethlehem, a solamente unas pocas millas de distancia de Jerusalén, y, he aquí que la antigua estrella-guía aparece nuevamente y los conduce hasta que se detiene exactamente sobre el lugar donde nació el niño!! La prodigiosa rapidez con que fue hecho el largo viaje de Persia a Bethlehem mientras el niño aún estaba en el establo [Lucas 2:4-7], muestra la importancia del milagro.

Otro milagro relacionado con el nacimiento de Cristo es el hecho, o la ficción, de que después de todas estas demostraciones en la corte de Herodes y entre las clases cultas de Jerusalén, nadie sabía la dirección de la santa familia, y que esta desconcertante ignorancia cuesta la masacre por parte de Herodes de cientos de infantes en Bethlehem y sus suburbios. El último pero no el menor milagro insinuado en esta narrativa es el cumplimiento de otra profecía de Jeremías [31:15], donde Raquel es presentada lamentando y llorando la mortandad de los Efrainitas en Raman [Ramá] y **no en Bethlehem**, y esto, también unos setecientos años antes, cuando los descendientes de Raquel fueron deportados a Asiría, en tanto que ella murió mucho antes que Jacob, su marido, descendiera a Egipto, San Mateo, que es el único entre los antiguos compiladores e historiadores que conoce este suceso, no nos cuenta cual fue la impresión del rey Gaspar y sus astrólogos después de su peregrinación a

Bethlehem, ¿Quedaron convencidos de que el hijo de María era el rey o no? Y si quedaron convencidos de que Jesús era un rey, ¿por qué entonces Persia persiguió a los cristianos hasta que se convirtió al Islam en el siglo VII d.C.? ¿No es cierto que los persas no recibieron ninguna señal, entendimiento o información acerca de Jesús de Nazaret de parte de sus magos, sino solamente lo comunicado por el ejército musulmán enviado por el califa Omar [seis siglos después]?

No es mi intención negar en su totalidad la visita de algunos magos de oriente a Jesús, sino solamente mostrar la avidez o ambición de la iglesia por exagerar sucesos simples en la vida de Jesús, exhibiéndolos con algunas características sobrenaturales.

El otro suceso igualmente maravilloso que concierne a este tema está registrado por el evangelista Lucas [2:1–20]. Algunos pastores estaban controlando su majada en un campo cercano a Bethlehem la misma noche que Jesús nació en un pesebre. Un ángel anuncia el nacimiento del «Señor salvador», y repentinamente una multitud de ángeles aparecen en el cielo y cantan en voz alta el siguiente himno:

«Gloria a Dios en las alturas,

Y en la tierra paz,

y entre los hombres buena voluntad.» [Lucas 2:14]

Este famoso himno, conocido como **Gloria in excelsis Deo**, y que es cantado en las iglesias durante la celebración de los sacramentos, desgraciadamente, solamente es una vaga traducción del texto griego que no puede ser considerado para nada confiable o seguro, porque no nos exhibe las palabras originales en el idioma en que cantaron los ángeles, que evidentemente los pastores hebreos comprendían. Que las multitudes celestiales cantaron su gozosa canción en el idioma de los pastores y que ese idioma no era el griego sino el hebreo vernáculo –o más bien arameo–, es una verdad admitida. Todos los nombres bíblicos de Al.lah, los ángeles, el cielo, los profetas, etc., se nos revelaron en lenguas semíticas [hebreo, arameo, árabe], e imaginarnos que las huestes celestiales cantaron en griego a los pastores judíos ignorantes en los suburbios de Bethlehem, sería equivalente a creer que tal ejército de ángeles, sobre el firmamento de las montañas de Kurdistán, cantan un himno similar en japonés para la asimilación, o confusión, de algunos pastores kurdos.

La aparición de un ángel a los humildes pastores de Bethlehem y la anunciación del nacimiento de un gran profeta esa misma noche y la audición del **Halleluyah** [Aleluya] angélico **solamente por ellos** y no por los altivos sacerdotes y escribas, es uno de los innumerables milagros registrados en la historia del pueblo de Israel.

No hay nada en esta historia que pueda considerarse de una naturaleza tan contradictoria como para exponer el relato a la incredulidad. Un ángel puede aparecerse a un profeta o a un santo siervo de Dios y comunicarle un mensaje de Al.lah en presencia de otra gente, siendo incluso imperceptible para ésta. Por ser buenos de corazón y puros en su fe, los pastores eran dignos del favor divino. De esta manera, desde el punto de vista religioso, no hay nada incompatible o increíble en estos maravillosos sucesos registrados por Lucas. Este último autor exhibe una dicción precisa, es discreto y cuidadoso en lo que comunica, y a lo largo de todo su evangelio usa un buen estilo griego. Considerando el hecho de que escribió su evangelio mucho después de la muerte de todos los apóstoles y que había examinado «muy cuidadosamente» numerosas obras respecto a Jesús y su evangelio [buena nueva], parece muy probable que haya estado al tanto de la leyenda de los magos y se abstuvo totalmente de incluirla en su propia obra ⁽¹⁾. Se dice con precisión en los cuatro primeros versículos del evangelio de San Lucas que los apóstoles, a quien él llama «los testigos oculares y ministros de la Palabra» no escribieron **ellos mismos** ningún relato acerca del Maestro y sus enseñanzas, sino que solamente a través de la tradición oral las comunicaron a sus seguidores y sucesores. También se dice claramente que la fuente a la que había recurrido San Lucas para la composición de su evangelio fueron distintas «historias» compuestas por personas que las habían escuchado narradas por los apóstoles que fueron testigos de esos sucesos y doctrinas, rúenles que el autor examinó muy atentamente, eligiendo solamente aquellas cosas que consideraba ciertas o seguras. De todos modos, es del todo evidente por la misma confesión de San Lucas, como se puede deducir fácilmente de su prefacio, que no reivindica ninguna revelación como hecha a él mismo ni le atribuye a su libro ningún carácter inspirado. También se puede asumir con seguridad que el primero y el cuarto evangelio, o bien no estaban escritos cuando Lucas compiló el suyo, o él no los había visto, ya que no podía haberse aventurado a contraponer o contradecir los evangelios escritos por los dos apóstoles, Mateo y Juan.

Estas breves observaciones, que pueden multiplicarse, deben convencer al lector imparcial de que los así llamados «cuatro evangelios canónicos» no exhiben los rasgos necesarios e indispensables para que una Escritura reivindique ser producto de la inspiración divina.

Las iglesias han creído que el autor del tercer evangelio es el médico Lucas [Col, 4:14], quien acompañó a San Pablo en sus viajes misioneros, además de haber estado juntos como prisioneros en Roma [2 Tim, 4:11, Filemón 24, etc]. De todos modos no es el lugar para discutir la cuestión de la autoridad del libro ni sus otras importantes peculiaridades. Es suficiente decir que San Lucas ha registrado algunas hermosas parábolas y enseñanzas del Santo Maestro, como ser la parábola del buen samaritano [Luc. 10:25–37], el rico avaro e insensato [2:15–21], el fariseo y el publicano [18: 9–13], la perseverancia en el rezo –Jesús y la oración– [11:1–13]. La oveja perdida, la moneda perdida, el hijo pródigo [Luc. 15:1–32], el rico y Lázaro [16: 19–31], el óbolo de la viuda pobre [21], los

labradores malvados [20: 9–16], el juez injusto [18: 1–8], la conversión de Zaqueo [19: 1–10], y varias otras. Pero lo más importante de todos los contenidos del tercer evangelio es el himno angélico, que constituye el tópico del estudio y consideraciones que estamos haciendo.

Este himno, como todos los contenidos del Nuevo Testamento, **no** se nos presenta en el idioma original en que fue cantado, sino solamente en su versión griega. Y sólo Dios sabe la fuente de la cual lo copiaron y tradujeron, o si simplemente lo narraron después de haberlo escuchado como rumor o relato popular.

Es posible que Jesús o sus apóstoles no hayan dejado un evangelio real y auténtico en el idioma que fue revelado. Si existió dicho evangelio, ¿qué se hizo de él? ¿Quién lo perdió? ¿Fue destruido? Y si es así, ¿por quién y cuándo? ¿Fue realmente traducido al griego o a cualquier otro idioma alguna vez? ¿Por qué la iglesia no nos preservó el texto original del evangelio auténtico, o su traducción? Si la respuesta a estas preguntas es por la negativa, entonces me aventuro a plantear otra serie de preguntas de igual importancia. ¿Por qué estos apóstoles y evangelistas judíos no escribieron en su propio idioma sino que todos ellos lo hicieron en idioma griego? ¿Dónde el pescador Shimon Kipha [Simón Pedro], Yohannan [Juan], Yaqub [Jacobo] y el publicano Mattai [Mateo] aprendieron el idioma griego con el objeto de escribir una serie de «escrituras sagradas»? Si se dice que el «espíritu santo les enseñó», simplemente se hace el ridículo. El espíritu santo no es un profesor de gramática e idiomas. Ello requeriría otra revelación que exponga la razón o causa de por qué el espíritu santo debería hacer una revelación en idioma judío a un israelita de Nazareth, luego causar su destrucción, ¡y después enseñar a media docena de judíos el idioma griego e inspirarlos para que escriban a su manera y con su propio estilo una parte de la misma revelación!

Si se argumenta que los evangelios y epístolas fueron escritos para beneficio de los judíos en la diáspora, que conocían el idioma griego, me aventuro a preguntar: ¿qué beneficio derivaron todos los judíos de la diáspora del Nuevo Testamento? ¿Por qué no fue hecha una copia para los judíos palestinos en su propio idioma, considerando el hecho de que Jerusalén era el centro de la nueva fe y que Jacobo, «el hermano del Señor» [Gal. 1:19], era el presidente o cabeza de la iglesia y residía allí [Hechos 15, Gal. 2:11–15, etc.]?

Sería un esfuerzo desesperadamente inútil buscar una sola parábola, oráculo o cualquier mensaje revelado por Jesús en su propio idioma.

El concilio de Nicea debe ser tenido para siempre como la única causa responsable de esta pérdida irreparable de los evangelios sagrados en su texto arácnico original.

La razón por la que insisto tan persistentemente sobre la necesidad indispensable de la preservación intacta del mensaje revelado por Al.lah, es obvia, es decir, porque solamente un documento así puede ser considerado fiable y válido. Cualquier traducción, por más buena fe con que fuera hecha, no puede mantener nunca la importancia o vigor exacto y el sentido **real** contenido en las palabras y expresiones originales.

Cualquier versión está siempre propensa a ser criticada o discutida. Por ejemplo, estos cuatro evangelios no son siquiera una traducción sino textos escritos originalmente en griego. Y lo peor de ellos es que están malamente alterados por interpretaciones posteriores.

Tenemos pues ante nosotros un canto sagrado, cantado indudablemente en un dialecto semita y presentado en una versión griega. Naturalmente estamos muy curiosos por conocer sus palabras en el idioma original en que fue cantado. Llamo aquí a una seria atención a nuestros lectores para observar el término semítico equivalente exacto traducido al griego como «eudokia» y al inglés [o español] como «buena voluntad». El himno se compone de tres oraciones breves. El sujeto de la primera es «Allana» [en arameo], traducida «Theos» en griego. El sujeto de la segunda es «Shlama» [en arameo], traducido «Eiriny» en griego. Y el sujeto de la tercera es «eudokia» en griego, traducido «bona voluntas» por la Vulgata [en latín] y «Sobhra Tabha» [que se pronuncia «sohra tava»] por la Pshittha [al-Basít, en arameo].

Ambas versiones, que han sido seguidas por todas las demás versiones han fracasado en comunicar el sentido y significado exacto de la palabra «eudokia» y en consecuencia la segunda y tercera oración quedan sin sentido o sin significado, o aún totalmente falsas. Por más desilusionados que estemos por no tener las palabras exactas de este himno celestial en su versión original, no debemos desesperar en nuestro esfuerzo por encontrar y descubrir el verdadero sentido contenido allí.

Por lo tanto deberíamos proceder a descubrir el verdadero significado etimológico de las palabras griegas «eiriny» y «eudokia» y el sentido e interpretación real de la doxología angelical.

La interpretación cristiana de los términos «eiriny» y «eudokia» es errónea y totalmente insostenible.

De acuerdo a la interpretación de este himno por todas las iglesias y sectas cristianas, la fe en la divinidad de Jesús, en la redención del pecado y del fuego del infierno por medio de su muerte en la cruz y en mantener la comunicación continua con el espíritu santo, trae «paz» y tranquilidad a los corazones, y hace que los creyentes se comporten entre sí con «buena voluntad», benevolencia y amor mutuo. Esta interpretación, hasta ahora, es comúnmente aceptada por los grupos evangélicos y sacramentalistas. Pero no se detienen en estos tres puntos

principales, porque hasta ahora no se experimenta entre ellos ni la paz general, ni la reconciliación, ni la concordia y unión, ni la buena voluntad general ni el amor mutuo. Como se separan unos de otros, buscan otros medios para explicar esta «paz» y esta «buena voluntad». Los sacramentalistas insisten en la creencia en siete sacramentos y muchos dogmas que no podrían tolerar ni el sentido común ni la simple doctrina de Jesús. Habiendo sido limpiada la iglesia por la sangre del redentor a través de la misteriosa agua santificada del bautismo, se ha vuelto la novia del cordero y su cuerpo. Siendo la propia iglesia la corporización del cordero, alimenta su cuerpo con el misterioso pan y vino consagrados y transubstanciados en la carne y sangre real del desposado. La novia –la iglesia– tiene una devoción particular por los «corazones sagrados» de Jesús, María y San José, por el cuarto estadio o parada de la crucifixión, por las estatuas e imágenes de cientos y cientos de santos y mártires, por miles de huesos auténticos o no y restos de los mismos y por la adoración a la hostia consagrada como si fuese **exactamente** Dios Todopoderoso. No obstante no hay paz alguna. Todos los pecados, importantes o no, deben ser confesados al sacerdote, y es la absolución que obtiene el pecador del «padre espiritual» lo que produce la paz y tranquilidad en su corazón y lo llena de buena voluntad!!!

Si observamos a los grupos evangélicos de distintas tendencias, les encontramos buscando la paz interna por el ruego directo a las tres personas de la deidad individualmente –ora a Jesús, ora al espíritu santo, ora al Padre– con los ojos cenados pero con gestos y movimientos, o leyendo la Biblia y también por medio de otras prácticas de manera reservada o pública, pensando después que están llenos del espíritu santo y en paz!! Pero yo les aseguro a los lectores que todos estos cristianos «penitentes», que a través de su devoción real o artificial pretenden haber obtenido la «paz» y poseer «buena voluntad» hacia sus vecinos, en vez de volverse dóciles, humildes y pacíficos como dicen que fue su maestro, se vuelven extremadamente intolerantes y fanáticos. Cuando un cristiano, ya sea ortodoxo o heterodoxo, sale de la iglesia donde «compartió» la «comunión del Señor», que la llaman «institución de la eucaristía» ⁽²⁾ se vuelven tan hipócritas, fanáticos y antisociales, que prefieren reunirse con un perro antes que con un musulmán o judío, porque estos no creen en la trinidad y en la «cena del Señor». Esto **lo conozco bien**. Yo acostumbraba tener los mismos sentimientos cuando era sacerdote católico. Cuando más me consideraba espiritualizado, santo y sin pecados, más odiaba a los herejes, especialmente a los no creyentes en la trinidad.

Cuando los cristianos se vuelven fervientes y celosos en sus devociones particulares, especialmente sus sacerdotes y pastores, se ponen excesivamente excitados, furiosos y ofensivos hacia sus adversarios religiosos. Muéstrenme un solo católico, cismático o santo herético después del concilio de Nicea, que no fuese un tirano, ya sea en sus escritos, prédicas u obras contra quienes consideraba «herejes». La inquisición de la iglesia romana es un testimonio inmortal del cumplimiento de este himno angelical de «paz sobre la tierra y buena voluntad entre los hombres»!

Es evidente que la **paz verdadera** no se puede lograr por medios artificiales. Solamente hay tres medios para lograr la paz perfecta y duradera: una firme creencia en la absoluta Unicidad de Al.lah, una completa sumisión a Su Santa Voluntad y la frecuente meditación y contemplación sobre El. Quien recurre a estos tres medios es real y prácticamente musulmán y la paz que adquiere por medio de ello es **auténtica y no artificial**. Así uno se vuelve tolerante, honesto, justo y compasivo, pero al mismo tiempo totalmente equipado para luchar de alma y corazón en defensa de todo lo que atañe a la gloria de Al.lah y a su propio honor, cuando es atacado o amenazado. Resulta obvio que esta paz **perfecta** se logra por medio de una fe interior y un sometimiento inflexible al Creador y **no** por ostentosas prácticas y rituales exteriores. Los rituales y prácticas nos beneficiarán **solamente** cuando la fe es genuina y la sumisión voluntaria e incondicional.

Pero seguramente los ángeles no cantaron en honor de una paz particular o individual, que después de todo está limitada a un pequeño número de hombres piadosos, ni lo hicieron en alabanza de una paz universal imaginaria, lo cual significaría el desarme total de las naciones y el cese de toda guerra y hostilidades. No, ninguna de esas dos paces específicas era el objeto de esta melodía. La paz espiritual es una tranquilidad de corazón concedida por Dios como una gracia y bendición solamente a esos pocos creyentes que han hecho grandes progresos en la piedad y la vida espiritual, y Le aman sobre todas las cosas, sacrificando cualquier otro amor por el Suyo.

No se trataba de una paz política o social para el pueblo de Israel. Porque la historia de los últimos 20 siglos muestra todo lo contrario. Por lo tanto, los ángeles no podían cantar una paz que nunca se cumpliría o realizaría. Nos vemos forzados entonces, frente a los hechos históricos ulteriores, por una parte, y por la importancia de la ocasión como así también del punto desde donde fue hecho este notable anuncio, por otra parte, a concluir que esta «paz sobre la tierra» no era otra que la proximidad del establecimiento del Reino de Dios sobre la tierra, el cual es el Islam. La palabra griega «eiriny» representa a las semíticas «shalom», «shlama» e «Islam». ¡Eso es todo!

La misma mención de «Una multitud de ejércitos celestiales» da al himno un carácter marcial o triunfal. En realidad es un indicio singular de goce por parte de los ejércitos pertenecientes al Reino de los Cielos, a favor de sus futuros aliados pertenecientes al Reino de Dios sobre la tierra, del cual el niño de Bethlehem recientemente nacido era el más grande evangelista [anunciador de «buenas nuevas»] y precursor.

En distintas ocasiones, en el curso de estos capítulos, hemos explicado que «shalom», en su sentido práctico y concreto tiene el sentido de una religión que es buena, firme, segura, saludable y un camino de paz; en oposición a la religión del mal, perversa, destructiva, dañina, cuyo camino conduce a la miseria y la perdición. Fue en este sentido que Al.lah, en Su mensaje a Ciro por medio de la

profecía de Isaías [Isaías 45], usó la palabra «shalóm», como sinónimo de bueno en oposición al mal. Esta es precisamente la interpretación literal, etimológica y moral del Islam como religión verdadera, como el poderoso Reino de Al.lah sobre la tierra, con sus leyes e instrucciones firmes y permanentes inscriptas en el Sagrado Corán.

Más allá del Islam, que literalmente significa «hacer la paz»; cualquier otra interpretación o paz imaginaria es ajena al sentido con que es usada «eiriny» en el himno angélico triunfal Fue en este sentido islámico de la palabra que Jesús, en su gran sermón de la montaña, dijo: «Bienaventurados los **musulmanes** [literalmente «los pacificadores»] porque ellos serán llamados hijos de Dios» [Mateo 5:9]. Y fue precisamente la paz imaginaria la que Saïidina Jesús repudió cuando exclamó: «No pensáis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada.» [Mat. 10:34], o como declara Lucas: «Luego vine a echar en la tierra... ¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: no, sino disensión» [Luc. 12:49–51].

A menos que «eiriny» sea entendido en el sentido de la religión del Islam, estos dos enunciados cruciales y contradictorios de Jesús deben permanecer como un enigma, si es que no llega a ser una injuria irreparable cometida por la iglesia cristiana al haber aceptado estos evangelios como «palabras inspiradas de Dios».

La expresión «hijos de Dios» será tratada más adelante.

[1] Aconsejo a los lectores leer cuidadosamente el prefacio o pasaje introductorio al comienzo del evangelio de San Lucas.

[2] Olvidé mencionar antes que el evangelio de San Lucas, de acuerdo a la antigua versión Pshittha, no contiene los versículos 17 a 19 del capítulo 22, ni existen las así llamadas «palabras esenciales» en la liturgia de los nestorianos.

III. JUAN EL BAUTISTA ANUNCIO A UN PODEROSO PROFETA

De acuerdo con la narración de los cuatro evangelistas, Juan el bautista era primo y contemporáneo de Jesús» siendo solamente seis meses mayor que éste. El Corán no menciona nada acerca de la vida y obra de este profeta, excepto que Dios, por medio de los ángeles, anunció a su padre Zacarías que tendría un hijo que se llamaría Iahia, que profesaría testimonio de la palabra de Al.lah y que sería una persona honorable, casta y un profeta de los justos (Corán, 3:39). No se sabe nada acerca de su infancia, excepto que era un nazarita que vivía en el desierto comiendo langostas y miel, que cubría su cuerpo con ropa hecha de pelo de camello ceñida con un cinto de cuero. Se cree que pertenecía a una secta religiosa judía llamada «esenios», de quienes surgieron los primeros cristianos ebionitas cuya característica principal era abstenerse de los placeres mundanales. En efecto, el Corán describe a este profeta ermitaño —«hasura», que significa «casto» en todo sentido de la palabra— y muestra que llevaba una vida de abstinencia» pobreza y piedad. No se lo vio en su juventud hasta que ya era un hombre de 30 años o más, cuando comenzó su misión de predicar el arrepentimiento y a bautizar a los pecadores penitentes con agua. Grandes multitudes fueron al desierto de Judea para oír los fuertes sermones del nuevo profeta. Y los penitentes judíos eran bautizados por él en las aguas del río Jordán. Reprendió a los sacerdotes y fariseos ilustrados pero fanáticos, y amenazó a los estudiosos pero racionalistas saduceos con la venida de la venganza. Declaró que les bautizaba solamente con agua como un signo de purificación de los corazones por medio de la penitencia. Promulgó que después de él venía otro profeta que les bautizaría con el espíritu santo y el fuego. Que juntaría todo el trigo en el granero y quemaría la paja con un fuego inextinguible. Además declaró que quien iba a venir después sería en tal grado superior en poder y dignidad que él se sentía inepto o indigno de inclinarse a desatarle los cordones del calzado.

Fue en una de estas grandes funciones bautismales de Iahia (San Juan el Bautista) que Jesús de Nazaret también entró al agua del Jordán y fue bautizado por el profeta al igual que los demás. Marcos (1:9) y Lucas (3:21), quienes informan de este bautismo de Jesús por Juan, no están al tanto de la observación de Juan sobre este punto, como se menciona en Mateo 3, donde se comunica que el Bautista dijo a Jesús: «¿Yo necesito ser bautizado por ti, y tu vienes a mí?» Frente a lo cual Jesús respondió: «Permitamos que se cumpla la justicia», y entonces Juan lo bautizó. Los sinópticos dicen que el espíritu de la profecía vino a Jesús en forma de paloma cuando salió del agua, escuchándose una voz diciendo. «Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia».

El cuarto evangelio no informa nada acerca del bautismo de Jesús por Juan, pero nos dice que el Bautista, cuando vio a Jesús exclamó: «He aquí el cordero de Dios», etc. (Juan 1). Este evangelio pretende que Andrés era discípulo del Bautista y habiendo abandonado a su maestro llevó a su hermano Simón a presencia de Jesús (Juan 1), historia que contradice flagrantemente lo

enunciado por los otros evangelistas (Mateo 4:18-19, Marcos 1:16-18). En San Lucas la historia es totalmente distinta: aquí Jesús conoce a Simón Pedro antes que sea un discípulo (Lucas 4:38-39). Y las circunstancias que condujeron al maestro a incluir en la lista de sus discípulos a los hijos de Zebedeo es totalmente diferente a la de los otros evangelistas (Lucas 5:1-11). Los cuatro evangelios de las iglesias trinitarias contienen muchos enunciados contradictorios acerca de la relación entre los primos profetas. En el cuarto evangelio leemos que el Bautista no sabía quien era Jesús hasta después de su bautismo, cuando un espíritu en forma de paloma vino y habitó en él (Juan 1), mientras que San Lucas nos dice que el Bautista, siendo aún un feto en el vientre de su madre, conocía y adoraba a Jesús, quien también era un feto aún más joven en el vientre de María (Lucas 1: 44). Después se nos dice de nuevo que estando el bautista en prisión, donde fue decapitado (Mateo 11:14), ¡no conocía la real naturaleza de la misión de Jesús!

Hay un misterioso indicio oculto en las preguntas planteadas al profeta Isaías por los sacerdotes y levitas. Ellos le preguntaron al Bautista: «¿Eres tú el Mesías, eres Elías o ese Profeta?». Y cuando respondió: «¡No!», ellos dijeron: «Si tú no eres ni el Mesías, ni Elías, ni ese *Profeta*, ¿por qué bautizas entonces?». (Juan 1). Se advertirá que, de acuerdo al cuarto evangelio, Juan el Bautista no era ni el Mesías, ni Elías ni ese *Profeta* ⁽¹⁾. Y me aventuro a preguntar a las iglesias cristianas, quienes creen que el inspirador de todas estas manifestaciones es el espíritu santo —es decir, el tercero de tres dioses—, ¿a quién se refieren esos levitas y sacerdotes judíos cuando dicen «y ese *Profeta*»? Y si dicen no saber a quien se refieren los clérigos hebreos, ¿saben sus papas y patriarcas quién es «y ese *Profeta*»? Si no lo saben, ¿para qué sirve en la tierra el uso de este evangelio interpolado y espurio? Si por el contrario, saben quien es ese *Profeta*, ¿por qué guardan silencio?

En la cita anterior (Juan 1) se dice expresamente que dicho Bautista no era un profeta, en tanto se informa que Jesús ha dicho «entre los que nacen de mujer nunca se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista» (Mateo 11:11). ¿Hizo realmente Jesús tal declaración? ¿Fue Juan el Bautista más grande o mayor que Abraham, Moisés, David y el propio Jesús? ¿Y en qué consistía su superioridad y grandeza? Si este testimonio de Jesús acerca del hijo de Zacarías es auténtica y cierta, entonces la grandeza del «comedor de langostas en el desierto» puede consistir solamente en su absoluta abnegación, renuncia y contención de los placeres y lujos mundanales; en su ardiente deseo por invitar al pueblo a la penitencia y sus buenas nuevas acerca de «ese Profeta».

¿O su grandeza consiste —como desean las iglesias— en ser primo, contemporáneo y testigo de Jesús? El valor y la grandeza de un hombre, así como también la de un profeta, puede ser determinada y apreciada por su obra. Nosotros desconocemos totalmente el número de personas convertidas a través de los sermones purificados por el bautismo de Juan, Ni estamos informados

respecto al efecto de esa conversión sobre la actitud de los judíos penitentes hacia el «cordero de Dios».

Se dice que Cristo ha declarado que Juan el Bautista era la reencarnación del Profeta Elías {Mateo 11:14, 17:12, Lucas 1:17) mientras que Juan dijo expresamente a los enviados judíos que el *no* era Elías ni el Mesías ni ese Profeta (Juan 1).

¿Puede alguien entonces formarse una conecta conclusión de estos evangelios llenos de manifestaciones que se oponen y niegan una con otra? ¿O puede alguien intentar encontrar la verdad? El cargo es extremadamente grave y serio porque las personas a las que concierne no son mortales comunes como nosotros, sino dos profetas que fueron creados en el vientre por el espíritu y se gestaron milagrosamente, ya que uno no tenía padre en tanto que la otra pareja era estéril, impotente y nonagenaria. La gravedad del cargo incluso es más seria cuando consideramos la naturaleza de los documentos en que están escritas dichas manifestaciones contradictorias. Los narradores son los evangelistas, personas que se suponía estaban inspiradas por el espíritu santo, en tanto que a lo inspirado se lo considera una revelación. Incluso hay alguna mentira, manifestaciones falsas o falsificaciones por todas partes. Se dice que Elías viene antes que «ese Profeta» (Malaquías 4:5-6). Jesús dice, «Juan es Elías». Juan el Bautista dice: «Yo no soy Elías». ¡Y es siempre la misma sagrada escritura de los cristianos quien hace estas manifestaciones tanto negativas como afirmativas!

Es absolutamente imposible llegar a la verdad, a la verdadera religión, por medio de estos evangelios, a menos que sean leídos y examinados desde un punto de vista unitarista e islámico. Solamente entonces se puede extraer la verdad de la falsedad y distinguir Lo auténtico de Lo espurio. Solamente el espíritu y la fe del Islam pueden tamizar la Biblia y sacar la hojarasca y el error de sus páginas. Antes de seguir adelante para demostrar que el Profeta anunciado por el Bautista no podía ser otro más que Muhammad, debo llamar la seria atención de mis lectores sobre uno o dos puntos importantes.

En primer lugar se debe resaltar que los musulmanes demuestran la más alta reverencia y veneración por todos los profetas, particularmente por aquellos cuyos nombres se mencionan en el Corán, como Iahia (Juan el Bautista) y Jesús ('Isa), y también creen que los apóstoles o discípulos de Jesús eran hombres santos inspirados por Al.lah ⁽²⁾. Pero como no poseemos sus escritos originales e in adulterados, no podemos en consecuencia imaginar en ningún momento que estos dos grandes siervos de Al.lah pudieran haberse contradicho entre sí.

Otra cuestión que debe advertirse es el muy importante silencio del Evangelio de Bernabé acerca de Juan el Bautista. Este evangelio que nunca menciona el nombre Iahia, pone su profecía acerca del «Profeta más poderoso» en boca de Jesús. Allí Jesús mientras se refiere al espíritu de Muhammad, como que fue

creado antes que el de los otros profetas, dice que será tan glorioso que cuando venga, él (Jesús) no se consideraría digno ni siquiera de arrodillarse y desatar los cordones de su calzado.

El gran «pregonero» en el desierto, en el curso de sus sermones a la multitud, acostumbraba decir en voz alta: «Yo te bautizo con agua para el arrepentimiento y el perdón de los pecados. Pero hay alguien que viene después de mí quien es más fuerte que yo, los cordones de cuyo calzado yo no soy digno de desatar. El te bautizará con el espíritu y con el fuego». Estas palabras son informadas de manera variada por los evangelistas, pero todos muestran el mismo sentido del elevado respeto y consideración respecto a la imponente personalidad y la majestuosa dignidad del poderoso Profeta aquí pronosticado. Estas palabras del Bautista son muy descriptivas de los modos orientales de hospitalidad y honra acordados a un visitante enaltecido. En el momento en que el visitante ingresa, el anfitrión o uno de los miembros de la familia corre a sacarle el calzado y le acompaña a acostarse o sentarse. Cuando el huésped se va, se repite la misma acción, ayudándole a ponerse el calzado, arrodillándose el anfitrión para atarle los cordones.

Lo que Juan el Bautista quiere decir es que si el fuese a encontrarse con ese dignificado Profeta, ciertamente se consideraría indigno del honor de agacharse para atarle los cordones de su calzado. De esta deferencia dada de antemano por el Bautista hay una cosa cierta: que el Profeta pronosticado era conocido de todos los Profetas como su Adón, señor y sultán. De otro modo una persona tan honorable, casta y libre de pecado como *Saūdina* Iahia (*Nuestro señor Juan el Bautista*)» Mensajero de Al.lah, no habría hecho una confesión de tanta modestia.

Queda la tarea de determinar la identidad de «ese Profeta». Por lo tanto este capítulo debe ser dividido en dos partes, es decir;

- A. El Profeta pronosticado no era Jesús;
- B. El Profeta pronosticado es Muhammad.

Cualquiera sabe que las iglesias cristianas siempre han considerado a Juan el Bautista como un subordinado y heraldo de Jesús. Todos los comentaristas cristianos muestran a Jesús como el objeto del testimonio y **profecía** de Juan.

Aunque el lenguaje de los evangelios ha sido distorsionado por los interpoladores en el sentido indicado, incluso así el fraude o error no puede escapar siempre a la investigación de un crítico y un examinador imparcial. Jesús no podía ser el objeto del testimonio de Juan porque:

1. La misma preposición «después» excluye claramente a Jesús de ser el Profeta pronosticado. Ambos eran contemporáneos y nacieron en el mismo año.

«El que viene después de mí », dice Juan, «es más poderoso que yo». Este «después» indica un futuro indefinido y en el lenguaje profético expresa uno o más ciclos de tiempo. Es bien conocido por los sufíes y por quienes llevan una vida espiritual y contemplativa que en cada ciclo, considerado equivalente a 5 o 6 siglos, aparece un gran sol luminoso rodeado por varios satélites que se exterioriza en distintas partes del mundo y da lugar a grandes movimientos sociales y religiosos que perduran durante varias generaciones hasta que otro Profeta brillante, acompañado por muchos discípulos y compañeros, aparece con prodigiosas reformas y esclarecimiento ⁽³⁾. La historia de la religión auténtica, desde Abraham hasta Muhammad, está así embellecida con tales sucesos que hacen época bajo Abraham, Moisés, David, Zorobabel, Jesús y Muhammad. Cada una de estas Épocas está marcada con rasgos característicos especiales. Cada una de ellas hace un progreso y luego empieza a marchitarse y decaer hasta que aparece otra luminaria en escena y así sucesivamente, hasta el advenimiento de Juan, Jesús y los apóstoles correspondientes.

Juan encontró a su nación moviéndose ya trabajosamente bajo el yugo de hierro de Roma, con su malvado Herodes y sus legiones paganas. Observó al ignorante pueblo judío extraviado por una clerecía corrupta y arrogante, las escrituras corrompidas y reemplazadas por una literatura ancestral y supersticiosa. Encontró que el pueblo había perdido toda esperanza de salvación, excepto que Abraham, su padre, los salvara. Les dijo que Abraham no les quería como hijos porque eran indignos de tal padre, mientras que «Al.lah podía levantar hijos a Abraham, de las piedras» (Mateo 3:9). Después tuvieron una leve esperanza en un Mesías, un descendiente de la familia de David a quien esperaban, entonces como hoy día» para que viniera y restaurara el reino de ese monarca en Jerusalén. Cuando los enviados judíos de Jerusalén le preguntaron: «¿Eres tu el Mesías?» Juan respondió indignado negativamente, como así también de la misma manera a las preguntas siguientes. Sólo Dios sabe las censuras y reprimendas que escucharon de las fuertes expresiones del santo Profeta del desierto, expresiones que la iglesia o la sinagoga han tenido especial cuidado en que no aparezcan por escrito.

Dejando de lado las exageraciones que evidentemente han sido agregadas a los evangelios, creemos firmemente que el Bautista presentó a Jesús como el verdadero Mesías y aconsejó a las multitudes obedecerle y seguir sus instrucciones y su evangelio. Pero le dijo claramente a la gente que había otro, la última y gran luminaria, que era tan glorioso y dignificado ante Al.lah que él (Juan) no sería digno de desatarle los cordones del calzado.

2. No pudo ser Jesús el prometido por medio de Juan, porque de ser así éste lo hubiera seguido y se habría sometido a él como un discípulo y subordinado. Pero no era ese el caso. Por el contrario, lo encontramos predicando, bautizando, recibiendo iniciados y discípulos, fustigando al rey Herodes, regañando a la jerarquía judía y pronosticando la venida de otro profeta «más

poderoso» que él, sin tener la menor noticia de la presencia de su primo en Judea o Galilea.

3. Aunque las iglesias cristianas han hecho de Jesús un dios o un hijo de Dios, el hecho de que él fue circuncidado igual que cualquier otro israelita ⁽⁴⁾, y bautizado por Juan como un judío común, prueba que el caso podría ser lo inverso. Las palabras intercambiadas entre el Bautista y el bautizado en el río Jordán parecen ser una interpolación o un comentario porque son contradictorias y de un carácter falaz. Si Jesús fuese realmente la persona a quien el Bautista profetizó como «más poderoso» que él, de modo que «no era digno de arrodillarse y desatarle los cordones del calzado», y que «el bautizaría con el espíritu y el fuego», no habría necesidad ni tendría ningún sentido que sea bautizado por su inferior en el río, al igual que cualquier otro judío penitente. La expresión de Jesús, «ello corresponde (así conviene) para que cumplamos toda justicia, es incomprensible. ¿Por qué y cómo «toda justicia» sería cumplida por ellos si Jesús era bautizado? Esta expresión es totalmente inentendible. Es una interpolación o una oración deliberadamente mutilada. Aquí hay otro ejemplo que se presenta para ser interpretado y resuelto por medio del espíritu islámico. Desde un punto de vista musulmán el único sentido en esta expresión de Jesús sería que Juan, por medio de su visión de Profeta o «Sophi», percibió el carácter profético del nazareno y pensó al respecto por un momento que era el último gran Mensajero de Al.lah y en consecuencia renunció a bautizarlo, y solamente después que Jesús le confiesa su identidad es que consiente en el bautismo.

4. El hecho de que estando Juan en prisión envía a sus discípulos a Jesús para que le pregunten: «Eres tu ese Profeta (aquel) que había de venir, o esperamos a otro?» muestra claramente que el Bautista *no conocía* el don de profecía que había en Jesús, hasta que se enteró –estando en prisión– de sus milagros. Este testimonio de San Mateo (11:3) contradice e invalida el del cuarto evangelio (Juan 1), donde se manifiesta que el Bautista, al ver a Jesús exclamó: «He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo». El cuarto evangelista no sabe nada del cruel martirio de Juan (Mateo 14» Marcos 6:29).

Desde la perspectiva de la creencia unitaria musulmana, es una imposibilidad moral que un profeta como el Bautista, a quien el Sagrado Corán describe como «Saiidina, ua hasuran, ua nabiiian mina-s-sálihín» («...que era un señor, casto, y un profeta de los justos» 3: 39), vaya a usar una expresión pagana respecto de Jesús. La naturaleza misma y la esencia de la misión de Juan era *predicar ja penitencia* –es decir, toda persona es responsable de su pecado y debe *cargarlo o apartarlo* por medio del arrepentimiento–. El bautismo era solamente una ablución o lavado exterior como signo de la remisión de los pecados, pero es la contribución, la confesión (a Dios, y de ser necesario a aquel que fue perjudicado con esas faltas) y la promesa de no repetirlas lo que puede *apartarlas*. Si Jesús era el «cordero de Dios» para sacar el pecado del mundo, entonces la prédica de Jesús sería –Dios me perdone– ridícula y sin sentido.

Además, Juan mejor que nadie sabía que tales palabras de sus labios causarían –como ha sido el caso– un error irreparable que deformaría y desfiguraría la iglesia de Jesús. La raíz de este error que ha mancillado la religión de las iglesias se debe buscar y encontrar en este absurdo asunto del «sacrificio por cuenta de otro» ⁽⁵⁾. ¿Ha sacado el pecado del mundo el «cordero de Dios»? Las oscuras páginas de la historia eclesiástica de cualquiera de las numerosas iglesias heréticas y hostiles responderán con un inmenso: ¡No! Los «corderos» pueden hacernos conocer en el confesionario, por medio de sus quejas, bajo el tremendo peso de los múltiples pecados que cargan sus espaldas, las terribles cosas cometidas por los cristianos –no obstante su ciencia y civilización–, como asesinatos, robos, adulterios, agresiones, opresiones, intemperancias y codicia insaciable por la conquista y el dinero del resto del mundo.

5. Juan el Bautista no podía ser el precursor de Jesús en el sentido que las iglesias interpretan su misión. Se nos presenta por medio de los evangelios «como voz clamando en el desierto», como cumplimiento de un pasaje de Isaías 40:3, y como un heraldo de Jesús en base a la autoridad del profeta Malaquías (3:1). Afirmar que la misión o deber del Bautista era preparar el camino para Jesús –el primero en su capacidad de precursor y el segundo en la del conquistador triunfante que llega «repentinamente a su templo» para establecer su religión de «Shalom» y hacer a Jerusalén, con un templo, más gloriosa que antes (Hageo 2:7-9), es confesar el absoluto fracaso del emprendimiento en su conjunto.

Sin embargo una cosa es cierta como que dos más dos son cuatro: que todo el proyecto, de acuerdo al extravagante punto de vista de los cristianos, prueba un total fracaso. Porque, desde cualquier punto de vista que examinemos las interpretaciones de las iglesias, el fracaso se muestra obvio. En vez de recibir a su príncipe en Jerusalén, en la Puerta del Templo, vestido de diadema y púrpura, en medio de la frenética aclamación de los judíos, el precursor lo recibió, simple como él, en medio del río Jordán. Y después de bautizar a su maestro por inmersión, presentarlo a la multitud como, «He aquí, este es el Mesías», o «Este es el hijo de Dios», o en otro lugar «He aquí el cordero de Dios», sería equivalente a simplemente insultar al pueblo de Israel o a blasfemar, o burlarse de Jesús, y él mismo hacer el ridículo.

La verdadera naturaleza de la austera misión del asceta, y el verdadero sentido de su prédica, es totalmente mal comprendida por las iglesias, pero *comprendida* por los casuistas y sacerdotes judíos, quienes la rechazaban obstinadamente. Me ocuparé de esto en el próximo capítulo y mostraré que La naturaleza de la misión de Juan, como así también el objeto del mensaje de Jesús a los judíos, era realmente diferente de lo que pretenden creer las iglesias.

[1] En algunas traducciones de ese pasaje se lee «o el Profeta», pero de cualquier manera (sea «el» o «ese») sigue habiendo una determinación definida en la pregunta que indica que los judíos que interrogaban sabían de la aparición de un determinado profeta. (Nota del Editor en español)

[2] Los apóstoles de Jesús son mencionados en la sura 5, versículos 111 y sigs. Y también en 61:14. (Nota del Editor en español)

[3] Esto no es doctrina firme del Islam, aunque existe alguna tradición que se hace remontar al Profeta (sin ser completamente segura) que afirma la aparición de un revivificador de la religión cada 6 siglos. De hecho hubo seis siglos entre Jesús y Muhammad, pero esta doctrina parece más bien introducida en el Islam del pitagorismo y platonismo. (Nota del Editor en español)

[4] Es doctrina del Islam que los Profetas nacen ya circuncidados, como signo de su predestinación y purificación para la misión. (Nota del Editor en español)

[5] El Sagrado Corán niega rotundamente que cualquier alma cargue con el pecado de otra (salvo si ha contribuido a que esa otra peque). Cada alma responderá por lo que haya hecho y no será tratada injustamente (Cfr. 2:281, 3:25, etc.). La doctrina de que el «cordero de Dios carga con el pecado del mundo», aparte del mentís que le da la realidad histórica como señala el Profesor Dawud, es en realidad una copia de ciertos ritos sacrificiales en boga entre los judíos de esa época. (Nota del Editor en español)

IV. EL PROFETA PRONOSTICADO POR EL BAUTISTA ERA CIERTAMENTE MUHAMMAD

Hay dos observaciones muy significativas acerca de Juan el Bautista hechas por Jesús, aunque registradas de manera misteriosa- La primera observación acerca del Bautista es aquella en la que Juan es presentado al mundo como Elías reencamado (Elijah en el Viejo Testamento). El misterio con el que está envuelto este nombre reside en el significativo silencio de Jesús acerca de la identidad de la persona esperada como Eliah (*no Elías*) para anunciar oficialmente y presentar al mundo al último Profeta. El lenguaje de Jesús al respecto es excesivamente oscuro, ambiguo y misterioso. Si Juan era Elías, como expresa e impávidamente se declara, ¿por qué entonces *no se menciona expresa e impertérritamente* la persona cuyo precursor era Eliah? Si Jesús fuese el «Mensajero del Pacto» y el «Dominador» (como traduce la Vulgata la palabra hebrea «Adán», de Mal. 3:1), ¿por qué no lo dice abiertamente? Si valientemente declaró que él no era el «Dominador» sino *otro* Profeta, en realidad debe haber sido una mano criminal la que borró e hizo desaparecer las palabras de Jesús del Evangelio original. En todo caso son responsables los evangelios de esta ambigüedad y oscuridad. No se puede describir sino como enredos diabólicos al texto que ha inducido a error a millones de cristianos durante tantos siglos. Cualquier cosa que creyese Jesús que representaba, como mínimo debería haberse mostrado franco y declarar abiertamente: «Juan es el Eliah que fue enviado como un precursor para prepararme el camino». Posiblemente esto también se debe al gusto de Jesús por la ambigüedad. En efecto, hay distintos ejemplos –como se relata en los evangelios– donde Jesús da respuestas o hace manifestaciones oscuras y totalmente inentendibles. Dejando su divinidad de lado, como Profeta» ya no hablemos como maestro, se espera que sea un líder y conductor franco ⁽¹⁾.

La otra observación está envuelta en un misterio aún más denso. «Ningún hombre nacido de mujer fue más grande que Juan el Bautista» dice Jesús, «pero el más pequeño en el Reino de los cielos es más grande que Juan». ¿Quiere decirnos Jesús que Juan el Bautista y todos los Profetas y hombres rectos eran exteriores al Reino de Dios? ¿Quién es el «más pequeño» que será «más grande» que Juan, y en consecuencia que todo el pueblo de Dios anterior al Bautista? ¿Por el «más pequeño» Jesús se menciona a sí mismo o al «más pequeño» entre los cristianos bautizados? No puede ser él mismo porque en ese tiempo ese Reino no estaba aún establecido sobre la tierra. Y si era él, no podía ser el «más pequeño» en el mismo, porque él era su fundador. Las iglesias – más bien cada iglesia, ortodoxa o heterodoxa, desde su peculiar punto de vista– han descubierto una solución muy absurda o muy abstrusa para este problema. Esa solución es que el cristiano «más pequeño» lavado con la sangre de Jesús –ya sea a través del sacramento del bautismo, de acuerdo a la creencia de los católicos, o a través de la regeneración de algún tipo, de acuerdo a la superstición de los evangelistas (protestantes)– se vuelve «más grande» que el Bautista y la multitud de hombres y mujeres santos, ¡incluidos Adán, Noé,

Abraham, Moisés, David, Eliah, Daniel y Juan el Bautista! Y la razón o prueba de esta maravillosa afirmación es que los cristianos, no obstante lo pecaminosos, ignorantes, ruines y bajos que puedan ser, justificando su fe en Jesús como su salvador, tienen el privilegio que desearon tener los santos Profetas y no lo lograron. Estos privilegios son innumerables: la purificación del pecado original a través del bautismo cristiano; el conocimiento de la Sagrada Trinidad (Dios me perdone lo que digo); el alimentarse con la sangre y carne de Jesús en el sacramento de la eucaristía; la gracia de hacer el signo de la cruz; el privilegio de las llaves del cielo y del infierno entregadas al pontífice soberano y el embelesado éxtasis de los puritanos, quákeros, y todas las otras sectas no-conformistas que, cada una a su manera, mientras afirman los mismos privilegios y prerrogativas, acuerdan en conjunto que todo buen cristiano el Día de la Resurrección ¡se convertirá en una virgen pura que se auto obsequiará como novia al «cordero de Dios»!

¿No creen ustedes entonces que los cristianos tienen razón en creer que «el más pequeño» entre ellos es «más grande» que todos los Profetas? ¿No creen entonces que un obstinado monje de la Patagonia y una monja penitente parisina son más elevados que Adán y Eva, porque el misterio de la trinidad se les reveló a ellos y no a nuestros primeros padres que habitaban en el Paraíso antes de su caída? ¿No les parece que este tipo de creencia es de lo más impropio e indigno en estos tiempos altaneros de avanzada ciencia y civilización? Afirmar que un príncipe inglés o un huérfano negro es «más grande» que Juan el Bautista simplemente porque expresan ser cristianos es, como mínimo, algo abominable ⁽²⁾. No constante todas esas diversas creencias y credos se desprenden del Nuevo Testamento y de las palabras puestas en las bocas de Jesús y sus apóstoles. Para Nosotros, musulmanes unitaristas, sin embargo, hay pocos destellos chispeantes en los evangelios, los cuales son suficientes para que descubramos la verdad acerca del Jesús real y su primo, Yohannan Mamdana (Juan el Bautista)

JUAN EL BAUTISTA PROFETIZA A MUHAMMAD

1. De acuerdo al testimonio de Jesús, ningún hombre nacido de mujer fue más grande que Juan el Bautista. Pero el «más pequeño» en el Reino de los cielos es más grande que Juan. La comparación hecha por el «espíritu de Al.lah» (Ruh Al.lah, es decir Jesús) es entre Juan y todos los Profetas anteriores como los administradores del Reino de los cielos. En orden cronológico el *último* Profeta sería el «más pequeño» de todos ellos, sería el menor, el más joven. La palabra «zira» en arameo como «saghir» en árabe, significan «menor», «pequeño», «joven». La versión Pshitta usa la palabra «zira» o «zeira» en oposición a «rabba», significando «mayor», «viejo». Cualquier cristiano admitirá que Jesús no es el «ultimo» Profeta y por lo tanto él no puede ser el «más pequeño». En La época apostólica no sólo los apóstoles fueron facultados con el don de la profecía sino que muchas otras personas santas fueron favorecidas con el mismo (Hechos 11:27, 13:1. 15:32, 21:9-10, etc.)

Y como nosotros no podemos determinar *cual* de estos numerosos Profetas de la iglesia era el «último», nos vemos forzados naturalmente a buscar por todas partes un Profeta que sea indiscutiblemente el último y el sello de la lista de los Profetas. ¿Podemos imaginar una evidencia más firme y más brillante en favor de Muhammad que el cumplimiento en su santa persona de esta maravillosa profecía de Jesús?

En la larga lista de la familia profética, ciertamente el «más joven», el «menor» o «más pequeño» es Muhammad. El es el Benjamín de los Profetas. Y también es su sultán, su Adón y su gloria. Negar el carácter y naturaleza apostólica y profética de la misión de Muhammad es una negación completa de toda la revelación divina y de todos los profetas que lo predijeron. Porque todos los Profetas juntos no han realizado el gigantesco trabajo que hizo solo el Profeta de la Meca en el corto período de no más de 23 años de su misión.

El misterio de la preexistencia de los espíritus de los Profetas no ha sido revelado a nosotros, pero todo verdadero musulmán cree en ello⁽³⁾. Fue ese espíritu preexistente el que por el poder de la Palabra de Al.lah «Kun» {«¡sea!»), Sara, Ana y la bendecida virgen María dieron a luz a Isaac, al Bautista y a Jesús. Hay varios otros nombres registrados en el Antiguo Testamento, como por ejemplo Sansón y Jeremías.

El evangelio de Bernabé nos informa de Jesús hablando del espíritu de Muhammad, diciendo que fue creado antes que ninguna otra cosa. De aquí el testimonio del Bautista acerca del Profeta a quien el profetizó: «El que viene después de mí, es antes de mí, porque era primero que yo» (Juan 1:15).

No tiene sentido interpretar estas maravillosas palabras del Bautista acerca de Muhammad como refiriéndose a Jesús como intenta hacerlo el autor del cuarto evangelio.

Hay un notable capítulo acerca de Juan el Bautista en el famoso libro de Ernest Renán sobre «La vida de Jesús». Hace tiempo que leí cuidadosamente este libro. Si el erudito escritor francés hubiera tenido la mínima consideración por el derecho de Muhammad en el mundo de los Profetas, estoy seguro de que sus profundas investigaciones y comentarios lo habrían llevado a una conclusión totalmente distinta. El, como todos los demás disidentes y críticos bíblicos, en vez de buscar la verdad, critica adversamente la religión y conduce a sus lectores al escepticismo.

Me alegra decir que es privilegio mío, por la gracia de Al.lah, el resolver el problema, levantando la cortina del misterio que ha cubierto el verdadero sentido del «más pequeño en el Reino del cielo».

2. Juan el Bautista reconoce a Muhammad como superior y más poderoso que él. La significativa expresión dirigida a las multitudes judías, «el que viene

después de mí» recordó a sus escribas, fariseos y hombres de leyes, la antigua profecía de su gran ancestro Jacob, en la que ese patriarca empleaba el título sin igual de «Shilokhah» (*Shiloh, Siio*) para el «Rasul Al.lah» (el mensajero de Al.lah), calificativo usado frecuentemente por Jesús para Muhammad, como se conserva en el evangelio de Bernabé. En el momento de escribir mi capítulo sobre el «Shiloh» (capítulo IV de la primera parte del libro) dije que la palabra podría ser una corrupción de «shiloukh» o «Shilokhah» ⁽⁴⁾, la cual significa «el mensajero de Al.lah pero entonces no me acordé⁽⁵⁾ de que también San Jerónimo había comprendido la forma hebrea en ese sentido, porque la tradujo como «qui mittendís est».

Tenemos solamente un epítome o resumen de un sermón de Juan en pocas líneas escritas, no por él, sino por una mano desconocida, o por lo menos no en su idioma original, y muy enredado por los transcriptores y redactores que ya habían hecho de Jesús un ídolo o un dios. Pero cuando vamos a comparar este sermón predicado en el desierto de Judea y en las costas del Jordán con la gracia maravillosa, la elegancia, la elocuencia y la fuerza o poder tan manifiesto en cada versículo y página del Sagrado Corán, entendemos el sentido de las palabras «el es más poderoso que yo».

Cuando me represento al asceta Bautista predicando a viva voz en el desierto, o en las costas del Jordán, a la masa de judíos creyentes, con una historia teocrática de unos 400 años de antigüedad tras ellos, y luego hago una breve revisión de la manera tranquila, ordenada y digna en que Muhammad proclamó sus celestiales versículos del Corán a los paganos árabes incrédulos, y finalmente, cuando examino y observo el efecto de las dos predicaciones sobre los oyentes y el resultado final, comprendo la magnitud del contraste entre ellos y el sentido de las palabras «el es más poderoso que yo».

Cuando contemplo la captura y prisión del indefenso Bautista por Herodes Antipas ⁽⁶⁾ y su cruel decapitación —o cuando leo con cuidado el confuso pero trágico relato de la flagelación de Jesús (o Judas Iscariote) ⁽⁷⁾ por Pilatos, su coronación con una corona de espinas por Herodes y la catástrofe del calvario— y después vuelvo mis ojos sobre la entrada triunfal del gran Adón —el sultán de los Profetas— a La Meca, la total destrucción de todos los ídolos antiguos y la purificación de la Santa Ka'bah, o sobre la estremecedora escena del mortal enemigo encabezado por Abu Sufián, derrotado a los pies del *Shiloah* victorioso —el Mensajero de Al.lah—, rogando su clemencia y haciendo la profesión de fe, o sobre la adoración y devoción gloriosa y el sermón final del Sello de los Profetas en las solemnes palabras divinas: «*Al-iauma akmal-tu lakum dinakum*» («*Hoy he completado para vosotros vuestra religión*»— 5:3) ⁽⁸⁾, etc. comprendo entonces totalmente el valor y la importancia de la confesión del Bautista, «él es más poderoso que yo».

3. »La ira venidera». ¿Han encontrado alguna vez una interpretación sensata, juiciosa y convincente de esta frase en cualquiera de los numerosos comentarios

sobre los evangelios? ¿Qué quiere decir Juan o que quiere que comprenda su audiencia por medio de la expresión «el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles»? ¿O con su manifestación: «él tiene el aventador en la mano y limpiará su era,...»? ¿O cuando redujo a nada el título de «hijos de Abraham»?

No los detendré en los antojos de los comentaristas porque son fantasías que ni Juan ni sus oyentes han siquiera soñado. ¿Podía siquiera Juan enseñar a esos pretenciosos fariseos y a esos saduceos ⁽⁹⁾ racionalistas que negaban la resurrección del cuerpo, que el día del Juicio final Jesús vertería sobre ellos su ira y los quemaría como árboles sin frutos y como la hojarasca en el infierno? No hay una sola palabra en toda la literatura de las escrituras acerca de la resurrección de los cuerpos o acerca del fuego del infierno. Los escritos talmúdicos están llenos de material escatológico, muy similar al de los Zardushtis pero no tienen ningún origen claro en los libros canónicos.

El Profeta del arrepentimiento y de las buenas nuevas no habla acerca de la remota e indefinida cólera que ciertamente espera a los impíos e incrédulos, sino de la cercana y próxima catástrofe del pueblo judío. El amenazó con la ira de Al.lah que esperaba al pueblo si persistía en sus pecados y en el rechazo de su misión y la misión de Jesús. La calamidad venidera era la destrucción de Jerusalén y la dispersión final de Israel que tuvo lugar unos 30 años después durante la vida de muchos de sus oyentes. Tanto él como Jesús anunciaron la venida del gran Mensajero de Al.lah, a quien el patriarca Jacob había anunciado bajo el título de Shiloah, y que al advenimiento del mismo todos los privilegios reales y proféticos, así como de autoridad, serían alejados de los judíos. Y tal fue el caso en realidad unos seis siglos *más* tarde, cuando la última barrera en el Hiyaz (la región central de Arabia, donde se ubican la Meca y Medina) fue completamente sometida y sus principados destruidos por Muhammad. El poder dominador creciente de los romanos en Siria y Palestina estaba amenazando la cuasi autonomía de los judíos y la corriente emigratoria de éstos ya había comenzado. Y fue en relación a esto que el predicador inquirió: «¿Quien os enseñó a huir de la ira venidera?» (Mateo 3:7). Fueron advertidos y exhortados a producir, buenos frutos y cosechas por medio del arrepentimiento y la creencia en los verdaderos mensajeros de Al.lah, especialmente en Rasul Al.lah (el Mensajero de Al.lah, Muhammad), quien era el último y verdadero comandante poderoso.

4. Los judíos y los cristianos han acusado siempre a Muhammad de haber establecido la religión del Islam por la fuerza, la coerción y la espada. Los musulmanes modernistas siempre han intentado refutar este cargo. Pero esto no quiere decir que Muhammad nunca empuñó la espada. El la ha usado para preservar el Nombre de Dios. Toda paciencia tiene su límite, todo favor tiene su fin. Y no es que la paciencia o el favor de Al.lah sean finitos, sino que El tiene todo establecido, definido, fijado. La posibilidad y el tiempo concedido por Al.lah graciosamente a los judíos, a los árabes y a los gentiles duró mas de cuatro mil años. Solamente después de expirar este período es que Al.lah envía a Su

amado Muhammad con el poder y la espada, con el fuego y el espíritu, para habérselas con los ruines incrédulos, con los ingratos hijos de Abraham – ismaelitas e israelitas– y con el poder de Satanás, *de una vez por todas*.

El Antiguo Testamento en su conjunto es un relato de teocracia e idolatría. De vez en cuando, pálidamente, brillaba en Jerusalén y la Meca una pequeña chispa de Islam, es decir, de la religión de Al.lah. Pero siempre fue perseguida por el poder de Satanás. Las cuatro bestias diabólicas habían venido y oprimido bajo sus pies al puñado de creyentes en Al.lah. Entonces llegó Muhammad para aplastar y matar a la serpiente venenosa y darle el título oprobioso de «Iblis», el Satanás «lapidado». Ciertamente Muhammad era un Profeta combatiente, pero el objeto de esa lucha era la victoria, no la venganza, la derrota del enemigo, no su exterminio y, en una palabra, el establecimiento de la religión del Islam como el Reino de Dios sobre la tierra. En realidad, cuando el pregonero en el desierto gritaba, exclamaba en voz alta: «Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas», se estaba refiriendo a la religión del Señor en la forma de un Reino, que estaba delineado para tiempos cercanos. Siete siglos antes, el profeta Isaías había exclamado y pronunciado las mismas palabras (Isaías 40:1-4) y un par de siglos más tarde Al.lah preparó el camino para Ciro ocupando todos los valles y ciñendo todo monte y montaña con el objeto de hacer fácil la conquista y rápida la marcha (Isaías 45: 1-3). La historia se repite, dicen ellos. El lenguaje y el sentido es el mismo en ambos casos, siendo el primero un prototipo del segundo. Al.lah ha facilitado el camino a Ciro, sometido sus enemigos al conquistador persa y enviado a Su pueblo elegido al cautiverio. Nuevamente estaba repitiendo la misma previsión pero ahora en una escala más grande y amplia. Frente a la prédica de Muhammad desaparecieron los ídolos y las falsedades, frente a su espada los imperios se venían abajo, y los hijos del Reino de Al.lah se hicieron iguales y formaron un «pueblo de los santos del Altísimo». *Porque solamente en el Islam todos los creyentes son iguales, sin sacerdotes ni sacramentos. Sin musulmanes elevados como ceños o bajos como valles. Y sin ninguna clase o distinción de raza o rango. Todos los creyentes son iguales, excepto en virtud y piedad, en lo cual puede ser más excelso uno que otro. Es el Islam la única religión que no reconoce a ningún ser, cualquiera sea su grandeza y santidad, como mediador absoluto entre Al.lah y el hombre.*

[1] Queda claro en todo este libro que el profesor Dawud tiene, como buen musulmán, el mayor de los respetos por Jesús, la Paz sea con el, a quien el Sagrado Corán destaca como uno de los mayores Mensajeros de Dios. La «ambigüedad» a que se refiere es la que resulta de las interpolaciones, agregados y extracciones del texto del evangelio, con el objeto de sustentar doctrinas y opiniones humanas, lo que termina por convertir a estas escrituras en un galimatías por sus incoherencias y contradicciones. (Nota del Editor en

español)

[2] Como ya dijimos en otra nota, esta frase de Jesús coincide con la afirmación del Profeta Muhammad: «Los creyentes de mi comunidad están en la categoría de los Profetas de Israel». El Islam, fundado por La Corona y Sello de la Profecía, contiene en sí la posibilidad de los mayores grados espirituales y de conocimiento. Por eso un «creyente» (árabe mu'min), y no simplemente un musulmán (árabe muslim), de la comunidad del Islam está al menos en la categoría de cualquier Profeta de Israel, incluido Juan el Bautista, o por encima. Nótese que esto no se generaliza sino que se restringe a los creyentes, igual que hace Jesús al decir «un hijo del Reino». No puede ser hijo del Reino quien simplemente proclama su condición de musulmán (o cristiano según la interpretación católica), sino quien realmente ha alcanzado el grado de la fe. El Profesor Dawud no parece que conociera este hadiz cuando escribió su obra, ya que este le da sentido a las palabras de Jesús. (Nota del Editor en español)

[3] La preexistencia de las esencias individuales no se restringe a los Profetas. Dios enseña en el Sagrado Corán que extrajo de las entrañas de Adán, el primer hombre, a toda su descendencia hasta el día final, y le hizo testimoniar Su Señorío» como prueba primera e ineludible que desde entonces todo espíritu individual que viene al mundo porta como conocimiento de su Creador, (Cfr. 7:172) Y en 3:61 Dios nos informa que en esa misma ocasión pretemporal, antes de la manifestación de este mundo, concertó un pacto con los Profetas de que aceptarían al mensajero que vendría, de lo cual se infiere que la aparición del Sello de los Profetas, Muhammad, era conocida por todos los enviados divinos, y fue por ellos anunciada de distintas formas. (Nota del Editor en español)

[4] Los hebreos orientales y los asirios pronuncian la palabra «Shilokha» o «Shiloakh». Es muy difícil transliterar los idiomas semitas en caracteres latinos, (Debido a que se omiten las vocales breves por lo general).

[5] Es preciso recordar que este libro fue redactado por su autor como una serie de artículos aparecidos periódicamente en la «Revista Islámica», en inglés, en los años 1928 y 1929. No parece que posteriormente el autor los haya corregido para su publicación como un libro. (Nota del Editor en Español)

[6] Hay un anacronismo en el relato del martirio de Juan el Bautista respecto a la familia de Herodes el Grande en los evangelios (Mateo 14, etc.). Los lectores pueden consultar la obra «Antigüedades» de Flavio Josefo.

[7] La doctrina del Islam, apoyada en la Revelación coránica (Cfr. 4:157-158), es que Jesús no fue el que murió en la cruz sino que fue elevado por Dios a los cielos, que no ha muerto, y que descenderá reapareciendo al final de los tiempos. Por su parte las tradiciones añaden que Judas fue quien ocupó el lugar de Jesús, tomando su figura, para ser martirizado. En Tafsir Al-Qummi se cuenta de parte del Imam Muhammad Al-Baqir, con él sea la Paz, que dijo: «Jesús citó a sus seguidores la noche en que Allah lo elevó hacia Sí, y ellos se reunieron con él al anochecer, siendo ellos doce hombres [es decir los apóstoles]. Los hizo

entrar en una casa, y luego él se les apareció desde una abertura que había en una esquina de la casa, mientras su cabeza goteaba agua. Les dijo: Al.lah me reveló que ya me elevará hacia El y me eximirá de los judíos, ¿Quién de vosotros asumirá mi figura y será crucificado y muerto estando conmigo en mi jerarquía? Contestó un joven de entre ellos: ¡Yo, Espíritu de Al.lah!'- Respondió él: 'Tú eres ese'... » Se interpreta que este joven fue Judas. (Nota del Editor en español)

[8] Se considera que este fue el último versículo revelado del Sagrado Corán, Tuvo lugar su revelación luego del sermón de la peregrinación de la despedida, poco antes del fallecimiento del Profeta. (Nota del Editor en español)

[9] Este nombre hebreo está mal escrito como «saduceo».

V. EL BAUTISMO DE JUAN Y JESÚS ES SOLAMENTE UN TIPO DE «SIBGATUL.LAH» (Corán 2:138)

Es una gran lástima que los evangelistas no nos hayan dejado una relación detallada y completa del sermón de Juan el Bautista. Y asumiendo que sí lo hicieron, es poco menos que un crimen que la iglesia no haya preservado su texto. Porque es imposible imaginar que las palabras enigmáticas y misteriosas del Bautista en su actual composición pudieron haber sido entendidas siquiera por los más eruditos de entre su audiencia. Sabemos que los doctores y letrados judíos le pidieron que explicara distintos puntos y que sus declaraciones fueran más explícitas y simples (Juan 1:19-23 y 5:33). Sin duda que Juan aclaró esos puntos vitales a sus oyentes y no los dejó en la oscuridad, porque «el era antorcha que ardía y alumbraba» quien «dio testimonio de la verdad» (Juan 5:33-55). ¿Cuál era ese testimonio y cuál era la naturaleza de la verdad acerca de la cual fue dado el testimonio? Y lo que hace esto aún más oscuro es que cada evangelista no relata el mismo punto en términos idénticos. No hay ninguna precisión acerca del carácter de la verdad. ¿Era acerca de la persona de Cristo y la naturaleza de su misión, o era acerca del Mensajero de Al.lah como estaba profetizado por Jacob (Génesis 49)? ¿Cuáles fueron los términos precisos del testimonio de Juan acerca de Jesús y acerca del futuro Profeta que era su superior?

En el tercer capítulo de esta parte ofrecí amplias pruebas de que el profeta pronosticado por el Bautista era otro distinto de Jesús. Y en el cuarto capítulo encontramos distintos argumentos en favor del Mensajero de Al.lah como Profeta superior y más poderoso que Juan. Esos argumentos, en mi humilde opinión, y en mi sólida convicción, son lógicos, ciertos y concluyentes. Se podría desarrollar cada uno de esos argumentos y hacer con ello un libro voluminoso. Soy totalmente conciente de que estas argumentaciones tendrán un efecto desagradable e irritante a los oídos fanáticos de muchos cristianos. Pero la verdad se exalta ella misma y ensalza a quien la propaga. La verdad acerca de la cual Juan da testimonio, como citamos arriba, creemos firmemente que se refiere a Muhammad. Juan da dos testimonios, uno acerca del «Shilha d'Al.lah» —de acuerdo al dialecto palestino, lo cual significa el «Mensajero de Al.lah»— y el otro acerca de Jesús, a quien él declaró haber nacido del espíritu santo y no de un padre terrenal, y ser el verdadero Mesías enviado por Al.lah como el último gran Profeta judío para dar nueva luz y espíritu a la ley Moisés, habiendo sido comisionado para enseñar a los judíos de que su salvación se apoyaba en someterse al gran hijo de Ismael. Igual que los antiguos judíos que intercalaron desordenadamente sus escrituras, los nuevos judíos de la iglesia cristiana, imitando a sus antecesores, han corrompido las suyas. Pero así y todo, dichas corrupciones no pueden ocultar la verdad.

El punto principal que constituye el poder y la superioridad del Príncipe de los Mensajeros de Al.lah es el bautismo con el espíritu santo y con el fuego. El

reconocimiento por el autor del cuarto evangelio de que Jesús y sus discípulos también acostumbraban a bautizar con agua al mismo tiempo que lo hacía Juan el Bautista, es una abrogación *de hecho* de la nota entre paréntesis de que «Jesús no bautizaba, sino sus discípulos» (Juan 3:22 y 4; 1-2). Pero admitiendo que él mismo no bautizaba, el reconocimiento de que sí lo hacían sus discípulos, a pesar de ser recién iniciados y sin instrucción, muestra que su bautismo era de la misma naturaleza que el de Juan. Considerando el hecho de que Jesús durante el período de su misión terrenal administraba los ritos de la misma manera que lo hacía el Bautista, en el río o en estanques, y que ordenó a sus discípulos seguir haciendo lo mismo, se vuelve tan evidente y visible como la puerta de un granero, que él no era la persona propuesta o pensada por el pregonero en el desierto cuando profetizó el advenimiento de un Profeta poderoso con el bautismo del espíritu y el fuego. No se requiere una inteligencia o una erudición extraordinaria para comprender la fuerza de este argumento, es decir, que Jesús durante su vida *no bautizó a una sola persona con* el espíritu santo y con el fuego. ¿Cómo puede ser considerado entonces identificado con el que bautiza con el espíritu santo y con el fuego, o con el Profeta anunciado por Juan? Si las palabras, sermones y profecías tienen algún *sentido o significado* y son expresados con el objeto de *enseñar* algo a todos, entonces las palabras del Bautista *nos quieren decir y enseñan* que el bautismo con agua era practicado hasta la aparición del «Shiloah» o el Mensajero de Al.lah y luego *cesaría* y daría lugar a la práctica del bautismo con el espíritu y el fuego. Esta es la única conclusión lógica e inteligente que se puede deducir de la prédica, según está registrada en el tercer capítulo del primer evangelio. La continuación del bautismo cristiano y su elevación a la dignidad de un sacramento es una clara prueba de que la iglesia no cree en otro bautismo que el que no sea cumplido con agua. El sentido común, la lógica y el respeto por todo escrito sagrado debería convencer a cualquier lector imparcial que los dos bautismos son dos cosas realmente distintas. El Profeta del desierto no reconoce el bautismo con fuego en el bautismo con agua. La naturaleza y eficacia de cada bautismo está formulada y definida de manera diferente. Uno es cumplido por inmersión o lavando el cuerpo con agua como signo de arrepentimiento, mientras que el otro se cumple *no ya*, por medio de agua sino por medio del espíritu santo y el fuego, cuyo efecto es un *cambio total* del corazón, la fe y los sentimientos. Uno purifica el cuerpo, el otro ilumina el espíritu, confirma la fe y regenera el corazón. Uno es externo, es judaísmo, el otro es interno, es Islam. El bautismo de Juan y Jesús lava el caparazón, mientras que el bautismo del Mensajero de Al.lah lava el corazón. En resumen, el bautismo judeo-cristiano es sustituido por el «gusl» y el «uudu» islámico, o sea los baños y abluciones que son cumplidos *por el propio creyente* y no por un profeta o sacerdote. El bautismo judeo-cristiano era necesario y obligatorio mientras que el bautismo de Al.lah –el «sibgatu-1-lah» coránico– estaba prometido. Y cuando Muhammad expuso las revelaciones divinas del Corán, entonces el bautismo anterior se desvaneció como una sombra.

La importancia extrema de ambos bautismos merece una muy seria consideración. Creo que las observaciones hechas en este capítulo tienen un interés considerable tanto para los musulmanes como para otros lectores. Porque el asunto en discusión, desde un punto de vista religioso, es vital para la salvación. Honestamente creo que los cristianos no están justificados en perpetuar su bautismo con agua «ad infinitum», desde el momento que sus propios evangelios pronostican que será abrogado por otro bautismo el cual excluye totalmente el uso del agua. Someto por lo tanto el juicio imparcial y reflexión de mis lectores, las observaciones que hago a continuación.

QUE ES Y QUE NO ES EL BAUTISMO

a) Está dentro del derecho de cada uno acordar o no con una teoría o doctrina, pero nada puede justificar nuestra conducta si deliberadamente distorsionamos o tergiversamos una doctrina con el objeto de hacer valedera nuestra propia teoría. Distorsionar las escrituras es inicuo y criminal, porque el error que se causa con ello es pernicioso e irreparable. Ahora ya tenemos descrito e ilustrado en los evangelios claramente el bautismo de Juan y Jesús, y vemos que es totalmente extraño y opuesto al bautismo de las iglesias.

No tenemos certeza de cual es La palabra original hebrea o aramea que corresponde al «bautismo» griego. La versión Pshitttha usa la palabra «mamuditha» del verbo «aimad» y «aamid», que significa «de pie como un pilar o columna» (amuda), y su modo causativo «aamid» significa erigir, levantar, establecer, confirmar, etc., pero no tiene ningún significado como lavar, baño, inmersión, sumergir, regar, que es lo que se supone con el bautismo eclesiástico. El verbo hebreo original «rahas», «bañar», «tabhab» (que se lee «taval»), sumergir», «hacer inmersión», podría dar el sentido comunicado por la palabra griega «baptizo». Las versiones árabes del Nuevo Testamento han adoptado la forma aramea, y llaman al Bautista «al-mamidan» y al bautismo «mamudiyeh». En todos los idiomas semitas, incluyendo el árabe, el verbo «amad» significa en su forma simple o «qal», «permanecer erecto como un pilar» y no contiene el sentido de lavar o inmersión. Por lo tanto esta no puede ser la palabra original que en griego se traduce por «baptismos». No es necesario argumentar que tanto Juan como Jesús nunca oyeron la palabra «baptismos» en su forma griega, sino que evidentemente era otra la nomenclatura semítica usada por ellos.

b) Considerando el significado clásico del «baptismos» griego que significa «colorear», «teñir», e «inmersión», la palabra a usarse no podría ser otra más que «saba» o la árabe «sabagha», que se traduce por «teñir». Es bien conocido el hecho de que los sabeos, mencionados en el Corán y por los primeros padres de la iglesia –como Epifanio y otros– eran los seguidores de Juan. El mismo nombre «sabeos», de acuerdo al renombrado Ernest Renán («La vida de Jesús», cap.6), significa «bautismo». Practicaban el bautismo, y al igual que los antiguos Hassayi (esenos o al-Chassaias) y Ibionayi (ebionitas) ⁽¹⁾, llevaban una

vida austera. Considerando el hecho de que su fundador, Budasp, era un sabio caldeo, la verdadera ortografía de su nombre sería «Saba'i, es decir, «teñidores» o «tintoreros» o «bautistas». Un conocido caldeo o asirio católico del siglo IV, Mar Shimon, fue llamado «Bar Saba'i», «hijo de los teñidores». Probablemente su familia pertenecía a la religión sabea. El Corán escribe este nombre «sabi'in» con la vocal «hamza» en vez de la letra «ain» como el «saba'i» en arameo original. Soy concierne, de todos modos, de las otras interpretaciones dadas al nombre «sabían» (sabeos). Algunos autores suponen que se deriva de «Sabi», el hijo de Set, y otros del hebreo «saba», que significa ejército, porque ellos acostumbraban tener una devoción especial a las estrellas y a los ejércitos del cielo. Aunque no tienen nada en común con las iglesias cristianas, excepto su peculiar «sab'utha» o bautismo, son erróneamente llamados dos cristianos de Juan el Bautista». El Corán, como norma, escribe todos los nombres extranjeros como eran pronunciados por los árabes.

Un estudio completo y profundo de la religión de los sabeos nos mostraría varias verdades. Hay tres formas de bautismo practicadas por los judíos, los sabeos y los cristianos. El bautismo judío, que no tuvo origen en sus libros sagrados, fue inventado principalmente por los prosélitos. Cada religión tuvo su definida fórmula bautismal y su ritual especial. Los «kohen» (sacerdotes) judíos bautizaban a sus conversos en el Nombre de Al.lah (es decir, del Dios Uno), los sabeos en el Nombre de Al.lah y de Juan, pero los «qushisha» (o presbíteros, en árabe «qassis») cristianos bautizaban en el nombre del padre» del hijo y del espíritu santo, donde no son pronunciados directamente los nombres de Al.lah y de Jesús. La diversidad y antagonismo de los tres sistemas bautismales es evidente. Los judíos, como auténticos unitaristas, no podían tolerar que el nombre de Juan fuera asociado con el de *Elohim* (Dios), en tanto que la fórmula cristiana era absolutamente rechazable a su gusto religioso. No cabe duda de que el bautismo cristiano, con su carácter sacramental y su corrupción politeísta, fue detestado también por los sabeos. El símbolo del pacto entre Al.lah y Su pueblo era la circuncisión, *no* el bautismo (Génesis 17), una antigua costumbre establecida y observada no solamente por las tres religiones sino también por muchas tribus paganas árabes. Estas diversas formas y rituales bautismales entre los pueblos semitas orientales no eran una institución divina esencial, sino solamente un símbolo o signo y por lo tanto sin suficiente fuerza y eficacia para suplantarse a cualquier otro. Todos ellos usaron agua como material para el bautismo, de una manera más o menos similar. Pero cada religión adoptó un nombre diferente para distinguir su propia práctica de las otras dos. El «sab'utha» arameo —que traducía propia y ciertamente al griego «baptismos»— fue fielmente preservado por los sabeos. Parece que los cristianos semitas, con el objeto de distinguir su bautismo sacramental del de los sabeos, adoptaron el apelativo de «mamudhitha», que desde un punto de vista lingüístico no tiene nada que ver con «bautismo», ni siquiera con «lavado» o «inmersión». Es solamente una invención eclesiástica. Por qué fue adoptado «mamuditha» para reemplazar «sab'utha» es algo que cae totalmente fuera de nuestra materia en cuestión», pero dicho sea de paso, puedo agregar que esta palabra en la versión

Pshittha también es usada para un recipiente o estanque para la ablución (Juan 5:2). La única explicación que nos puede llevar a solucionar este problema del «mamuditha» es el hecho de que Juan el Bautista y sus seguidores, incluyendo Jesús el hijo de María y sus discípulos, hacen que el penitente o prosélito permanezca firme como un pilar en un estanque o río a fin de bañarlo con agua, y de aquí el nombre de «aamid» y «mamuditha».

(c) El bautismo cristiano, no obstante sus definiciones grandilocuentes, no es ni más ni menos que una aspersion con agua o una inmersión en ella. El concilio de Trento anatomiza a cualquiera que fuese a decir que el bautismo cristiano es el mismo bautismo de San Juan el Bautista. Yo me aventuro a declarar que el bautismo cristiano no solamente no tiene carácter o efecto espiritual alguno, sino que incluso está por debajo del bautismo del Bautista. Y si yo merezco el anatema de la iglesia por mi convicción, lo consideraré como un gran honor frente a mi Creador. Considero las pretensiones del sacerdote cristiano acerca del bautismo como un medio de purificación del alma del pecado original y de todas las demás faltas en un pie de igualdad con las afirmaciones de un hechicero. El bautismo con agua era *solamente un símbolo* del bautismo con el espíritu santo y con el fuego. Y después del establecimiento del Islam como el reino verdadero de Dios, los tres bautismos anteriores se esfumaron y fueron abolidos.

(d) Del magro y reducido relato de los evangelios no podemos obtener una definición positiva de la verdadera naturaleza del bautismo practicado por Juan y Jesús. La afirmación de que la iglesia es la depositaria de la revelación divina y su verdadera intérprete es un absurdo, así como es ridícula la afirmación de que el niño o adulto bautizado recibe el espíritu santo y se vuelve un hijo de Dios.

Si la palabra griega «baptismos» corresponde exactamente a la aramea «sabutha» o «sbhutha», de lo cual estoy convencido, entonces el «sibgat» árabe del Corán no solamente resuelve el problema y corre el velo que oculta la profecía misteriosa de Juan el Bautista, sitio que también es una prueba maravillosa de que la sagrada escritura del Islam es una revelación directa de Al.lah y que Su Mensajero fue inspirado y era la persona a quien realmente vaticinó Juan. Los bautistas («sabaa») hundían o sumían a sus neófitos o a un infante en una pila, como un tintorero o batanero sumerge una ropa o tela en un caldero de tinta o anilina. Se comprende fácilmente que el bautismo no es una «thara», purificación o lavada, ni «tabhla», una inmersión, ni siquiera una «rahsa», una ducha, sino «sabaitha», un teñido o coloreado. Es extremadamente importante conocer estas distinciones. Así como un «sabaa», un tintorero, da un nuevo color a una prenda por medio de sumergirla en un caldero de tinta, de la misma manera un bautista da al converso un nuevo color espiritual. Aquí debemos hacer una distinción fundamental entre un prosélito gentil por un lado y un penitente judío o árabe ismaelita por otro. El primero fue formalmente circuncidado, mientras que los últimos solamente bautizados. Por medio de la circuncisión el gentil fue admitido en la familia de Abraham y por lo

tanto en el seno del pueblo de Dios. Por medio del bautismo un creyente circuncidado era admitido en la sociedad de los creyentes penitentes y reformados. La circuncisión es una antigua institución divina que no fue abrogada ni por Jesús ni por Muhammad. El bautismo practicado por Juan y el Cristo era solamente para beneficio de las personas penitentes entre los circuncidados. Ambas instituciones o costumbres indicaban y presentaban una religión. El bautismo de Juan y su primo Jesús era un signo de admisión dentro de la sociedad de los penitentes purificados que prometían lealtad y respeto al Mensajero de Al.lah, cuya venida ambos profetizaban.

Por lo tanto de lo dicho se deduce que así como la circuncisión significaba la religión de Abraham y sus adherentes (sus esclavos también eran circuncidados), el bautismo» de la misma manera, significaba la religión de Juan y Jesús, el cual era una preparación para que gentiles y judíos brindaran una cordial recepción al fundador del Islam y abrazaran su religión.

(e) De acuerdo al testimonio de San Marcos (1:1-8), el bautismo de Juan tenía el carácter de «remisión de los pecados». Esto es equivalente a decir que millones de judíos penitentes confesaron sus pecados, fueron bautizados por el Profeta y entonces sus pecados fueron borrados por las aguas bautismales. Es generalmente admitido que el evangelio de San Marcos es el mas antiguo de los cuatro. Todos los manuscritos griegos antiguos no contienen los últimos doce versículos (9 al 20). Incluso en estos versículos suplementarios la fórmula «en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo» no se encuentra, Jesús dice simplemente «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura, el que creyese y fuese bautizado será salvo, más el que no creyera, será condenado».

Es evidente que el bautismo de Jesús era el mismo que el de Juan y una continuación del mismo. Si el bautismo de Juan era un medio suficiente para la remisión de los pecados, entonces la aseveración de que el «cordero de Dios quita los pecados del mundo» (Juan 1), está siendo refutada. Si las aguas del Jordán eran suficientemente eficaces para limpiar la lepra de Naaman por medio del rezo del Profeta Eliseo (2 Reyes 5), y para redimir los pecados de multitudes por medio del Profeta Juan, la efusión de la sangre de un dios sería superflua y, en realidad, incompatible con la justicia divina.

No cabe duda que hasta la aparición del apóstol Pablo en escena, los seguidores de Jesús practicaban el bautismo ritual de Juan el Bautista. Es significativo advertir que Pablo era fariseo y pertenecía a una conocida secta judía –la de los saduceos– a quienes Juan y Jesús denunciaron como los «hijos de las víboras». Se tiene que observar también que el autor del quinto libro del Nuevo Testamento, llamado "Hechos de los apóstoles", fue un compañero de Pablo, quien pretende demostrar que los bautizados por Juan el Bautista no habían recibido el espíritu santo, «y por lo tanto fueron rebautizados y llenados con el espíritu santo» (Hechos 8:16-17 y 19:2-7), *no* a través del bautismo en el

nombre de Jesús sino a través de «la imposición de las manos». Queda claramente expresado en todo lo dicho que los dos bautismos eran idénticos en su naturaleza y eficacia y que no «hacían descender» el espíritu santo sobre las personas bautizadas, ya fuera por Juan, Jesús o en el nombre de cualquiera de los dos. Por medio de la «imposición de manos» de los apóstoles sobre una persona bautizada el espíritu santo tocaba su corazón para llenarlo con la fe y amor de Dios. Pero este don divino era concedido solamente a los apóstoles que eran realmente profetas e inspirados y no puede ser reclamado por los así llamados «sucesores» suyos.

(f) Si los evangelios tienen algún significado o sentido en todo lo que dicen respecto al bautismo, dejan la impresión de que no había diferencia alguna entre los dos bautismos, excepto que eran administrados en el nombre de uno u otro de los dos Profetas. El gran fariseo Pablo o Saúl de Tarso, no tiene una sola palabra amable para con Juan el Bautista, quien había marcado a la secta de los fariseos con el epíteto oprobioso de «los hijos de víboras». Y Lucas era discípulo y compañero de Pablo. La admisión por Lucas de que el bautismo en el nombre de Jesús tampoco hacía descender el espíritu santo es una prueba segura contra la iglesia que lo transformó, arbitraria e irreflexivamente, en un sacramento o misterio. El bautismo de la iglesia era una perpetuación del bautismo de Juan y nada más, pues el bautismo con el espíritu santo y con el fuego estaba reservado solamente al Islam. La expresión de que unas doce personas en Samaria «no habían recibido el espíritu santo, porque solamente fueron bautizadas en el nombre de nuestro señor Jesús» (Hechos 8:16-17) es decisiva para frustrar las pretensiones de la iglesia.

Muchos sostienen que los tres versículos últimos en el pasaje citado son una interpolación. No aparecían en los más antiguos manuscritos existentes, los cuales son, por supuesto, el origen de todas las subsecuentes versiones de la Biblia, incluyendo la Vulgata. Un documento no es digno de mención para un juicio si se prueba que una parte del mismo está falsificada. Pero aquí avanzamos un paso más porque la adición mencionada al texto original se admite, como tal incluso por aquellos que hablan de su genuinidad.

Pero tomemos la profecía como está. No hace falta decir que habla de cosas que el ordinario sentido común puede suponer o creer, diciendo que los sucesos profetizados ocurren siempre de tiempo en tiempo en el curso de la naturaleza. La pestilencia y la guerra, el hambre y los terremotos han visitado el mundo tan a menudo que una mención de ellos en una profecía como signo de su autenticidad le privaría de toda la importancia que de otro modo podría poseer. Además, los primeros seguidores de la nueva fe estaban seguros de enfrentarse con la persecución, especialmente si ellos acertaban a ser de una posición social inferior. Pero aparte de esto, la profecía habla en un versículo de distintas cosas, que pueden o no ocurrir a la vez en cualquier momento. No obstante no han ocurrido nunca así. La persecución de los discípulos comenzó inmediatamente después de la partida de Jesús de Judea. Fueron «entregados

a las sinagogas y llevados a prisión y ante los reyes y gobernantes» por el amor a su nombre. La predicción sin embargo, no necesitaba una mente profética dado que la persecución ya había comenzado incluso cuando Jesús estaba con sus discípulos. Estos sucesos eran la secuela natural de las enseñanzas que disgustaban a los judíos. Los discípulos no dudaban en soportar con paciencia y valor cualquier sacrificio y juicio concebible, porque estaban seguros del retorno del maestro de acuerdo con su promesa: «De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca». La creencia en estas palabras forjó una paciencia maravillosa en dicha generación. Pero estas palabras pasaron aunque no llegó el tiempo de que «los cielos y la tierra pasaran». De todos modos, el día de la persecución de los discípulos no testimonió ningún fenómeno inusual en la forma de terremoto, lucha o pestilencia. Incluso en el período inmediato siguiente, los cuatro sucesos profetizados no se sincronizaron. En las últimas dos veintenas de años de los dos últimos siglos oímos de «guerras y conmociones». «Pueblos se levantan contra pueblos y reinos contra reinos». «Grandes terremotos» fueron experimentados en diversos lugares así como el hambre y la pestilencia, pero nunca el sol oscureció ni la luna dejó de reflejar la luz, cosas que tenían que ocurrir antes de «la llegada del hijo del hombre». Estas palabras pueden ser tomadas en un sentido metafórico. Pero de ser, ¿por qué los adventistas esperan la segunda llegada en sentido literal? Sin embargo la mayoría de los fenómenos anunciados tuvieron lugar cuando quienes predicaban y enseñaban en el nombre de Jesús no iban a ser llevados, por razones políticas, ante los reyes y gobernantes para que se los castigue. Por el contrario, obtuvieron libre acceso a lugares que antes les estaban vedados. Todo lo cual termina por probar que las predicciones son folklore, o bien un relato legendario de cosas de las que Jesús habló en distintas ocasiones, ya sea que él mismo tuviera una vaga noción de los sucesos por venir (lo cual no es posible en un Mensajero de Dios), o que los registradores de su vida, que escribieron dos siglos después suyo, mezclaron irremediabilmente cosas distintas que tenían que ver con asuntos diferentes.

[1] Los ebionitas eran una de las sectas cristianas -hebreas-. Ateniéndose a la Ley judía y a los Profetas, rechazaban que Jesús fuera Dios. Apoyaban la ortodoxia de Pedro y rechazaban la heterodoxia de Pablo. Estos cristianos primitivos fueron finalmente barridos por el paulismo en el poder (Nota del Editor en español)

VI. EL «SIBGATU-L-LAH» O EL BAUTISMO CON EL ESPÍRITU SANTO Y CON FUEGO

Uno de los pocos fenómenos religiosos que no he podido explicarme es este: ¿Cómo es que los conocidos sabeos, tan predominantes en la península arábiga y la Mesopotamia, no abrazaron el cristianismo si realmente y abiertamente el Profeta Juan el Bautista había declarado y presentado a Jesús como el Profeta «más poderoso» que él mismo, y el Mesías cuyo calzado él no era digno de desatar? Si como lo profetiza Juan, Jesús era el Mensajero de Al.lah que venía a bautizar con el espíritu santo y con fuego a las multitudes que el Bautista tiño en las aguas del Jordán en distintos lugares, ¿por qué Jesús no les bautiza inmediatamente con el espíritu y con el fuego y purga de idolatría todas las tierras prometidas por Al.lah a las semillas de Abraham y establece el Reino de Dios por la fuerza y por el fuego? Es absolutamente inconcebible que los discípulos y creyentes en la misión divina de Juan no fuesen a seguir a Jesús si él había sido presentado públicamente como su señor o superior en ese lugar. Los seguidores de Juan podrían haber sido excusados por su rechazo a entrar en la iglesia cristiana si Jesús hubiera venido, digamos, un siglo más tarde que el Bautista, pero felizmente no fue ese el caso. Ambos fueron contemporáneos y nacieron el mismo año. Ambos bautizaron con agua para el arrepentimiento y prepararon a sus penitentes conversos para el Reino de Dios que se estaba aproximando aunque no establecido en su época.

Los sabeos, los «tintoreros» o «bautistas», eran los fieles adherentes a Juan. Pueden haber caído en el error y la superstición pero sabían perfectamente bien que no era el Jesús el que se anunciaba en las profecías de su Profeta, y abrazaron el Islam cuando vino Muhammad. El pueblo de Harran en Siria no es, como lo supusieron, el remanente de los antiguos sabeos. En las tierras prometidas solamente tres religiones no musulmanes fueron toleradas y reconocidas por el Corán, es decir, el judaísmo, el cristianismo y los sabeos. Se dice que los Arrianos pretendían ser el remanente de los antiguos sabeos, y por lo tanto les fue permitida la práctica de su religión peculiar sin ser molestados por el gobierno turco.

La concepción cristiana del espíritu santo es totalmente distinta de la islámica y la judía. El espíritu santo no es una persona divina con atributos divinos y funciones que no pertenecen a algunas de las personas divinas de un dios triple. La creencia cristiana de que este mismo espíritu santo, la tercera persona divina, desciende de su trono celestial ante el mandato de cualquier sacerdote –en la celebración diaria de algún sacramento– para consagrar sus elementos y cambiar su esencia y cualidades en elementos sobrenaturales, es extremadamente repugnante a los sentimientos religiosos de todo unitarista, ya sea judío o musulmán. Nada puede exacerbar más los sentimientos de un musulmán que la creencia de que el espíritu santo –siempre con la intervención de un sacerdote– cambia el agua del bautismo en la sangre de un dios

crucificado y borra así el llamado pecado original; o la creencia de que una operación mágica sobre los elementos materiales de la Eucaristía los transubstancializa en la sangre y el cuerpo del dios encarnado. Estas creencias son absolutamente opuestas a las enseñanzas del Antiguo Testamento, y constituyen una falsificación de la real doctrina de Juan y Jesús. La aseveración cristiana de que el espíritu santo por medio del conjuro de un sacerdote llena a ciertos individuos y los santifica, no garantiza la impecabilidad de los mismos ni los libra de la ignorancia ni el sin sentido. Se nos dijo que Ananías y su mujer Safira eran bautizados, que es lo mismo que decir llenos del espíritu santo. Así fueron inspirados por la tercera persona divina para vender sus campos y poner parte de su fortuna a los pies del apóstol Pedro, siendo inspirados al mismo tiempo por el demonio a ocultar otra parte del dinero. La consecuencia fue que esta desgraciada pareja «comunista» fue herida de muerte milagrosamente (Hechos 5).

¿Es posible admitir la creencia de que la tercera persona de la trinidad desciende sobre los hombres y luego les permite caer en el error, la herejía y el ateísmo y dejarles cometer masacres y guerras asesinas? ¿Puede el demonio seducir a una persona llena y protegida por el espíritu santo y convertirla a su vez en un demonio? El Sagrado Corán es muy claro al respecto. Al.lah le dice a Satanás: «Tú no tienes autoridad alguna sobre Mis siervos creyentes, salvo sobre los descarriados que te sigan» (15:42).

No podemos creer, ni siquiera imaginarnos por un momento, que un sirviente de Dios, un creyente virtuoso que ha recibido el espíritu santo de santificación, pueda caer en un pecado mortal y acabar en el infierno. No, una persona santa, mientras esté en ese mundo material combatirá y luchará contra el pecado y el mal. Puede caer, pero se levantará nuevamente y nunca será abandonado por el espíritu puro que lo protege. El arrepentimiento es obra del buen espíritu que habita en nosotros. Si un cristiano es bautizado con el espíritu santo y con fuego en el sentido que lo describen los Hechos de los Apóstoles y lo acepta la iglesia, entonces todo bautizado latino, griego o abisinio, no debería ser sólo un santo sin pecados, sino también un profeta lingüista y políglota!

Lo cierto es que los cristianos no tienen una concepción definida o precisa acerca del espíritu santo que llena a un bautizado cristiano. Si el espíritu santo es Dios, ¿cómo entonces se atreve el demonio a aproximarse, tentar y seducir al hombre consagrado? Y además, lo que es más serio, ¿cómo puede Satanás ahuyentar al espíritu santo y colocarse él mismo en el corazón de un ateo o herético bautizado? Por otra parte, si el espíritu santo significa el arcángel Gabriel o algún otro ángel, entonces las iglesias cristianas vagan en un desierto de supersticiones porque un ángel no es omnipresente. Si este espíritu que purifica y llena a un cristiano bautizado es *Dios mismo*, porque tal es la creencia de los cristianos respecto a la tercera persona de la trinidad, entonces todos los así bautizados deberían asegurar ser divinos o deificados.

También hay una concepción protestante del espíritu santo según la cual éste (ya sea de género masculino, femenino o neutro, pues en toda la literatura cristiana y en los distintos idiomas no se le ha fijado un género y son usados comúnmente todos los pronombres personales para el mismo) llena los corazones de aquellos que, en un momento de éxtasis o de elevada emoción durante un encendido sermón de un orador instruido o ignorante, creen convertirse en «recién nacidos» e incluso muchos de ellos se proyectan hacia atrás y se vuelven lo que fueron antes: estafadores y bribones.

Ahora, antes de seguir explicando según mi modesta concepción el bautismo espiritual e ígneo, deseo admitir y confesar que entre los judíos y cristianos hay muchas personas piadosas y temerosas de Dios. Porque, por más que difieran sus creencias y puntos de vista religiosos de los nuestros, aman a Dios y hacen el bien en Su Nombre. No podemos comprender y determinar el proceder de Dios con los pueblos de distintas religiones. La concepción cristiana de la Divinidad es solamente una definición errónea del Dios verdadero en quien ellos creen y a quien aman. Si exaltan a Jesús y lo divinizan, no es porque deseen deshonorar a Dios, sino porque ven la Belleza de Dios en ese *Ruh-Al.lah* «el espíritu de Dios», es decir Jesús. Ciertamente, los cristianos no pueden apreciar la misión de Muhammad, pero no porque nieguen su servicio sin parangón a la causa de Dios infligiendo los más grandes golpes sobre Satanás y su culto de la idolatría, sino porque no comprenden como él (Muhammad) realiza el verdadero sentido de la misión y persona de Jesús. Similar razonamiento se puede presentar respecto a la actitud de los judíos hacia Jesús y Muhammad ¡Dios es Clemente y Misericordioso! ⁽¹⁾

El espíritu santo, con el artículo definido «el», significa una personalidad angélica especial, Gabriel, o cualquiera de los espíritus «puros» creados por Al.lah y elegidos para cumplir alguna misión particular. El descenso del espíritu santo sobre una persona humana es para revelar la voluntad y el mensaje de Al.lah y para hacerlo Profeta. Y alguien así nunca puede ser seducido por Satanás.

El bautismo con el espíritu santo y con fuego que trajo Muhammad se nos explica por medio de la revelación divina solamente en un versículo del Corán: «¡Bautismo de Dios! ¿Y quien mejor que Dios para dar bautismo, siendo que a El solo adoramos?» (2:138)

Los comentaristas musulmanes comprenden correctamente la palabra «sibgat», no en su sentido literal de «teñir» sino en su sentido espiritual o metafórico de «religión». Este versículo coránico cancela y abroga la religión de la «sabutha» o la de los sabeos y cristianos. «Sibgatu-l-lah» es el bautismo de la religión de Al.lah, no con agua, sino con el espíritu santo y con fuego. La religión profesada por todos los compañeros del Mensajero de Al.lah en los primeros años de la Hégira es hoy día profesada completamente por cualquier musulmán. Esto no se puede decir de la religión bautismal. *Han sido convocados más de dieciséis*

concilios ecuménicos para definir la religión de la cristiandad, para descubrir solamente por medio del Sínodo Vaticano en el siglo XIX que los misterios de la «infalibilidad» papal y la «concepción inmaculada» eran dos de los principales dogmas, ¡ambos desconocidos por el apóstol Pedro y para la bendecida virgen María! ⁽²⁾ Y que la fe o religión dependa de las deliberaciones y decisiones de los sínodos generales –santos o heréticos– es artificial y cosa humana. La religión del Islam es la creencia en Al.lah Uno y la absoluta resignación a Su Voluntad. Y esta fe es profesada por los ángeles en el cielo y por los musulmanes en la tierra. Es la religión de santificación y esclarecimiento y un baluarte inexpugnable contra la idolatría. Desarrollaremos estos puntos un poco más adelante.

El bautismo espiritual es obra directa de Dios mismo. Así como un batanero o lavandera enjuagan el lienzo o cualquier otro objeto, así como un tintorero tiñe la lana u algodón con colorantes para darle un nuevo matiz, y así como un bautista saca los pecados pasados del verdadero creyente penitente, así Dios Todopoderoso bautiza, no el cuerpo, sino el espíritu y el alma de quien El misericordiosamente dirige y guía a la santa religión del Islam. Esta es la «sibgatu-l-lah», el bautismo de Al.lah, que hace a una persona adecuada y dignificada para volverse un ciudadano del Reino de Al.lah y un miembro de su religión. Cuando el ángel Gabriel comunicó la palabra de Al.lah por primera vez a Muhammad, éste fue investido con el don de la profecía. Su espíritu purificado y magnificado con el espíritu santo en tal grado y extensión que cuando a su vez él pronunció esa Palabra a esos a cuyos espíritus agradó a Al.lah guiar, también fueron purificados, bautizados. De esa manera también ellos se volvieron miembros santos en el nuevo ejército de los musulmanes creyentes. Este bautismo espiritual no hace a los musulmanes profetas, santos sin pecados, o traficantes de milagros. Porque después de la Revelación de la Voluntad y la Palabra de Al.lah en el Sagrado Corán finalizan las profecías y las revelaciones. No se vuelven santos sin pecados porque entonces su piedad y buenas obras no serían el resultado de su esfuerzo y lucha contra el mal y por lo tanto no habría mérito. Tampoco son elegidos para convertirse en hacedores de milagros sobrenaturales porque tienen una fe firme y profunda en su Señor.

Además» este «Sibgatu-l-lah» hace a los verdaderos musulmanes dignos y constantes en sus obligaciones hacia Al.lah y hacia sus conciudadanos, especialmente hacia sus familiares. *Ello no los lleva a la tontera de creerse más santos que otros de su misma religión para arrogarse así el puesto de pastor sobre otros, como si éstos fuesen su rebaño y grey. El fanatismo, el engreimiento religioso y otras cosas parecidas, no son operaciones del Espíritu Santo. Todo musulmán recibe en su creación el mismo «Sibgatu-l-lah», la misma religión y el mismo bautismo espiritual, y tiene que desandar el camino de su corta vida terrenal con lo mejor de sus capacidades y esfuerzo con el objeto de ganar la corona de gloria en el otro mundo. Todo musulmán necesita solamente educación y preparación religiosa de acuerdo con la sabiduría de la Palabra de Dios. Pero no necesita ninguna intercesión de un sacerdote, los sacramentos o*

un santo. Cualquier creyente esclarecido puede volverse un Imam (guía de la comunidad), misionero o predicador, de acuerdo a su estudio y celo religioso, y no para vanagloria o ganancias lucrativas.

En resumen, todo musulmán, ya sea en su nacimiento o en su conversión, es bautizado espiritualmente y se vuelve ciudadano del Reino de Dios, un hombre libre, y posee iguales derechos y obligaciones, de acuerdo a sus capacidades, virtudes, conocimientos, riqueza y distinción.

San Juan el Bautista atribuye este bautismo espiritual e ígneo al Gran Mensajero de Al.lah, no como un ser divino, Dios, o hijo de Dios, sino como un funcionario santo, como un instrumento por medio del cual este sacramento bautismal divino iba a ser operado. Muhammad dio a conocer el Mensaje de Al.lah, es decir, Su Palabra; dirigió los rezos, administró los servicios divinos y luchó en la guerra santa contra los incrédulos e idólatras en defensa de su causa. Pero el éxito y la victoria lograda eran un logro de Dios. De la misma manera predicó y bautizó Juan, pero la contrición, el arrepentimiento y la remisión de los pecados solamente podía ser obrado por Dios. La predicción del Profeta Juan de que «el que viene después de mí es más poderoso que yo, él les bautizará con el Espíritu y el fuego», es realmente fácil de entender porque solamente a través de Muhammad se dio y cumplió este bautismo espiritual.

Se tiene que observar que la *forma* y el *material* de este bautismo es en conjunto divino y sobrenatural. Sentimos y vemos el efecto de una causa real pero invisible que lleva al mismo. Ya no hay agua como material ni un bautista que oficie el rito o la forma. Es Dios quien obra, a través del Espíritu. Los materiales del «Sibgatu-1-lah» son, en palabras de Juan el Bautista, el Espíritu Santo y el fuego. La forma perteneciente exclusivamente a Al.lah. Nosotros no podemos atribuir al Todopoderoso ninguna forma operativa, excepto Su Palabra «Kun» — ¡Sea!— y Su orden es obedecida o creada ⁽³⁾. El resultado es que un musulmán se vuelve santificado, instruido y un soldado equipado para combatir a Satanás y su idolatría. Estos tres efectos del «Sibgatu.1.lah» merecen un serio estudio y consideración, que resumiremos aquí todo lo posible.

1.— El Espíritu Santo, ya sea el Arcángel Gabriel u otro de los Espíritus Superiores creados, por medio de la orden de Dios santifica el espíritu del musulmán en todo caso, y esta santificación significa:

a) Imbuir una fe perfecta en el Dios Uno verdadero. El «Sibgatu.1.lah» hace al espíritu de un verdadero musulmán creer en la absoluta Unidad de Al.lah, apoyarse en El y reconocer solamente a El como su Protector, Dueño y Señor. Esta fe en el Dios verdadero se manifiesta en toda persona que se declara musulmana. La marca y evidencia de esta fe inculcada en un musulmán luce brillantemente cuando afirma «yo soy musulmán, ¡alabado sea Al.lah!» ¿Qué es más impresionante» y signo más obvio de una santa fe que el odio y la repugnancia que un musulmán siente contra cualquier otro objeto de adoración

además de Al.lah? ¿Cuál de los dos es más santo ante Dios: el que adora a su Creador en el simple edificio de una mezquita o el que adora las catorce representaciones e imágenes de las escenas de la crucifixión en un edificio cuyas paredes y aliares están adornadas con estatuas-ídolos, cuyo piso cubren los huesos de los muertos y su cúpula está decorada con las figuras de ángeles y santos?

b) La santificación por el Espíritu Santo y el fuego que Dios obra sobre el espíritu de un musulmán, es que El lo impregna y llena con amor a El y sumisión hacia a El. Un hombre honorable más bien se divorciaría de su amada consorte si ve que ella comparte su amor con otro hombre. El Todopoderoso abandonará a cualquier «creyente» que asocie cualquier otro objeto o ser con El. El amor del musulmán por Al.lah no es teórico o idealista sino práctico y real. No vacilará por un momento en echar de su casa a su mujer, su hijo o amigo si blasfemase el Nombre divino. Un pagano o una persona de otra religión puede mostrar un celo furioso similar por su objeto de adoración. Pero ese amor mostrado por el Dios Uno verdadero es santo y santificado. Y tal amor solamente puede existir en el corazón de un musulmán. Esas fórmulas auspiciatorias y doxológicas *Bismil-lah* y *Alhamu lil.lah*, que significan respectivamente «En el Nombre de Al.lah» y «Alabado sea Al.lah», al comienzo y fin de cada acción o empresa, son las expresiones más sinceras del espíritu musulmán purificado, embriagado con el «Amor de Al.lah» que supera y trasciende todo otro amor. Estas exclamaciones no son expresiones artificiales o hipócritas en las bocas de los musulmanes, sino que son los rezos y alabanzas del espíritu bautizado que reside en su cuerpo. Y si un cristiano y un judío están imbuidos con la misma fe y devoción y si su alma emana esas expresiones que emana el espíritu del musulmán, entonces él es musulmán aunque no lo sepa.

c) La santificación bautismal que inspira el «Sibgatu-l-lah» en el espíritu de un musulmán unitarista, además de la fe y amor, es una total sumisión y resignación a la santa voluntad de Dios. Esta sumisión absoluta no emana solamente de la fe y el amor sino también de un santo temor y de un profundo respeto siempre latente en el alma y espíritu de cualquier creyente verdadero.

Tales son las principales características del bautismo espiritual y no se manifiesta más que entre los adherentes al Islam, Juan el Bautista, Jesús y sus apóstoles amaron, creyeron y temieron al mismo Al.lah de la misma manera que todo musulmán de acuerdo al grado de gracia y misericordia divina. El propio Espíritu Santo también es una criatura y ama y teme al mismo Al.lah que nosotros.

2. El segundo rasgo del bautismo espiritual es el esclarecimiento. El verdadero conocimiento de Al.lah y de Su Voluntad, tanto como los seres humanos son capaces de poseer, puede ser visto sólo y exclusivamente en los musulmanes. Este conocimiento destella deslumbrantemente en el rostro y conducta de todo musulmán. Este puede no comprender la esencia y la persona de Dios del

mismo modo que un niño no puede entender la naturaleza y las cualidades de sus padres aunque reconozca a su madre entre todas las otras mujeres. La analogía es por lejos inferior a la realidad y la comparación entre un musulmán bien esclarecido en relación a su Creador y un niño llorando detrás de su buena madre, es infinitamente inferior. Todo musulmán, no obstante lo ignorante, pobre y pecador que pueda ser, ve los signos de Al.lah en todo fenómeno de la naturaleza. Cualquier cosa que le ocurra, feliz o infeliz, Al.lah está en su mente. El llamado musulmán a la oración es un testimonio vivo de este esclarecimiento. «No hay ningún objeto de adoración además de Al.lah», es una protesta eterna contra todos los que asocian a El otros objetos indignos de adoración. Todo musulmán confiesa: «Testimonio que Dios es el Único ser digno de adoración».

3.- El «Sibgatu-l-lah» es ese bautismo con fuego que arma y equipa al musulmán para volverse un baluarte contra el error y la superstición, principalmente contra la idolatría de todo tipo. Es este fuego bautismal el que derrite el alma y el espíritu de un musulmán para separar sus sustancias preciosas de la basura y la inmundicia. Es el Poder de Dios el que fortalece y consolida la unión entre El y el siervo creyente, al que arma para luchar por la religión de Dios. El celo y fervor musulmán por Al.lah y Su religión es único y santo. Los salvajes también luchan por sus fetiches, los paganos por sus ídolos y los cristianos por su cruz. Pero, ¡qué contraste entre esos objetos indignos de adoración y el Dios del Islam!

En conclusión, debo llamar la atención de mis hermanos musulmanes para que piensen quiénes son, recuerden los favores de Al.lah y vivan en concordancia con ellos.

[1] Dice el Sagrado Corán; «Los creyentes, los judíos, los cristianos, los sabeos, quienes crean en Dios y en el Día Final y obren el bien, esos tendrán su recompensa ante su Señor. No temerán ni se atribularán.» (2:62) (Nota del Editor en español)

[2] La inmaculada concepción de María, es decir su exención del pecado original a través de un nacimiento milagroso, fue proclamada en 1354 por una bula papal. En el Islam no obstante se sostuvo desde el principio el nacimiento milagroso no sólo de Jesús, sino también de Juan y de Mana, con todos ellos sea la Paz. María. Juan el Bautista y Jesús vinieron a este mundo rodeados de signos extraordinarios pues estaban asociados en la misión de anunciar el Reino de Dios del Islam. Cfr. capítulo 19, «María» del Sagrado Corán. El dogma de la infalibilidad papal fue sí fijado en el Concilio Vaticano 1, en 1869-70. (Nota del Editor en español)

[3] Dice el Sagrado Corán: «Su orden (de Dios), cuando Quiere algo, es decir "¡Sea!" y es» (36:82). Y también: «El ejemplo de Jesús ante Dios, es como el ejemplo de Adán. Lo creó de tierra y luego le dijo "¡Sea!" y fue» (3:59). Este último versículo es un terminante ejemplo coránico contra el argumento de justificar la divinidad de Jesús alegando su

nacimiento milagroso, sólo de mujer y sin intervención de hombre, ya que el caso de Adán, creado sin padre ni madre, es todavía más maravilloso, pero no se le deifica.
{Nota del Editor en español}

VII. EL «PARACLETO» NO ES EL ESPÍRITU SANTO

En este capítulo discutiremos al conocido «Paracleto» ⁽¹⁾ del cuarto evangelio. Jesús» así como Juan e! Bautista, anunciaron la venida del Reino de Dios, invitaron al pueblo al arrepentimiento y lo bautizaron para la remisión de sus pecados. Jesús cumplió honorablemente su misión y comunicó fielmente el Mensaje de Dios al pueblo de Israel. El no fue el fundador del Reino de Dios sino únicamente su heraldo, y a esto se debe que no haya escrito nada ni haya autorizado a nadie a escribir el Santo Evangelio que tenía grabado en su mente. Jesús reveló el Evangelio, que significa «buenas nuevas», respecto al «Reino de Dios» y el «Periklitos» a sus seguidores, no por escrito sino oralmente, en sermones públicos. Estos discursos, sermones y parábolas fueron transmitidos por quienes los habían oído a quienes no los oyeron. Fue más adelante que los dichos y enseñanzas del Maestro fueron sometidos a la redacción escrita. Jesús ya no era el Rabbi (Maestro) sino el Logos, la Palabra divina. Ya no era el Anunciador del Paracleto sino su mismo Señor y Superior. Sus palabras puras y auténticas fueron adulteradas y mezcladas con mitos y leyendas. Por un tiempo se esperó que en cualquier momento bajara de las nubes con legiones de ángeles. Todos los apóstoles ya habían desaparecido. La segunda venida de Jesús estaba demorada. Su persona y doctrina dieron lugar a una variedad de especulaciones filosóficas y religiosas. Las sectas y grupos se sucedían unas a otras. Bajo distintos títulos y nombres aparecían en muchos centros evangelios y epístolas. Una multitud de eruditos y apologistas cristianos se combatían y criticaban sus teorías mutuamente. Si hubiera sido escrito un evangelio durante la vida de Jesús, e incluso, un libro autorizado por el conjunto de los apóstoles, las enseñanzas del Profeta de Nazareth habrían preservado su pureza e integridad hasta la aparición del Periklitos-Ahmad. Pero no fue ese el caso. Cada escritor tornó un punto de vista distinto acerca del Maestro y su religión y lo describió en su libro –que llamó evangelio o epístola– de acuerdo a su propia imaginación. El elevado vuelo del pensamiento respecto a la Palabra. La profecía acerca del Periklitos, el inexplicable discurso de Jesús acerca de su carne y su sangre, y una serie de diversos milagros, sucesos y dichos registrados en el cuarto evangelio (el de Juan), eran desconocidos por los sinópticos ⁽²⁾ y en consecuencia para una gran mayoría de cristianos que no lo habían visto por lo menos en dos siglos.

También el cuarto evangelio, como todo libro del Nuevo Testamento, fue escrito en griego y no en arameo, que era el idioma materno de Jesús y sus discípulos. Y así nos confrontamos nuevamente con la misma dificultad con las que nos encontramos cuando discutíamos el «Eudobia» de San Lucas, es decir: ¿qué palabra uso Jesús en su idioma nativo para expresar lo que el cuarto evangelio ha traducido como «el Paracleto», el cual ha sido convertido en el «confortador» o «consolador» en todas las versiones (traducciones) de ese evangelio?

Antes de discutir la etimología y el verdadero significado de esta extraña, o más bien, corrupta forma de «el Paracleto», es necesario hacer una breve observación sobre un rasgo particular del Evangelio de San Juan. La autoridad y autenticidad de este Evangelio son cuestiones que conciernen a la más elevada crítica bíblica. Pero es imposible creer que el Apóstol pudiera haber escrito este libro como nos llegó a nosotros, en su forma y contenido. El autor, ya sea Juan (Yohannan) el hijo de Zebedeo o cualquier otro bajo ese nombre, parece estar familiarizado con la doctrina del celebrado y erudito filósofo judío Filón respecto al Logos (la Palabra). Es bien conocido que la conquista de Palestina y la fundación de Alejandría por Alejandro Magno abrió, por primera vez, una nueva época para la cultura y la civilización. Fue entonces que los discípulos de Moisés se encontraron con los de Epicúreo y tuvo lugar el poderoso impacto de las doctrinas espirituales de la Biblia sobre el materialismo del paganismo griego. Las artes y la filosofía griega comenzaron a ser estudiadas y admiradas por los doctores de las leyes judías, tanto en Palestina como en Egipto, donde tenían una comunidad muy numerosa. La penetración del pensamiento griego y las *belles lettres* en las escuelas judías alarmó a sus sacerdotes y estudiosos. En efecto, el hebreo era tan desdeñado que las escrituras eran leídas en las sinagogas de Alejandría en la versión Septuaginta (en griego). Sin embargo, esta invasión de un conocimiento extranjero movió a los judíos a profundizar en el estudio de sus propias leyes y a defenderse contra el nuevo espíritu poco propicio. Se esforzaron, por lo tanto, por encontrar un nuevo método para la interpretación de la Biblia con el objeto de posibilitar un acercamiento y reconciliación de las verdades bíblicas con el pensamiento helénico. Porque el método anterior de interpretación literal de la ley se lo vio inviable y demasiado débil para enfrentarse al sutil razonamiento de Platón y Aristóteles. Al mismo tiempo, la firme actividad de los judíos y la profunda devoción a su religión levantó contra ellos a menudo el odio y celo de los griegos. Ya bajo Alejandro Magno, un sacerdote egipcio» Manetho, había escrito libelos o calumnias contra el judaísmo. Bajo Tiberio, el gran orador Apión había resucitado y envenenado los insultos de Manetho. De modo que esta literatura envenenó al pueblo que, más tarde, persiguió cruelmente a los creyentes en el Dios Uno verdadero.

El nuevo método fue descubierto y adoptado. Se pasó a hacer así una interpretación alegórica de cada ley, precepto, narración e incluso de los nombres de los grandes personajes, considerando que ocultaban en ellos una idea secreta que se buscaba sacar a la luz. Esta interpretación alegórica se arrogó rápidamente el lugar de la Biblia y fue como un sobre encerrando en sí un sistema de filosofía religiosa.

El hombre más prominente que personificó esta ciencia fue Filón, quien nació en una rica familia judía de Alejandría en el año 25 antes de la era cristiana. Bien versado en la filosofía de Platón, escribió su trabajo alegórico en un estilo griego puro y armonioso. Creía que las doctrinas de la Revelación podían concordar con el más elevado conocimiento y sabiduría humanos. Lo que más ocupó su mente era el fenómeno de la relación de Dios, el Espíritu puro, con los seres

terrenales. Siguiendo la teoría de las ideas de Platón inventó una serie de ideas intermedias que llamó «las emanaciones de la Divinidad», las que transformó en ángeles que unían a Dios con el mundo. La sustancia fundamental de estas ideas, el Logos (la Palabra), constituía la Sabiduría suprema creada en el mundo y la expresión más elevada de la acción Providencial.

La escuela alejandrina continuó el triunfo del judaísmo sobre el paganismo- «Pero –como observa correctamente el Gran Rabino Paul Halguenauer en su interesante librito *Manuel de Littérature Juive*, pag. 24–, de ella surgirían, más tarde, sistemas nocivos para el hebraísmo», un sistema nocivo en realidad no sólo para el judaísmo sino también para la cristiandad

El origen de la doctrina del Logos se debe rastrear o remontar por lo tanto a la teología de Filón, y el apóstol Juan –o los autores del cuarto evangelio, quienquiera hayan sido– solamente dogmatizó la teoría de las «ideas» que surgieron primero del cerebro de oro de Platón. Como hice notar en el primer capítulo de esta parte, la Palabra divina significa la Palabra de Dios y *no* Dios la Palabra. La palabra es atributo de un ser racional. Pertenece a cualquier orador o a quien habla, pero no es *el* ser racional, el que habla. La Palabra divina no es eterna, tiene un origen, un *principio*, no existe antes del comienzo, excepto potencialmente. La palabra no es la esencia. Es un serio error substancializar un atributo, cualquiera que sea. Si se permite decir «Dios la Palabra», ¿por qué estaría prohibido decir Dios la Misericordia, Dios el Amor, Dios la Venganza» Dios la Vida, Dios el Poder, etc.? Puedo aceptar y entender adecuadamente el apelativo de Jesús «el Espíritu divino» (Ruh Al.lah), el de Moisés «el interlocutor divino» (Kalím Al.lah), y el de Muhammad *Rasul Al.lah*, queriendo decir el Espíritu de Dios, el Interlocutor de Dios y el Mensajero de Dios respectivamente. Pero no puedo aceptar ni comprender nunca que el Espíritu o la Palabra o el Mensajero es una Persona divina, teniendo naturalezas humana y divina al mismo tiempo.

Ahora procederemos a exponer e impugnar el error cristiano acerca del Paracleto. En este artículo intentaré probar que el Paracleto no es, como lo creen las Iglesias cristianas, el Espíritu Santo, ni significa en absoluto el «confortador» «consolador», «intercesor». Y en el siguiente capítulo, Dios mediante, mostraré que no «Paracleto» sino «Peryclito», es precisamente el significado de «Ahmad» en el sentido del «más ilustre, alabado y celebrado».

1. EL ESPÍRITU SANTO ES DESCRITO EN EL NUEVO TESTAMENTO DE UN MODO DISTINTO AL DE UNA PERSONA.

Un cuidadoso examen de los siguientes pasajes del Nuevo Testamento convencerá a los lectores de que el Espíritu Santo no solamente no es la tercera persona de la trinidad, sino que ni siquiera es una persona distinta. Pero el «Paracleto» profetizado por Jesús es una persona distinta. Esta diferencia

fundamental entre los dos es, por lo tanto, un argumento decisivo contra la hipótesis de que es una y la misma persona.

a) En Lucas 11:13 el Espíritu Santo es definido como un «don» de Dios. El contraste entre los buenos dones que son dados por parientes malvados y el Espíritu Santo que es dispensado o conferido sobre los creyentes por Dios excluye, completamente la idea de toda personalidad del Espíritu. ¿Podemos afirmar conciente y positivamente que Jesús» cuando hizo el contraste mencionado, tenía el sentido de enseñar a sus oyentes que «Dios el Padre» hace un regalo de «Dios el Espíritu Santo» a sus «hijos» terrenales? ¿Alguna vez insinuó que creía que la tercera persona de la trinidad era un regalo de la primera persona de la trinidad? ¿Podemos admitir concientemente que los apóstoles creían que este «regalo» era Dios Todopoderoso ofrecido por Dios Todopoderoso a los mortales? La sola idea de tal creencia hace temblar a un musulmán.

b) En 1 Corintios 2:12 este Espíritu Santo es descrito en el género neutro «el Espíritu de Dios». San Pablo dice claramente que, así como el Espíritu que está en el hombre le hace saber las cosas que le atañen, así el Espíritu de Dios hace saber al hombre las cosas divinas (1 Cor. 2:11). En consecuencia, aquí el Espíritu Santo no es Dios sino un resultado divino, un canal o medio a través del cual Dios enseña, ilumina e inspira a quien le place. Es simplemente una acción de Dios sobre el alma y la mente humana. El maestro, el instructor y el inspirador no es *directamente* Santo sino Dios mismo. Había observado antes que Filón era un estudioso de la filosofía de Platón. El nunca vio a Platón sino que solamente estudió la filosofía de Platón y se convirtió en un filósofo platónico. En el mismo sentido que Pedro el apóstol y el Imam Alí ⁽³⁾ recibieron el Espíritu Santo de Dios y se volvieron inspirados con el conocimiento de Dios, se volvieron «divinos». Así como no es la misma cosa Platón y la filosofía de Platón» y Filón el platónico no es el creador de esa ciencia específica, de la misma manera Pedro y 'Alí *no eran Dios*. Eran divinos porque fueron enaltecidos por el Espíritu de Dios. San Pablo plantea claramente en el pasaje citado, que el alma humana no puede discernir las verdades que conciernen a Dios sino solamente a través de Su Espíritu, inspiración y dirección.

c) Nuevamente en 1 Corintios 6:19 leemos que los justos siervos de Dios son llamados «templos del Espíritu Santo», el cual lo «recibieron de Dios». Aquí se indica otra vez que el Espíritu de Dios no es una *persona o ángel*, sino Su virtud, palabra o poder y religión. Tanto el alma como el cuerpo de un creyente son comparados con un templo dedicado a la adoración del Eterno.

d) En la Epístola a los Romanos 8:9, este mismo espíritu que «vive» dentro de los creyentes es llamado alternativamente el «Espíritu de Dios» y el «Espíritu de Cristo». En este pasaje «el Espíritu» significa simplemente la fe y la verdadera religión de Dios que proclamó Jesús. Seguramente este espíritu no puede tener el sentido del ideal cristiano del Espíritu Santo, es decir, el tercero de la tema

trinitaria. Los musulmanes siempre deseamos e intentamos regular nuestras vidas y conducirnos de acuerdo con el espíritu de Muhammad, significando ello que estamos resueltos a ser fieles a la religión de Dios de la misma manera como lo fue el último Profeta. Porque el Espíritu Santo en Muhammad, en Jesús y en cualquier otro profeta era otro distinto del Espíritu de Al.lah –¡alabado sea su Santo Nombre!–. El espíritu es llamado santo para diferenciarlos del espíritu ruin e impuro de Satanás y sus ángeles caídos. Este espíritu no es una persona divina sino un rayo divino que ilumina y santifica al pueblo de Dios.

e) La fórmula evangélica «En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», aunque sea verdadera y prescripta por Jesús, puede ser legítimamente aceptada como una fórmula de fe antes del establecimiento formal del Islam, que es el Reino de Dios sobre la tierra. Dios Todopoderoso en Su cualidad de Creador es el Padre de todos los seres, cosas e inteligencias, pero no el Padre de un hijo en particular. Los orientalistas saben que la palabra semítica «abb» o «abba», que se traduce como «padre», significa «uno que da a luz o produce frutos» («ibba»: fruto). Este sentido de la palabra es realmente inteligible y su uso bastante razonable. La Biblia hace un uso frecuente del nombre «Padre». Dios dice en alguna parte de la Biblia «Israel es mi hijo primogénito», y en distintas partes del libro de Job, Dios es llamado «el padre de la lluvia». Es debido al abuso de este nombre divino del Creador por la cristiandad que el Corán se refrena de usarlo. Desde una creencia puramente unitarista y musulmana, el dogma cristiano respecto al eterno nacimiento o gestación del Hijo, es una blasfemia.

Ya sen que la fórmula bautismal cristiana sea auténtica o espuria, creo que hay una verdad oculta en ella. Por eso se debe admitir que los evangelistas *nunca* autorizaron el uso de ningún otro ritual, rezo u otro credo que el bautismo. *Este punto es extremadamente importante.* San Juan profetizó el bautismo con el Espíritu Santo y fuego por el Profeta Muhammad, como vimos en los capítulos precedentes. Siendo el barnizador directo Dios mismo y el mediato o intermedio el Hijo del Hombre o el Barnasha de la visión de Daniel, era perfectamente justo y legítimo mencionar esos dos nombres como la primera y segunda causas eficientes, y también el nombre del Espíritu Santo como la *causa materialis* de «Sibgatu-l-lah». Ahora bien, el nombre divino de «Padre», antes de su uso abusivo por la iglesia, era invocado correctamente. En realidad el «Sibgatu-l-lah» es un nuevo nacimiento, una natividad en el Reino de Dios, es decir en el Islam. El Bautizador que produce esta regeneración es directamente Al.lah. Nacer a la religión del Islam, ser dotado con la fe en el Dios verdadero, es el favor y el don más grande del «Padre Celestial», para usar la expresión evangélica. En este sentido Dios es infinitamente más caritativo que un padre terrenal.

En cuanto al segundo nombre de la fórmula, «el Hijo», uno no sabe que hacer para conocer quién o qué es este «hijo». ¿Hijo de quién? Si Dios es correctamente llamado «Padre», entonces uno se vuelve curioso, inquisitivo y ansioso por conocer *cual* de Sus innumerable «hijos» es propuesto en la fórmula

bautismal. Jesús nos enseñaba a rezar «*Nuestro Padre que está en los cielos*». Si todos somos Sus hijos en el sentido de Sus criaturas, entonces la mención de la palabra «hijo» en la fórmula se vuelve algo sin sentido e incluso ridículo. Sabemos que el nombre «el Hijo del Hombre» —no «Barnasha»— se menciona 83 veces en los discursos o arengas de Jesús. El Corán nunca llama a Jesús «el hijo del hombre», sino siempre «el hijo de María». Jesús no podía llamarse a sí mismo «el hijo del hombre» porque él era solamente «el hijo de mujer».

No se puede escapar de la realidad. Se lo puede hacer «el hijo de Dios», como absurdamente se lo hace, pero no se lo puede hacer «el hijo del hombre» a menos que crean que es el vástago de José o de algún otro y en consecuencia dejen en él la mancha de la ilegitimidad.

No sé exactamente cómo, si a través de la intuición, la inspiración o el sueño, fui enseñado y convencido de que el segundo nombre en la fórmula es una desdichada corrupción de «el Hijo del Hombre», es decir, el Barnasha de Daniel (Capítulo 7), y por lo tanto de Ahmad «el Periklitos» (Paracleto) de el evangelio de San Juan.

En cuanto al Espíritu Santo en la fórmula, no es una persona o un espíritu individual, sino una operación, fuerza, energía de Dios con la que un hombre nace o es convertido en la religión y conocimiento de Dios Uno.

2. QUE DICEN LOS PRIMEROS PADRES DE LA CRISTIANDAD ACERCA DEL ESPÍRITU SANTO

a) Hermas (Similitude V. 5,6) entiende, por el «Espíritu Santo», el elemento divino de Cristo, es decir» el Hijo *creado* antes de todo lo demás. Sin entrar en la discusión sin provecho o más bien sin sentido de si Hermas confunde el Espíritu Santo con la Palabra, o si es un elemento distinto que pertenece a Cristo, se admite que éste fue creado antes que todas las cosas— es decir, al comienzo— y que el Espíritu» en la creencia de Hermas, no es una persona.

b) Justino —llamado «el mártir» (1007-167? d.C.)— y Teófilo (1207-180? d.C) entiende por el Espíritu Santo algunas veces una forma peculiar de la manifestación de la Palabra y otras veces un atributo divino, pero nunca una persona divina. Se debe recordar que estos dos padres griegos del siglo 11 de la era cristiana no tenían ningún conocimiento ni creencia definida acerca del Espíritu Santo de los trinitarios de los siglos IV y sucesivos.

c) Atenágoras (110-180 d.C) dice que el Espíritu es una emanación de Dios que procede de El y retorna a El como los rayos del sol (Deprecatio pro Christianis, IX, X). Ireneo (1307-202? d.C.) dice que el Espíritu Santo y el Hijo son dos siervos de Dios y que los ángeles se someten a ellos. La amplia diferencia entre la creencia y concepciones de estos dos primeros padres acerca del Espíritu Santo es tan obvia que no necesita agregarse ningún comentario. Es

sorprendente que los dos siervos de Dios de acuerdo a las declaraciones de una autoridad como Ireneo, fueran dos siglos después elevados a la dignidad de Dios y proclamados dos personas divinas asociadas con el Dios Uno verdadero por quien ellas fueron creadas.

(d) El más ilustre y estudioso de todos los padres y apologistas cristianos anterior a Nicea fue Orígenes (185-254 d.C). El autor de «Hexaples» adscribe personalidad al Espíritu Santo, pero lo hace una criatura del Hijo. La creación del Espíritu Santo por el Hijo no puede estar siquiera en el comienzo cuando la Palabra –o el Hijo– fue creada por Dios.

La doctrina respecto del Espíritu Santo no estaba suficientemente desarrollada en el 325 d.C. y por lo tanto no fue definida por el Concilio de Nicea. Fue solamente en el 386 d.C. en el Segundo Concilio Ecuménico de Constantinopla, que se declaró que era la tercera persona de la trinidad, consubstancial y coeva con el Padre y el Hijo.

3.- El «Paracleto» no significa «consolador» o «defensor». En realidad no es una palabra clásica en absoluto. La ortografía griega de la palabra es *paraklytos* que en la literatura eclesiástica recibe el significado de «uno llamado a ayudar, defender, interceder» (Diccionario greco-francés, de Alexandre). No hace falta ser un erudito en griego para saber que la palabra griega para expresar «confortador, consolador» no es «paraklytos» sino «paracalon». No tengo conmigo ninguna versión griega de la Septuaginta pero recuerdo perfectamente bien que la palabra hebrea por «confortador» (*mnahem*) en las Lamentaciones de Jeremías (1:2, 9,16, 17,21, etc.) se traduce en (*parakaloon*, del verbo *parakalco*, que significa «llamar a», «invitar», «exhortar», «consolar», «invocar», «orar». ¡Se debe advertir que hay una vocal alpha larga después de la consonante kappa en el «parakaloon», la cual no existe en «Paraklytos». En la oración «El que nos consuela de todas nuestras aflicciones», se usa «parakaloon» y no «paraklytos» («Yo te exhorto o te invito a trabajar»). Se pueden citar muchos otros ejemplos.

Hay otra palabra griega para confortador y consolador, es decir, «Parygorytys», de «yo consuelo».

En cuanto a los otros sentidos de «intercesor» o «defensor» que es dado a la palabra eclesiástica «Paracleto», insisto nuevamente que es «Paracaloon» y no «Paraklytos» la que puede comunicar un sentido similar. El término griego propio para «defensor» es *Sunegorus* y para «intercesor» o «mediador», *meditea*.

En el próximo capítulo daré la forma griega verdadera de la que Paraklytos es una corrupción. Dicho sea de paso, deseo corregir un error en que ha caído el francés Ernest Renán. Si recuerdo bien, Renán, en su conocida «Vida de Cristo», interpreta el «Paracleto» de San Juan (14;16-26, 1Juan 2:1) como un «abogado» o «defensor». Renán cita la forma siríaco-caldea «Peraklit» como

opuesta a «Ktghra» el acusador de «Kategorus». El nombre sirio para mediador o intercesor es «misaaya», pero en los tribunales el «snighra» (del griego «sunegorus») es usado para un abogado. Muchos sirios no familiarizados con el idioma griego consideran que «Paraklita» es realmente la forma siríaca o aramea del «Paracleto» en la versión Pshitha y que está compuesta de «Park» (salvar de, librar de) y «lita» (el perseguido). La idea de que Cristo es «el Salvador de la maldición de la ley», y por lo tanto él mismo también es «Paraklita» (Juan 2:1), puede haber llevado a alguien a pensar que la palabra griega es originalmente una palabra aramea, así como la sentencia griega «Maran atna» es en arameo «Maran athi», es decir, «nuestro Señor está viniendo» (1Cor. 16:22), la cual parece ser una expresión entre los creyentes respecto a la venida del último gran profeta. Este «Maran athi», como así también, especialmente, la fórmula bautismal, contiene puntos demasiado importantes como para ser descuidados. Ambos merecen un estudio especial y una interpretación valiosa. Ambos corporizan signos, por otra parte, que favorecen a la cristiandad.

Pienso que he probado suficientemente desde un punto de vista lingüístico y etimológico que «Paraklytos» no significa «abogado», «conformador» o «consolador». En distintas partes he descrito esto como un «barbarismo» pero me retracto de lo dicho y lo reemplazo por el término «corrupción». La ignorancia comete muchos errores. Durante siglos los latinos y europeos ignorantes han estado escribiendo el nombre de Muhammad como «Mahomet», y el de Mushi como «Moisés». ¿Es de extrañar entonces que algún obstinado monje o escriba haya copiado en la forma corrompida de «Paraklytos» el nombre verdadero que correspondía? Esto significa «el más ilustre», o «elmás alabado», pero la forma corrupta no significa nada, excepto una vergüenza permanente para quienes durante 13 siglos entendieron que significaba un abogado o consolador.

[1] El autor realiza en esta obra, particularmente en este capítulo y los que siguen, un detenido estudio etimológico de este término griego que aparece en el Evangelio de Juan, En dicha discusión a veces emplea la transcripción usual (sin rigor fonético) del griego como aparece en distintas versiones de la Biblia (Paracleto, Pericleto, etc.), escribiéndola «kappa» del griego con una «c», y otras veces, cuando quiere destacar etimologías o significados, emplea una forma fonética más rigurosa (Periklytos, Peryklytos, etc.)" Hemos mantenido en general su notación. (Nota del Editor en español)

[2] Se llama «sinópticos» a los primeros tres evangelios por su semejanza que permite editarlos en sinopsis o columnas paralelas comparativas. No así el cuarto, el de Juan, que es el más tardío según los especialistas, y que contiene ese importante discurso después de la última cena, que es como el testamento espiritual de Jesús, y donde hace el importante anuncio del Paráclito o Periclito. ¿Cómo pueden los sinópticos desconocer un asunto de tal trascendencia? Es un misterio aún no resuelto para los que se han propuesto varias hipótesis. (Nota del Editor en español)

[3] El Imam Alí Ibn Abi Talib, primo y yerno del Profeta Muhammad, fue su sucesor atirante de la Comunidad Islámica Universal {Ummah}. Es análoga su función a la de Pedro, a quien el Islam considera el Imam, o conductor de los cristianos después de Jesús por designación de éste. No le corresponde ese papel a Pablo de Tarso, quien en realidad no fue discípulo de Jesús ni era de los apóstoles, ni había conocido al Maestro. Pero desgraciadamente su prédica insidiosa, de judío educado y desviado por el helenismo, se impuso finalmente como la doctrina -oficial» de la iglesia. (Nota del Editor en español)

VIII. «PERIKLYTOS» SIGNIFICA «AHMAD»

Y cuando Jesús, el hijo de María, dijo: «¡Hijos de Israel! Soy un mensajero de Dios enviado a vosotros, confirmador de lo que ya tenéis en la Tora, y como nuncio de un enviado que vendrá después de mí, cuyo nombre es Ahmad». (Corán 61:6)

Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Periklytos, para que esté con vosotros para siempre». (Juan 14:16)

Hay algunas incoherencias en las palabras adscriptas a Jesús por el cuarto evangelio. Se entiende como si varios Periklytos ya han venido y se han ido, y que «otro Periklytos» sería dado solamente a pedido de Jesús. Estas palabras dejan también la impresión de que los apóstoles ya estarán familiarizados con este nombre que el texto griego traduce Periklytos. El adjetivo «otro» precediendo a un nombre extraño anunciado por primera vez resulta muy raro y totalmente superfluo. No cabe ninguna duda que el texto ha sido enredado y distorsionado. Allí pretende que el Padre enviará al Periklytos a pedido de Jesús, pues de otro modo no hubiera venido nunca! La palabra «rogar» asimismo, parece demasiado superficial y demuestra injustamente un toque de arrogancia por parte del Profeta de Nazaret. Si queremos encontrar el real sentido de estas palabras, debemos corregir el texto y poner las palabras corrompidas o robadas, así: «Yo **iré** al Padre y El les *enviará otro Mensajero cuyo nombre será Periklytos, para que pueda permanecer con vosotros para siempre*». Con las palabras en bastardilla agregadas, quedan restauradas tanto la robada modestia de Jesús como identificada la naturaleza del Periklytos.

Ya hemos dicho que el Periklytos no es el Espíritu Santo, es decir, una persona divina, Gabriel o cualquier otro ángel. Queda por demostrar que el Periklytos no puede ser un consolador, ni un defensor o abogado intercesor entre Dios y el hombre.

L El Periklytos no es el «consolador» ni el «intercesor». Hemos explicado exhaustivamente la imposibilidad material de descubrir el menor sentido o significado de «**consolación**» o «intercesión» (en el término griego utilizado). Cristo no usa «Parakalon». Además, incluso desde un punto de vista religioso y moral, la idea de consolación e intercesión es inadmisibles.

(a) La creencia de que la muerte de Jesús en la cruz redime a los creyentes del castigo del pecado original y que su espíritu, gracia y presencia en la Eucaristía estaría para siempre con ellos, no los deja para nada en la necesidad de consolación ni de la venida de un consolador. Por una parte, si necesitaban tal confortador, entonces todas las presunciones y pretensiones respecto al sacrificio del calvario se vendrían abajo. En efecto, el lenguaje de los evangelios y de las epístolas indican explícitamente que la segunda venida de Jesús sobre

las nubes era inminente (Mateo 16:28; Marcos 9:1; Lucas 9:27, 1Juan 2:18; 2Tesal. 2:2-3, etc.).

(b) La consolación nunca puede ser restitución de lo perdido. Consolar a un hombre que ha perdido la vista, la riqueza, el hijo o cualquier situación propicia, no puede restaurar ninguna de las cosas perdidas. La promesa de que un consolador sería enviado por Dios después que Jesús se hubiera ido, indicaría el colapso total de toda esperanza en el triunfo del Reino de Dios. La promesa de un consolador indica lamentos y llantos y conduciría a los apóstoles naturalmente al desengaño, si es que no los lleva a la desesperación. Ellos no necesitaban un consolador de sus aflicciones y sufrimientos sino un combatiente victorioso que aplastara a Satanás y su poder, que diera fin a sus perturbaciones y persecuciones.

(c) La idea de un «Intercesor» entre Dios y el hombre es incluso aún más insostenible que la del «consolador». No hay ningún mediador en absoluto entre el Creador y la criatura. Solamente la Unidad de Al.lah es nuestro intercesor absoluto. El Jesús que aconsejaba a su audiencia rogar a Dios en secreto, entrar a la pieza, cerrar la puerta y después rezar –porque solamente bajo tales condiciones su Padre celestial atendería sus ruegos y les concedería su gracia y auxilio–, no podía prometerles un intercesor. ¿Cómo puede conciliarse esta contradicción?

(d) Todos los creyentes, en sus oraciones, interceden unos por otros. Y los Profetas y los ángeles hacen lo mismo. Es nuestro deber invocar la misericordia, el perdón y la ayuda de Dios para nosotros mismos así como para los otros. Pero Dios no está ceñido u obligado a aceptar la intercesión de nadie si no es de Su agrado. Si Al.lah hubiera aceptado la intercesión de Su santo siervo Muhammad ⁽¹⁾ todos los hombres y mujeres se hubieran convertido al Islam.

Yo estaría debidamente agradecido a la persona a través de cuya intercesión obtuviera el perdón y el auxilio. Pero siempre temeré al juez o déspota que me envíe a las manos del verdugo. ¡Qué perspicaces son esos cristianos que, al tiempo que creen que Jesús sentado a la derecha de su Padre intercede por ellos, creen también que otro intercesor –inferior a Cristo– se sienta en el mismo Trono del Todopoderoso! El Sagrado Corán prohíbe estrictamente la fe o la confianza en un intercesor. Por supuesto, no sabemos con certeza, pero es realmente concebible, que a ciertos ángeles y a los espíritus de los Profetas y de los santos les sea permitido por Dios prestar ayuda y guía a quienes se ponen bajo su protección. La idea de un abogado frente al tribunal de Dios, defendiendo la causa de sus clientes, puede ser muy admirable pero es equivocada, porque Dios no es un juez humano sujeto a la pasión, la ignorancia, la parcialidad y otras cosas por el estilo. Los musulmanes, los creyentes en el Dios Uno, necesitan solamente educación y práctica religiosa. Dios conoce las acciones y los corazones de los hombres infinitamente mejor que los ángeles y

los Profetas. En consecuencia no hay necesidad de intercesores entre la Divinidad y Las criaturas.

(e) La creencia en intercesores emana de la creencia en sacrificios, la incineración de ofrendas, la clerecía y un voluminoso conjunto de supersticiones. Esta creencia lleva a los seres humanos a la adoración de sepulcros e imágenes de santos y mártires, ayuda a aumentar la influencia y el poder de monjes y sacerdotes, mantiene al pueblo en la ignorancia de las cosas divinas, y una densa nube de muertos intermediarios cubre la atmósfera espiritual entre Dios y el espíritu humano. Luego esta creencia impulsa al hombre a que, para la pretendida gloria de Dios y la conversión de la gente que pertenece a religiones distintas a la suya, se haga con inmensas sumas de dinero, establezca poderosas y ricas misiones y mansiones señoriales, aunque en el fondo esos misioneros son agentes políticos de sus respectivos gobiernos. La causa real de las calamidades que han caído sobre los armenios, griegos y caldeó-asirios en Turquía y Persia, debería buscarse en las traidoras instrucciones dadas por todas las misiones extranjeras en oriente. En realidad, la creencia en los intercesores ha sido siempre una fuente de abuso, fanatismo, persecución, ignorancia y de muchos otros males.

Habiendo probado que el «Paraceto» del evangelio de San Juan no puede significar «consolador» o «abogado», ni ninguna otra cosa, y que es una forma corrupta de Periklytos, procederemos a discutir su real significado.

2. Etimológica y literalmente Periklytos significa «el más ilustre renombrado y alabado». Me baso en la autoridad del *Dictionnaire Grecque-Frangais* de Alexandre; Periklytos: «Qu'on peut entendre de tous les cotes, qu'il est faciJe a entendre. Tres célebre, etc.: Perikleitos: trés célebre, ilustre, glorieux, Perikleys: tres célebre, ilustre, glorieux, de Kleos; glorie, renommée, célébrité». Este nombre compuesto está formado del prefijo «peri», y «kleotis», derivado este de «glorificar», «alabar». El nombre, que escribo en inglés Perikleitos o Periklytos, significa lo mismo que Ahmad en árabe, es decir, el más ilustre, glorioso y renombrado. La única dificultad a resolver y superar es descubrir el nombre semita original usado por Jesús, ya sea en hebreo o arameo.

(a) La Pshittha siríaca, aunque escribe «Parakleita», no da ni siquiera en el glosario su sentido o significado. Pero la Vulgata lo traduce como «consolador» o «confortador». Si no estoy equivocado, la forma aramea debe haber sido «Mhamda» o «Hamida» para corresponder con el árabe «Muhammad» o «Ahmad» y el griego «Periklyto».

La interpretación de la palabra griega en el sentido de consolación no implica que el nombre Periklyto es el consolador, sino la creencia y la esperanza en la promesa que *él vendrá* para consolar a los primeros cristianos. La expectativa de que Jesús bajaría nuevamente en gloria antes que muchos de sus oyentes

«hubiesen gustado la muerte», se les había disipado, y concentraban todas sus esperanzas en la venida del Periklyto.

(b) La revelación coránica de que Jesús, el hijo de María, declaró al pueblo de Israel que el «era enviado como nuncio de un Mensajero que vendrá después de mí, llamado Ahmad» (Cfr. coran 61:6), es una de las pruebas más firmes de que Muhammad era verdaderamente un profeta y que el Corán es realmente una revelación divina. La autoridad del Corán es decisiva y final. Porque el significado literal del nombre griego corresponde exacta e incuestionablemente a Ahmad y Muhammad.

En realidad, parece que incluso el ángel Gabriel y el Espíritu Santo han distinguido la forma positiva de la superlativa, significando precisamente la primera Muhammad y la última Ahmad.

Es maravilloso que este nombre único, no dado antes a ninguna otra persona, estuviera milagrosamente preservado para el más ilustre y alabado Mensajero de Al.lah. No encontramos que se haya dado antes a ningún griego el nombre de Perikleitos (o Periklytos), ni a ningún árabe el nombre de Ahmad. Es cierto que hubo un conocido ateniense que se llamó Perikleys (Pericles), lo cual significa ilustre, etc. pero no en el grado superlativo.

(c) Queda perfectamente claro de la descripción del cuarto evangelio, que Periklyto es una persona definida, un espíritu creado, quien vendrá y habitará en un cuerpo humano para cumplir y lograr las obras prodigiosas asignadas a él por Dios, las que ningún otro hombre, incluyendo Moisés, Jesús y cualquier otro profeta ha logrado nunca.

Por supuesto, no negamos que los discípulos de Jesús recibieron el Espíritu de Dios, que los verdaderos conversos a la fe de Jesús estaban santificados con el Espíritu Santo y que hubo numerosos cristianos unitaristas que llevaron una vida santa y justa. El día de Pentecostés—es decir, diez días después de la ascensión de Jesús— el Espíritu de Dios descendió sobre los discípulos y otros creyentes, cuyo número era de 120 personas, en la forma de lenguas de fuego (Hechos 2). Y este número, que había recibido el Espíritu Santo en la forma de 120 lenguas de fuego, aumentó a 3000 almas que fueron bautizadas pero no fueron visitadas por las llamas del Espíritu. Seguramente el Espíritu Santo no se puede dividir en seis veintenas de individuos. Por el Espíritu Santo, en vez de describirlo detenidamente como una personalidad podemos entender un poder, gracia, don, acción e inspiración de Dios. Jesús ha prometido este don y poder celestial para santificar, enaltecer, fortalecer e instruir a su rebaño. Pero este Espíritu era realmente distinto del Periklyto que fue el único que cumplió el gran trabajo que ni Jesús ni sus apóstoles fueron autorizados o facultados para llevar a cabo, como veremos luego.

(d) Los primeros cristianos, en los siglos primero y segundo, se apoyaron más en las tradiciones que en los escritos en lo que respecta a la nueva religión. Papías y otros pertenecen a esta categoría. Incluso en el corto periodo de vida de los apóstoles, distintas sectas, pseudocristos, anticristos y falsos maestros desgarraron la iglesia por su base (1Juan 2:18-26, 2Tesal. 2:1-12, 1Tim 4:1-13, 2Tim. 3:1-13; 2Pedro 2:1, etc.) Los «creyentes» son aconsejados y exhortados a aferrarse y cumplir con la tradición, es decir, la enseñanza oral de los apóstoles. Esas llamadas sectas «herejes», como los gnósticos, apolinaristas (seguidores de las ideas del obispo Apolinario), docetistas y otros, parecían no tener ninguna fe en los cuentos, leyendas y extravagantes puntos de vista acerca del sacrificio y la redención de Jesús como estaban contenidos en muchos escritos fabulosos como nos lo relata Lucas (1:1-4). Uno de los herejes de cierta secta, cuyo nombre ha escapado a mi memoria, asumió el nombre de «Perikleitos», pretendiendo ser el profeta «más alabado» pronosticado por Cristo, y tuvo muchos seguidores. Si hubiera habido un evangelio auténtico y único autorizado por Jesús o por *todos* los apóstoles no hubieran existido ninguna de estas sectas tan numerosas, todas opuestas a los libros contenidos o no en el actual Nuevo Testamento. Podemos inferir con seguridad de las acciones del pseudo-Periklyto que los primeros cristianos consideraban que el «Espíritu de Verdad» prometido era una persona y el último Profeta de Dios.

3. No existe la menor duda de que por «Periklyto» se entiende Muhammad, es decir, Ahmad. Los dos nombres, uno en griego y el otro en árabe, tienen precisamente el mismo significado, y ambos significan el «más ilustre y alabado», así como «pneuma» y «ruh» significan «espíritu» en ambos idiomas (con el sentido de «soplo»). Hemos visto que la traducción de la palabra como «consonante» o «abogado» es absolutamente insostenible y equivocada. La forma compuesta de Parakalon se deriva del verbo compuesto del prefijo Parakalo, pero el Periklyto se deriva del Perí-kluop. La diferencia es del todo clara. Examinemos entonces los rasgos del Periklyto que solamente se pueden encontrar en Ahmad o Muhammad.

(a) Solamente Muhammad reveló toda la verdad acerca de Dios, Su Unidad, Su religión, y corrigió los malvados libelos y calumnias escritas y creídas contra Dios y muchos de Sus santos siervos.

Se informa que Jesús ha dicho acerca del periklyto que es «el Espíritu de Verdad», que «dará testimonio» respecto a la verdadera naturaleza de Jesús y su misión (Juan 14:17; 16:26). En sus discursos y oraciones Jesús habla de la preexistencia de su propio espíritu (Juan 8:58, 17:5, etc.) En el evangelio de Bernabé se informa que Jesús ha hablado a menudo de la gloria y el esplendor del espíritu de Muhammad, a quien había visto. No hay ninguna duda de que el espíritu del último Mensajero de Dios fue creado mucho antes que Adán ⁽²⁾. Por lo tanto Jesús, hablando acerca de él, declararía y lo describiría naturalmente como «el Espíritu de Verdad». Fue este Espíritu de Verdad el que reprendió a los cristianos por dividir la Unidad de Dios en una trinidad de personas, por

haber elevado a Jesús a la dignidad de Dios y de hijo de Dios, y por haber inventado todo tipo de supersticiones e innovaciones. Fue este Espíritu de Verdad el que expuso el fraude de judíos y cristianos por haber corrompido sus escrituras, el que condenó a los primeros por sus libelos contra la castidad de la Virgen bendita y contra el nacimiento de su hijo Jesús. Fue este Espíritu de Verdad el que demostró la primogenitura de Ismael, la inocencia de Lot, Salomón y muchos otros profetas de la antigüedad y limpio sus nombres de las manchas y la infamia arrojadas sobre ellos por los judíos falsarios. Fue este Espíritu de Verdad, también, el que dio testimonio acerca del verdadero Jesús, hombre, profeta y siervo de Dios y que ha hecho absolutamente imposible para los musulmanes el convertirse en idólatras, hechiceros y creyentes en otra cosa que no sea únicamente Al.lah.

(b) Entre los principales signos del Periklyto, «el Espíritu de Verdad», cuando el viene en la persona del «Hijo del hombre» —Ahmad— es que «el corrigió al mundo por pecar» (Juan 16:8-9). Ningún otro siervo de Allah, ya sea un rey-profeta como David o Salomón, o un Mensajero de Dios como Abraham y Moisés ejerció esta corrección por pecar hasta el fin, con resolución, fervor y coraje, como lo hizo Muhammad. Cada rompimiento de la ley es un pecado, pero la idolatría es la madre y la fuente del pecado. Pecamos contra Dios cuando amamos cualquier otra cosa además de Dios o más que Dios, porque eso es idolatría, adherir al mal y negar el bien, en resumen, pecado en su sentido más amplio. Todos los hombres de Dios castigaron a sus pueblos vecinos por pecar, pero jamás nadie castigó al *mundo* como lo hizo Muhammad. El no solamente extrajo de raíz la idolatría de la península arábiga mientras vivía, sino que también envió a Parvis (el Sha de Persia en su época) ya Heraclio (el César de Bizancio), los soberanos de los dos imperios más grandes, el persa y el romano, y al rey de Etiopía, al gobernador de Egipto y varios otros reyes y príncipes, sendos mensajes invitándolos a abrazar la religión del Islam y a abandonar la idolatría y la fe falsa. La corrección por medio de Muhammad comenzó con la comunicación de la Palabra de Dios como la recibió, es decir, recitando los versículos del Corán, Después predicando, enseñando y practicando la religión verdadera. Pero cuando el poder de las tinieblas, de la idolatría, se le opuso con armas, extrajo la espada y castigó al enemigo incrédulo. Esto fue en cumplimiento del decreto de Dios (Daniel 7). Muhammad fue facultado por Dios con poder y dominio para establecer el Reino de Dios y convertirse en el primer Príncipe y Comandante en jefe bajo la dirección del «Rey de reyes y Señor de señores».

c) El otro rasgo característico de las hazañas del Periklyto —Ahmad— es que censurará al mundo de justicia y juicio (Juan 16:8). La interpretación que hace Juan en 16:10 «de justicia por cuanto voy al Padre» puesto en boca de Jesús es oscura y ambigua. El retorno de Jesús a Dios es dado como una de las razones para la corrección del mundo por medio de la venida del Periklyto. ¿Cómo es esto? ¿Y quién corrigió al mundo de ese modo? Los judíos creían que habían crucificado y matado a Jesús y no creían que hubiera sido elevado al cielo. Fue

Muhammad quien los castigó y corrigió severamente por su infidelidad. «Y por haber dicho (los judíos): "Hemos dado muerte al Mesías, Jesús, el hijo de María, el enviado de Dios", cuando en realidad no es cierto que le mataran ni le crucificaran, sino que se les simuló... pero en realidad no le mataron, sino que Dios le ascendió hasta Él, porque Dios es Todopoderoso, Sapientísimo». (4:157-158). La misma corrección está dirigida a los cristianos que creían y aún creen que Jesús fue realmente crucificado y muerto sobre la cruz e imaginan que es Dios o hijo de Dios. **Diversos creyentes en Jesús de los principios de la cristiandad negaron que Cristo sufriera sobre la cruz, y sostenían que otro de sus seguidores, Judas Iscariote u otro muy parecido a él, fue capturado y crucificado en sulugar.** Los basilidianos ⁽³⁾, corpocratianos, coríntianos y muchos otros grupos sostenía estos puntos de vista. Ya he discutido esta cuestión de la crucifixión en mi trabajo titulado «El Evangelio y la cruz», del cual sólo fue publicado un volumen en Turquía antes de la gran guerra (la primera guerra mundial). Dedicaré un artículo a esta materia. La justicia hecha a Jesús por Ahmad consistió en que con toda autoridad declaró que era «Ruhu-1-Lah», el Espíritu de Dios, que no fue crucificado y muerto y que era un ser humano, aunque un santo y querido mensajero de Dios. Esto fue lo que Jesús entendía por justicia respecto a su persona, misión y elevación al cielo y esto fue realmente lo realizado por el Mensajero de Al.lah,

(d) El signo o rasgo más importante del Periklyto es que corregiría el mundo en atención al Juicio «porque el príncipe de este mundo está para ser juzgado» (Juan 16:11) ⁽⁴⁾, El rey o príncipe de este mundo era Satanás (Juan 12:31; 14:30), porque el mundo estaba sujeto a él. Debo llevar la atención de mis amables lectores al libro de Daniel escrito en arameo o dialecto babilonio. Allí se ilustra que los «tronos» (kursawan) y el «Juicio» (dina) fueron expuestos y los «libros» (siphirin) fueron abiertos. La palabra «dinu» en árabe, al igual que el arameo «dina», significa «juicio», pero se usa generalmente con el sentido de religión. Que el Corán haga uso de la «Dina» de Daniel como una expresión de juicio y religión es más que significativo. En mi humilde opinión esto es un signo directo y evidencia de la verdad revelada por el mismo Espíritu Santo o Gabriel, a Daniel, Jesús y Muhammad. Muhammad no podía falsear o fabricar esto aunque fuese un filósofo tan erudito como Aristóteles. El juicio descrito con toda su majestad y gloria fue establecido para juzgar a Satanás bajo la forma de la temible cuarta bestia, por el Juez Supremo, el Eterno. Fue entonces que alguien apareció «como un hijo del hombre» (kbar inish) o «barnasha», quien fue presentado al Todopoderoso, siendo investido con poder, honor y reino (dominio, gloria y reino) eterno, y elegido para matar la bestia y establecer el Reino del Pueblo de los Santos del Altísimo.

No fue Jesús a quien se eligió para destruir la Bestia. El se abstuvo de las cuestiones políticas, pago y tributo al César y se hizo a un lado cuando lo quisieron coronar como rey, Jesús declara claramente que el jefe de este mundo está viniendo, porque el Periklyto sacará de raíz el abominable culto de la idolatría. Todo esto fue realizado por Muhammad en unos pocos años. El Islam

es reino y juicio, o religión. Tiene el Libro de la Ley, el Sagrado Corán. Tiene a Dios como su Juez y Rey Supremo y a Muhammad como su héroe victorioso con bienaventuranza y gloria eterna.

(e) El último rasgo del Peryklyte, pero no el menor, es que «no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber cosas que habrán de venir» (Juan 16:13). En el Corán no hay una letra, una simple palabra o comentario propio de Muhammad o de sus devotos y santos compañeros. Todo su contenido está compuesto por las Palabras de Al.lah reveladas. Muhammad expresó, pronunció y transmitió las Palabras de Dios como *él las escuchó*, leídas por el ángel Gabriel, las que solamente fueron escritas por los fieles escribas. Las palabras, dichos y enseñanzas del Profeta, aunque sagradas y edificantes, no son la Palabra de Dios y son llamados *hadices* o tradiciones. ¿No es Muhammad, incluso en esta descripción, el verdadero Periklyto? ¿Puede alguien señalarnos otra persona, además de Ahmad, que posea todas estas cualidades, signos y distinciones, materiales, morales, y prácticas anunciadas para el Periklyto? *No se puede.*

Pienso que he hablado suficiente sobre el Periklyto, por lo que concluiré con un sagrado versículo del Corán: «No hago más que seguir lo que se me ha revelado. Yo no soy más que un advertidor que habla claro.» (46:9)

[1] *El autor se refiere aquí a la intercesión mediante la súplica en este mundo, es decir abogar por alguien, por su perdón, para su provisión o para que sea salvado del extravío. El Profeta pidió en sus súplicas lo mejor para todos los miembros de su comunidad, pero Al.lah conoce mejor lo que destina a Sus siervos. En cuanto al otro mundo, es sabido que el Profeta Muhammad (BPD) intercederá de manera universal por sus seguidores, pero esto acontecerá en el Día del Juicio. (Nota del Editor en español)*

[2] *Se refiere a la Realidad Profética de Muhammad, como la primera y más perfecta criatura, como ya mencionamos en otra nota. (Nota del Editor en español)*

[3] *Los basilidianos, que se desarrollaron hacia principios del siglo II, sostenían efectivamente que Jesús no había muerto en la cruz, pues su cuerpo era inmaterial, sino que había sido reemplazado por otro. Simón Cireneo. (Nota del Editor en español)*

[4] *La versión castellana de las Sociedades Bíblicas dice: «Por cuanto el príncipe de este mundo ha sido juzgado», y la Biblia Latinoamericana dice: «...el amor de este mundo que ha sido juzgado», pero agrega al pie a modo de aclaración: «Porque el soberano de este mundo está condenado», como si esta fuera la traducción literal, Y luego como explicación de los editores dice: "Jesús al pasar brevemente entre echar fuera a los malos: si bien no desapareció si mal, el mundo ya no está bajo el poder del Maligno. Pero esa victoria de Cristo no les parece tal a los apóstoles en el momento de la muerte de Jesús; piensan más bien que el Maestro ha fracasado. Sin embargo, el Espíritu Santo,*

impulsará a hombre de fe, a mártires» a profetas y por medio de ellos transformará el mundo. De esta manera hará justicia fel Espíritu Santo) al Salvador aparentemente vencido». (Nota del Editor)nosotros, llevó a efecto el Juicio que los judíos esperaban para

IX. «EL HIJO DEL HOMBRE», ¿QUIEN ES?

El Sagrado Coran nos presenta al verdadero Jesús como el «hijo de María», y el evangelio, también» nos lo presenta como el hijo de María, pero ese evangelio que fue escrito sobre el puro corazón del Cristo y comunicado a sus discípulos y seguidores oralmente, ¡ay!, fue rápidamente adulterado con un montón de mitos y leyendas. «**El hijo de María**» se vuelve el «**hijo de José**», con hermanos y hermanas (Mateo 13:55, 56, Marcos 6:3 y 3:31. Lucas 2:48, 8:19-21, Juan 2:12, 7:3, 7:5, Hechos 1:14, ICor. 8:5, Gal. 1:9, Judas 1:1). Después se vuelve «**el hijo de David**» (Mateo 22:42, Marcos 12:35, Lucas 20:41, Mateo 20:30. 9:27, 21:9, Hechos 13:22-23. Apoc. 5:5, Rom. 15:12, Hebreos 7:14) etc., «**el hijo del hombre**» (apelativo usado alrededor de 80 veces en los discursos de Jesús), «**el hijo de Dios**» (Mateo 14:33, 16:16. Juan 11:27, Hechos 9:20, 1 Juan 4:15, 5:5 Hebreos 1:1, 1:5, etc.), «**el hijo**» solamente (Juan 5:19-21, 23:24, 5:26, etc., y en la fórmula bautismal, Mateo 28:19, etc.), «**el Cristo**» (Mateo 16:16 y con frecuencia en las epístolas) y «**el cordero**» (Juan 1:29, 1:36, y a menudo en el Apocalipsis).

Hace muchos años visité una vez el Exeter Hall en Londres. Entonces era sacerdote católico; *volens nolens* fui conducido al Hall donde un joven médico empezaba a predicar en una reunión de la Asociación de Jóvenes Cristianos. «Repito lo que he dicho a menudo», exclamaba el doctor, «Jesús debe ser lo que asegura ser en el evangelio o debe ser el más grande impostor del mundo nunca visto». Nunca me olvidé de esta expresión dogmática. Lo que quería decir es que Jesús o era el Hijo de Dios o era el Impostor más grande. Si se acepta la primera hipótesis se es cristiano, trinitario. Si se acepta la segunda, entonces se es un judío incrédulo. Pero quienes no aceptamos ninguna de las dos proposiciones somos naturalmente musulmanes unitaristas. Los musulmanes no podemos aceptar ninguno de los dos títulos dados a Jesús en el sentido que las iglesias y sus escrituras poco confiables pretenden adjudicarles. No sólo el es «el hijo de Dios» o «el hijo del hombre» porque, si está permitido llamar a Dios «Padre», entonces no sólo Jesús sino cualquier Profeta y creyente justo es en particular un «hijo de Dios». De la misma manera, si Jesús fuese realmente el hijo de José el carpintero y tuvo cuatro hermanos y varias hermanas casadas como pretenden los evangelios, ¿por qué entonces solamente él asumiría esta extraña apelación de «el hijo del hombre» que es común a cualquier ser humano?

Parecería que estos sacerdotes y pastores, teólogos y apologistas cristianos, tienen una peculiar lógica propia para razonar y una propensión especial para los misterios y absurdos. Su lógica no sabe de punto y grado medio, de diferencia de términos y de idea definida alguna de los títulos y nombres que usan. Tienen un gusto envidiable por las expresiones irreconciliables y contradictorias que solamente pueden tragarse como huevos duros. Pueden creer, sin la menor vacilación, que María era tanto virgen como esposa, que

José era su marido, que Jacobo, José, Simón y Judas eran tanto primos de Jesús como sus hermanos, que Jesús es Dios perfecto y hombre perfecto, y que «el hijo de Dios», «el hijo del hombre», «el cordero» y «el hijo de David», son todos una y la misma persona!! Se autoalimentan con doctrinas heterogéneas y opuestas, que es lo que representan estos términos, con tanta ansiedad y apetito como el que sienten por la panceta y los huevos del desayuno. Nunca se detienen a pensar y ponderar el objeto que adoran. Adoran el crucifijo y al Todopoderoso como si estuviesen besando el puñal ensangrentado del asesino de su hermano en presencia de su padre!

No creo siquiera que haya un cristiano en un millón que realmente tenga una idea precisa o un conocimiento definido acerca del origen y el verdadero significado del término «el hijo del hombre». Todas las iglesias y sus comentaristas sin excepción dirán que «el hijo de Dios» asumió el nombre de «el hijo del hombre» o «barnasha» debido a su humildad y mansedumbre, sabiéndose que nunca las escrituras apocalípticas, en las que creían Jesús y sus discípulos de alma y corazón, profetizaron un «hijo del hombre» que sería manso, humilde, que no tendría nunca donde apoyar su cabeza y que sería entregado en las manos de los malvados y muerto; sino un hombre fuerte con un poder y vigor tremendo para destruir y dispersar los pájaros de rapiña y las feroces bestias que estaban destrozando y devorando las ovejas y corderos. Los judíos que oyeron a Jesús hablar de «el hijo del hombre» comprendieron perfectamente a quien aludía. Jesús no inventó el nombre «barnasha», pero lo tomó prestado de las escrituras apocalípticas judías: el Libro de Enoch, los Libros sibilinos, la Asunción de Moisés, el Libro de Daniel, etc. Examinemos el origen de este título «barnasha» o «hijo del hombre».

1. «El hijo del hombre» es el último profeta, quien establece el «Reino de Paz» y salva al pueblo de Dios de las persecuciones y esclavitud bajo las fuerzas idólatras de Satanás. El título «barnasha» es una expresión simbólica para distinguir al salvador del pueblo de Dios, a quien se representa como «las ovejas», de los otros pueblos de idólatras de la tierra quienes se representan bajo distintas especies de pájaros de rapiña, bestias feroces y animales inmundos. El Profeta Ezequiel casi siempre es tratado por Dios como «Ben Adam», es decir, «el hijo del hombre» (o de Adán), en el sentido de ovejero de las ovejas de Israel. Este profeta también tiene partes apocalípticas en su libro, en la primera visión con la que comienza su libro profético ve además del trono de zafiro del Eterno, la aparición del «hijo del hombre» (Ezequiel 1:26). Este «hijo del hombre» que es repetidamente mencionado como estando siempre en presencia de Dios y sobre los querubines, no es el propio Ezequiel (Ez. 10:2). Es el «barnasha» profetice, el Último Profeta, quien fue elegido para salvar al pueblo de Dios de las garras de los incrédulos *aquí en esta tierra y no en cualquier parte!*

(a) «El hijo del hombre» según el Apocalipsis de Enoch. No cabe ninguna duda que Jesús estaba muy familiarizado con el Apocalipsis de Enoch, que se cree

calaba por el séptimo patriarcadesde Adán. Porque Judas, «el hermano de Jacobo» y el «siervo de Jesús», que es el hermano de Jesús (Cfr. Mateo 13:55), cree que Enoch era el real autor del trabajo que lleva su nombre (Cfr. Judas 1:14). Existen algunos fragmentos dispersos de este maravilloso Apocalipsis, preservados en las citas de los escritos de los primeros cristianos. El libro se perdió mucho antes de Fotius. Fue solamente alrededor de comienzos del siglo pasado que este importante trabajo se encontró en el canon de las escrituras pertenecientes a la iglesia de Abisinia y fue traducido del idioma etíope al alemán por el Dr. Dillmann, con notas y educaciones (y también traducido al inglés por un obispo irlandés, Laurence). La obra está dividida en cinco partes o libros y el conjunto contiene 110 capítulos de diversas longitudes. El autor describe la caída de los ángeles, su comercio ilícito con las hijas de los hombres, loque da nacimiento a una raza de gigantes que inventa todo tipo de artificios y conocimientos dañinos. Luego el mal y el vicio aumentan hasta el punto de que el Todopoderoso les castiga a todos con el diluvio. También se realizan sus dos viajes a los ciclos y de una parte a otra de la tierra, siendo guiado por ángeles buenos y los misterios y maravillas que vio. En la segunda parte, que es una descripción del Reino de Paz, «el hijo del hombre» agarra a los reyes en medio de una vida voluptuosa y los precipita al Infierno (Enoch 46: 4-8). Pero este segundo libro no pertenece al autory seguramente está muy corrompido por manos cristianas. El tercer libro (o parte) contiene algunas revelaciones astronómicas y nociones físicas bástame curiosas. La cuarta parte presenta una visión apocalíptica de la raza humana desde el comienzo a los días del Islam al cual el autor denomina los tiempos «mesiánicos» en dos parábolas o alegorías simbólicas. Un loro blanco salde de la tierra. Después se le une una vaca blanca y dan nacimiento a dos crías: una negra, la otra roja. El toro negro golpea y aparta al rojo, y después cubre a una vaca y nacen varias crías de color negro, hasta que la madre abandona al toro negro en búsqueda del rojo, y como no lo encuentra, berrea y chilla sonoramente, apareciendo entonces un tororojo y empiezan a propagar la especie. Por supuesto, esta parábola transparente simboliza a Adán, Eva, Caín, Abel y Seth, etc., hasta Jacob (Israel), cuya descendencia está representada como un «rebaño de ovejas, –como el pueblo elegido de Israel–, pero el nacimiento de su hermanoEsaú, es decir, los edomitas, se describe como una piara de jabalíes. En esta segunda parábola el rebaño de ovejas es frecuentemente acosado, atacado, dispersado y descuartizado por las bestias y aves de rapiña hasta que llegamos al llamadotiempo mesiánico, cuando el rebaño de ovejas es atacado nueva y fieramente por cuervos y otros animales carnívoros, pero un galante «carnero» resiste con gran coraje y valor. Es entonces que «el hijo del hombre», que es el real amo o propietario del rebaño, avanza para liberarlo.

Un estudioso no musulmán no puede explicar nunca la visión de un «sufí» o vidente. Reducirían –como hacen todos ellos– la visión a Antíoco Epífanés y a los macabeos a mediados del siglo II a. C., cuando el liberador viene con un enorme garrote o cetro y golpea a derecha e izquierda sobre pájaros y bestias haciendo una gran carnicería entre ellos, la tierra abre su boca, los traga, y el

resto huye. Entonces son distribuidas espadas entre las ovejas y un toro blanco las conduce en perfecta paz y seguridad.

En cuanto al quinto libro, contiene exhortaciones morales y religiosas. El conjunto del trabajo en su forma actual exhibe indicios que señalan que fue compuesto alrededor del año 110d.C. en el dialecto arameo original por un palestino judío. Al menos tal es la opinión de la Enciclopedia Francesa.

Solamente el Corán menciona a Enoch bajo el sobrenombre de «Ildris», la forma árabe del «Drisha» arameo,, «Ildris» y «Drisha» significan «un hombre de gran erudición», «un estudioso», derivando de «darash» (en árabe «darasa», estudiar). El texto coránico dice; **«Y recuerda en la Escritura a Idris (Enoch). Fue veraz, profeta. Le elevamos a un lugar eminente».** (19:56). Los comentaristas musulmanes, Al-Baydhawi y Yalaluddin, parecen saber que Enoch había estudiado astronomía, física, aritmética y que fue el primero que escribió con la pluma (e.d.: enseñó el arte de la escritura) y que «Ildris» significa un hombre de mucho conocimiento, mostrando así que el Apocalipsis de Enoch no había sido perdido en su tiempo.

Después del cierre del Canon de las escrituras hebreas alrededor del siglo IV a.C. por los «miembros de la gran sinagoga», establecido por Ezra y Nehemías, todas las otras literaturas sagradas o religiosas, fuera de las incluidas dentro del Canon, fueron llamadas apócrifas y excluidas de la Biblia hebrea por una asamblea de judíos piadosos y estudiosos, el último de los cuales fue el conocido «Simón el justo», quien murió en el año 310 a.C. Entre esos libros apócrifos están ahora incluidos el Apocalipsis de Enoch, Baruch, Moisés, Ezra y los sibilinos, escritos en diferentes épocas entre el tiempo de los macabeos y la época posterior a la destrucción de Jerusalén por Tito. Parece que estaba «de moda» entre los sabios judíos componer literatura religiosa y apocalíptica bajo el nombre de algunos famosos personajes de la antigüedad. El Apocalipsis del Nuevo Testamento que lleva el nombre de Juan el divino no es una excepción a este antiguo hábito judío-cristiano. Si «Judas el hermano del Señor» podía creer que «Enoch, el séptimo desde Adán» (Judas 1:14) era realmente el autor de 110 capítulos bajo ese nombre, no debe asombrarnos que Justino el mártir, Papías y Eusebio creyesen en la paternidad literaria de Mateo y Juan.

De todos modos mi objetivo no es criticar la paternidad literaria o extenderme sobre estas revelaciones enigmáticas y misteriosas que fueron compiladas bajo las circunstancias más afligentes y penosas en la historia del pueblo judío, sino dar una explicación del origen de este sobrenombre «el hijo del hombre» y derramar alguna luz sobre su verdadero significado. También el Libro de Enoch, al igual que el Apocalipsis de las iglesias y los evangelios, habla de la venida de «el hijo del hombre» para librar al pueblo de Dios de sus enemigos y confunde esta visión con el Juicio Final.

b) El Apocalipsis sibilino, que fue compuesto después del último colapso de Jerusalén por los ejércitos romanos, dice que «el hijo del hombre» aparecerá y destruirá el imperio romano y liberará a los creyentes en Dios Uno. Este libro me escrito, como mínimo, ochenta años después de Jesús.

(c) Ya hemos hecho una exposición de «el hijo del hombre» cuando discutimos la visión de Daniel, donde es presentado al Todopoderoso e investido con poder para destruir la bestia romana. También las visiones en la «Ascensión de Moisés», del Libro de Baruch (o Barukh), son mas o menos similares en sus visiones y expectativas a las descritas en los «Apocalipsis» antes mencionados: todos describen unánimemente al libertador del pueblo de Dios como el «bamasha» o «hijo del hombre», para distinguirlo del «monstruo», porque el primero es creado a imagen de Dios y el segundo transformado en la imagen de Satanás.

2. El «hijo del hombre» apocalíptico no podía ser Jesús. Este sobrenombre «hijo del hombre», es absolutamente inaplicable al hijo de María. Todas las pretensiones de los llamados «evangelios», que hace al «carnero» de Nazaret «agarrar a los reyes en medio de sus vidas voluptuosas y arrojarlos al Infierno» (Enoch 46:4-8), carecen de toda pizca de autenticidad, y la distancia que le separan de «el hijo del hombre» marchando con las legiones de ángeles sobre las nubes hacia el Trono del Eterno es mayor que la que existe de la Tierra a Júpiter. Puede ser un «hijo de hombre» y un «Mesías», como lo fue todo alto sacerdote, profeta o rey judío, pero *no fue* el «hijo del hombre» ni el «Mesías» que pronosticaron los profetas y Apocalipsis hebreos. Y los judíos estaban perfectamente en lo justo negándole ese título y oficio. Ciertamente estuvieron errados al negarle su profecía, y fue criminal derramar su sangre inocente, como creen ellos y los cristianos ⁽¹⁾. «La Asamblea de la Gran Sinagoga», después de la muerte de Simeón el justo el año 310 a.C. fue reemplazada por el Sanhedrín cuyo presidente tuvo el nombre de «Nassi» o príncipe. Es asombroso que el «Nassi» que aprobó el juicio contra Jesús diciendo: «Es preferible que muera un hombre antes que toda la nación perezca» (Juan 11:50), haya sido un profeta (Juan 11:51)! Si era un profeta, ¿cómo no reconoció la misión profética o el carácter mesiánico del «Mesías»?

Aquí están entonces, las razones principales por las que Jesús no era «el hijo del hombre» ni el Mesías apocalíptico:

(a) Un mensajero de Dios no es comisionado para profetizar acerca de él mismo como un personaje de una época futura o su propia reencarnación, presentándose así como el héroe de un gran drama del mundo en el futuro. Jacob profetizó acerca del «Mensajero de Al.lah» (Génesis 49:10), Moisés acerca de un profeta que vendría después de él con la Ley, exhortando a Israel a obedecerle (Deut. 18:15), Hageo profetizó a Ahmatl (Hageo 2:7), Malaquías predijo la venida del «Mensajero del Pacto» y de Elías (Mal. 3:1, 4:5), pero ninguno de los profetas nunca profetizó acerca de su segunda venida al mundo.

Lo que es extremadamente anormal en el caso de Jesús es que se pretendió identificarlo con «el hijo del hombre», no obstante no realizar en el mínimo grado el trabajo que se esperaba cumpliera Él según lo profetizado para tal personaje. Declarar a los judíos bajo el dominio de Pilato que él era «el hijo del hombre» y después pagar tributo al César» y confesar que «el hijo del hombre no tiene donde apoyar su cabeza», y luego posponer la liberación del pueblo del yugo romano para un futuro indefinido, era prácticamente burlarse de su pueblo. Y quienes ponen todas estas incoherencias en boca de Jesús lo único que logran es mostrarse como estúpidos.

(b) Jesús sabía mejor que nadie en Israel quiénera «el hijo del hombre» y cuál era su misión. Este iba a desterrar a los reyes disolutos y arrojarlos al fuego del Infierno. Las «Revelaciones de Baruch», y la de Ezra –el cuarto libro de Ezra en la Vulgata– hablan de la aparición del «hijo del hombre» que establecerá el poderoso Reino de Paz sobre las ruinas del imperio romano. Todas estas revelaciones apócrifas muestran el planteamiento de los judíos acerca de la venida del último gran libertador a quien llamaban «el hijo del hombre» y «el Mesías». Jesús no podía ser inconsciente de esta literatura y la ardiente expectativa de su pueblo, o desconocerla. No podía asumir cualquiera de estos dos títulos para él en el sentido que el Sanhedrin –ese tribunal supremo de Jerusalén– y el judaísmo les daba, porque él no era «el hijo del **hombre**» y «el Mesías», porque él no tenía ningún programa político y ningún proyecto social y porque él era el precursor del «hijo del hombre» y del «mesías» –el Adón, el Profeta conquistador, el consagrado y coronado sultán de los Profetas–.

(c) Un examen crítico del sobrenombre «hijo de] hombre» lleva y tiene que llevar a la única conclusión de que Jesús nunca se lo apropió para él. Y en realidad usa a menudo el título en tercera persona. Unos pocos ejemplos serán suficientes para convencernos que Jesús lo aplicó a algún otro que iba a aparecer en el futuro.

(i) Un escriba, que es un hombre instruido, dice: «Te seguiré adonde quiera que vayas». Jesús le respondió «Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos, más el hijo del hombre no tiene donde recostar su cabeza» (Mateo 8:20). En el versículo siguiente niega a uno de sus seguidores el permiso para ir a enterrar a su padre. No encontrarán ni a un solo santo, sacerdote o comentarista que se haya hecho problemas para descubrir el muy simple sentido envuelto en el rechazo de Jesús a permitir a ese escriba erudito seguirlo. Si tenía lugar para trece personas, ciertamente podría proveer lugar a una mas también. Además podía registrarlo entre los setenta adherentes que tenía (Lucas 10:1). El escriba en cuestión no era un pescador ignorante como los hijos de Zebedeo y de Juan. Era un erudito y un hombre de leyes capacitado. No hay razón para sospechar de su sinceridad. Creía que Jesús era el Mesías anunciado, el hijo del hombre, que en cualquier momento podría reunir sus legiones celestiales y subir al trono de su ancestro David, Jesús percibió la idea equivocada del escriba y le hizo entender simplemente que quien no disponía de dos yardas cuadradas de tierra

donde apoyar su cabeza naturalmente ¡no podía ser el hijo del hombre! No fue rudo con el escriba sino que benevolentemente le ahorró perder el tiempo detrás de una esperanza fútil.

(ii) Se informa que Jesús ha declarado que el hijo del hombre «separará las ovejas de los cabritos» (Mateo 25:31-34). Las «ovejas» simbolizan a los creyentes israelitas que entrarán al Reino, pero los «cabritos» denotan a los judíos incrédulos que se han juntado con los enemigos de la religión verdadera y en consecuencia son condenados a la perdición. Fue esto lo que prácticamente predijo el Apocalipsis de Enoch acerca del hijo del hombre. Jesús simplemente confirmó la revelación de Enoch y le dio un carácter divino. El mismo fue enviado a exhortar a las ovejas de Israel (Mateo 15:24) a que permanezcan fieles a Dios y esperen pacientemente la llegada del hijo del hombre, quien estaba viniendo a salvarlos de sus enemigos, pero él no era el hijo del hombre y no tenía nada que ver con la política mundial ni con las «ovejas» y «cabritos» que los habían rechazado y despreciado por igual, excepto un pequeño número de ellos que lo quería y creía en él.

(iii) Se dice que el hijo del hombre es «el Señor del día Sabbath», es decir, tenía el poder para abrogar la ley que lo hizo un día santo a diferencia del resto que eran de trabajo. Jesús fue un estricto observador del Sabbath, día que acostumbraba a atender los servicios en el Templo o en la sinagoga. Expresamente ordena a sus seguidores que nieguen que el colapso nacional y la destrucción de Jerusalén no fuese a ocurrir el día Sabbath. ¿Cómo podía entonces afirmar Jesús que era el hijo del hombre, el Señor del día Sabbath, en tanto estaba obligado a observarlo y guardarlo igual que todo judío? ¿Cómo podía aventurarse a afirmar ese soberbio título y después predecir la destrucción del Templo y de la ciudad capital?

Estos y muchos otros ejemplos muestran que Jesús nunca podía apropiarse del sobrenombre de «Barnasha», aunque sí lo adscribió al último Profeta poderoso, quien realmente salvó las «ovejas», es decir, a los judíos creyentes, destruyendo o dispersando a los incrédulos entre ellos, aboliendo el Sabbath ⁽²⁾, estableciendo el Reino de Paz y prometiendo que esta religión y su reino durarían hasta el día del Juicio final.

En nuestro próximo capítulo pondremos nuestra atención en hallar todos los signos y cualidades de «el hijo del hombre» apocalíptico los cuales se encuentran literal y totalmente en el último gran Mensajero de Al.lah, con él sean la Paz y las bendiciones de Dios.

[1] Jesús, con él sea la Paz, es mencionado reiteradas veces como el Mesías en el Sagrado Corán, y este titulo honorífico se le aplica especialmente como Corona de los

Profetas de Israel. El no es simplemente un "masías», es decir un ungido como Saúl, David y otros mencionados en la Biblia, como parece indicar aquí el autor, sino el Mesías prometido a Israel. Pero la labor de implantar el Reino de Dios, que Jesús viene a anunciar, quedó reservada a Muhammad, y en este sentido se deben interpretar las profecías mesiánicas que anuncian al Mesías poderoso, que se impondrá sobre los enemigos de Dios y de su pueblo, los creyentes verdaderos (que no son sólo los judíos). Los judíos no sólo no aceptaron a Jesús, el Mesías de Israel, sino que seis siglos más tarde tampoco aceptaron a Muhammad, el gran Mensajero de Dios enviado para toda la humanidad, que estaba también anunciado en sus escrituras, por lo que les cabe un castigo severísimo y la condena del Señor.

Recordemos además que en el Islam Jesús es venerado como uno de los cinco Mensajeros de Dios más importantes (los otros son Noé, Abraham, Moisés y Muhammad), y que se caracterizan por haber iniciado un ciclo o época en la transmisión del Mensajero divino. (Nota del Editor en español)

[2] La revelación coránica establece el viernes como el día sagrado y santo. A esto se refiere con la abolición del sábado. Encuanto a Jesús (P), si bien criticó la hipocresía de escribas y fariseos respecto del sábado, como lo hace igualmente el Sagrado Corán, dijo claramente «Pasarán mis palabras pero ni un ápice de la ley», y «No vine a abolir la ley y los profetas...», etc., por lo que es obvio que no pensaba cambiar la ley de Moisés y la institución del sábado. (Nota del Editor en español)

X. EL «HIJO DEL HOMBRE» APOCALÍPTICO DESIGNA A MUHAMMAD

En mis anteriores capítulos he mostrado que el «hijo del hombre» profetizado en los apocalipsis judíos no era Jesús y que éste nunca asumió ese nombre para sí, porque hubiera hecho el ridículo a los ojos de su audiencia.

Tenía solamente dos caminos a seguir: denunciar las profecías mesiánicas y las visiones apocalípticas acerca del barnasha como falsedades y leyendas, o confirmarlas y al mismo tiempo cumplimentan si es que él era ese elevado personaje, el papel de «hijo del hombre». Decir: «El hijo del hombre vino para servir y no para ser servido» (Mateo 20:28), o «El hijo del hombre será entregado a los principales sacerdotes y escribas» (Mateo 20:18), o «Vino el hijo del hombre que come y bebe (vino) con los pecadores y publícanos» (Mateo 11:19), y al mismo tiempo confesar que era un limosnero viviendo de la caridad y hospitalidad de otros, era insultar a su pueblo y a sus más santos sentimientos religiosos. Sostener que Jesús era el hijo del hombre y que había venido a salvar y recuperar a las ovejas perdidas de Israel (Mateo 18:11), pero que dejó su salvación para el Juicio Final, y que incluso entonces serán arrojados a las llamas eternas, era frustrar así todas las esperanzas de ese pueblo perseguido, que en todo el género humano tenía el honor de ser el único pueblo que profesaba la fe y la religión del Dios verdadero, era despreciar a sus profetas y Apocalipsis.

¿Podía Jesús asumir este título? ¿Eran judíos los autores de los cuatro evangelios? ¿Podía creer Jesús a conciencia que él era lo que esos evangelios espurios alegaban? ¿Podía un judío escribir a conciencia tales historias que están redactadas a propósito para desconcertar y frustrar las expectativas del pueblo? Por supuesto, no puedo más que responder por la negativa a todas estas preguntas. Ni Jesús ni sus apóstoles usarían jamás tal extravagante título entre un pueblo ya familiarizado con el legítimo propietario de ese sobrenombre. Sería igual que poner la corona del rey sobre la cabeza de su embajador, sin que éste cuente con ningún ejército que lo proclame rey. Sería simplemente una usurpación insana de los derechos y privilegios del legítimo hijo del hombre. En consecuencia, tal injustificada usurpación por parte de Jesús ¡sería equivalente a asumir el epíteto de «el seudoso hijo del hombre» y del anticristo! La sola imaginación de un acto de audacia similar por parte del santo Jesús el Cristo hace que se me revuelva todo el cuerpo. Cuanto mas leo estos evangelios más me convengo en creer que son producto –al menos en su forma y contenido actual– de autores no judíos- Estos evangelios están contrapuestos a las revelaciones judías, particularmente contrapuestos a los Libros Sibilinos- Esto solamente pudo ser hecho por cristianos griegos que no tenían ningún interés (ni conocimiento) en las afirmaciones de los hijos de Abraham. El autor de los Libros Sibilinos pone junto a los profetas judíos Enoch, Salomón, Daniel y Ezra, los nombres de los sabios griegos Hermes, Hornero, Orfeo, Pitágoras y otros,

evidentemente con el objeto de hacer propaganda a la religión judía. Estos libros fueron escritos cuando Jerusalén y el Templo estaban en ruinas, algún tiempo antes o después de la redacción del Apocalipsis de San Juan. El propósito de la Revelación Sibilina es que el hijo del hombre hebreo ⁽¹⁾ o el Mesías vendrá a destruir el poder de Roma y establecer la religión del Dios verdadero para todos los seres humanos.

Podemos dar muchos argumentos sólidos para probar que la identidad de «el hijo del hombre» corresponde solamente a Muhammad, y dividiremos esos argumentos como sigue a continuación.

ARGUMENTOS DE LOS EVANGELIOS Y DEL APOCALIPSIS

En los pasajes más coherentes y significativos del discurso de Jesús donde aparece la denominación «barnasha» o «el hijo del hombre», solamente se entiende Muhammad y solamente en Muhammad es literalmente cumplida la predicción al respecto. En algunos pasajes donde se supone que Jesús ha asumido este título para sí, el pasaje se vuelve incoherente, sin sentido y extremadamente oscuro. Tomemos por ejemplo los siguientes pasajes! «Vino el hijo del hombre que come y bebe y dicen: He aquí...» (Mateo 11:19). Juan el bautista era abstemio, se alimentaba solamente con agua, langostas y miel salvaje y decían que era demoníaco, pero «el hijo del hombre», es decir Jesús, que comía y bebía vino, ¡fue marcado como «el amigo de los públicos y pecadores»! Censurar a un profeta por su ayuno o abstinencia es un pecado de infidelidad o de gruesa ignorancia. Pero reprochar a una persona que asegura ser un Mensajero de Dios por frecuentar los banquetes de públicos y pecadores y gustarle el vino, es realmente un cargo muy serio contra la sinceridad de esa persona que pretende ser un guía espiritual de los seres humanos. ¿Podemos creer los musulmanes en la sinceridad de un religioso islámico cuando lo vemos conviviendo con bebedores y prostitutas? ¿Podrían los cristianos soportar a un sacerdote o persona de conducta parecida? Seguramente que no. Un guía espiritual puede tener relaciones con todo tipo de pecadores con el objeto de convertirlos y reformarlos, probando que él es serio, abstemio y sincero. De acuerdo a las citas mencionadas. Cristo admite que su conducta ha escandalizado a los líderes religiosos de su pueblo. Es cierto que los funcionarios de aduanas llamados «públicos» eran odiados por los judíos simplemente debido a su oficio. Se nos dijo que solamente dos «públicos» (Mateo y Zaqueo, –Mateo 9:9 y Lucas 19:1-11–), una «prostituta» y una mujer «poseída» (María Magdalena, Lucas 8:2), fueron convertidos por Jesús. Pero todos los clérigos y hombres de leyes fueron marcados con maldiciones y anatemas (Mateo 13, etc.). Todo esto se ve torpe e increíble. La idea o pensamiento de que un santo profeta tan casto y sin pecados como Jesús era aficionado al vino» que transformaba barriles de agua en un vino embriagante con el objeto de atender insensatamente a una gran cantidad de invitados ya algo bebidos en las bodas de Canaán (Juan 2) es prácticamente describirlo como un impostor o mago. Pensemos más bien en un milagro cumplido por un

taumaturgo frente a una multitud de bebedores. Describir a Jesús como un borracho glotón y amigo de lo impío, y después darle el título de «el hijo del hombre», es negar todas las revelaciones y religión judía.

En otro momento se informa que Jesús ha dicho que «el hijo del hombre ha venido para salvar lo que se había perdido» (Mateo 18:11, Lucas 9:56, 19:10, etc.). Por supuesto, el comentarista interpreta este pasaje solamente en un sentido espiritual. Bien, es la misión y oficio de todo profeta y del predicador de la religión llamar a los pecadores a arrepentirse de sus iniquidades y maldades. Admitimos que realmente Jesús fue enviado para las «ovejas perdidas de Israel», para reformarles y convertirles de sus pecados, y especialmente para enseñarles más sencillamente respecto a «el hijo del hombre» que iba a venir con el poder y la salvación para restaurar lo que estaba perdido y reconstruir lo que estaba arruinado, no para conquistar y destruir a los enemigos de los creyentes verdaderos, Jesús no podía asumir para sí el título apocalíptico de «barnasha» y luego no ser capaz de salvar a su pueblo, con la excepción de Zaqueo, una mujer samaritana y otros pocos judíos, incluyendo los apóstoles, que fueron casi todos muertos poco después de sus relatos. Lo que más probablemente dijo Jesús fue: «el hijo del hombre vendrá a buscar y salvar lo que se había perdido». Porque solamente en Muhammad encuentran los judíos, árabes y todo creyente verdadero lo que estaba irremediablemente perdido y destruido: Jerusalén y la Meca, las tierras prometidas, muchas verdades respecto de la verdadera religión, el poder y el reino de Dios, la paz y bendiciones que el Islam confiere en este mundo y en el otro.

No ocuparemos más espacio para otras citas de los numerosos pasajes en los que «el hijo del hombre» aparece como sujeto, objeto o predicado de la oración. Pero pondremos una cita más: «El hijo del hombre padecerá de ellos (será entregado a padecimiento a las manos de los hombres)» (Mateo 16:21, etc.), Y todos los pasajes donde es hecho el sujeto de pasión y muerte. Tales expresiones son puestas en boca de Jesús por algunos escritores falsarios no hebreos con el objeto de pervertir la verdad respecto a «el hijo del hombre» como es entendida y creída por los judíos, y de esa manera hacerles creer que Jesús de Nazaret era el triunfante salvador apocalíptico» aunque él solamente aparecería el Día del Juicio Final. Fue una política y una propaganda taimada de disuasión» y después de persuasión hecha a propósito para los judíos. Pero el fraude fue descubierto y puestos en evidencia los judíos cristianos pertenecientes a la Iglesia que sostenían que esos evangelios eran divinamente revelados. Porque nada puede ser más rechazable para las aspiraciones nacionales judías y para sus sentimientos religiosos, que presentarles el esperado Mesías, el gran barnasha, en la persona de Jesús a quien los principales sacerdotes y escribas condenaron a ser crucificado como un seductor. Es del todo evidente, por lo tanto, que Jesús nunca se apropió del título de «hijo del hombre», sino que lo reservó solamente para Muhammad. He aquí unos pocos argumentos.

(a) Los Apocalipsis judíos dan los títulos de «el Mesías» y «el hijo del hombre» exclusivamente al último profeta» quien combatiría con los poderes de las tinieblas, los derrotaría y luego establecería el Reino de Paz y luz sobre la tierra. De esta forma los dos títulos son sinónimos y desconocer cualquiera de ellos es desconocer totalmente la afirmación de ser el último profeta, Pero leemos en los sinópticos que Jesús negó categóricamente ser el Cristo y prohibió a sus discípulos que le declararan «el Mesías»! Se informa que Simón Pedro, en respuesta a la pregunta planteada por Jesús: «¿Quién decís vosotros que soy yo?», dijo: «El Cristo (Mesías) de Dios» (Lucas 9:20). Luego Jesús ordenó a sus discípulos no decir a nadie que él era el Cristo («Pero él ordenó que a nadie dijese esto, encargándosele rigurosamente» –Lucas 9:21–. También: Marcos 8:30, Mateo 16:20). San Marcos y San Lucas no saben nada del «poder de las llaves» dadas a Pedro, No estando allí, no se enteraron de la cuestión. Juan no ha escrito una palabra acerca de esta conversación mesiánica: probablemente la olvidó! San Mateo relata que cuando Jesús les dijo que no digan que él era el Cristo, les explicó que sería entregado y muerto. Entonces Pedro comenzó a reconvenirle y exhortarle a no repetir esas palabras acerca de su pasión y muerte. De acuerdo a esta historia de San Mateo, Pedro estaba perfectamente bien cuando dijo: «Maestro, de ninguna manera esto te acontezca». Si es cierto que la confesión de Pedro, «Tu eres el Cristo (Mesías)» agradó a Jesús, quien le confirió el título de «Sapha» o «Cepha» (piedra) a Simón (Pedro), y que después Jesús mismo declara que «el hijo del hombre» iba a sufrir la muerte ignominiosa sobre la cruz, era ni más ni menos que una abierta negación de su carácter mesiánico. Pero Jesús se volvió más categórico y regañó con indignación a Pedro diciéndole: «¡Quítate de delante de mí, Satanás!». Lo que sigue a esta aguda reprimenda son las palabras mas explícitas del Maestro» no dejando la mas pequeña duda de que él no era «el Mesías» o «el hijo del hombre». ¿Cómo reconciliar la «fe» de Pedro, recompensado con el glorioso título de «Sapha», y el poder de las llaves del cielo y del infierno, con la infidelidad» de Pedro, castigado con el oprobioso epíteto de «Satanás», en el transcurso de más o menos media hora? Se me vienen a la mente varias reflexiones que me siento obligado a poner por escrito. Si Jesús fuese «el hijo del hombre» o «el Mesías» como fue visto y profetizado por Daniel, Enoch, Ezra y los otros Profetas y teólogos judíos, habría autorizado a sus discípulos a proclamarle y aclamarle como tal, y él mismo los hubiera apoyado. El hecho es que actuó todo a la inversa. Repito, si él fuese el Mesías o el barnasha, enseguida hubiera castigado a sus enemigos aterrizándolos, y por medio de la ayuda de sus ángeles invisibles, destruido los poderes persa y romano que entonces dominaba al mundo civilizado, Pero no hizo nada de eso. O, al igual que Muhammad, habría reclutado valientes combatientes como Alí, Ornar, Jalid, etc., y no como Zebedeo y Juan que se esfumaron como espectros aterrorizados cuando la policía romana vino para arrestarlos.

Hay dos manifestaciones irreconocibles hechas por Mateo (o corrompidas por sus interpoladores), que lógicamente se destruyen una a la otra. En el lapso de minutos Pedro es «la roca de la fe», como pondera el catolicismo, y «el Satanás

de la infidelidad», como lo tratará el protestantismo. ¿Por qué? Porque cuando creyó que Jesús era el Mesías fue premiado, pero cuando rechazó admitir que su maestro no era el Mesías fue condenado. No hay dos «hijos del hombre», uno el comandante de los creyentes con la espada en la mano luchando en las guerras de Dios y arrancando de raíz la idolatría con sus reinos e imperios, y el otro un Abad de los pobres anacoretas en la cumbre del calvario. Luchando la guerra de Dios con una cruz en la mano para ser martirizado ignominiosamente por los romanos idólatras y los incrédulos pontífices y maestros judíos. El «hijo del hombre», cuyas manos fueron vistas bajo las alas de los querubines por el Profeta Ezequiel (Ex, 2) y frente al Trono del Todopoderoso por el Profeta Daniel (Dan. 7), y descrito en los otros Apocalipsis judíos, no estaba predestinado a ser clavado encima del Gólgota, sino a transformar los tronos de los reyes paganos en sus propias cruces, a transformar sus palacios en calvarios y a hacer sepulcros de sus ciudades capitales. No era Jesús sino Muhammad quien tenía el honor de llevar el título de «hijo del hombre». Los hechos son más elocuentes incluso que los Apocalipsis, y las visiones. La conquista moral y material efectuada por Muhammad, el santo Mensajero de Al.lah, sobre los enemigos de la fe, no tienen parangón.

(b) El «hijo del hombre» es llamado por Jesús «el Señor del día Sabbath» {Mateo 12:8}. En realidad esto es muy notable. La santidad del séptimo día es el tema de la ley de Moisés. Dios realizó el trabajo de la creación en seis días, y el séptimo descansó por el trabajo hecho. Hombres y mujeres, niños y esclavos, incluso los animales domésticos, reposaban de todo trabajo bajo la pena de muerte en caso contrario. El cuanto mandamiento del Decálogo ordena al pueblo de Israel: «Acuérdete del Sabbath para santificarlo» (Éxodo 20:8). Los estudiosos de la Biblia saben que allí se relata lo celoso que es Dios respecto a la estricta observancia del Día de Descanso. Antes de Moisés no había ninguna ley especial acerca de esto y los patriarcas nómades parece que no lo observaban. Es muy probable que el Sabbath judío tuvo su origen en el «Subbattu» babilonio.

El Coran repudia la concepción de la Divinidad antropomórfica de los judíos, porque es como decir que, al igual que los hombres, dios trabajó seis días, se fatigó, reposó y se durmió. El versículo sagrado del Corán dice así: «Creamos los cielos, la tierra y lo que entre ellos hay en seis días, sin sufrir cansancio» (50:38)

La idea judía acerca del Sabbath se ha vuelto demasiado materialista y engañosa. En vez de hacerlo un día de descanso confortable y agradable, lo convirtieron en un día de abstinencia y confinamiento. No está permitido cocinar, caminar o hacer ninguna obra de caridad y beneficencia. Los sacerdotes del templo preparaban el pan y ofrecían sacrificios el día del Sabbath, pero reprocharon al Profeta e Nazaret cuando curó milagrosamente a un hombre que tenía la mano paralizada (Mateo 12:10-13). Y Jesús les dijo que era el Sabbath el que estaba instituido para beneficio del nombre y no el hombre para atención

del Sabbath. En vez de hacerlo un día de adoración y luego de recreación; placido y de real reposo, lo habían convertido en un día de encierro y aburrimiento. El mínimo rompimiento de cualquier precepto respecto al séptimo día era castigado con lapidación o alguna otra pena. Y los discípulos de Jesús fueron reprochados por recoger algunos granos de trigo el día de Sabbath, a pesar de tener hambre. Es realmente evidente que Jesús no era un sabbatista y no adhería a la interpretación literal de la ordenanza draconiana respecto al Sabbath. Jesús quería actos de bondad y misericordia y no sacrificios. De todos modos, nunca pensó en abolir el Sabbath, ni podía aventurarse a hacerlo. Si se hubiese aventurado a declarar abolido ese día, a sustituirlo por el domingo, sin lugar a dudas hubiera sido abandonado por sus seguidores e instantáneamente rodeado y Lapidado. Pero él observó la Ley de Moisés, por así decirlo, formalmente, por cumplido. Sabemos de la historia judía por medio de Flavio Josefo, Eusebio y otros, que Jacobo el «hermano» de Jesús era un ebionita estricto y cabeza de los cristianos-judíos que observaban la Ley de Moisés y el Sabbath en todo su rigor. Los cristianos helenistas lo substituyeron primero por el «el Día del Señor», es decir, el domingo, pero las iglesias orientales observaron ambos días –sábado y domingo– hasta el siglo IV.

Pero si Jesús era el Señor del Sabbath, hubiera ciertamente modificado su rigurosa aplicación o lo hubiera abolido totalmente. No hizo ni una cosa ni la otra. Los judíos que lo escucharon comprendieron perfectamente bien que se refería al Mesías esperado como el Señor del Sabbath y por eso guardaban silencio. El redactor de los sinópticos, aquí como en diversas partes, ha suprimido algunas palabras de Jesús siempre que el «hijo del hombre» forma el sujeto o materia de su discurso, y esta supresión es la causa de todas las ambigüedades, contradicciones y malas interpretaciones. A menos que tomemos el Corán como nuestra guía, y al Mensajero de Al.lah como el anuncio de la Biblia, todos los intentos por encontrar la verdad y arribar a una conclusión satisfactoria terminarán fracasando. La alta crítica bíblica nos guiará hasta las puertas del sagrado santuario de la verdad, y allí se parará horrorizada de temor e incredulidad. No abre la puerta para entrar e investigar en los documentos eternos allí depositados. Toda erudición e investigación exhibida por estos críticos «imparciales», ya sean librepensadores, racionalistas o escritores indiferentes, son, después de todo, deplorablemente fríos, escépticos y desengañados. Últimamente estuve leyendo los trabajos del francés Ernest Renán, «La vida de Jesús», «San Pablo» y «El anticristo». Me asombré de la cantidad de obras, antiguas y modernas, que había examinado. Me recordó a Gibbon y otros. Pero, ¡ay!, ¿cuál es la conclusión de su inagotable estudio e investigación? ¡Cero o la negación! En el dominio de la ciencia los positivistas descubren las maravillas de la naturaleza, pero en el campo de la religión convierten a ésta en paja seca y envenenan los sentimientos religiosos de sus lectores. Si estos críticos estudiosos fuesen a tomar el espíritu del Corán como guía y a Muhammad como el cumplimiento práctico, literal y moral del Espíritu Santo, sus investigaciones no podrían ser tan inconexas y destructivas. Las personas de religión quieren una religión real y no una ideal, quieren un «hijo del

hombre» que saque su espada y marche a la cabeza de su valiente ejército para destruir a los enemigos de Dios probando con las palabras y los hechos que es el «Señor del Sabbath» abrogándolo completamente porque fue usado incorrectamente por los judíos hasta su completa distorsión, así como los cristianos distorsionaron hasta denigrarla la «paternidad» de Dios. Y fue Muhammad quien abrogó el Sabbath. Como he repetido a menudo en estas páginas, solamente podemos entender las escrituras corrompidas cuando penetramos, con la ayuda de la luz del Corán, en sus manifestaciones contradictorias y enigmáticas, y solamente entonces podemos cernirlas con el cedazo de la veracidad y separar lo genuino de lo espurio. Cuando por ejemplo, hablando sobre los sacerdotes que hacían decaer continuamente el cumplimiento del Sabbath en el templo, se relata que Jesús ha dicho: «Hay aquí alguien que es mayor que el Templo» (Mateo 12:6). Puede conjeturarse que el adverbio «aquí» no tiene ningún sentido en esta oración, a menos que lo transformemos en «allí». Porque si Jesús o cualquier otro profeta anterior a él hubiera tenido la audacia de declararse él mismo «mayor que el templo», hubiera sido instantáneamente linchado o lapidado por los judíos por blasfemo, a menos que probara ser el hijo del hombre, investido con poder y grandeza, como fue el Mensajero de Al.lah.

La abrogación del sábado por el Príncipe de los Profetas –Muhammad– está indicada en la sura o capítulo 62 del Corán llamado «La consulta». Antes de Muhammad los árabes llamaban al viernes «al-aruba», lo mismo que el «arubta» de la Pshitiha siríaca, del arameo «arabh» («puesta del sol»). Fue llamada así porque después de la puesta del sol el viernes comenzaba el día sábado. La razón dada para el carácter sagrado del sábado es que ese día Dios «descansó» de su obra de la creación. Pero como se puede entender fácilmente, la razón para la elección del viernes es de doble naturaleza. Primero, porque ese día el gran trabajo de la creación o de la formación universal de innumerables mundos, seres y cosas visibles e invisibles, planetas y microbios, se completó. Este fue el primer suceso que interrumpió la eternidad, es decir cuando el tiempo, el espacio y la materia pasaron a existir. La conmemoración* el aniversario y la santidad de tan prodigioso suceso en el día preciso en que se completó es justo, razonable e incluso necesario. La segunda razón es que ese día la adoración y oraciones son cumplidas por los creyentes comunitariamente, razón por la cual se le llama «yumu'ah», es decir, congregación o asamblea. El versículo divino al respecto caracteriza la naturaleza de nuestra obligación el viernes así: «¡Creyentes! Cuando se llame el viernes a la oración, apresuraos al recuerdo de Dios y dejad el comercio...» (62:9)

Los fieles son llamados a reunirse en el servicio divino en una casa dedicada a la adoración de Dios y a abandonar en ese momento cualquier trabajo lucrativo. Pero después de la oración comunitaria no pesa sobre ellos ninguna prohibición que les impida reasumir sus tareas habituales. Un verdadero musulmán adora a su Creador tres o cinco veces por día con oraciones y devoción.

(c) Ya hemos hecho algunas observaciones sobre el pasaje de San Mateo 18:11, donde se dice que la misión de «el hijo del Hombre» es «salvar lo que se había perdido»- Esta es otra importante predicción –aunque sin duda corrompida en la forma– acerca de Muhammad o el barnasha apocalíptico, «Lo perdido» que el barnasha buscaría y restauraría, son cosas de dos categorías: religiosa y nacional.

(i) La misión del barnasha era restaurar la pureza y universalidad de la religión de Abraham, que estaba perdida. Todos los pueblos y tribus descendientes de ese patriarca de los creyentes iba a ser llevado al seno de la «religión de paz», la cual no es otra más que la «dina dashalam» o religión del Islam. La religión de Moisés era nacional y particular, y por lo tanto, su clerecía hereditaria, sus sacrificios levíticos y rímales pomposos, sus sabbaths, jubileos y festividades y todas sus leyes y escrituras corruptas, serían abolidas y substituidas por otras nuevas con un carácter universal, vigor y durabilidad. Jesús era judío. No podía haber logrado tan gigantesco y estupendo emprendimiento porque era materialmente imposible para él hacerlo. «No penséis que he venido para abrogar la Ley o los Profetas» (Mateo 5:17) dice Jesús. Por otra parte, toda la exuberante y viciosa idolatría, a con todas sus prácticas paganas abominables, superstición y hechicería, a la que eran adictos los árabes, tenía que ser totalmente barrida y restaurada la unidad de la Divinidad y de la religión bajo la bandera del Mensajero de Al.lah con el sagrado testimonio de «Testimonio que no hay divino sino Al.lah y testimonio que Muhammad es el Mensajero de Al.lah».

(ii) Iba a ser realizada y restaurada la unificación de los pueblos descendientes de Abraham así como su fe. Y el prejuicio indiscriminado contra los pueblos no israelitas, que se encierra en las escrituras hebreas, como una de las muchas nociones corrompidas, injustificables, egoístas y. tontas, sería modificada. Los israelitas nunca honraron a los otros descendientes de su gran progenitor Abraham, y siempre mostraron su antipatía hacia los ismaelitas, edomitas y las otras tribus abrahámicas, incluso después que se volvieron los peores idólatras y paganos. El hecho de que además de Abraham e Ismael fueron circuncidados alrededor de 300 esclavos y combatientes a su servicio (Génesis 17), es un argumento concluyente contra la actitud judía hacia los pueblos con los que están emparentados. El reino de David difícilmente extendió sus fronteras más allá de lo que en el imperio Otomano abarcaban dos «Vilayets» o provincias adyacentes. Y «el hijo de David», de quien los judíos anticiparon su venida con el atributo de «el Mesías final», ¿era o no capaz de ocupar sí-quiera esas dos provincias? Y además, ¿cuándo vendría? Tenía que venir y destruir la bestia romana. Esa bestia fue mutilada y descuartizada únicamente por Muhammad. ¿A quién más se esperaba? Cuando Muhammad, el barnasha apocalíptico, fundó el Reino de Paz (Islam), la mayoría de los judíos en Arabia, Siria, Mesopotamia, etc., se dirigieron voluntariamente hacia el más grande pastor de la humanidad, quien con terribles golpes batió al «bruto» del paganismo. Muhammad fundó una fraternidad universal, cuyo núcleo por cierto es la familia

de Abraham. incluyendo entre sus miembros a los persas, turcos, chinos, negros, japoneses, indios, ingleses, etc., formando una «umtha da Shlama», es decir, ¡ la nación islámica!

(iii) Posteriormente la recuperación de las tierras prometidas, incluso las tierras de Canaán y todos los territorios desde el Nilo hasta el Eufrates y gradualmente la extensión del Reino de Allah desde el océano Pacífico a las costas orientales del Atlántico, es una cumplimentación maravillosa de todas las profecías acerca del más santo y grande de los hijos del hombre.

Considerando la estupenda obra realizada por Muhammad para el Dios Uno Verdadero, el breve tiempo empleado por él y sus valientes y devotos compañeros en su logro, y los efectos imborrables que la tarea y la religión de Muhammad han dejado en todos los reinos y pensadores de la humanidad, uno no sabe qué tributo pagar a ese profeta de Arabia, excepto verlo brillante en la gloria redoblada ante el Trono del Eterno como lo vio Daniel en su visión.

EL HIJO DEL HOMBRE SEGÚN LOS APOCALIPSIS JUDÍOS

Teniendo en cuenta lo ya discutido en estas páginas, se habrá visto que La denominación de «Barnasha» o hijo del hombre no es un título como «Mesías», que podía ser aplicado a cualquier profeta, sumo sacerdote y rey legalmente santificado» sino que es nombre propio que pertenece exclusivamente al Ultimo Pro teta. Los profetas judíos, los «sofís» y los autores de los Apocalipsis describen al hijo del hombre como quien va a venir oportunamente elegido por el Todopoderoso para librar a Israel y Jerusalén de la opresión pagana y establecer el reino permanente para el «pueblo de los santos del Altísimo». Los Profetas, los «sofís», pronostican el advenimiento del Libertador poderoso. Lo ven –solamente en una visión o revelación y en su fe– con lodo su poderío y gloria. Ningún profeta o «sofí» dijo nunca que él era el hijo del hombre, y «que vendría nuevamente el Día del Juicio para Juzgar a los vivos y a los muertos», como lo determina el credo Niceano con su pretendida autoridad respecto a los dichos de Jesús.

El frecuente uso tic la denominación en cuestión por los evangelistas, indica, con mayor claridad, su familiarización con los Apocalipsis judíos, como también una firma creencia en su autenticidad y origen divino. Es totalmente evidente que los Apocalipsis que llevan los nombres de Enoch, Moisés, Baruch y Ezra, fueron escritos mucho antes que los evangelios, y que el nombre de «barnasha» mencionado en ellos fue tomado prestado por los autores evangelistas. De otro modo su uso frecuente sería enigmático –y sin sentido– y una novedad incomprensible. Por lo tanto se deduce que Jesús, o creía ser él mismo el hombre del hombre apocalíptico, o sabía que el hijo del hombre era otra persona y no él. Si creía ser el hijo del hombre, se deduciría que él o los autores de los Apocalipsis estaban en un error, y en todo caso los argumentos van decididamente contra la idea de que era Jesús. Porque su error respecto a su

propia personalidad y misión es tan malo como las erróneas predicciones de los autores de los Apocalipsis, a quienes consideraba divinamente inspirados. Enfrentado el razonamiento con este dilema, nos conducirá a una conclusión final desfavorable para Jesús. La única manera de salvar a Jesús de este deshonor es observando como nos lo describe el Corán y en consecuencia atribuir todas las manifestaciones incoherentes y contradictorias acerca de él en los evangelios a sus autores o redactores.

Antes de discutir más esta materia, es decir, como está descrito el hijo del hombre en los Apocalipsis judíos» deben ser tenidos en cuenta cuidadosamente unos cuantos hechos. Primero, estos Apocalipsis no solamente no pertenecen al canon de la Biblia hebrea, sino que tampoco son siquiera incluidos entre los apócrifos, también llamados libros «deutero canónicos» del Antiguo Testamento. En segundo lugar, su autoría es desconocida. Llevan el nombre de Enoch, Moisés, Baruch» Ezra, pero sus autores reales o editores parecen haber conocido la destrucción final de Jerusalén y la dispersión de los judíos bajo los romanos. Estos pseudónimos no fueron elegidos con propósitos fraudulentos sino por motivos piadosos por parte de los «sofís» o profetas que los compusieron. ¿No puso Platón sus propios puntos de vista y dialéctica en boca de su maestro» Sócrates? En tercer lugar, «estos libros» –en palabras del gran rabino Paul Haguenuer– «intentan explicar los secretos de la naturaleza, el origen (sic) de Dios, los problemas del bien y del mal, la justicia y la felicidad, el pasado y el futuro, de una manera enigmática, mística y sobrenatural. Los Apocalipsis hacen sobre todas estas cuestiones algunas revelaciones que sobrepasan la comprensión humana. Sus principales personajes son Enoch, Baruch, Moisés y Ezra, Estos escritos evidentemente son el producto de las épocas penosas y desastrosas del judaísmo (Manual de literatura judía, Nancy, 1927), En consecuencia no pueden ser entendidos totalmente o más que el Apocalipsis que lleva el nombre de San Juan. En cuarto lugar, estos Apocalipsis han sido interpolados por los cristianos. En el libro de Enoch «el hijo del hombre» es llamado también el «hijo de mujer» y «el hijo de Dios», interpolando así la iglesia y la teoría de la encarnación. Seguramente ningún profeta judío escribiría «hijo de Dios». En quinto lugar, se debería advertir que la doctrina mesiánica es un desarrollo tardío de las profecías antiguas respecto al Último Mensajero de Al.lah, como fue profetizado por Jacob y otros Profetas, Solamente en los libros apócrifos y en los apocalipsis, y especialmente en los escritos rabínicos, es que se asegura que este «Libertador final» desciende de David. Es cierto que hay profecías posteriores al cautiverio de babilonia e incluso posteriores a la deportación de las diez tribus a Asina, acerca de un «hijo del hombre», que vendría a reunir al Israel disperso. Pero estas predicciones fueron cumplidas solamente de manera parcial bajo Zorobabel, un descendiente del rey David. Luego, a posteriori de la invasión griega, fueron anunciadas y predicadas las mismas profecías y solamente se vio a un Judas Maqbaya luchando con un fugaz éxito contra Antíoco Epifanes. Por otra parte, estos éxitos fueron temporarios y no de valor permanente. Los Apocalipsis, que relatan sus visiones para los tiempos posteriores a la destrucción de Jerusalén por Tito y

Vespasiano, profetizan al hijo del hombre que aparecerá con gran fuerza para destruir el poder romano ya los demás enemigos de Israel. Tuvieron que pasar veinte siglos antes que fuese destruido el imperio romano en el siglo V por un caudillo turco, Atila –un huno pagano–, y finalmente por un turco musulmán, el Fatih Muhammad 11. Pero ese poder fue completamente destruido y para siempre, en las tierras prometidas a Ismael, por el Sultán de los Profetas, Muhammad Al-Mustafá.

Quedan dos observaciones que no se pueden ignorar en relación con esto. Si yo fuese un ardiente sionista o un rabino muy estudioso, estudiaría nuevamente esta cuestión mesiánica tan profunda e imparcialmente como me fuese posible. Y después exhortaría vigorosamente a mis hermanos en la fe judíos a desistir de esta esperanza y abandonarla para siempre. Incluso si un «hijo de David» apareciera sobre el monte de Sión, tocarse la trompeta y asegurase ser el Mesías, yo sería el primero en decirle claramente: «Por favor, señor, llega demasiado tarde. ¡No perturbe el equilibrio de Palestina! ¡No lleve al derramamiento de sangre! ¡No deje que sus ángeles se entrometan con estos formidables aeroplanos! Cualquiera sea el éxito de sus aventuras, me temo que no sobrepasará la de sus ancestros David, Zorobabel y Judas Macabco (Maqbaya). El gran conquistador hebreo no fue David sino Jesús bar Nun (Josué). Fue el primer Mesías que en vez de convertir a las tribus paganas de Canaán que habían mostrado tanta hospitalidad y bondad a Abraham, Isaac y Jacob, las masacró en su mayoría inmisericordiosamente. Y Josué era, por supuesto, un profeta y el Mesías de su tiempo. Todo juez israelita, durante un período de tres siglos o algo más, fue un Mesías y liberador. Así encontramos que durante toda calamidad nacional, especialmente una catástrofe, se predice un Mesías, y como norma se logra siempre la salvación a continuación del desastre y verdaderamente en un grado insuficiente. Es una característica peculiar de los judíos ser los únicos que aspiran, por medio de las milagrosas conquistas del hijo de David, a una dominación universal de los habitantes del globo. Su desaseo e inercia son totalmente compatibles con su firme creencia en el advenimiento del «León de Judá». Y posiblemente esta sea la razón por la que nunca intentan concentrar todas sus energías, recursos y fuerzas nacionales en un esfuerzo mancomunado para convertirse en un pueblo autogobernado,

A los cristianos que afirman que Jesús es el profético hijo del hombre, me aventuraría a decirles: Si él fuese el esperado liberador de Israel, habría liberado a ese pueblo del yugo romano, sin importar si los judíos le habían creído o no. Primero la liberación o salvación, después la lealtad y gratitud, y no al revés. Una persona debe ser primero liberada de las manos de sus captores, ya sea espantándolos o matándolos, y recién después la persona liberada muestra su afecto y lealtad a su liberador o salvador. Los judíos no eran pacientes de un hospital para ser atendidos por médicos y enfermeras. Eran concretamente prisioneros esclavizados y necesitaban un héroe que los liberase. Su fe en Dios y en Su Ley estaba tan entera como la de sus ancestros al pie del Monte Sinaí

cuando El la comunicó a Moisés, No necesitaban un profeta taumaturgo ya que toda su historia estaba entrelazada con maravillas y milagros. El volver a la vida a Lázaro muerto, el devolver la vista al ciego Bartimeo o la limpieza del leproso paria, ni fortalecería su fe, ni saciaría su sed de independencia y libertad. Los judíos no rechazaron a Jesús porque no era el hijo del hombre apocalíptico o el Mesías o porque no era un profeta, ya que sabían muy bien que nunca afirmó ser el primero o que fuera un profeta, sino porque lo odiaban por lo que había dicho: el Mesías no sería el hijo de David, sino su señor (Lucas 20:41-44), Marcos 12:35-37, Mateo 22:44-46). Esta la admisión de los sinópticos confirma lo mencionado en el evangelio de Bernabé donde se informa que Jesús ha añadido que el pacto sería cumplido con el «Shiloh» (Silo) —el Mensajero de Al.lah—, quien vendría a la familia de Ismael. Por esta razón los talmudistas describen a Jesús como el «segundo Balaam», es decir, el profeta que profetiza para beneficio de los paganos a expensas del «pueblo elegido».

Queda totalmente claro entonces que la aceptación o rechazo de Jesús por parte de los judíos no era la condición sine qua non para determinar la naturaleza de su misión. Si el fuese el liberador final habría hecho que los judíos se le sometieran, nolens volens, como hizo Muhammad, Pero el contraste de las circunstancias en las que se encuentran cada uno de estos dos Profetas, así como entre sus obras, es inmenso, Es suficiente decir que Muhammad convirtió a unos diez millones de árabes paganos en los más sinceros y ardientes creyentes en el Dios verdadero y sacó de raíz totalmente la idolatría de las tierras donde había fijado sus raíces. Y esto lo hizo porque en una mano tenía la Ley y en la otra el cetro» es decir, en una mano el Corán y en la otra el emblema de gobierno y poder. Fue odiado, despreciado, perseguido por la tribu árabe más noble a la que pertenecía, quien le forzó a emigrar para poner él salvo su vida. Pero por el poder de Al.lah realizó, la obra más grande a favor de la religión verdadera, cosa que ningún otro Profeta antes que él nunca había sido capaz de hacer.

Ahora procederé a demostrar que el hijo del hombre apocalíptico no era sino Muhammad Al-Mustafá.

La prueba más importante y convincente de que el Barnasha apocalíptico es Muhammad, se da en una descripción maravillosa en la visión de Daniel 7, cosa ya vista en un capítulo anterior. Sea como sea, el Barnasha allí descrito no, puede ser identificado con ninguno de los héroes macabeos o con Jesús, ni la terrible bestia que fue totalmente exterminada y destruida por ese hijo del hombre puede ser un prototipo de Antíoco Epifanes o el César romano Nerón. La culminación del mal de esta bestia horrible fue el «cuerno pequeño» que blasfemó contra el Altísimo al asociar a El tres personas divinas coeternas, y por la persecución de aquellos que sostenían la absoluta Unidad de Dios. Constantino el Grande es la persona simbolizada por ese odioso cuerno.

2, El Apocalipsis de Enoch ⁽²⁾ profetiza la aparición del hijo del hombre en un momento en que el pequeño rebaño de ovejas, aunque vigorosamente defendido por un camero, será atacado brutalmente por aves de rapiña desde el aire y por bestias carnívoras por tierra. Entre los enemigos del pequeño rebaño se ven muchas otras cabras y ovejas perdidas. El señor del rebaño, como buen pastor, aparece repentinamente y golpea la tierra con su cetro o vara. La tierra se abre y traga al enemigo que ataca, persigue y aleja de la pradera al resto de los pájaros y animales perniciosos. Después se da una espada al rebaño como emblema de poder y arma de destrucción. A continuación el rebaño ya no es encabezado por un carnero sino por un toro blanco con dos grandes cuernos negros.

Esta visión en forma de parábola es suficientemente transparente. Desde Jacob en adelante el pueblo elegido se representa simbólicamente por un rebaño de ovejas- Los descendientes de Esaú son descritos como jabalíes. Otros pueblos y tribus paganas se representan en la visión, de acuerdo a sus respectivas características, como águilas, cuervos, buitres y distintas especies animales, todas sedientas por beber la sangre de las ovejas o hambrientas por comerlas. Casi todos los estudiosos bíblicos están de acuerdo que la visión indica el penoso período de los macabeos y su sangrienta lucha con los ejércitos de Antíoco Epifanes hasta la muerte de Juan Hurcanus en 110 (¿) a. C. Este método de interpretar la visión es totalmente erróneo, y hace nulo el valor de todo el libro. Es ridículo y escandaloso que un visionario o profeta describa y presente la historia sagrada de la raza humana comenzando por Adán bajo el símbolo de un toro blanco, y terminando con Juan Hurcanus o su hermano Judas Macabeo como el último toro blanco, dejando de allí en más que el rebaño de las ovejas de los «creyentes» sea devorado nuevamente por los romanos, cristianos y musulmanes hasta el presente! En realidad la guerra de los macabeos y sus consecuencias no son de un significado tan trascendente en la historia sagrada de la religión como para ser el punto final de su desarrollo. Ninguno de los macabeos fue profeta ni fundador del llamado «reino mesláico» que los evangelios denominan el Reino de Dios. Además esta interpretación de la visión es contradictoria con los caracteres representados en el drama bajo los símbolos figurativos del amo del rebaño, cetro en mano, el carnero y el toro blanco. Y después con las grandes espadas dadas a los ovejeros con las que matan o ahuyentan a los animales y pájaros impuros. Por lo tanto, esta interpretación cristiana del Apocalipsis de Enoch no explica el traslado místico a un país más hacia el sur de la Jerusalén terrenal, y que significado se le puede dar a la nueva Casa de Dios edificada en el lugar de la antigua, más grande y elevada que el primer edificio sagrado, a la cual fluyen no solamente las ovejas creyentes –los fieles judíos– sino también los distintos pueblos paganos que han abrazado la religión del hijo del hombre que destruyó a los enemigos con su cetro o vara. Porque todos estos hechos y representaciones particulares son vistos y descritos en esta visión dramática. La cadena que une los sucesos descritos en este lenguaje figurativo comienza con Adán y finaliza en la persona

del Profeta de la Meca. ¡Hay distintos y convincentes argumentos para convalidar esta afirmación.

(a) La división de las ovejas en dos partes o grupos indica, por un lado, al pueblo de las escrituras, ya sean judíos o cristianos, entre quienes están los creyentes en la Unidad de Dios, y por otro lado, quienes hicieron a Jesús y al Espíritu Santo iguales y consubstanciales con Dios. El profeta o visionario distingue los creyentes de los apóstatas. Los evangelios informan que el Día del Juicio Final «las ovejas serán separadas de los cabritos» (Mateo 25:32-46, etc.), lo cual indica el mismo punto de vista. En cuanto al carnero simbólico, podemos entender por él a Arrio o algún líder unitarista espiritual de los auténticos cristianos y a un gran rabino para los judíos creyentes, porque ambos tenían el mismo enemigo común. Si identificamos a Constantino con el cuerno malvado, podemos identificar precisamente a Arrio ⁽³⁾ con el carnero. En efecto, Arrio tiene derecho a esa dignidad porque encabezó el grupo más grande en el Concilio de Nicea y defendió con vigor la religión verdadera contra las monstruosas doctrinas de las iglesias trinitarias y sacramentalistas, los judíos, desde un punto de vista estrictamente musulmán» desde el momento que rechazaron y condenaron a muerte a Jesús Cristo, dejaron de ser el «pueblo elegido» y ese honorable título fue dado solamente a quienes creían en su apostolado.

(b) El hijo del hombre que salva el rebaño de ovejas de sus distintos enemigos, a quienes envió al centro de la tierra golpeándoles con vehemencia con su vara pastoral, y que dio una espada vigorosa a las ovejas para terminar con las bestias impuras y las aves de rapiña, era indiscutiblemente Muhammad. El cetro (en hebreo «shebat», vara, bastón) es el emblema de soberanía, jurisdicción y administración. El pequeño cetro otorgado por Dios a la Iribú de Judá (Gen. 49:10) fue quitado y en su lugar fue dado uno más grande y más fuerte al Mensajero de Al.lah (el «Shiloah») en su lugar. Realmente es maravilloso como esta visión profética del visionario fue cumplida literalmente cuando el cetro de Muhammad se volvió el emblema de la soberanía musulmana en todos los países –Egipto, Asiría, Caldea, Siria y Arabia– donde el pueblo de Dios fue perseguido por los poderes paganos de esos países y por los poderes paganos extranjeros cíclos los medopersas, griegos y romanos, ¡Qué glorioso cumplimiento de la visión se dio cuando el rebaño de ovejas, que durante muchos siglos había estado expuesto a las garras y picos inmisericordes de las aves de rapiña y a las terribles garras y dientes de las bestias, fue equipado con una gran espada para defenderse, la cual fue portada por todo musulmán hasta que la sangre de los santos y mártires fue equitativamente, vengada.

(c) El toro blanco. Hasta Ismael, todos los Profetas se representan como toros blancos. Pero desde Jacob en adelante, los príncipes del pueblo elegido aparecen en forma de camero. La religión universal ha sido reducida a religión nacional, y el emperador se ha vuelto un pequeño jefe. Aquí nuevamente nos encontramos con otro asombroso cumplimiento de la visión, en la era de Muhammad. Los líderes o patriarcas de las antiguas religiones que trascendían

los ámbitos nacionales o tribales se representan como toros blancos, y los comandantes musulmanes de fieles también como loros blancos, con la única diferencia de que el último tiene grandes cuernos negros, emblema de dos poderes, el temporal y el espiritual. Entre todos los cuadrúpedos limpios o puros, no hay ninguno más bello y noble que el toro blanco, y más aún cuando está coronado con un par de grandes cuernos negros. Así luce más majestuoso y lleno de gracia. Es de advertir que el Imam de los creyentes, sea un califa o un sultán, o poseedor de ambos títulos, se lo distingue, y percibe en todo momento por la pureza de su fe y acciones y por la solidez de su poder y majestad a la cabeza de vastas e innumerables multitudes de creyentes compuesta por todas las razas y lenguas. La visión reconoce expresamente la entrada de los apostatas e incrédulos al rebaño. Judíos –miles de judíos-, cristianos y sabeos, como así también millones de árabes y otros pueblos paganos, creyeran en la Unicidad de Al.lah y abrazaron el Islam. Es valioso advertir en relación con esto que toda la sangre derramada en las batallas de Badr, Uhud y otras campañas, conducidas personalmente por el Profeta Muhammad, no podía exceder el uno por mil de la sangre derramada por Josué. Incluso no se puede demostrar un solo ejemplo de crueldad o injusticia cometido por el Mensajero de Al.lah, Este fue clemente, noble, magnánimo y misericordioso. Es por esto que solamente Muhammad, entre todas las razas humanas representó en todas las visiones proféticas al «hijo del hombre», igual al primer hombre antes de su caída.

(d) El hijo del hombre establece el Reino de Paz, cuya capital ya no es la antigua Jerusalén, sino la nueva, es decir, «Daru-s-Salam», la «ciudad y corte de paz». En esta maravillosa visión, los «sofís» o profetas narran como la Jerusalén terrenal es levantada, elevada, y trasladada a un país al sur, pero un Templo nuevo, más alto y grande que el primera, es edificado sobre las ruinas del antiguo edificio, ¡Bondadoso Dios! ¡Cuan maravillosamente fue realizado todo esto por Tu más ilustre y santo siervo, Muhammad! La nueva Jerusalén no es otra más que La Meca, porque esíá en un país al sur, sus dos cerros, el Marwa y el Safua, llevan los mismos nombres como el Morían y Sión, de la misma raíz y significado, aunque originalmente anteriores. La «Jerusalén» o «Urshalem» antigua se vuelve una ciudad de «Luz y Paz» ⁽⁴⁾. Es también por esta razón que la Meca como asiento de la sagrada Ka'bah se volvió la Qibla (la dirección) hacia la que todos los musulmanes dirigen sus rostros al momento de las oraciones. Aquí todos los años centenas de miles de peregrinos de todos los países se reúnen, visitan la Santa Ka'bah, ofrecen sacrificios y renuevan su fidelidad a Al.lah, prometiendo llevar una nueva vida digna de todo musulmán. No solamente la Meca, sino Medina y el territorio circundante, se ha vuelto sagrado e inviolable y prohibido para cualquier hombre o mujer no musulmana. Fue en cumplimiento de la visión de Idris (Enoch), también, que el califa Ornar, reedificó la mezquita sagrada de Jerusalén sobre el cerro de Morían, en el lugar donde estuvo el Templo de Salomón- Todo esto demuestra maravillosamente que la visión rué percibida por un visionario inspirado por Dios, quien vio los sucesos islámicos en un futuro distante. ¿Podrían afirmar Roma o Bizancio ser la Nueva Jerusalén? ¿Puede el Papa o algún Patriarca cismático asegurar que son el toro

blanco apocalíptico con dos grandes cuernos? ¿Puede la cristiandad asegurar ser el Reino de Paz (Islam, Shalom), en tanto hacen a Jesús y al Espíritu Santo coevos y consubstanciales con el Dios Uno Absoluto? Absoluta y decididamente no.

(e) En esos capítulos que se ocupan del Reino de Paz, el Mesías es llamado hijo del hombre, pero en la descripción del Juicio Final que sigue al fin del Reino de Paz o Islam, es llamado «hijo de mujer» e «hijo de Dios», y se le hace compartir con Dios el Juicio del mundo. Es admitido por todos los estudiosos que estas manifestaciones extravagantes y tontas no son de origen judíos sino que pertenecen a la imaginación cristiana, insertas e interpoladas por ellos.

Los otros Apocalipsis, que llevan los nombres de Moisés, Baruca» Ezra, los jubileos y los Oráculos sibilinos, deberían ser estudiados también imparcialmente, y seguro que entonces» al igual que los de Daniel y Enoch, no sólo serán comprendidos, sino que probaran asimismo estar cumplidos en el Profeta Muhammad y el Islam.

[1] El nombre «hebreo» en su sentido amplio se aplica a todos los descendientes de Abraham, quienes después asumieron los nombres de sus respectivos ancestros, como ismaelitas, edomitas, israelitas, etc.

[2] Siento decir que no me son accesibles los Apocalipsis judíos. Las enciclopedias solamente dan un resumen de cada libro» lo cual no satisface mi propósito de examinar exhaustivamente el texto. Sé que el arzobispo irlandés Laurence ha traducido este Apocalipsis al inglés, pero desgraciadamente no está a mi alcance.

[3] El arrianismo, llegó a ser mayoría en todo el territorio de la cristiandad, y pese al anatema del Concilio de Nicea, formulado al amparo del poder del emperador Constantino, siguió siéndolo durante varios siglos. Fundado por el obispo Arrio (280-336), el arrianismo negaba la divinidad de Jesús y su equivalencia con Dios, y razonaba con implacable lucidez contra los distintos argumentos de la trinidad como la coeternidad, la consubstancialidad, etc., mostrando que contradecían la Unidad de Dios, Su Eternidad y Omnipotencia. Los cambios políticos hicieron que después de la muerte de Constantino fuera durante un tiempo la religión oficial del imperio oriental, pero finalmente se abatió sobre él la persecución. Los libros de Arrio fueron quemados, y sólo tenemos referencias de ellos por los escritos de quienes lo combatieron- El arrianismo predominaba aún en España cuando llegan los musulmanes en el 711, y según los historiadores modernos habrían sido los arrianos perseguidos de la península los que solicitaron el apoyo islámico para liberarse de la opresión de Roma. (Nota del Editor en español)

[4] Delhebreo «aor», «ur», «luz», y «shalom», «paz», (Nota del Editor en español)